AROMAS DE AMÉRICA

POR

Mons. ABEL BAZÁN Y BUSTOS

OBISPO DE PARANÁ

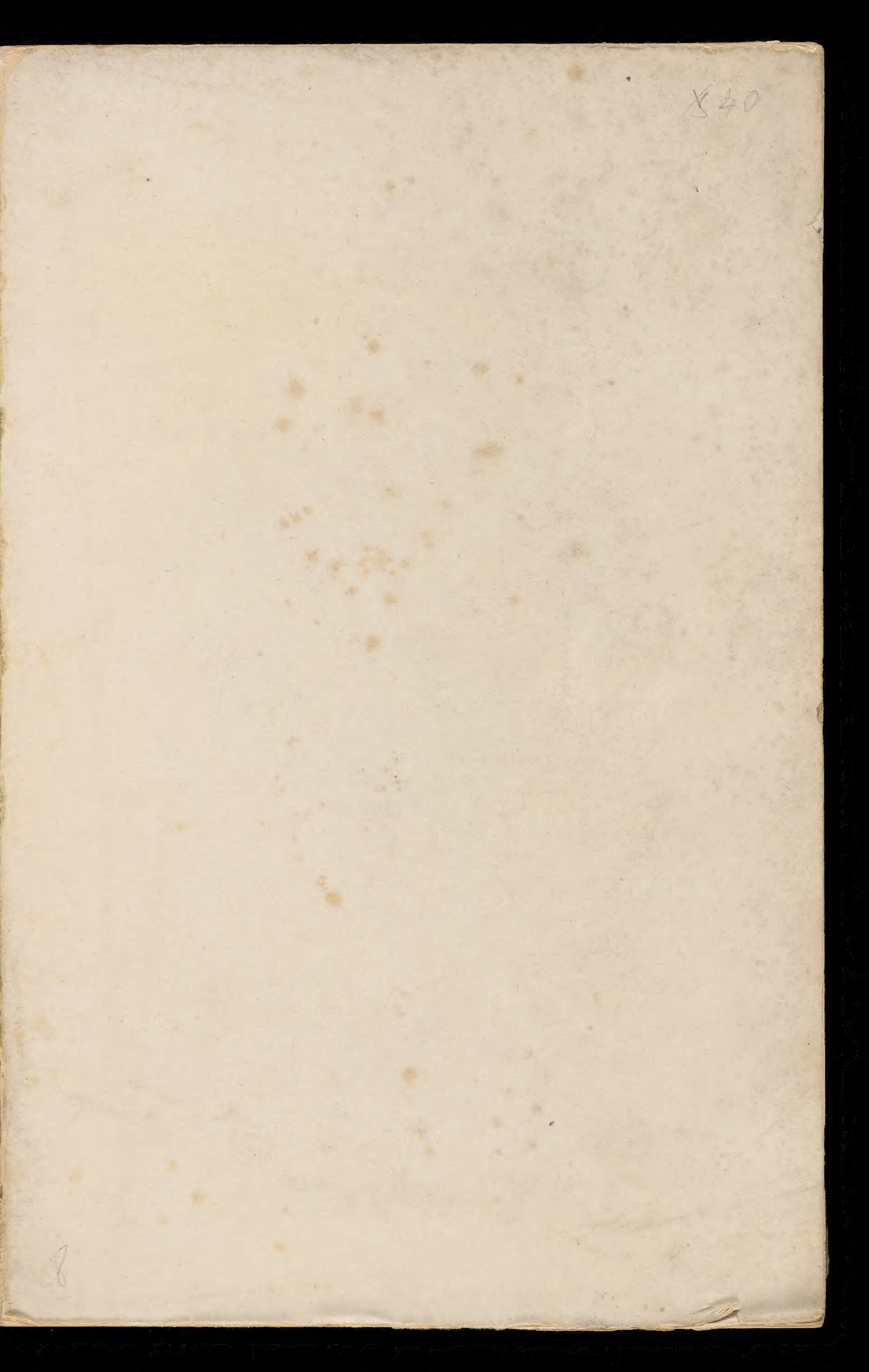
(REPÚBLICA ARGENTINA)



BUENOS AIRES

TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS DE L. J. ROSSO Y CÍA.—BELGRANO 475

1920





MONS. ABEL BAZÁN Y BUSTOS

AROMAS DE AMÉRICA

POR

Mons. ABEL BAZÁN Y BUSTOS

OBISPO DE PARANÁ

(REPÚBLICA ARGENTINA)



BUENOS AIRES

Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía., Belgrano 475

1920

AL QUE LEYERE

Obedeciendo a prescripciones médicas que me aconsejaban un descanso intelectual absoluto, emprendí un largo viaje, por las repúblicas de Bolivia, Perú y Chile, acompañado del señor rector del seminario, canónigo D. José Zaninetti (1). Pude realizar así, aunque en condiciones físicas y de espíritu poco favorables, parte siquiera de lo que había constituído un ensueño de toda mi vida, conocer, esto es, algo de lo mucho que guarda nuestra América, máxime después de haber admirado ya los monumentos de las civilizaciones europeas y asiáticas.

Fuera superfluo añadir que jamás entró en mi plan de viaje, acotar anotaciones y recoger datos que pudieran más tarde ver la luz pública. Empero, hábitos ya contraídos de observación, método de prudencia elemental de todo viajero que desea guardar recuerdo de lo que ha visto, y no confundir, cuando son muchas las ciudades visitadas, los monumentos de una con los de otras, y hasta cierto recurso de infantil entretenimiento, para llenar horas muertas y no sentir la nostalgia de la patria, me inducían a ir anotando como al desgaire y al azar, lo que más hería mi imaginación o rebasaba los límites de lo para mí conocido, esperado o presentido.

De esta suerte vino a resultar a la postre que me encontré, sin saber yo mismo cómo, con un acervo de observaciones y de datos, nada despreciables, sobre ciudades, monumentos, ruinas coloniales, incásicas y preincásicas, cos-

---

(1) Su hermano Don Andrés Zaninetti Cura y Vicario Foráneo de Concepción del Uruguay, haciendo coincidir una jira de descanso por Chile, con el regreso de aquél, a quien los deberes de su cargo lo reclamaban ya en Paraná, me acompañó después desde la ciudad de Concepción hasta la sede de mi diócesis.

tumbres, hábitos, progresos y adelantos muy dignos de conocerse y popularizarse entre nosotros, para quienes tan familiar es Europa, como ignorada nuestra América.

Contados, en efecto, serán los argentinos que hayan tenido oportunidad de realizar un viaje semejante, corto en relación a lo mucho que podría visitarse, fácil y cómodo por las vías de comunicación hoy existentes, y de gran interés desde el punto de vista histórico, artístico y sociológico, y menos aún los que hayan escrito sus impresiones de viaje.

Movido por estas reflexiones y accediendo a los deseos que me han manifestado personas a quienes debo aprecio y respeto, he ordenado mis apuntes, en medio de las múltiples tareas de mi cargo, y así con fallas y todo, los entrego hoy, aniversario de mi regreso a Paraná, a la benevolencia del público.

Paraná, 26 de febrero de 1920.

CAPÍTULO I

De Jujuy a La Quiaca. — La atención de un amigo — La cremallera. — Tumbaya la bella. — El pueblo de Uquía. Altura máxima de la línea. — El tipo indígena. — Aridez de la puna. — Ultimo silbato.

Los entusiasmos juveniles de otros tiempos, pese a los años y a los achaques, despertáronse vibrantes a las frescas caricias de una mañana nublada y tranquila. El simpático Vicario Foráneo de Jujuy D. José de la Iglesia, excediéndose en bondades, había querido acompañarme hasta La Quiaca, iniciándome en ese trayecto, para mí, todavía desconocido, que traía ya brisas de la región de la puna, impregnadas de quisicosas bolivianas y de alturas y de soroche que no dejan de preocupar al viajero que por primera vez se apercibe a recorrerla. La idea de tener cerca a un veterano que pudiera auxiliar en posibles desvanecimientos, tranquiliza y alienta como al enfermo la presencia del médico. Tanto más que enaltecía y ponderaba a más no poder las excelencias de un misterioso *fierabrás* de su invención, que en un abrir y cerrar de ojos, lo preparaba en el comedor del tren y que, si no ultimaba al cliente, el soroche no escapaba.

Y en estas y otras animadas conversaciones y admirando los altos cerros de Tiraxi y los pintorescos panoramas de aquel valle delicioso que iban serpeando los rieles, habíamos, sin darnos cuenta, llegado a la estación León, mientras me señalaba la casa solariega de la antigua familia de Bárcena y una hermosa laguna de agua salada rica en sabrosos peces. según cuentan los naturales.

Principia aquí la cremallera de la vía, que va a terminar en la siguiente estación Volcán, a 2.078 metros de altura sobre el nivel del mar, y que suscita en más de uno, temores y vagos estremecimientos de escalofríos. Que si será aquello muy peligroso, o no lo será; que si el tren iría a trepar a dentellada limpia una cuesta empinada y tiesa como un huso; y... ¿no se le quebrarían los dientes...? Vamos, que los interrogantes son, a la verdad, premiosos y nada tranquilizadores, aun para los que ya conocen funiculares y ascensores a cremallera, pues, en éstos es sólo cuestión de un coche y no de todo un convoy. La cosa, empero, no es para preocupaciones y miedos. Se trata apenas de una inclinación mayor de la ordinaria que puede ascender un tren cualquiera y no hay peligro alguno, tanto que si no se le previene, ni siquiera lo advierte el pasajero, distraído como va en la contemplación ávida del paisaje de la quiebra que, si ya comienza a disminuir en vegetación, no así en la grandiosidad de conjunto.

El miserable caserío de la próxima estación Tumbaya, guardará siempre recuerdo, para mal de sus pecados, de la original despedida que en cojos versos le hiciera un cura un tanto desparpajado y ladino quien, harto ya de sufrir y de aguantar las terquedades y sandeces de aquellas gentes, acomodadas sus alforjas, clavóles sin más, antes de abandonarlas, la siguiente banderilla, según rezan las viejas crónicas: Adiós, Tumbaya la bella—Montes sin leña—Ríos sin pescados—Indios mal criados. (1)

Las siguientes estaciones de Purmamarca, Maimará, Tilcara, Senador Pérez y Humahuaca, sobre valles más extensos, amenísimos y fértiles, se distinguen por la frescura de su clima, bondad de sus aguas, multitud de sus huertos, variedad y abundancia de delicadas flores y frutas. Son sitios veraniegos preferidos de no pocas familias jujeñas,

(1) *Huecalera.* — Cerca de esta Estación hállase la casa en que los compañeros del general Lavalle, asesinado en Jujuy, viéronse obligados a *descarnar* el cadáver que llevaban a Bolivia.

viéndose todos los años, algunos por lo menos, bastante concurridos.

Contiguo a la Estación Senador Pérez, está el antiguo caserío de Uquía, donde murió, durante el viaje que hacía al Alto Perú el célebre P. Lozano, el historiador más concienzudo y autorizado, para nosotros, del tiempo de la Colonia. Créese que sus restos pudieran descansar dentro de los muros de la vetusta capilla que aun subsiste. Esta, como también la de Humahuaca, posee un artístico retablo estilo churrigueresco y varios cuadros antiguos traídos del Cuzco, siendo un San Francisco Javier el de más mérito.

Las otras estaciones que vienen después, Iturbe, alias Negra Muerta, Abra Tres Cruces (altura 3.693 metros sobre el nivel del mar), Abra Pampa, Puerto del Marqués, Pumahuasi, son miserables caseríos, eternamente apunados y azotados por los vientos e intensos fríos del invierno. Entre Tres Cruces y Abra Pampa, vése al lado de la vía un gran tablero que indica la altura máxima de esta línea, o sea, metros 3.725 sobre el nivel del mar.

Al norte de Jujuy, el tipo dominante es el indígena; y en casi todas las Estaciones es dado observar una división marcada entre los criollos y los indios. Aquéllos vestidos un si es no es a la burguesa, se agrupan de un lado de la Estación, como diciendo *noli me tangere,* y del otro lado los indios de ojota y emponchados y las indias de encarrujado vestido y de sombrero de hombre indistintamente, sentados o en cuclillas, mirando con recelo, mascando su coca y tartamudeando por lo bajo su quechua. Al ver uno esas toscas facciones, su escasa y ninguna higiene, su color cetrino o bronceado, su rara indumentaria y su legendario abandono y despreocupación por todo lo que significa trajear a la moderna y querer valer por su porte y vestimenta, se persuade sin más que se encuentra en plena Bolivia argentina, o sea, que todo el norte de Jujuy no es sino un girón arrancado al altiplano boliviano. Y por si asomos aun pudieran quedar de dudas, en las inmediaciones de Negra Muerta, sobre dilatado, amari-

llento pajonal, recortado allí en el fondo por serranías de color azulino oscuro, las pequeñas recuas de llamas de paso cadencioso, erguida la cabeza y mirando a todos lados, con femínea curiosidad de campesinas azoradas, vienen a dar la sensación completa del medio.

A partir de Jujuy va el tren en ascensión constante encajonado siempre entre dos elevadas murallas de granito y siguiendo los recodos y sinuosidades pintorescas de la fértil Quebrada de Humahuaca, paso obligado primero de los representantes de la civilización incásica que se derramó hacia las provincias del Tucumán, diaguitas y juríes, de los conquistadores hispanos más tarde, y por fin de los heraldos de la libertad sudamericana que por las mismas sendas que recibieron los favores, quisieron llevar a sus hermanos del norte el máximo de la ansiada independencia.

En cambio desde antes de llegar a la estación Iturbe, que sigue a la de Humahuaca, el panorama cambia de improviso. Comienzan ya los campos abiertos, las pampas y mesetas dilatadas de la región de la Puna, sin vida, sin vegetación, bordeadas a lo lejos por áridas montañas. Sólo en las inmediaciones del Puerto del Marqués, bandadas de patos alegrando con su vistoso plumaje, lagunillas diminutas, o majadas de ovejas triscando por esas abras inmensas, vienen a quebrar la monotonía del paisaje.

Eran las siete y media de la noche y el tren lanzaba su último silbato. En la estación de La Quiaca nos esperaban el cónsul boliviano, el intendente y el prefecto de la aduana del vecino pueblito boliviano de Villazón, señores Hugo Bustillos, Roque A. Moreno y Enrique Cariaga, a quienes el ex presidente de Bolivia doctor Eliodoro Villazón habíales telegrafiado desde Buenos Aires, encareciéndoles me atendieran en la mejor forma posible. Siempre recordaré con gratitud la gentileza de aquel amigo y distinguido estadista, y las finas atenciones recibidas de estos caballeros.

CAPÍTULO II

De La Quiaca a Tupiza. — Asiento asegurado. — En verano el auto-mensajería no marcha. — Villazón y La Quiaca. — Su movimiento comercial. — La línea en construcción. — Cuadros indígenas. — Recorrido monótono. — Magnífico panorama. — Nazareno, Suipacha y el Angosto.

Instalados en el *Hotel Reuter,* de propiedad de un tudesco *pour sang,* buen bebedor de cerveza y... también de vino legítimo o falsificado si más no se encuentra, pasamos la última noche en tierra patria, tranquilos ya, al estar seguros que teníamos asiento en el auto que, a las doce del día siguiente, arrancaría para Tupiza. En efecto, ignorábamos hasta entonces, si correría el vehículo, descompuesto en días anteriores, según noticias recogidas en Buenos Aires, o si el exceso de pasajeros, no obstante el pedido telegráfico que hiciéramos oportunamente y que la empresa atiende según y cuando le acomoda y place, nos obligaría a esperar un nuevo turno, como acontece con frecuencia.

No faltan quienes critican duramente a la empresa, que es argentina, como que estuviese mal servida; que los autos se descomponen frecuentemente, haciendo contraste con las empresas bolivianas servidas por chauffeurs yanquis y motores más poderosos, y que cobra además demasiado caro ($ 70 el pasaje, fuera del equipaje) no obstante la subvención de cuarenta mil pesos anuales que le asigna el gobierno de Bolivia.

Bueno es también saber que el automóvil no funciona en los meses de verano, o sea desde noviembre a abril. ¿Por qué?

Porque en esas fragosísimas regiones, el camino obligado, es el cauce de los ríos; y aumentando éstos considerablemente por las lluvias el caudal de sus aguas, no permiten el tránsito a ninguna clase de rodados. Los viajes, pues, sólo se hacen durante el invierno que dura desde mayo a septiembre, porque jamás llueve en esa estación. Ibamos por lo tanto nosotros en el mejor tiempo y cuando ya los fríos no son tan intensos.

Como se ve, en la región inter-andina que íbamos a atravesar no se conocen más que estas dos estaciones.

Recorriendo al día siguiente tanto la población argentina, de La Quiaca, como el vecino pueblito de Villazón, separadas por el arroyo La Quiaca, límite internacional, pude darme cuenta del movimiento comercial de esas pequeñas aldeas.

Los mejores comercios (entré al principal), se limitan a artículos de primera necesidad, a la venta de coca, telas o casimires criollos, tejidos a pala, objetos de alfarería indígena para usos domésticos, aperos, pieles de guanacos o de vicuña, herramientas, etc. Las mismas balas o tambores de coca, procedentes de Cochabamba y de La Paz, no son, en su mayor parte, más que artículos de tránsito que van a Jujuy, Salta y Tucumán, lo mismo que los minerales procedentes de Potosí, Lipez y Sur-Chichas. Sólo cuando el riel haya hecho la fusión anhelada, podrá la Argentina intensificar su exportación de harina, maíz, fruta, arroz, fideos, herramientas, que hoy hace en pequeña escala, a lomo de mula, o de llama o también en carros, y sólo entonces también habrá podido Bolivia cantar su redención, derramando hacia el sur su gran producción metalífera, que hoy por hoy sale casi toda por el ferrocarril de Antofagasta, con recargos enormes y dispendiosos de fletes.

Mucho habría que decir del ferrocarril en construcción entre La Quiaca y Atocha, y que, a estar a los convenios del gobierno boliviano con la empresa Vesin, a fines de septiembre de 1918, debiera haber sido librado al servicio público,

en su mitad aproximadamente, o sea, desde La Quiaca a Tupiza; mas, ya tendremos oportunidad de dar algunos datos al respecto, en alto grado sugestivos. Por lo pronto baste saber que si bien construída en su mayor parte esta primera sección, falta todavía mucho en terraplenes, durmientes, rieles, alcantarillado y obras de arte.

Paseándome acompañado del cónsul boliviano por entre grupos de peones y de arrieros indígenas, de corrillos de mujeres, de niños y de perros que pululan por todas partes en esos vivaques improvisados y al aire libre, me fué dado observar los elementos étnicos comunes a la población aborigen, llámese argentina o boliviana, que allí aparece fundida en un solo molde, sin solución de continuidad, ni discrepancia de ningún género.

Las mujeres gastan sombreros de hombre, vestido corto, que parece esponjado porque son tres o cuatro polleras superpuestas, pendientes llamativos y rústicos, sandalia criolla y algunas hasta bota de tacón alto (!) con sus tradicionales *simpas* o trenzas colgantes y repartidas sobre la espalda, reñidas, ya se entiende, con el aseo, el agua y el peine. Los hombres, con sombrero de anchas alas, de ojota, alpargata o bota, en camisa o con chaqueta pero siempre con su inseparable prenda, el histórico poncho, de franjas multicolores, verdosas, punzó, amarillentas o violado negras. De temperamento tranquilo, insensibles al hambre, al calor o al frío, sufridos y resistentes hasta lo increíble, mansos, humildes y respetuosos merodean de un lado a otro con recelo y desconfianza, o se alinean en silencio delante de sus pequeñas mercancías de yerbas medicinales, terracotas indígenas, etc., o masticando su coca, rondan la humeante "ollita" que borbota sobre las brasas.

Mientras tanto nuestro auto marca Mercedes estaba listo. A las 12.30 p. m. arrellenados los siete pasajeros que íbamos y bien acomodada la balumba de maletas, arrancó victorioso, para salvar en cinco horas un centenar de kilómetros, poco más o menos, que separa La Quiaca de Tupiza. El trayecto

ondulado y terroso que recorrimos hasta el pequeño poblacho de Mojo, que cuenta unos sesenta ranchos aproximadamente, es triste, despoblado y árido. Uno u otro carro, algunos arrieros, indios a pie conduciendo sus borricos cargados, o también indias que lo hacen mejor que los hombres, y sin perder tiempo, porque, saltando entre guijarros, van siempre hilando su rueca, alguna rapazuela o indígena desgaritada, cuidando sin miedo a la soledad, su atillo miserable, y ateando con recelosa timidez al pasajero, *churquis* achaparrados y retorcidos, pedregales y *tolas,* ved ahí la obligada variante de este tristísimo trayecto.

Un napolitano que, acompañado de otros tres campañeros, hijos también de la bella Italia, a última hora se encaramara en el auto, y a quien la sangre le bailaba en las venas, abría tamaños ojos al ver el porte e indumentaria de esos indígenas, y sin poderse ya contener, *Mamma mia,* exclamaba, agarrándose la cabeza; *quanto sono brutti... Ma questa non e gente come noi.* Y cediendo a incontenibles atavismos, sobre todo cuando encontrábamos un indio solo, de pie y en ademán de dispararle un tiro, largábale un ¡pum! ¡pum! tan sonoro y repentino que hacía mosquear al cuitado, y a él mismo desternillarse de risa en medio de un borbotón de dicharachos napolitanos.

Como Mojo, fueron quedando atrás en el vertiginoso correr de nuestro vehículo, las miserables rancherías de Moraya, Yuruma, Saladillo y Humacha, cuando de pronto al ganar la cima de una lomada, surgió del fondo, como evocado por conjuro un raro, magnífico panorama, henchido de poesía fresca y grandiosa, que compensaba por sí solo y con creces toda la desoladora aridez de la ruta. Era un mar sui generis e inmenso, un laberinto de cosas indefinidas y fantásticas, un hacinamiento de montes, y de abismos, de quebradas. de laderas, de picachos y de ríos, de pesebres y de grutas, todo tirado al azar, en confusión y desorden y como hirviendo en arreboles de luz, en delicados matices, en tonalidades caprichosas y peregrinas, y flotando en un vaho de gris azulino, ligero

e impalpable que era el protagonista del cuadro y que iba a represarse allí en el fondo, a una distancia incalculable, contra soberbio malecón de altísima montaña azul que cortaba el horizonte.

Visión de cielo parecióme aquel conjunto indescriptible formado en su mayoría por cerros de pizarra en que los siglos, las aguas y los vientos trabajaron de consuno y que por la distancia, la hondura y la hora en que le bañaba el sol, formaba aquel grandioso y poético paisaje.

Después de atravesar los humildes villorrios de Nazareno y Suipacha donde, se cubrió de gloria un siglo a esta parte (7 de noviembre de 1810), el ejército del Norte y mientras distraído recreaba la vista en los pequeños cultivos de alfalfa y de legumbres que enriquecen aquella vega, o en las largas hileras de sauces que bordean la costa del ancho río, las rojizas montañas de Espicaya y Tomahuaico que se levantan a la izquierda afectando castillos y fantásticas catedrales góticas vinieron a sorprenderme y retenerme por largo rato en muda y estática contemplación. Cuánta belleza, Dios mío, y cuánta variedad de admirables fenómenos que prodiga por todas partes, la madre naturaleza. Feliz quien sabe apreciarlos y sentirlos hondamente, porque ya tiene con sólo esto una fuente inexhausta de purísimos goces.


El Angosto — Altura 300 metros

Pero lo más típico y raro y algo así como el broche de oro del resto del camino hasta Tupiza que entre elevadas montañas sigue siempre el cauce del río, es el paso llamado *El Angosto*. Es una garganta estrecha, de diez metros de ancho a lo

sumo, en que se encajona el río, verdadera puerta abierta en la roca viva, con piernas graníticas de ambos lados que se yerguen amenazantes y que se traban allí arriba a trescientos metros de altura con el dintel azul del cielo. Es algo soberbio y espeluznante, el contemplarla desde su base, convertido uno en una avellana que diría Sancho, y examinar despacio aquel coloso de cortes y grietas caprichosas, entrando al fin, para completar la sensación, en una gruta fantástica que se abre en uno de sus flancos abruptos y salvajes.

Una inscripción de confraternidad argentino-boliviana, grabada allí mismo sobre la roca viva, recuerda el paso, por este sitio, del Dr. Dardo Rocha a raíz de su misión a la Paz, y que dió por resultado la reanudación de nuestras interrumpidas relaciones diplomáticas con la nación hermana.

CAPÍTULO III

Aspecto de Tupiza. — Don Avelino Aramayo. — La obra de los religiosos y de las Hermanas. — De Tupiza a Atocha. — Aspecto del trayecto. — Antiguo condado de Oploca y su capilla. — El Chorolque. — Payasadas de un napolitano.

Un poco más de 2.000 habitantes cuenta esta pequeña ciudad boliviana, capital de la provincia Sud-Chichas, sita a la fértil vera de un río y aprisionada por la tenaza de dos cerros que forman la Quebrada de Tupiza. De calles estrechas, de edificación modesta y humilde, pavimentación pedregosa y despareja, tiene un colegio de niñas y un hospital dirigidos por las religiosas Hijas de Santa Ana, una hermosa iglesia moderna de tres naves y una plaza-parque que, sin ser una maravilla es lo suficientemente graciosa y mona para ser comparada al sombrero pueblero que llevara una cholita descalza. Una estatua en bronce erigida allí mismo al señor Avelino Aramayo "pionner" incansable de la industria y del trabajo y a quien tanto debe el sur



Plaza de Tupiza

boliviano, prueba la sensatez de aquel pueblo y el criterio solemnemente justiciero que le anima para discernir los honores del bronce a quien con su labor tesonera, honradez y austeridad ciudadana fué propulsor entusiasta de la grandeza del país.

Las hermanas Hijas de Santa Ana, y los abnegados Padres Redentoristas que regentan la parroquia y sus anexos esparcidos en vasta y fragosa extensión, son los ángeles de aquella apartada ciudad colonial que vegeta entre las breñas, y que conserva aún el espíritu hospitalario, sencillo y patriarcal de aquellos otros tiempos que para nosotros fueron.

¿Reflexionásteis acaso alguna vez sobre el alto significado moral, cultural y civilizador que entraña para los pueblos el valor singular, con puntas, al parecer de extravagante, de estos seres que abandonan su patria, hogar, cuna y comodidades y hasta de sí mismos olvidados, se soterran en un lugarejo de montaña, lo mismo que en urbes o arenales del desierto para moldear almas de pobres y desconocidos hermanos suyos, y ganarlos aunque más no fuere para la vida civilizada y culta, a trueque de renunciaciones sublimes, de costosos, ímprobos sacrificios y con la sola remuneración de una celda desmantelada, una mesa frugal, un vestido burdo, cuando no de la ingratitud, de la persecución y del escarnio? Si no lo hicísteis, hacedlo, que el tópico tiene miga. Y contraste singular: en medio de la pobreza en que viven, felices, contentos, henchido el corazón de santa alegría, nadando en goces para la turbamulta de



Iglesia de Tupiza

indiferentes mundanos, o acaso detractores suyos, enteramente desconocidos. Tal el hecho; la filosofía al lector.

Y para los que en son de duda, pudieran todavía fruncir el ceño, prueben a instalarse por días y meses en alguna de esas celditas, que con facilidad las ceden, y podrán constatar por sí mismos un fenómeno harto singular y digno, muy digno de ser tenido en cuenta y estudiado con sinceridad y valor por todo espíritu imparcial.



Mercado — Tupiza

De mí sé decir que, conociendo como conozco a las familias religiosas de nuestro mundo católico, no tuve nada que extrañar, sino gozar harto y sentir grandemente al despedirme de los caritativos Padres Redentoristas, donde tuve el honor de hospedarme. Entre ellos, y dígase otro tanto de los demás, uno disfruta de un ambiente de fraternidad tan cordial, de sencillez tan encantadora y de tan sincera alegría, que olvida fácilmente pisar suelo extranjero, y cree, abrigado al calor de los suyos, estar en su propia patria, bajo el techo amado de su mismísimo hogar.

*

Faltábanos todavía otro largo centenar de kilómetros antes de probar las comodidades del tren boliviano que ha hundido, en Atocha, la punta de sus rieles. Como ya lo hiciera la víspera, vino también ahora el auto, por deferencia especial a recogerme en la puerta de mi domicilio. Eran las siete de la mañana.

Encerrados en el pedregoso y seco cauce del río que medía, en algunos puntos, más de un kilómetro de ancho, y abstraídos en la contemplación de aquellas colosales montañas, íbamos evocando recuerdos dormidos de los Alpes, a los que no ceden, por cierto, en belleza y grandiosidad.



Chola Tupiceña

De raro en raro, el encuentro de arrieros indígenas a pie, silenciosos, resignados, respetuosos y tímidos, que tras la recua de sus llamas avanzaban a paso lento e insensibles al guijarro que les mordía la ojota o el descalzo pie, venía a variar el paisaje y reclamar nuestra atención de viajeros curiosos. Difícil cosa sería averiguar cuál es más resistente y sufrido, si la llama o el indio...

El recorrido no tiene importancia por los paupérrimos caseríos de Oro Ingenio, Oploca y Escoriani, pero sí la tiene por algunas obras de arte que guarda la antigua capilla de Oploca, por la amplia y honda quiebra entre enormes altísimos macizos que simulan en puntos dados, torreones y castillos, columnas, capiteles y tímpanos de rústicas, encantadas fachadas, por el pertinaz y cerradísimo zigzageo que se describe por más de una hora de ascensión constante para escapar de aquel ya eterno cauce, escalar la altura de más de 4.000 metros, aspirar el aire puro y enrarecido de las cumbres y deleitarse en la contemplación del bellísimo Chorolque que a pocas leguas de distancia se alza en forma de recio cono, de nívea, fulgurante cimera y grávida la entraña de preciosos metales.

Fué Oploca en tiempos pretéritos como el centro de civilización de los Chichas y asiento a la vez de los Condes de Oplo-

ca. Me habían ya prevenido en Tupiza que no dejara de visitar la capilla por los recuerdos artísticos que conserva. Al efecto me habían provisto de una tarjetita de presentación, para el mayordomo de la misma y administrador al mismo tiempo de las 264 leguas de campo que abarca ese gran fundo, don José Ichaso, y pedido también al gerente de la empresa de automóviles para que el chauffeur no tuviese dificultad en desviar algunas cuadras del camino con este fin.

La pequeña capilla es toda de piedra, de aspecto tosco y ruinoso, y como rara vez se celebra, mal tenida y desaseada. Fué construída en 1600 y créese fuera de los PP. Jesuítas.

La pila de agua bendita, desde luego, llama la atención por su originalidad. Es una campana de bronce labrada, de forma esbelta y tañido argentino colocada al revés sobre humilde pedestal. Da la sensación de una negra copa de champagne.

En retablos, tallas y esculturas, es pobrísima. Las estatuas son de un arte primitivo y grotesco. Pero en cambio es rica y artística la custodia toda de plata y cuyo pie mide más de un metro de altura; y más aún en los diez lienzos que tiene, si bien no todos igualmente artísticos y recomendables. Hay empero un Desposorio de Santa Catalina, de escuela flamenca, que es una joya por su diseño, colorido y empaste, pudiéndose decir algo parecido de una Circuncisión y de un San Ramón que se guardan en la sacristía, todos desgraciadamente de autor desconocido.

Tales fueron las primicias de las muchas riquezas artísticas que veríamos más tarde en nuestro largo y por más de un título interesante viaje, y que los españoles supieron acumular en los tiempos de la Colonia, con profusión verdaderamente regia.

Los restos de los últimos descendientes de los condes de Oploca, tumulados dentro del sagrado recinto llevan una lápida que dice:

"Juana Manning Daza — Lola Manning de Daza"
"26 Abril 1905"

*

Una de las comarcas más ricas en minerales de wolfram, estaño, bismuto y antimonio es la región cuyo centro es el Chorolque, que llevábamos a la derecha cuando ganamos ya la altura, y que a cada recodo u hondonada del camino se nos perdía de vista, para volver luego a gallardear su esbelto cono de matices rojos, oscuros, violados y azules y su fulgurante montera de cisne. El nombre de D. Avelino Aramayo que consagró definitivamente, a mediados del pasado siglo, este cerro, como centro productor, ya conocido y explotado durante la conquista, quedará a él eternamente vinculado. Lástima que los ricos minerales de la poderosa empresa minera "Aramayo Franche Mine Ltd." se escapen todos por el ferrocarril de Antofagasta, pero no tardará mucho que sean tributarios forzosos del de La Quiaca. Tiempo al tiempo.

Mientras tanto nuestro auto corría y corría. Eran ya las doce y media pasadas y Atocha, la mentada y perseguida Atocha no aparecía. El aire fresco de la montaña, el madrugón que se había alzado nuestro simpático napolitano, levantándose equivocadamente a las cuatro de la mañana, el zarandeo del auto y otras cositas que de sabidas se callan, comenzó a marchitar los ánimos de todos, tornándolos silenciosos, mal humorados y mustios. Cuando de pronto, aquel impenitente meridional sin decir oste ni moste, estalla en un turbión de caricias y requiebros, finos, melosos, zalameros, a los suculentos macarrones de su tierra, a los tallarines y ravioli al "formagio" parmesano, a la polenta con "pacaritos" al buen vino de Nápoles y pareciéndole tener ya todo a la vista, y saboreándolo con ávida fruición, frotábase las manos, relamíase los labios, componía la voz, retorcíase el mostacho, y peroraba furiosamente para probar que la *vera felicitá del cittadino consiste nel mangiar bene, e nel bere ancor meglio.*

Cambiaba luego de tesitura, y oprimiéndose el estómago y entornando los ojos, ora con voz lánguida y flébil, ora ronca y airada quejábase de su suerte, daba malhayas a *questa misera*

terra, donde sólo había *pietri, indiani e "llamas",* y culpando de todo lo que le sucedía a la empresa, a Bolivia, al presidente y habitantes todos, terminó con un despreciativo *"¡Ps! Porca América"* que hizo reir a todos y hasta mereció el honor de una moderada sonrisa de un "gentleman" inglés que arrebujado en sus pieles de viaje, seriote y terco, no había aún desplegado sus labios.

*

Los hoteles de Atocha... bah, qué chasco, son como de Atocha, fondines de tercera clase, meritísimos de la cuarta. Esperar el comedor del tren que llegaba a la 1.30, era ya heroico.

Dejando, pues, el "Hotel Internacional" todo un reclamo en su nombre, preferimos el "Hotel Atocha", por su posición elevada, en la parte más alta de la loma, lo que nos permitiría dominar la ranchería, estación y riacho del fondo.

Los emponchados mozos de cordel entregaron al dueño del "Atocha" los maletines, maletas y mantas de viaje, y todo indistintamente fué a parar a un cuartujo que a lo sumo podría servir para guardar bolsas de maíz y que era una de las habitaciones del Hotel. Echóle él mismo llave a un fuerte candado con el que aseguró la puerta de aquel pozo de Airón, y "estén tranquilos, dijo, no se perderá nada. Si gustan... la mesa está puesta".

El comedor era toda una sorpresa: piso de tierra al natural, duros bancos por asientos, un muchacho con un trapo negro al hombro que pedía las viandas desde una ahumada, sucia ventanilla que daba a la cocina y el desaseo por todas partes.

¡Tres primeros! ¡Un segundo! ¡Dos terceros! y así sucesivamente, oíasele vocear con énfasis. Como sirviera al principio un algo indefinible, ahito de ají que no probé por cierto, preguntéle por el *Menú.*

No me entendió.

Vamos, mozo, diga, qué viene ahora.

—El segundo, señor, me replicó.

—Y después el tercero ¿no es verdad? le añadí.

—Sí, señor.

—Pero entendámonos, en qué consiste finalmente ese segundo y tercero, que no entiendo nada. Satisfizo por fin mi curiosidad y la de mis comensales, a quienes ya la risa les retozaba por el cuerpo.

*

Tatay, Tatay, oía cuchichear a mi paso, mientras deambulaba por el andén de la Estación, y al departir con un sacerdote nativo, escuchaba que unos le daban las buenas tardes, con Tatay simplemente o con el de Tata-Cura tan lleno de confianza y filial cariño. El infantil, pues, y cariñosísimo Tata, que yo lo tenía como esfumado y perdido en el azulino crepúsculo de mi niñez, volvía a resurgir ahora, tan fresco y lozano, tan poético y perfumado como la flor del aire de nuestras sierras.

En todo el Alto Perú, al sacerdote, sea simple clérigo, Cura, Monseñor, Obispo o Arzobispo, se le llama Tata, o más comúnmente Tatay, (mi padre). Cuántas veces quedé encantado, cuando paseando por las calles de Sucre con el Iltmo. señor Arzobispo Monseñor Arrién, oía a chicos y grandes que al acercársele a besar el anillo, decíanle con cierto abandono y naturalidad infantil: buenos días Tatay. Los ecos de ese cariñoso Tatay, me llegaban al alma. Y con cuánta satisfacción nosotros mismos durante semanas y meses nos oíamos llamar de Tatay, sin que estuviese en nuestra mano, por otra parte, poder disimular del todo una traicionera sonrisilla que burbujeaba en nuestros labios.

CAPÍTULO IV

De Atocha a Uyuni y Potosí. — Poesía del auto y comodidad del tren. — Rasgos característicos de la región inter-andina. — Una página brillante de A. Arguedas. — Atenciones recibidas. — Uyuni, la Siberia boliviana. — Los mirajes. — Trayecto de emociones. — Nieve. — Efectos del soroche.

Doscientos y más kilómetros en auto, por ríos, cuestas, quebradas y mesetas, tiene a la verdad su encantadora poesía. Pero no sólo de poesía vive el hombre; un percance cualquiera en esas soledades y páramos le arroja en un santiamén en la más vil de las prosas. Era siempre preferible el tren en que ya nos encontrábamos perfectamente instalados a las 12.15 p. m.

La poesía es buena, siempre que no se corrompa el *subyecto* y cabe a los Quijotes deben estar los Sanchos, aunque sin necesidad de ser Panzas.

Pero mientras camina el convoy demos algunos datos sobre la tan mentada altiplanicie que no dejarán de revestir interés para el curioso lector.

El trayecto que recorrí es parte de la región inter-andina (las otras dos, llámanse andina y amazónica), según la clasificación de Kramer, o sea, de la meseta o altiplanicie boliviana que se extiende hasta el lago Titicaca, y que se llama también Puna. Los rasgos característicos son su altura que oscila entre 2.500 y 3.824 metros sobre el nivel del mar, la elevación de sus montañas que llegan a 7.697 metros, como el Illampu o Sorata, la más alta de América, el clima frío y de intensidad siberiana, comparado con el de otras regiones y consiguientemente la aridez desoladora que allí reina.

Las estaciones, en dichas regiones, ha escrito Arguedas, son dos solamente, el verano y el invierno. En la primera las continuadas lluvias hacen crecer el caudal de los ríos y de los lagos; el campo se cubre de un verdor amarillento y en las hondonadas se forman pantanos, ricos en aves marinas. Esta estación dura de noviembre a abril. De mayo a septiembre, es decir, en invierno, el campo es sólo un inmenso páramo gris. Fuertes rachas de viento levantan torbellinos de polvo. El sol brilla intenso, los charcos se secan y el aire es de una pureza admirable. Los más lejanos objetos destacan nítidos sus contornos; las cimas de las nevadas montañas fulgen albas; pero dondequiera que los ojos se dirijan, sólo descubren desolación y tristura que se hacen tangibles a la hora del crepúsculo, a esa en que no se sabe si es el día o la noche la que impera... Podría decirse que la pampa, en invierno, da la impresión del mar, pero de un mar muerto, sin olas, sin furores, lúgubre, hostil. Allí no se sorprende la vida, sino la nada. En medio de esa quietud petrificada, de esas sábanas grises y polvorosas, donde las caravanas, por numerosas que sean, semejan grupos de hormigas decrépitas sobre la vasta extensión de un plano, se siente tal abandono, tal soledad, que el espíritu no tiene ánimo de remontarse, de soñar. De ahí la ausencia de toda poesía en las razas que lo pueblan. Su belleza, si puede haber belleza dentro de la uniformidad de líneas y colores, es rara. En las primeras horas del día, bajo el cielo limpio y sereno, la pampa aparece cuajada de escarcha. Hiélanse los arroyos y manantiales y del suelo endurecido se levantan reflejos cristalinos y vibran en el aire soplos de nieve entumecedores. La calma reina; el humo de los hogares indígenas elévase en espirales al cielo, y no se oye sino el incansable balido de las bestias encerradas en los apriscos, el estridente grito de las aves de presa, y de vez en cuando, el tintineo de una esquila que se aleja, el ladrido de un perro que vigila el enflaquecido rebaño, la melancólica agonía de una *quena* que solloza...

El color dominante y absorbente, es gris. Por partes vénse manchas verdes y amarillas, y son los campos de sembrío; pero

esto en pequeña extensión y en las cercanías de los poblachos y villorrios.

El resto es uniformemente gris. Algunos cerros ennegrecidos rompen la uniformidad del llano; son cerros rocosos los más y consiste su vegetación en paja dura y áspera y una especie de espinas con blanca pelusilla, que florecen a ras del suelo. La sequedad de éste, en su mayor extensión, es siniestra. Manchado en sitios de ocre, en otros de pardo, en otros de ceniza, alárgase implacablemente desnudo, dejando un horizonte amplio, vibrante de luz y ofreciendo curiosos fenómenos de espejismo que fingen gigantescas urbes, lagos de onda muerta...

La fauna es pobre.

Cerca de los cerros de áspera estructura, se encuentran guanacos, cóndores y vizcachas, especie de liebres de larga cola y color terroso. En el llano y en los sitios más solitarios, pastan las vicuñas, las llamas y una raza especial de caballos de pequeña talla y lanudo pelaje: son agrestes, irascibles y de indomables instintos; en los arroyos y cenagales anidan infinidad de aves acuáticas. La vegetación de las partes húmedas se reduce a plantas forrajeras, a los pajonales y yaretales, producción musgosa buena para combustible; la cebada, la oca, la quinua; patatas de diversas clases y la *tola*, otra planta de combustible y cuyo color verde grisáceo ensombrece aún más el yermo. Empero si no rica en vegetación, la pampa y las cordilleras son exuberantemente pródigas en metales. Los hay de toda clase... Son en las minas de esta región donde los conquistadores han trabajado y hecho trabajar rudamente a los conquistados, y hoy día se han descubierto otras muchas, todas en extremo ricas, y su explotación es causa del desarrollo incesante de ella.

Realmente, más de una vez, en toda esta larga extensión que recorrí hasta Guaqui, el puerto boliviano del Titicaca, tocando, en fechas diversas, Atocha, Uyuni, Río Mulatos, Oruro y La Paz, mi imaginación volaba al desierto del Africa para encontrar parangón adecuado a algunos puntos que me fué dado contemplar, o algo que fuera reflejo fiel de los vientos

huracanados que según los informes recogidos, se desatan a veces tan recios y potentes, que obligan a los trenes a detenerse, porque en más de una ocasión ha tumbado vagones y coches y hecho descarrilar convoyes.

En la Estación de Uyuni nos esperaba el cura de esa ciudad, que cuenta ya alrededor de 5.000 habitantes, y a quien el Metropolitano de Sucre que tuviera ya la fineza de hacerme llegar a Tupiza un saludo telegráfico se había dignado prevenirle de mi llegada, encareciéndole me dispensase las atenciones del caso. Igual cosa había hecho mi dignísimo hermano con los Vicarios Foráneos de Potosí y de Oruro, y todos, satisfaciendo con creces sus deseos, comprometieron mi más honda y sincera gratitud.

Uyuni es acaso el paraje de clima más inclemente y frío que he conocido en esta jira. La temperatura desciende en invierno hasta 25 grados bajo cero y llueve hasta cuarenta días de seguida, algunas veces. Y como el terreno es uniformemente plano y el subsuelo impermeable, el agua no se insume sino con gran lentitud, ocasionando molestias sin cuento a sus ya curtidos moradores y convirtiendo aquellas inmensas planicies en dilatadísimos lagos. La noche que allí pasamos, por no haber tren nocturno a Potosí, fué friísima y lluviosa. Todo ese día había por intervalos, llovido y nevado de lo lindo. Y eso que estábamos ya en septiembre. Verdaderamente que se necesita una vocación especial, tanto como una constitución de acero, para morar en estos sitios.

El vientecillo que soplaba a las seis de la mañana siguiente, hora que atravesamos la ciudad a pie, porque no hay coches en esta siberiana metrópoli, para ir a tomar el tren de las 6.30 que, con trasbordo en Río Mulatos, nos conduciría hasta la histórica y tradicional Potosí, penetraba hasta los huesos.

Ya dijimos de la aridez y monotonía de estepa que revisten estas pampas solitarias, estos páramos inmensos que se alargan de sur a norte en más de 150 leguas por un ancho que oscila entre las 30 y 40 leguas, y no hay necesidad de volver sobre lo mismo.

Los contrafuertes andinos a la izquierda y la soberbia cordillera de los Frailes a la derecha, con su fulgente clámide de nieve costean y cortejan paralelamente la vía, distrayendo la imaginación y recreando la vista del viajero. Pero fué ciertamente sensible que, por lo nublado del día, no nos hubiese sido dado contemplar uno de esos curiosos fenómenos de espejismo que tan frecuentes y comunes son en todo este vasto altiplano. Porque, en efecto, como en los arenales del Africa, como en la pampa argentina, también en estas desmanteladas llanuras vense estos soberbios mirajes, máxime a la salida del sol, cuando sus rayos horizontales se prestan más a mentidos juegos de óptica y convierten en ejércitos los humildes pajonales, o pintan en el aire, con mano maestra y sin igual colorido, las ondas de un mar, las tranquilas aguas de un lago, o bien torres, iglesias y fantásticas ciudades.

En cambio, el trayecto de ciento setenta y cuatro kilómetros que separa Río Mulatos de Potosí, esfuerzo atrevidísimo de la moderna ingeniería, guarda inesperadas sorpresas. El hombre ha triunfado allí de la naturaleza de una manera espléndida.

Arrancó el convoy a las 9.30 y salvadas las primeras cuatro leguas en un plano relativamente suave de ascensión por mesetas y hondonadas, comienzan ya los rieles a internarse en plena sierra de los Frailes, escabrosa, árida y triste como pocas. El tren hace prodigios sobrehumanos para escalar las alturas y dominar las cimas, y ora arrastrándose al borde del abismo, ora horadando la roca viva a guisa de barreno, ora retorciéndose como sierpe de vértebras de hierro, parece va a ser aplastado a cada recodo del camino por las ingentes moles que retiemblan a su paso. Y así tajando las montañas, describiendo curvas cerradas de herradura, repechando pendientes, bordeando curvas, enfilando honduras y declives sin fin y rampando laderas en que se queda uno suspendido entre nubes y abismos, trepa por riscos, picachos, gargantas y precipicios, a regiones al parecer inaccesibles, donde no crece una planta, ni se ve un insecto, ni gorgea un pájaro, ni se divisa un cuadrúpedo, hasta llegar a la estación El Cóndor, altura máxima de la línea

a 4.823 metros sobre el nivel del mar, donde se entumecería hasta "el viejo morador de la montaña" que diría Olegario Andrade. El aire enrarecido oprime el corazón y siéntese el alentar dificultoso en la mayor parte de los pasajeros, que pálidos, decaídos, taciturnos esperan impacientes la señal de la marcha, que les redima cuanto antes de aquel suplicio.

Desde allí comienza el descenso rápido con nuevos y gigantescos panoramas de montañas escuetas, abruptas y salvajes que asombran y aturden, entre un mar borrascoso de serranías de tonos azulinos, cobrizos, escarlatas, negruzcos y rojizos, como si fuera aquello el crepúsculo del mundo, hasta llegar a Potosí, a las 8 de la noche, con el espíritu vibrante, la imaginación enardecida y los nervios en punta.

Era hasta entonces, el viaje en tren, de emociones más intensas que había realizado en mi vida que es ya larga, andariega y pecadora. Pero cuando más tarde bajé desde Juliaca a Arequipa, hube de convencerme que quedaba en segundo plano ante ese otro, del que más tarde tendré oportunidad de hablar.

Después de ésta, difícilmente se encontrará una vía más brutalmente salvaje y grandiosa. Honra sin duda alguna a Bolivia, y para cualquier nación sería un orgullo. El kilómetro de esta línea costó diez mil libras esterlinas.

Por lo demás aquellas fuertes sacudidas, aquellas emociones intensas lleváronme tan abstraído y alejado que el día se me fué en un soplo. Había también otro detalle interesante, el de una finísima nevada que nos fué espolvoreando durante varias horas y cubriendo aquellas abruptas serranías con el manto glorioso de los ángeles, mientras allá en lontananza los picos más elevados, destrenzaban caprichosamente hacia el bajo, su blanca cabellera, salpicada de puntitos negros, verdáceos y grises, formados por los aleros de piedras, raquíticas *tolas* e impávidas vicuñas.

Huelga decir que el enrarecimiento del aire en tales alturas es grande. Los mareos, vahídos, vascas y dolores de cabeza son frecuentes. Personas hay que sufren mucho por las

recias palpitaciones que sienten hasta llegar entre precipitadas pulsaciones, a echar sangre por narices y oídos, si bien esto no es común. De aquí que todo viajero que por vez primera se arriesga por esas alturas, en que sólo se mueven con holgura las llamas, las vicuñas y los cóndores... y también los indios que tienen la entraña de aquéllos, debiera ir provisto de medios adecuados para combatir el soroche. A mí no me faltaban ni agua de Colonia, ni sales aromáticas, ni mucho menos las perlas de éter que, son las mejores y de efecto más rápido. Y si bien, a Dios gracias, no tuve necesidad de ellas, sirviéronme para auxiliar a una distinguida señora que tuvo momentos amargos durante la travesía aquella. Del resto, aunque no mareos, ni dolor de cabeza, ni otras novedades de mayor bulto, se experimenta siempre una pequeña desazón, que es sinónima de fatiga, de ansiedad, de dificultad en la respiración, que aumenta, como es claro, y molesta doblemente si uno camina, hace algún esfuerzo, o se deja sugestionar por el miedo.

Valor, pues, y sentadito, cruzarse de manos, que el triunfo en estas alturas, es sólo de valientes haraganes.

CAPÍTULO V

Potosí. — Fascinación que ha ejercido este nombre. — La ciudad más populosa de América. — Datos interesantes sobre sus fabulosas riquezas y magnificencia de sus fiestas. — No todo lo que relumbraba era oro. — Sic transit... — Lo que aun queda. — Potosí, la Toledo boliviana. — En qué ha de reponerse su verdadero carácter, y la poesía que encierra. — Tradiciones y leyenda...

¡Potosí! Ciudad que suena a cuentos, fábulas y leyendas medioevales, a opulencias y derroches, a nobleza y aristocracia adinerada, como a aventureros audaces de arzón plateresco y espuela sonadora; porque todo esto y algo más se despierta en el magín, al solo nombre de esta ciudad y cerro que parece ya no existieran sino como mito de leyenda.

Estaba por fin en Potosí, no en la magnífica y deslumbrante de los tiempos idos, sino en la maltrecha y zarandeada de los nuestros, realizando así uno de los ensueños de mi viaje.

Trasladaos al siglo XVI, siglo más que ningún otro de empresas y conquistas, pero también de tradiciones de sueños y aventuras quijotescas, de encantamientos y de brujas; figuraos a esos conquistadores y aventureros hispanos que vivían con la coraza puesta y la lanza en ristre en perpetuo batallar con los indígenas soñando en empresas temerarias, en gigantescas conquistas, en tesoros escondidos de los Incas, o en fabulosas tierras de César, y vedlos luego dueños de un cerro maravilloso que casi por vía de encantamiento echaba ríos de oro y plata por sus grietas, y comprenderéis fácilmente la fascinación y locura que embargaba a aquellos hombres ávidos de

fortuna, de gloria y de renombre. Eso de verse trocados de la noche a la mañana de pobres, rudos soldados, en potentados caballeros, en condes y marqueses de fortunas solidísimas, con millones en el bolso, era algo tan extraordinario e inaudito que la fama de aquel cerro divulgóse en un instante por todo el mundo, atrayendo una población que creció vertiginosamente en poco más de sesenta años.

No habían transcurrido tres años desde que el capitán Juan Villarroel, hizo comprobar y registrar el 22 de abril de 1545, la primera mina de plata que descubrió, a la que bautizara con el nombre de su compañero, de "Descubridora Centeno", cuando ya hervían los aventureros venidos de otros puntos de América y también de Portugal, pero sobre todo de España, extremeños, gallegos, castellanos, catalanes, andaluces y vascongados. Ya en el censo de 1611 era la ciudad más populosa de América, arrojando una población de 160.000 habitantes, pero fué creciendo con el andar del tiempo, y llegó a contar en 1656 en que Potosí había llegado al apogeo de su esplendor y grandeza, con una población mucho mayor, 36 casas públicas de juego, fuera de las privadas quizás más numerosas, 4 compañías de comedias, 138 ingenios y 360 tabernas. Diz que el mismo autor de Don Quijote tentado por la fama de tan ubérrimas riquezas pretendió, sin conseguirlo, una plaza de corregidor en La Paz, salvándose así por tan feliz contratiempo aquel su hijo que ha de vivir pregonando el nombre de su padre, y el de España y de su idioma, mientras la humanidad subsista.

Ninguna ciudad del nuevo mundo podía competirle ni en riqueza y fausto, ni en magnificencia y esplendidez de sus fiestas y procesiones, pero ni tampoco en odios concentrados de bandos, en soberbia y despilfarros y vicios y crímenes de toda clase que tocando los límites del desenfreno y la locura, se habían allí dado cita.

Las "Crónicas de Potosí" de Martínez Vela que, con minuciosidad de detalles abarcan un período de más de doscientos años, traen datos suficientemente interesantes para dar la sen-

sación acabada y el colorido perfecto de esa opulencia principesca. Ciento treinta mil pesos costaron las exequias de Felipe II, y ciento cuarenta mil las de Carlos V. Hubo banquetes, como el del criollo Solórzano, en que se gastaron setenta y cinco mil pesos, subiendo a sumas mucho mayores las fiestas de bodas, pues las comunes no bajaban de treinta o cuarenta mil pesos. Muchos eran los millonarios improvisados en pocos años; y los menos ricos de aquella ciudad tenían trescientos a cuatrocientos mil pesos, llegando a servirse de barras de plata hasta para trancar las puertas. No era de extrañar. Las cinco mil y pico boca-minas del cerro, en febril explotación, arrojaban diariamente ríos de plata, habiendo vetas como la *Polo y Veta-Rica* que producían plata nativa, llamada *pasamano* que por su pureza no necesitaba beneficio.

¿Qué importaba, pues, que innumerables indios *mitayos* llevados a viva fuerza de todos los pueblos del virreynato para el laboreo de las minas, sucumbieran miserablemente unos tras otros, sin lograr nunca volver a sus pobres chozas a abrazar a sus hijos y recibir el beso de amor de sus mujeres? ¿Qué más daba que se jugaran y perdieran todas las noches en cada una de las casas de juego de 40.000 a 80.000 y hasta 100.000 pesos, o que en el solo año de 1624, ascendieran los robos a 2.123, los muertos y heridos a 2.100, y a 3.000 las pendencias y marimorenas que se armaran en la calle?

¿No bastaba por ventura aquello de:

Potosí... repetía la fama
Eso sí... contestaba el eco
Si fortuna quieres
Vete a Potosí,
Y si no la encuentras
Busca en Tollosí (1)
O anda y acaba
En Andacaba

que cantaba la musa popular?

(1) Cerro de las cercanías de Potosí que, como el Andacaba se le creía muy rico en minerales.

Lógica consecuencia de tanta abundancia de riquezas era no sólo el fausto y lujo de la desbordante vida social que se traducía en fiestas rumbosísimas con motivo de casamientos, bautizos (1) cambio de autoridades, coronamiento de nuevos monarcas de España y feliz alumbramiento de la reina, etcétera, etc., sino también en piques de preponderancia de casas y apellidos, en odios y discordias civiles, en luchas y reyertas de partidos de extremeños, vascongados o vicuñas (2) en juegos y lances de honor, en cuchilladas, apaleaduras y estocadas, en peleonas, zurribambas y bolinas, y en inmoralidades y orgías y bacanales sin nombre que hacían estremecer la pluma y las carnes de los muy verídicos cronistas que tales cosas registraron.

Y bien, ¿qué ha quedado de toda la deslumbrante gloria de la Villa Imperial de Hernando Pizarro, de Villarroel y de Centeno, que rivalizaba en fuerza y poderío con la hija del Rimac, la ciudad de los Reyes, de Francisco Pizarro? Rastros apenas visibles de su pretérita grandeza, y sus cuentos y tradiciones que llenan las páginas de la bibliografía potosina y entretienen los ocios de sus moradores. *Sic transit gloria mundi...*

En el corto tiempo que allí estuve he oído tantos relatos maravillosos y he visto tantas ruinas que bastarían para llenar un libro.

Aun se conservan alrededor de veinte iglesias, la mayor parte temblando por derrumbarse, agobiadas por el oro de sus retablos, el peso de sus capiteles crepitantes, el polvo de sus lienzos incontables. ¿Lo creeríais? En la sola iglesia de San Martín, he tenido la paciencia de numerar uno por uno ciento cuarenta cuadros al óleo, entre lienzos de figuras y decorativos

(1) Para el bautizo de un niño, se hizo ir exprofeso, a todo un Señor Obispo desde la Asunción del Paraguay, recorriendo S. S. Iltma. toda esa enorme distancia a lomo de mula. Esto es rigurosamente histórico, la partida de bautismo con este original detalle se conserva en los libros parroquiales de la Matriz de Potosí, donde cualquiera puede verla.

(2) Así se llamaba a un partido de *criollos* que hizo su aparición en el escenario por los años de 1593, y que tomó por símbolo de libertad a la *vicuña* de los Andes, y adoptó también en 1622 el sombrero de vicuña como distintivo de su bando; sombrero que como contraseña de reconocimiento de los patriotas reapareció en los primeros movimientos de la independencia en el Alto Perú.

de flores. No se distinguirán por su valor artístico, excepción hecha de dos o tres, pero allí están en sus antiguos regios marcos dorados, rotos los unos, revenidos y rajateados los otros, y todos cubiertos de tierra, tapizando materialmente las paredes interiores del vetusto templo y contigua sacristía. No les dolían prendas a esos ricachos potosinos para hacer venir las telas que querían de España o de Italia. Hay también varias plazuelas antiguas, inmensa multitud de fuentes aunque sencillas y vulgares, fachadas de piedra labrada en edificios públicos y privados, con sus heráldicos blasones de nobleza, destartalada casa de moneda, ventanas de férreos barrotes retorcidos, balcones moriscos y colgantes como viejos nidos de urracas, portones que chirrían con rabia sobre sus goznes de madera, tachonados de enormes clavos negros que semejan estrellas apagadas de un cielo sin fulgores, conventos y beaterios derruídos cuando no profanados, ruinas de antiguos ingenios y de casas abandonadas, calles que, como las de Pompeya, parecen ir entre sepulcros, encrucijadas y callejas sucias, estrechas, desparejas y tétricas, entre edificios vetustos de arimeses dentados, sin que le falte a esta original semi-muerta ciudad, a este túmulo de pasadas glorias la pirámide funeraria de su cerro, con sus teas ya casi extinguidas, por el frío de los siglos y la codicia de los hombres.

Respetando su regia, magnífica Matriz, concluída a principios del siglo XIX, ¿no hay, por lo visto, nada moderno, digno de llamar la atención del viajero? Sí; sus habitantes, su tren y el auto que va a Sucre... y acaso algo más, como la columna erigida a Bolívar, que mis ojos no alcanzaron a distin-

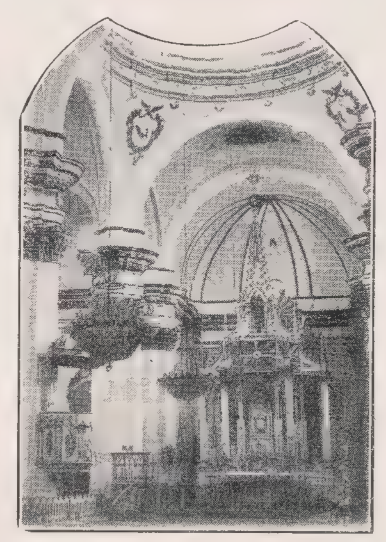


Iglesia Matriz

guir, fatigados como estaban por aquel cuadro de fondo medioeval, estilo toledano y siniestro colorido de del Grecco. Por lo demás, si nadie va a Toledo a buscar ejemplares *art nouveau*, tampoco se llega a Potosí, la Toledo boliviana, tras de muestras de edificios a la moderna que en riña desapiadada, contrastarían furiosamente con su ambiente, con ese genuino y típico ambiente de la edad media, que le da carácter y en el que debe reponerse su mérito precípuo.

De mí sé decir que ninguna otra ciudad me ha recordado tanto a Toledo, como ésta, y que al recorrer sus calles, más de una vez, me he creído trasportado a la vetusta y poética ciudad del Tajo, y se ha necesitado toda la chillona indumentaria indígena que hería mi vista para volverme del engaño y avisarme que pisaba suelo americano. Su recuerdo se ha grabado tan honda y gratamente en mi alma, que bajará conmigo a la tumba.

Tiene tanta belleza esa su eclipsada gloria, esos sus rotos blasones, esos sus balcones moriscos... Y ¡cuántos recuerdos dormidos! ¡Cuántas bellas tradiciones, cuántas donosas, infantiles leyendas no os salen al encuentro, en cada templo o vieja morada, en cada calle, esquina o encrucijada, en cada reja o balcón de esta urbe potosina!



Interior de la Iglesia Matriz

Por estos barrios empeñábanse las famosas, bravías lides entre vascongados, extremeños, andaluces y vicuñas que hicieron correr sangre por más de dos siglos largos. Allí, en aquel sitio fué ahorcada aquella viuda joven, rica, guapa y desdeñosa, que se llamó doña Magdalena Téllez por haber claveteado

sobre una cruz a su segundo consorte porque no supo tomar venganza, según se lo prometiera, para lograr obtener su por tantos galanes requerida mano, contra Sans de Barca y su esposa doña Ana Roeles, eternos rivales suyos. Por esta calle entró más de una vez clamoreando la amotinada muchedumbre contra sus mismos gobernadores y no cesó hasta no verles colgados y ajusticiados en aquella plaza. Por allá pasó aquel célebre millonario don Francisco Rocha, de luenga y mal adquirida fama que, por falsificador de moneda fué entregado al infamante suplicio de la horca. En esta casa verificóse el rapto de aquella real moza que fué doña Margarita Astete de Ulloa por su amante don Nicolás Saulo Ponce de León, quien, a lanzada limpia, derribó a sus enemigos, en el momento mismo que iban a casarla, violentando su voluntad, con quien ella no quería, y tras largas peripecias y aventuras, pudo llegar a Lima, obtener el perdón del virrey y tenerla por legítima consorte. En esa esquina sentábase a pedir limosna aquel misterioso pordiosero, con una calavera en la mano, quien por más de veinte no interrumpidos años, pálido y demacrado, parecía llevar una vida de rigurosísima penitencia... "Muerto ya, dicen las crónicas, se le encontró un papel que revelaba el misterio tremendo de su historia: esa calavera era la de su enemigo, a quien mató y le comió el corazón a bocados, veinte años atrás; esa penitencia aparente era el placer de su atroz venganza en la contemplación de la muerte que había dado, "más fiero que las fieras, dice él mismo, miraba la calavera de mi enemigo y me pesaba infinito de haberlo muerto, que si mil veces resucitara, otras tantas le volviera a quitar la vida...".

Fuera nunca acabar el insinuar siquiera los principales cuentos tradicionales, o leyendas de aquel pueblo. No hay iglesia, ya dijimos, ni convento, ni caserón viejo, ni boca-mina del famoso cerro, ni recodo o encrucijada de sus alrededores y lugares circunvecinos, que no guarde algún cuento o hecho extraordinario en que duendes, brujas, fantasmas, demonios y apariciones de almas en pena, se daban la mano en esa época de credulidad, al mismo tiempo que de estragadas cos-

tumbres y de gran ignorancia, para traer atemorizado y con algún remordimiento de conciencia a este alegre y mal entretenido vecindario. Por lo demás, sabido es que tras el manto del fantasma o del duende sigilábanse truhanes de tomo y lomo que hacían su agosto explotando la ignorancia y candidez de los necios.

CAPÍTULO VI

Fundación de Potosí. — Su aspecto. — El soroche. — Cuadros regionales. — Idiosincrasia del potosino. — Sus glorias — La Matriz. — Jerusalén. — San Lorenzo, San Martín y San Francisco. — Templos profanados. — Las lagunas y la Casa de la Moneda. — Impresiones, datos y cifras. — El Cerro, lo que fué y lo que es en la actualidad. — Datos interesantes acerca del modo de ser y vida que llevan los mineros del cerro.

Tiempo es ya de dar algunos datos y reseñar brevemente los principales monumentos que guarda la Imperial Villa de Potosí, título con que la agració en 1553 el Emperador Carlos V, y a la que en 1563 Felipe II dióle escudo de armas, señalándosele de sus propios cuarteles: dos leones, dos castillos, un águila, columna imperial y las dos columnas con la leyenda: *Non plus ultra.*

Potosí (a la que el censo de 1910 asignábale 25.791 habitantes) fué fundada el 1.° de abril de 1546 por don Juan Villarroel, los capitanes Diego Centeno y Santandia y el maestre de campo Pedro Cotamito. Al año siguiente el emperador Carlos V, confirmó, a favor del primero, el título de Descubridor del Cerro y fundador de la Villa de Potosí.

Edificada la ciudad al pie del famoso cerro que se eleva a 4.888 metros sobre el nivel del mar, ocupa ella una altura de metros 4.060 de elevación, como se ve, más que suficiente para que no puedan existir ni asomos de vegetación. Consiguientemente su clima es inclemente y friísimo, al grado que sus hijos bromean socarronamente, y en son de gracejo dicen que en Potosí no hay más que dos estaciones, el invierno y la

del ferrocarril. Su aspecto general es triste, melancólico, solitario; su edificación, sus calles, en su gran mayoría, colgadas y además estrechas, sucias y desparejas. Siéntese al recorrerlas, la asfixia del soroche que obliga a detenerse con frecuencia para poder seguir caminando. Basta decir, para formarse una idea cabal de esto, que si un predicador no se percata y quiere, de un tirón, desde la sacristía llegar hasta el púlpito, tiene que descansar arriba antes de empezar, de lo contrario la agitación y asfixia no le dejan pronunciar palabra; su predicación misma ha de ser pausada y tranquila; los arranques fogosos de oratoria, no resultan.


Potosí — Calle Bolívar

La indumentaria rara, extravagante, chillona y desaseada del elemento popular indígena que compone la gran mayoría de la población, tiene un sello característico que, unido al tipo genuino del indio, choca y hiere desapaciblemente la vista del recién llegado, y tráele marcadas remembranzas de los barrios árabes de oriente. Pero, qué cuadros, por otro lado, de costumbres regionales tan fecundos para la inspiración de un


India con su hijo

artista. Al contemplarlos de paso por las ruas, y sobre todo en el mercado y *hotel de los agachados* (1) sentía no ser maestro de la paleta. Qué manchas de color tan típicas y originales. Y qué sombras... qué sombras, sobre todo... que... combinadas con maestría y arte, con la luz que no falta, darían la sensación acabada del medio.

El pueblo es muy religioso; respeta y venera profundamente a sus *Tatayes*. El Tatay Obispo casi no puede dar un paso sin detenerse. Todos ansían besarle la esposa. Menos mal... hay así una excusa discreta para tomar alientos y defenderse contra el malhadado soroche.

Para el potosino no existe pueblo superior al suyo. Le domina y avasalla un regionalismo crudo, montañés, álgido y un apego tan extraordinario a sus lares rocosos y fríos que de arrancarlo con violencia, sucumbiría de murriña y de nostalgia, y hasta sentiría *soroche* a nivel mismo del mar. Ya sabéis, los que por allí llegáreis; al potosino elogiadle mucho sus casos y sus cosas; ponderadle, enaltecedle sus hombres, sus monumentos, su historia, su cerro, su cultura y adelanto, y hasta sus flores... que con prolijos cuidados de invernáculo logran obtener a veces, y os habréis granjeado su cariño, su simpatía y amor; de lo contrario, ¡guay! liad pronto vuestros petates, y, pies para que os quiero...

Por lo demás ya tienen títulos sobrados para enorgullecerse los potosinos. De Potosí partió la primera chispa de libertad en América, con el pronunciamiento el 15 de mayo de 1617 de Alonzo Ibáñez—glorificado hoy con un pequeño, pero hermoso monumento—que pagó con su cabeza el crimen de *haber alucinado a los incautos, ofreciéndoles la emancipación de las colonias,* como rezaba la sentencia, dada por el Justicia Mayor de la Villa, don Pedro de Ibarra. El diputado potosino Pbro. Dr. D. Manuel Martín Cruz fué el padrino de Bolivia, al exclamar en el Congreso del año 1825 en que se constituyó nación soberana: De Rómulo, Roma. De Bolívar, Bolivia. En

---

(1) Cocina popular, donde sentado en el suelo, come el pobre, por pocos centavos su... olla podrida.

Potosí, según dicen, se meció la cuna de nuestro benemérito don Cornelio Saavedra, Presidente que fué de la Primera Junta de Mayo, y de tantos otros ilustres hombres públicos bolivianos que fuera prolijo enumerar. Basta recordar lo que escribió en 1910 el potosino don Macedonio Araujo: "Potosí, dice, por su edad, por su historia, por sus glorias, por sus riquezas, por sus hombres, pudo haber sido como París (!!) en Europa, o siquiera como esta gran Buenos Aires en América. (!!!) y si no ha participado aún de la ley del progreso en general por motivo que nos duele explicar la razón... corresponde a las generaciones presente y futura, velar por los intereses generales del país, proclamando la unión, difundiendo la instrucción en todos los ámbitos del territorio... estableciendo el inmediato trabajo del ferrocarril de Tupiza a La Quiaca, con el fin de conseguir la inmigración, el capital, la ciencia y los útiles necesarios, principales factores para el resurgimiento de Potosí, país de tantas glorias y de tan mala suerte hoy que nada tiene y que todo le falta".

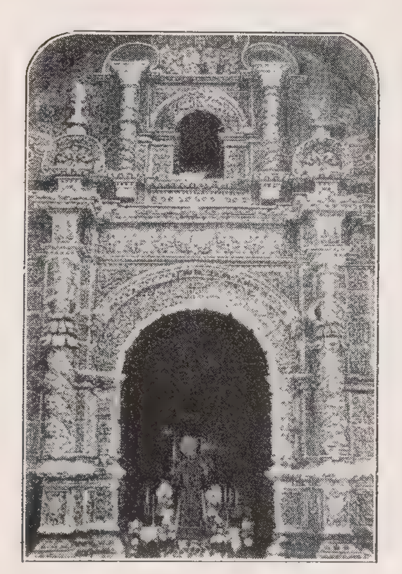
*

Por lo que hace a sus templos, el primero y principal sin discusión alguna, aunque relativamente moderno, pues, fué concluído a principios del siglo XIX en su espléndida Matriz, de tres naves, lo mejor de lo mejor que he visto en Bolivia, de fachada de piedra, solemne, sencilla, sobria, con grupos de esbeltas columnas en su interior, coronadas por artísticos capiteles dorados de gran efecto y valor.

Adornan sus paredes cuatro enormes altorrelieves ovalados que representan la Circuncisión, la Adoración de los Reyes, Santiago Apóstol y la Conversión de San Pablo. Me aseguraron ser tallados en piedra, pues, yo, por la elevación en que están colocados no pude apreciar este detalle; lo cierto es que son hermosos y de gran mérito.

Tiene esta iglesia, además de un riquísimo juego de candeleros de bronce, como de un metro de altura, exornados en

la parte baja con el escudo boliviano, en altorrelieve, y unas andas con su templete de plata y otros objetos de culto, dos cosas que llaman extraordinariamente la atención: una riquísima custodia cuyo sol es un verdadero sol de oro, cuajado de perlas, brillantes y otras piedras preciosas que valen un Potosí, y el sagrario del altar mayor, una joya de orfebrería antigua, toda de plata, con columnitas, estatuas de santos y ángeles, capiteles y adornos afiligranados, obra como las anteriores de los renombrados plateros potosinos. Aun hoy día, los modernos, no han perdido del todo la maestría de sus antepasados, y son célebres, entre otras cosas, los jueguitos microscópicos de té, trabajados en plata, que se mercan con tanta avidez, dos veces al año, en las ferias o fiestas llamadas *alacitas* al igual de aquellos otros muñequitos del tamaño de un mosquito, trabajados en hilo por las indias, con una perfección de detalles admirable.



Portada de la Iglesia de San Lorenzo

La iglesia de Jerusalén, no se distingue por su portada de piedra, apenas regular, ni por sus muchos y grandes cuadros al óleo, de mérito relativo, que cubren sus paredes, sino por el retablo del altar mayor con hermosas columnas salomónicas, por el arco superpuesto de la bóveda que lo cobija, y y por el púlpito, todo primorosamente tallado y dorado. Diz que todo el maderamen del techo fué llevado desde el Tucumán a lomo de indio. En cambio y como espécimen de tallado en piedra, no tiene rival en Potosí, la soberbia fachada del templo de San Lorenzo, verdadero encaje trabajado a punta de cincel. ¡Cómo goza el espíritu con esta clase de obras que

para nosotros resultan peregrinas y que tan comunes son en el Alto y Bajo Perú.

Los muchos lienzos antiguos, algunos no despreciables por cierto, las estatuas en madera y los retablos con altorrelieves, no llaman tanto la atención como un pequeño nicho, el púlpito y una regia tribuna o balcón, todo dorado, que corre en toda su extensión y por ambos lados de la única nave que tiene la antiquísima iglesia de San Martín.

Es todo aquello un magnífico encaje de madera, desgraciadamente muy deteriorado, mal tenido y casi en ruina. Le faltan ya muchos adornos y motivos, y otros cuelgan desprendidos de su sitio, resecos, lastimados y cubiertos de una capa de polvo, sin que haya nadie, al parecer, quien se apiade de aquel tesoro, ni mucho menos que sea capaz de restaurarlo. Entre los setenta cuadros al óleo y los setenta medallones decorativos de flores que lo adornan y que corren suerte idéntica a la de los tallados, sobresale un pequeño y artístico San Jerónimo, sobre acero que, con otros cuadritos del mismo tamaño adornan el púlpito.

Al visitar el convento de San Francisco que data de fines del siglo XVI, tuve oportunidad de ver también su espacioso templo de tres naves, con enormes pilastras y arcos de sillería, que dan la sensación de pesadez, al mismo tiempo que de indestructibilidad, tan propia de las obras antiguas. Aquí venérase un gran señor crucificado, en madera, que, con el nombre de señor de la Vera Cruz, es la efigie más célebre y que más culto recibe de los católicos potosinos.

Hay muchos otros templos en la clásica Villa Imperial, pero o no tienen mayor importancia, o están convertidos en un montón de ruinas, o lo que es mil veces peor, enteramente profanados y sirviendo de locales de diversión mundana. De las familias religiosas de hombres, sólo quedan los humildes hijos de San Francisco, trabajando al lado del clero secular y de las hermanas hijas de Santa Ana que regentan un colegio, hospital, un hospicio de ancianos y otro de huérfanos y ayudados todos por las oraciones de antiguas monjas claus-

tradas, Carmelitas y Agustinas, alias monasterio de Remedios, de Santa Mónica, que datan del año 1682. De los religiosos de San Juan de Dios, jesuítas, domínicos, mercedarios, belemitas, agustinos y benedictinos, sólo se conservan los nombres y las huellas de su paso. Ojalá sus casas y sus templos hubieran corrido también su suerte, o acompañádoles en su éxodo. No se vería ni tanta tristeza y desolación, que trae a la memoria el abandono y desnudez de la ínclita hija de Sión, tan llorada por el profeta de los trenos. Y si no, véase el siguiente cuadro: *San Juan de Dios*: la iglesia funciona aún, el claustro convertido en hospital.

San Benito: aún se conserva este templo, llamado también de los españoles, pero nada queda del convento de los padres benedictinos.

La Merced: el templo sirve todavía para el culto, y el convento para vivienda de personas particulares.

San Agustín: la mitad de la iglesia en uso, la otra presta local, con autorización eclesiástica, para el Círculo de Obreros, pero los claustros sirven de moradas particulares a no pocas familias.

Sto. Domingo: la iglesia destinada todavía para el culto, pero el claustro convertido en cárcel de hombres y muje res.

La iglesia de los jesuitas, trocada en Ska-tin-Rin (!!) y de la casa, parte convertida en cuartel y parte en escuela particular, siendo de advertir que el templo hoy profanado es en su conjunto el monumento más precioso tallado en piedra que se encuentra en Potosí y su torre con veinticuatro colum-

Torre de la Compañía de Jesús

nas salomónicas y encajes fileteados de piedra es una obra de arte preciosísima.

Betlemitas: el claustro convertido en el Colegio Nacional Pichincha, y el templo en teatro municipal. El presbiterio sirve de proscenio, el coro alto de palco principal. Entre los pilares, que son de piedra labrada, han construído los palcos comunes, y el centro lo ocupa la platea. La portada es de piedra labrada desde la base hasta su coronación, por el estilo de la de San Lorenzo, si bien no tan hermosa y artística como aquélla.

¿No es verdad que todo esto, tanto como una profanación, es una torpeza sin nombre y un pecado contra el arte? Así es en efecto; pero... lo hicieron los padres o padrastos de la patria y ellos tenían las llaves del cielo para decir y hacer lo que les plugo.

Entre otras cosas dignas de visitarse están las 14 gigantescas lagunas que surten de agua a la ciudad y a los ingenios y la célebre casa de la Moneda. Aquéllas, a las que no me atreví a llegar por la altura en que se encuentran, en los cordones más elevados de las montañas vecinas, son obras poderosas de arte y de esfuerzo hechas en 1576. Una de ellas reventó en 1626 y fué tal el torrente de agua que inundó la ciudad que perecieron cuatro mil habitantes, y quedaron arrasados veinte ingenios, cincuenta y ocho manzanas de edificios de españoles y cincuenta y dos de indios, perdiéndose, como es claro, muchos millones de pesos. La Casa de la Moneda, creada juntamente con la de Méjico y la de Santa Fe en el Nuevo Reino de Granada, por Real Orden de 11 de mayo de 1555, es una enorme, pesadísima construcción de dos pisos, con sus vetustas galerías coloniales, su magnífica portada y blasón heráldico de piedra, cerrada con macizo portón de madera, exornado de grandes clavos de remache, grifos y monstruosa aldaba de bronce ostentando el escudo de Bolivia, todo laborado a golpes recios de martillo.

En uno de los dos espaciosísimos patios cuadrados que tiene, vese aún el característico reloj solar de la época. Veinte

años duró la construcción del edificio, y va ya para los once (1.° enero de 1909) que no se acuña moneda. Sin embargo los millones que han crujido bajo sus troqueles, por lo que respecta a este solo mineral de Potosí, puede ascender, según el cálculo que hace Don Vicente Ballivián en su *Archivo Boliviano*, a la suma fabulosa de 3.631.128.362 pesos fuertes.

Al visitarlo, se cree uno trasportado a plena edad media. Las toscas escaleras que conducen a cuartos misteriosos, a sótanos oscuros y lóbregos, el maderamen de los techos, las vigas gigantes, los enormes cuadrados postes de madera rústica, trasportados desde las provincias del Tucumán, diaguitas y juríes, a lomo de indio, y todavía intactos, como si los siglos en vez de morderlos y deteriorarlos los hubiera petrificado, los cuños y troqueles antiguos que de entre la basura de pesebres y corralones pudieron recogerse y salvarse, la tosca, primitiva maquinaria de madera, sustituída en 1869 por la segunda a vapor que de Norte América hizo venir Melgarejo, reemplazada más tarde por otra más moderna que simplificaba el trabajo de acuñación, los prolijos pergaminos y libros de contaduría, de contratos y pagos de jornales, los mamotretos y líos de documentación histórica que aun queda, al lado de vetustos, empolvados lienzos de figuras amaneradas, hieráticas pero que cuentan historias de reyes, y todo este enorme material de objetos y trastos viejos esparcidos y como perdidos en este inmenso caserón destartalado y sucio que evoca siglos y generaciones que fueron, repercute tan hondamente en el espíritu, que se siente el frío aletazo del tiempo y entran como



Portada de la Casa de la Moneda

estremecimientos de miedo y ansias de escapar cuanto antes.

Los potosinos de enjundia que en visita nocturna se atrevan a recorrer aquellos antros siniestros, aquellos claustros solitarios, sabrán o nó decir si también por allí crujen puertas y botas de férreos tacones y vagan fantasmas y se oyen ruídos misteriosos de cadenas, si suspiros y largos quejidos de almas en pena, o se dejan caer de los techos piernas y brazos humanos con aquel terrible *"caeré o no caeré"* que nos helaba de espanto allá en nuestros años infantiles. Pero a fe que, haya o no haya algo de esto, ya tienen en ese caserón vacío y tétrico ambiente propicio y perenne manantial de inspiración para sus entretenidos cuentos y donosas o espeluznantes tradiciones.

*

¿Y qué fué, qué es al fin del mentado cerro de Potosí? ¿Es un pobrete sin crédito y vive ya sólo de su fama, contento con haber pasado a la leyenda, o cuenta aún reales y cuartos en su vieja oxidada petaca? ¡Vaya si los cuenta! Más de cuatro mil mineros viven todavía en sus metálicas entrañas y de suponer es, que no será en balde.

Pasó ya aquel tiempo, es verdad, en que según cuentan las crónicas, el indio Diego Huallpa, el verdadero descubridor de la primera ruta del Cerro de Potosí, apacentando sus llamas por aquel sitio, encendiera fuego para ampararse del frío, y vió al amanecer "que derretido el poderoso metal con el fuego, había corrido en hilos de plata... de lo que cerciorado don Diego Villarroel, minero de Porco, comprobó personalmente el descubrimiento, e hizo registrar la mina con el nombre de *Descubridora o Centeno.* Y a buen seguro que tampoco no volverán aquellos benditos días en los que el turco Emir-Sigala, conocido con el supuesto nombre de capitán Zapata, volvióse, en corto espacio de tiempo, a su tierra, dueño de dos millones de pesos, y llegó a ser más tarde virrey de Argel y almirante de las escuadras otomanas; ni mucho menos aquellos otros de don Antonio López de Quiroga, alias Quiroz,

tan bueno y rancio católico, como poderoso archimillonario, de quien el pueblo, por su honradez acrisolada y grandes caridades que hacía, solía decir: *Después de Dios, la Casa de Quiroz,* y que pasó como lema de su escudo nobiliario. Don Modesto Omiste en sus *Crónicas Potosinas* escribió lo siguiente de su sola mina *Cotamito*: "La poderosa y antigua labor de *Cotamito,* cuyo solo desagüe costó millón y medio de pesos, retribuyó liberalmente los esfuerzos de sus infatigables propietarios Quiroga (Don Antonio López de) Ortega y Gambarte en 1707, produciendo ricos metales de plata blanca y plomo ronco, en tal abundancia, que en el espacio de siete años, se registraron por el valor de sesenta millones, sin contar con las exportaciones clandestinas y las cantidades empleadas en la construcción de bajilla y útiles de servicio doméstico, de que tanto gustaban los ricos mineros de aquellos tiempos"[1].

"Setenta y seis años antes, es decir, en 1651, se habían hecho célebres por el poderío de sus riquezas, y la pureza de sus metales, la ya nombrada labor, *Cotamito,* lo mismo que la *Centeno, Pampa-Oruro, La Emperatriz, Polo-Grande, Amoladera* y otras más, que rindieron al rey de España hasta entonces, en 107 años por razón del impuesto llamado *quinto,* la enorme suma de *tres mil doscientos cuarenta millones de pesos fuertes...*".

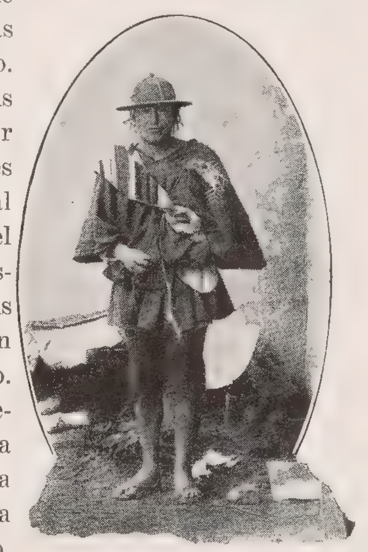
Esos dichosos tiempos, seguramente, como las golondrinas becquerianas, no volverán... pero el codiciado metal del Cerro no se ha agotado aún. Huroneado en todas direcciones, y mostrando sus más de cinco mil boca-minas que lo convierten en un verdadero arnero de forma cónica, que se mantiene en pie, Dios sabe cómo, guarda todavía riquezas suficientes para aguijonear la codicia de no pocos y excitar el interés, el *auri sacra fames,* de los más.

No carecen de interés los siguientes datos que me daba monseñor Garret, vicario foráneo de Potosí, joven sacerdote chuquisaqueño, de relevantes prendas personales, acerca del modo de ser y vida que llevan los pobres mineros del Cerro. Son, me decía, buenos, religiosos y amantes del orden. Saben,

eso sí, hacerse respetar, cuando se presenta el caso y se les provoca en sus creencias o se les coarta su libertad. En las diferencias que tienen con sus patrones—que dicho sea en honor de la verdad jamás les explotan—acuden al Tatay para que se las arregle. Los patrones se valen también del bondadoso Tatay para obtener de ellos lo que creen justo; y así no hay nunca peligro de huelgas en las que el obrero lleva siempre la peor parte. Cada mina tiene en su interior su altarcito—esto es algo sacramental en la vida del minero—con su santo Cristo, y hasta cada sección de una misma mina lo preside el Señor, a quien hacen sus promesas y se encomiendan de corazón, convencidos profundamente de que ellos más que los otros están en manos de Dios y que no tienen un minuto seguro en aquellos antros de infierno; saben que han entrado al principiar la semana, pero ignoran si al fin de la misma volverán a ver la luz del día o quedarán sepultados en aquellos abismos sin fondo.

Una vez al año hacen colecta, para mandar celebrar *oficialmente,* diremos, una serie de misas cantadas, sin perjuicio de las particulares que encarga cada uno.

El Tatay tiene en ellos sus mejores cooperadores para dar brillo a las grandes festividades o manifestaciones de orden social católico que se hacen, como ser el Corpus, la recepción del Arzobispo o Internuncio, etc. El Corpus Christi sobre todo lo celebran con pompa y esplendor extraordinario. Los que no pueden bajar del Cerro, salen a la boca-mina a la hora de la elevación de la hostia en la misa cantada, haciendo idéntica cosa, durante todo el Octavario, por la tarde, para recibir la ben-



Indio de Potosí.

dición que se da con el Santísimo. Al efecto el Preste imparte una bendición especial en dirección del cerro, donde sabe, que al darse la señal con la campana hay multitud de almas buenas, postradas de hinojos para recibirla. Fué para ellos una verdadera fiesta la visita que les hizo meses pasados el Excmo. Señor Internuncio Monseñor Caroli, quien se dignó también celebrarles, en la región de las minas, el Santo Sacrificio de la Misa.

Cuatro años a esta parte, los concejales, o munícipes, invadiendo ajenas atribuciones, dieron una ordenanza prohibiendo los responsos en la iglesia. Los mineros al saberlo, bajaron del cerro en número de dos mil, hicieron explotar varias bombas de dinamita que quebraron los vidrios, apedrearon el palacio donde aquellos estaban reunidos y metiéndose dentro les forzaron a dejar sin efecto la ordenanza de marras. En otra ocasión, mientras en el día de Corpus, levantaban y arreglaban ellos mismos los altares en la plaza para la procesión —como acostumbran hacerlo siempre—fueron interrumpidos en la tarea por agentes policiales que, por orden superior, les prohibían continuar, no sé por qué motivos. Tristes y cabizbajos presentáronse en la sacristía a avisar al papá — como ellos dicen, más comúnmente—de lo que ocurría y preguntarle qué debían hacer. Pues, haceros respetar, les contestó y hacer respetar al Rey de los cielos. Entonces, papá, nos autoriza, replicaron éstos. Haceos respetar, os he dicho, ya sabéis lo que esto significa.

Y sin más, como soldados de línea que recibieran la consigna, volvieron y continuaron su tarea como si tal cosa. Y los soldados bien se guardaron de molestarlos nuevamente.

Por lo demás, aunque la vida del minero es tan sacrificada y dura, no están mal retribuídos; ganan los grandes, según sus aptitudes de 200 hasta 400 pesos semanales, y hasta 30 los chicos, pero viven al día; el espíritu de ahorro no se conoce. Al salir los domingos de aquellos antros tenebrosos y volver al hogar querido, pagan primero religiosamente sus deudas y compran luego todo lo que se les presenta, sin negar

nada a sus hijitos y mujer. ¿Para qué guardar? Viven plenamente convencidos que no vivirán más de 30 años, que es el máximun que duran. Pobres mineros. Pero nada tan tierno y patético como el adiós que se dan, unos a otros, al entrar a la mina. Cada semana, se despiden con frases y cantos tan tristes y melancólicos, como si fuera la última vez y no hubieran de volver a ver la luz del sol; y hasta se acusan pública y mutuamente de no haber guardado bien los mandamientos, pidiéndose perdón de los malos ejemplos dados o agravios hechos y rogando al Señor les ayude y proteja, como ellos dicen, por aquellas sendas de tinieblas, por los caminos de la muerte...

Todo un poema de fe y humildad cristianas de esas almas sencillas que poetizan sin saberlo muy más hondo y virilmente que vates de profesión.

CAPÍTULO VII

Una mañanita...potosina. — Indios comunarios en huelga. — La acción bienhechora del "Tatay" y sus detractores. — Intensas emociones en la célebre cuesta de la Tanana. — Soberbio puente sobre el Pilcomayo. — Yatala. — Monseñor Arrién, arzobispo de Charcas.

Esparcidos por las torres y tejados, aparecían aún en esa mañana del 7 de septiembre, como bandas dispersas de *palomitas de la virgen,* o lengüetas de blancos turrones, los últimos restos de la nevasón de la antevíspera.

La distancia que separa a Potosí de Sucre, es relativamente corta, quince leguas en línea recta, pero cuarenta, de hecho, por las innumerables vueltas del camino. A las 7 de la mañana echamos a andar por esas cumbres heladas en un auto marca Waite de sesenta caballos de fuerza.

Una cosa es contar, otra era sentir el frío siberiano que nos penetró hasta los tuétanos en las primeras horas de esa mañanita de triste recordación. Semejábamos lapones, cubiertos hasta la coronilla con chalinas, bufandas y mantas de viaje que, apenas si nos dejaban libres los ojos, para llorar, más que para ver. Pero ni con ésas. Y en tal catadura y librados a la destreza de un chauffeur yanqui, fuimos dejando atrás caseríos y poblachos miserables, los baños sulfurosos de Don Diego, indicados contra el reumatismo, el pueblito de Betanzos a donde llegan ya los rieles del ferrocarril en construcción que ha de unir, dentro de algunos años más, Potosí a Sucre, y atravesamos el cauce seco del río Chaquimayo, divisando a la derecha la ranchería de los indios Chaquis que, según se me

dijo, andaban alzados en esos días, en son de protesta por no dejarse arrebatar las míseras parcelas de tierra que aun les quedan y que, por lo visto, excitan la codicia de los que más poseen. ¡Qué pena, pobrecitos!

El indio es siempre el paria en su propia tierra, la bestia de carga de los blancos y mestizos y la apetitosa presa del más pudiente. ¡Qué sería de él, si el *Tatay* no le defendiese y ayudase!

¿Por qué los encargados de velar por el bien público no le protegen y amparan contra la opresión de los unos, la rapacidad de los otros, y hasta contra los que amparándose en la ley, esgrimen el arma de la expropiación, comodín harto gastado ya, para dejar, a nombre de la legalidad, con las manos limpias, a tanto desdichado? Eso sería inspirarse en un alto ideal de humanidad y de justicia. Alguien conocedor de todo lo que pasaba, y compañero de viaje, nos aseguraba que, cuando tales alzamientos ocurrían, el único que eficazmente podía intervenir era el *Tatay*, al que oyen, respetan y veneran, si no siempre, algunas veces, por lo menos, esos pobres indígenas que, como ignorantes y agraviados, son también tercos y cabezudos.

Fácil cosa es hacer literatura por la prensa o el librejo barato, como hemos podido comprobar, contra el cura aprovechador y retrógrado que los tiene sumidos en la ignorancia para explotarlos a su talante. Ojalá los celosos escribidores y comedidos declamadores y hasta las leyes mismas, no fueran obstáculo, y no el menor a veces, para la acción doblemente regeneradora de esos modestos y abnegados servidores de la sociedad y de la patria, tanto como de Dios y de la iglesia. Que algunos fallan y dan mal ejemplo, es muy de sentirlo por cierto, pero ¿y cuántos ángeles se cuentan en el número sin número de sus adversarios y detractores? ¿Qué hicieron en el curso de los siglos y qué hacen hoy en bien de aquéllos? Arrebatarles lo poco y nada que les queda, sumirlos en la abyección, quitarles las pocas pero fundamentales nociones que acerca de Dios y de la moral lograron arraigar en sus

mentes obtusas, e ir preparando en los hijos de sus nietos, que alcanzaron a salvar del exterminio de la gleba y del alcohol, al que constantemente los precipitan, a los que han de ser los airados vengadores de sus padres, las huestes feroces de la civilización sin Dios que están ya haciendo temblar, con sus zarpazos de fiera, al universo mundo.

Fuera prolijo esbozar siquiera las incidencias mil, los paisajes y vistas panorámicas de grandiosidad, salvaje de aquel trayecto, áspero y fragoso, como pocos, que hicimos en doce horas y que guarda gran parecido al de Río Mulatos a Potosí.

Hay empero un paso terriblemente impresionante y cuyo recuerdo se grava en la memoria para no borrarse nunca, la célebre cuesta de la Tanana, larga, estrecha, caracoleada y pendiente, capaz de poner miedo en el pecho más esforzado, máxime cuando se lleva por chauffeur a un yanqui sin alma, o mejor con alma de corcho, quien en los puntos más peligrosos y críticos, impávido y frío, volvía la cara atrás y miraba sonriendo como un otario, o un taimado, la impresión de angustioso sobresalto y de cadavérica palidez que se dibujaba en el rostro de los seis condenados a muerte que allí íbamos. La verdad que es algo espeluznante eso de lanzarse a un fondo sin fondo, a las fauces de un abismo de vueltas y recodos interminables, con precipicios y curvas tan cerradas que marean y espantan, sobre todo cuando se ha llegado al *Balcón,* punto culminante y desfiladero trabajado a cal y canto que, apenas si da paso al automóvil, cresta empinada, escueta y formidable, casi a plomo sobre un abismo, que instintivamente fuerza a cerrar los ojos, o mejor, a abrirlos con espanto, para medir la trayectoria que reduciría a menudo polvo al infeliz viajante que, escapara por la tangente. La altura de esta cuesta no puede bajar de 800 metros; abajo, allá en el fondo, árboles gigantescos, a guisa de puntitos verdes, apenas visibles, manchando el extenso lienzo del cauce de un río seco en la mayor parte del año, e irguiéndose al frente otra monstruosa colosal montaña, envuelta en grisáceas azulinas tonalidades, por

cuyos desfiladeros zigzagean los trazos de la otra cuesta, llamada de la *catorce vueltas*, que recorrimos también, si no tan colgada y bravía acaso no menos peligrosa que la de Tanana.

La travesía del caudaloso Pilcomayo reserva luego una sorpresa grata: un magnífico puente colgante de 280 metros de largo, con pórticos y torreones almenados de una y otra parte, por el estilo de los castillos feudales, toda en fin una gran obra de ingeniería que jamás sueña uno encontrar por aquellas alturas, contrastando visiblemente la obra del hombre con la de la naturaleza en aquellos parajes solitarios.

Tres leguas antes de llegar a Sucre está el pobre pero simpático pueblito de Yotala, rebosante de vegetación, lugar preferido para veranear de las distinguidas familias chuquisaqueñas. Desde allí el camino, pasando por el principado de la Glorieta y la Florida, bordea las sinuosidades de una quebrada bastante pintoresca, por la verde cinta de arbolado que las acompaña hasta llegar a Sucre.

Nunca agradeceré lo bastante al Iltmo. y Rvmo. señor Arzobispo Monseñor Víctor Arrién que se hubiese dignado salir a mi encuentro a una larga distancia de la capital, no obstante el cansancio de las solemnes vísperas cantadas esa tarde en la catedral en honor de la Sma. Virgen de Guadalupe, Patrona principal de Sucre, cuya fiesta celebrábase al día siguiente. En su auto, pues, entré a la antigua y famosa Charcas.

CAPÍTULO VIII

Objetivos de mi viaje. — Fundación de Chuquisaca.—La Real Audiencia de Charcas, su jurisdicción y principales atribuciones. — Un testamento original. — El Arzobispado de Charcas. — La Universidad de San Francisco Javier. — Los Carolinos. — Parodiando a Rioja. — Aristocracia boliviana. — Clima de Sucre. — Su edificación y aspecto.

Potosí, Sucre, Cuzco y Lima, eran los objetivos primordiales de mi viaje que me atraían con fuerza irresistible. Sabía lo que fueron, anhelaba conocer lo que eran y guardaban de su antigua grandeza, de su historia y de sus blasones. Las transformaciones operadas por grandes que ellas fueran, no habrían borrado las huellas luminosas del pasado, aventando al viento del olvido las reliquias artísticas, los monumentos coloniales o incásicos, las tradiciones de cultura superior que inmortalizaron el nombre de algunas de ellas.

Chuquisaca, La Plata, Charcas, hoy Sucre, fundada en 1538 por el marqués de Campo Redondo D. Pedro Anzures, de orden de Francisco Pizarro, en la ranchería de Charcas, Sede del Obispado (1) y luego Arzobispado (2) de La Plata, asiento de la Real Audiencia de Charcas (3), de jurisdicción vastísima y de la Real y pontificia Universidad Mayor de San Francisco Javier (4), una de las más célebres del continente americano, tiene a la verdad títulos más que suficientes para

(1) Se erigió el Obispado por Bula de Julio III de 5 de Julio de 1552.
(2) Bula de Paulo V de 20 de Julio de 1609.
(3) Fundada por Cédula de 18 de Septiembre de 1559, fechada en Valladolid.
(4) Bula de Gregorio XV de 8 de Agosto de 1621 y Real Cédula de 22 de Febrero de 1622; pero solo, en 1623 comenzó a funcionar la Universidad.

interesar y despertar la curiosidad de cuantos conocen su historia y saben que durante siglos fué el centro más selecto de cultura y sociabilidad alto peruanas, do los hábitos de señorío y distinción eran naturales y congénitos a su aristocrática familia, y cuna a la vez, por su claustro universitario, sus doctores y letrados, de las ideas de libertad y de democracia que más tarde habían de influir, más que las armas, en la emancipación americana.

La mayor parte de la vastísima zona, conocida en la antigüedad, con el nombre de Charcas, con su principal caserío Chuquisaca (puente de oro) fué incorporada en 1250, por el inca Rocca, al imperio de Tahuantisuyo, pasando, después de la conquista española, a ser encomienda de Gonzalo Pizarro. (1)

Fué después del completo sometimiento de los Charcas y de la capitulación del valiente *Titu* cuando Francisco Pizarro envió a Anzures para que en la ranchería de Chuqui-Chaca fundara una ciudad, nombrándole a la vez su Lugarteniente y Gobernador.

La fundación de la Real Audiencia de Charcas en 1559 vino a normalizar la situación de la ciudad que, gobernada en los primeros años bajo un régimen esencialmente militar, pasó por un período de turbulencias suscitadas por la ambición de los caudillos.

Conocida es la vastísima jurisdicción de este tribunal que abarcaba todo lo que hoy es Bolivia, Argentina, Paraguay y Uruguay aun hasta después de la creación del Virreynato de Buenos Aires en 1776, y que vino a cesar sólo en 1810, con el levantamiento de las colonias españolas.

El escritor Brusen de la Martiniere (1740) dice: "Las Audiencias podían destituir o substituir a los virreyes y capitanes generales, se comunicaban directamente con el Rey; formaban planes de gobierno y administración. Estos tribunales estaban compuestos de letrados, obispos, alcaldes de

---

(1) Gobernábala en representación de éste que se encontraba en el Cuzco, el Capitán Diego de Rojas.

corte, honrados con el título de *Alteza*, siendo los oidores personas de talento y mérito que sostenían su ministerio con decoro. La Audiencia de Charcas tuvo especial fisonomía, tanto porque los oidores que la formaban hacían carrera para pasar a la de Lima, cuanto por la distancia a que ella funcionaba, así como la importancia de los litigios en que entendía, le dieron gran renombre... El Presidente tenía atribuciones peculiares y llevaba el título de Intendente y Capitán General de la ciudad de La Plata, el cual desde mediados del siglo XVIII, fué militar, teniendo su asesor. La justicia se administraba a nombre del Rey y con sujeción a las leyes de Indias y en su defecto a las de Castilla".

Una plaza, pues, de oidor, era un bocado harto codiciado y apetitoso. Tal era el poder, influencia y prestigio de los oidores de la Real Audiencia y tan grande el acatamiento que el pueblo les rendía, que un piadoso vecino de La Plata (Chuquisaca) del siglo XVII, tuvo la picaresca ocurrencia de dejar en su testamento la suma de mil duros "para que se comprase al Santísimo Sacramento un traje de oidor, con la explicación siguiente: "Lo hago porque he notado que a los oidores les guardan mucho acatamiento y ninguna a nuestro Amo" (1). La zumba era cruel y desapiadada, pero el chusco se había puesto ya a buen resguardo y no sería por cierto arrastrado al tribunal de la Audiencia.

Elevada más tarde la Sede de Charcas a la categoría de Arzobispado, del que eran sufragáneos los Obispados de La Paz, Santa Cruz de la Sierra, la Asunción del Paraguay, Tucumán, Buenos Aires, Santiago de Chile, la Imperial (hoy Concepción) todos desmembrados de la Sede Limeña y creada después la célebre Universidad de San Francisco Javier, por cuyos claustros pasaron Castelli, Moreno, Monteagudo, Aráoz, Passo, Gorritti y tantos otros, puede calcularse el prestigio y la fama de esa ciudad, llamada justamente la Atenas americana. Como vínculo de unión entre la Audiencia y la Univer-

---

(1) El Conquistador Francisco de Aguirre por el Pbro. Luis Silva Lezaeta. Nota de la pág. 206.

sidad, existía también desde 1776 un centro literario-jurídico que, con el nombre de Academia Carolina, funcionaba bajo la dirección y dependencia de un oidor, y los auspicios y protección del Arzobispado, en cuyo palacio se reunía. Allí hacían estudios prácticos de jurisprudencia los que habían ya cursado los estudios universitarios y se preparaban para recibir los grados que les diesen ingreso al claustro de Doctores y que era a su turno, antecámara de la Audiencia. Y ese centro de *Carolinas* "grupo de doctorcillos revoltosos", según una frase ya célebre, fué como la cuna de la revolución. En él, a espaldas mismas del Arzobispo y del oidor, se fomentó y dió forma a la idea de emancipación en el Alto Perú, la que, en un momento dado y en unión con los libres del Sur, debía trastornar la existencia de todo el continente americano.

Por esto el doctor Luis Paz ha escrito: "Aquí están las grandes miliarias de la conquista y de la colonia, de la revolución y de la independencia con sus grandiosas epopeyas; la guerra civil con sus eclipses sombríos, con sus tempestades de barbarie; aquí se siente y se palpita todavía la unidad nacional en sus primeras potentes revelaciones; la organización nacional, las concepciones de los padres y fundadores de la patria... La emancipación americana desde mucho tiempo antes de aparecer realizada en un hecho consumado, fué preparada lentamente por las luces esparcidas por las congregaciones religiosas en sus establecimientos de enseñanza. Ha hecho más en nuestra emancipación política la ilustración que partió de la Universidad de San Francisco Javier que las armas que la consumaron, porque la ilustración hizo las armas que conquistaron la libertad y preparó los hombres dignos que habían de manejarlas".

*

Se enardece el espíritu al rememorar las glorias pretéritas de esta urbe, mas al reflexionar sobre su estado actual, hay para llorar con el profeta de los Trenos y parodiando a Rioja, exclamar:

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves agora
Campos de soledad mustio collado
Fueron un tiempo Charcas la famosa...

Capital definitiva de la República por ley del Congreso Constituyente del 12 de Julio de 1839, pasa hoy día por la singular humillación de su *capitis diminutio* al habérsele arrebatado su capitalía efectiva, con el traslado a La Paz del Poder Ejecutivo y Legislativo, y dejándole únicamente el Judicial, como un retazo de negra toga, ya que no de púrpura, con que pueda cubrir por algún tiempo más su desnudez y enjugar las lágrimas de su triste viudedad.

*

Cuando Bolivia se constituyó en nación independiente, su territorio abarcaba unos tres millones de kilómetros cuadrados; hoy después de los tratados celebrados con el Brasil, Chile, la Argentina, sólo tiene 1.568.241, con una población de casi dos millones de habitantes, de los cuales 658.000 son blancos, 614.000 mestizos, 725.000 indios y 3.000 negros. De su población total, sólo 400.000 saben leer.

Claro está que la raza blanca es la directora de los destinos de la nación. Los que la componen son generalmente descendientes de los conquistadores españoles o inmigrados de antiguos tiempos, cuyos ilustres apellido llevan, conservando en gran parte las costumbres y tradiciones hispánicas- gracias a la falta de comunicaciones y aislamiento en que han vivido. Son por lo general despiertos, inteligentes, generosos y hospitalarios, si bien algo desconfiados y retraídos. No se distinguen en el espíritu de iniciativa; todo lo esperan del Estado. Y si bien es este un defecto común en toda la América latina, aquí es más acentuado. La empleomanía parece estar tan arraigada como en los mejores tiempos del coloniaje.

Huelga decir que la aristocracia boliviana, reside, generalmente hablando, en Sucre. Sus principales familias conser-

van ese sello de distinción y de cultura pero llano y sencillo, de verdadera cepa española, que fué también entre nosotros la característica otrora de los antiguos hogares de abolengo y que tiende a desaparecer absorbida por un formulismo exagerado y cursi de la moderna sociedad. En muchas ciudades de Bolivia los sucrenses desempeñan los cargos principales, acaso por su honorabilidad y preparación mayor.

El cielo de Sucre es limpio y diáfano; su clima suave y muy agradable, gozándose, al decir de los chuquisaqueños, de una primavera perpetua, pues, su temperatura media es de 13 grados, sin que pase de los 30 en verano, ni desciende a más de 2 bajo cero en invierno. Por eso se oye decir por ahí, con sonrisa entre taimada y picaresca, que si el cielo se rompiera, sólo con un pedacito de Sucre se remendará.

Sopla sin embargo sobre la ciudad perennemente un vientecillo noreste, llamado *mojotorillo,* colado y fino, muy agradable y tonificante, pero un tántico traicionero y del que hay que percatarse, cubriéndose la boca para evitar los resfríos. Gatita al parecer inocente, sigila tras el terciopelo de su patita blanca, sus uñas afiladas.

No ha perdido aún esta ciudad su corte típico, su aspecto serio, silencioso y tranquilo de las urbes españolas. Predomina en ella la construcción de tipo genuinamente colonial, si bien no tan pronunciado como en Potosí. Las casas solariegas tienen amplios patios rodeados de galerías, de los que arrancan espaciosas escaleras, que llevan al piso alto, provisto también de anchos pero bajos corredores. Algunas de éstas ostentan portadas talladas en piedra y coronadas por heráldicas inscripciones y simbólicas figuras que acusan el título de nobleza de sus dueños primitivos. En su interior reina un confort relativo y hasta lujo en alfombrados, cortinajes y muebles antiguos, reliquias de aristocrático abolengo. Muchas, empero, llevan ya el sello moderno en su arreglo interior. La construcción privada por lo demás aunque sea moderna, es modesta y sencilla, sin aquella esbeltez y gracia de estilo que caracteriza a las urbes más adelantadas de otras naciones. De

sus familias distinguidas son muchas las que han viajado por Europa, no obstante la enorme distancia que las separa y los sacrificios que comporta un viaje semejante.

El aspecto de la ciudad, de radio relativamente estrecho (diez y seis cuadras por doce), sin ser bello es pintoresco y



Sucre. — Vista general

gracioso, máxime si se tiene en cuenta que, después de atravesar mareantes precipicios y soledades inmensas, agrada y sorprende no poco dar con un apiñado caserío, de calles rectas, aunque no tan planas y limpias como fuera de desear, pero "inundadas de sol las diez horas que tarda el dios de los antiguos charcas en recorrer el espacio comprendido entre el límite horizontal del naciente y las cumbres del Malmisa, al occidente". Casi rodeada como se encuentra de pequeñas montañas, da la sensación de una concha de bordes ondulados y salientes.

CAPÍTULO IX

El arte es índice de una civilización adelantada. — ¿Incomprensibilidad o apatía? — La autoridad eclesiástica imposibilitada para emprender restauraciones artísticas. — Lo que debería hacer el Gobierno. — La Catedral, idea general. — Lo que antes era. — Su tesoro actual. — La Virgen de Guadalupe. — Pinturas de mérito que guarda. — La Virgen del Temblor. — Una Cruz histórica, anterior a la conquista. — La silla episcopal de piedra que estalló en el momento mismo que moría Santo Toribio.

Bolivia no es aún terreno propicio para el arte. El arte y la literatura son productos de una civilización ya madura y adelantada; requieren su ambiente cultural, no despreciable, una vida espiritual y moral arraigada en las masas, o, por lo menos un mínimun de espiritualismo y cultura colectivos, no individuales, que sean estímulo a la vez que factor eficiente para que surjan los artistas y reflejen en sus obras con su propia individual inspiración, los sentimientos y aspiraciones del medio social en que viven. Y allí la cultura colectiva es todavía muy escasa, casi nula. Lo único que apasiona, aunque no escaseen los hombres preparados y de talento que saben apreciar el valor sociológico y altamente educador del arte son las luchas de partido, las luchas políticas y personalistas; se trabaja con entusiasmo, ha dicho un boliviano ilustre, con ardor y a ratos, según la racha eleccionaria del momento, por el triunfo de las personas, de los caudillos, que pueden distribuir cargos y honores productivos, pero se descuidan los grandes ideales, que vuelan desgraciadamente a raz de tierra, huér-

fanos de adictos y parciales. Que por lo que a los del arte se refiere, sus cultores son aún más raros. ¡Quién se preocupa de lo que tan poca utilidad reporta!

Índice revelador de la carencia de ambiente artístico es, no sólo la pobreza monacal en este género de producciones que allí existe, sino también y sobre todo la inconciencia con que se ha procedido en las célebres ruinas de *Tiahuanacu,* de los que más tarde hablaremos, devastadas a mansalva y llevadas a todas partes donde hay un museo europeo, sin que nadie se haya preocupado de salvar para la nación esos tesoros de antigüedad preincaica, no sabríamos si por incomprensibilidad estética o por dejadez y apatía, propias de la dominante sangre indígena, pero en uno y otro caso digno de la crítica más severa, como que se han dejado perder los trazos más salientes, las huellas y manifestaciones artísticas más peculiares y acabadas de la raza.

Y si a todo se añade el estado de abandono en que se encuentran los monumentos artísticos del pasado colonial, que no son pocos ni despreciables, se tendrá una idea de la indiferencia e incuria existentes por todo lo que dice relación al arte, por todo lo que significa una conservación esmerada, una restauración urgentemente reclamada por esas hermosas reliquias artísticas que enriquecen aún las principales ciudades o pueblos de campaña de Bolivia.

Justo es empero hacer aquí una aclaración. Como casi todo el pasado artístico colonial, que aun se conserva, está en los templos, iglesias y capillas, pudiérase, prima facie, inculpar a la autoridad eclesiástica de este injustificable aletargamiento que no acierta a restaurar y conservar, como se debe, tantas riquezas que enorgullecerían a cualquier otra nación. Pero para ser ecuánimes y justos conviene saber que la iglesia boliviana, durante las luchas de la independencia y posteriores incontables revoluciones políticas ha sido despojada y devastada en todo y por todos.

El expolio fué casi completo en posesiones y bienes raíces; sus principales edificios urbanos fueron incautados, sin que se

perdonara a los mismos templos y conventos, muchos de los cuales pasaron a manos del gobierno o de personas particulares. Son contados los edificios construídos por la autoridad civil. Por lo general todas sus oficinas y reparticiones públicas están instaladas en antiguas propiedades eclesiásticas.

La plata y oro de los templos fueron entregados en su mayor parte para el sostenimiento de los ejércitos de la patria y del Rey, (1) según eran unos u otros los Jefes que se adelantaban a exigirlo; y si algo se pudo salvar, fué redimido a costa de otras erogaciones pecuniarias (2) y de grandes sacrificios.

Consecuencia de todo esto es la situación verdaderamente mendicante en que hoy se encuentra la iglesia boliviana. Las autoridades eclesiásticas ardientemente desearían poner manos a la restauración y conservación de lo que, Dios sabe cómo, pudieron salvar de aquella vorágine asoladora, pero están sencillamente imposibilitadas, son impotentes para realizarlo por falta absoluta de medios. Tanto más que ni hay en Bolivia personas entendidas para emprender una restauración acertada de los riquísimos retablos y demás obras de arte deterioradas, cuando no en ruinas; y urgiría hacerlas venir de Europa, lo que, como es claro, importarían erogaciones que sólo el gobierno podría costearlas. Ojalá éste, inspirándose en ideales superiores, destinara algunos miles en el presupuesto anual, a este objeto, y habría levantado bien alto el nombre y prestigio de la nación.

---

(1) Diz que el general Goyeneche se apoderó de cien mil pesos que lograra reunir el Iltmo. San Alberto para mejoras y ensanche de la Catedral de Sucre.

(2) Y para que se vea que no hablamos a la ligera, léase la siguiente *Nota* en la que consta la ayuda que daba el Seminario y el préstamo que éste hacía a la Iglesia Catedral para poder ésta satisfacer a las exigencias que se le hacían y que hemos hecho copiar exprofeso del "Libro en que se sientan las partidas de todos los bienes, alhajas de oro y plata, ornamentos, y demás utensilios y muebles de la Capilla del Real Colegio Seminario de San Christobal de la ciudad de La Plata. Año de MDCCCVIII" y que dice así:

"Nota: Que las ocho piezas, con peso de cuarenta y dos marcos de que habla el último capítulo de la nota de f 7 vta. se entregaron al Dr. Dn. Pedro Joaquín Britos quien las pidió cuando hacía de Rector, como lo exponen el Vice Rector Dr. Dn. Manuel Velásquez, el Dr. Dn. José Ignacio Mendoza y el Pasante Dn. José Manuel de la Caba; de las que el actual Sor. Rector Dr. Dn. José Mariano Roncal solamente recogió siete

Y bien, podemos ya reseñar brevemente las diversas obras de arte que se conservan en la histórica ciudad de La Plata (Sucre), recorriendo sus diversos templos, ya que éstos son los únicos que abonan de su antigua grandeza, ni tiene tampoco otros monumentos que la recomienden de una manera especial a la consideración e interés del extranjero que la visita.

El tópico por lo demás, aunque ocasionado a repeticiones, resulta interesante y novedoso. Nadie, que sepamos, ni los mismos de la casa, lo han tratado ex profeso, extendiéndose en detalles que ilustren al turista y satisfagan la curiosidad de tantos amantes de antigüedades artísticas. Estamos seguros que para los más, la sola enumeración de algunas de éstas, será una gratísima sorpresa y habremos contribuído, aunque en humilde escala, a hacer conocer de propios y de extraños, la faz, hoy por hoy, más simpática y atrayente de esta culta e histórica ciudad.

La Catedral, toda de piedra, de tres amplias naves abovedadas, con pilastras de marmolina y nervios de la bóveda do-

---

piezas con peso de veinte y tres marcos y seis onzas, que dicho Dr. Brito había dado a la panadera Da. Micaela Mariaca en pago del pan, que en aquel tiempo suministró al Colegio, y cuyo importe de quinientos cuarenta y dos pesetas y cuatro reales satisfizo en dinero por su rescate. Estas siete piezas y las demás que se desclavaron de las columnas y bases que se refieren en otra nota, todo con peso de noventa y cinco marcos y cuatro onzas y media, se dieron en calidad de empréstito a la Santa Iglesia Catedral por mano del Sor. Chantre Dr. Dn. Juan José Ortiz de Rosas, y el Fabriquero de ella Dn. Mariano Domingo de Gunucio, Diputados por el M. V. S. Deán y Cabildo para el entero de dos mil marcos, que a solicitud del Sor. Mariscal de Campo Dn. Miguel Tacon se entregaron en esa real casa de cuenta de dicha Santa Iglesia a quien hizo el Colegio el referido empréstito por evitar que se deshagan otras piezas útiles a su adorno.

Asimismo en virtud de oficio del M. V. Sor. Deán y Cabildo de 24 de Junio del precedente año consecuente a otro del Excmo. Sor. Gral. en Jefe Dn. Juan Ramírez de 13 del mismo dirigido a que se auxilie a las urgencias del Ejército con las alhajas de oro y plata de las Iglesias en calidad de empréstito, mandó dicho Sor. Rector sacar de la capilla de este referido Colegio las piezas siguientes: Las chapas de una anda de dos gradas, y su remate de un Floripondio. Seis arcos de los nichos colaterales del altar mayor, seis cenefas pequeñas de los mismos nichos, seis candeleros o mariolas. Las chapas de dos atriles. Nueve láminas, cinco grandes y las demás pequeñas. Las cuales piezas tuvieron todas el peso de trescientos sesenta y seis marcos y cinco onzas, de los cuales se entregaron en las reales Casas de esta Ciudad trescientos diez y ocho marcos y una onza como consta del recibo de los Sres. Ministros de ella. La Plata, 5 de Agosto de 1816.

José Mariano Roncal, Dr. Manuel Velásquez, José Manuel de la Caba y Dr. Ignacio Mendoza".

rados (1) dos torres con 32 campanas, portada principal y lateral que da a la plaza, ambas talladas en piedra, dos espaciosas sacristías, gran sala Capitular y muchas otras dependencias, es sin duda alguna, aunque pesado y poco esbelto, el principal monumento de Sucre.



Sucre — La Iglesia Catedral

En su interior, una reja de fierro de poca altura divide las naves laterales de la central, indicando el local distinto para mujeres y varones. Sobre el altar mayor, a más del trono para el Santísimo, se alza un artístico templete de madera dorada, rematado por una cruz histórica, de la que ya haremos mérito, también de madera al natural, con rayos de plata y que guarda en el centro un *lignum crucis* y un *Agnus Dei.*

Por detrás, ocupando el ábside del templo, se extiende la artística dorada sillería del coro de canónigos; y en medio, un enorme facistol ostenta vetustos libros corales en pergamino, exornados de viñetas.

Descendiendo por la nave lateral derecha hacia la puerta principal, se encuentra interceptado el paso en la última arcada. Es la Capilla de la Virgen de Guadalupe, Patrona de la ciudad, que principia allí y se alarga hasta la calle, tomando el espacio correspondiente del atrio, y muestra también ella una hermosa fachada en piedra tallada.

Otra de las capillas independientes de esta iglesia es la

---

(1) La última refacción interior (marmolina) hecha ha pocos años costó 12.000 pesos bolivianos

de San Juan de Mata, vulgarmente llamado de Santo Rojas, por el apellido del canónigo que la mandó construir. Se guardan en ella las estatuas yacentes en cerco de San Clemente y de Santa Aquila, con los cuerpos íntegros de ambos santos; la manga del hábito de San Francisco Solano, una Santa Sábana o sudario tocada, al original que está en Turín, y entre muchas otras reliquias, una casulla de Santo Toribio, valiosísimo trabajo en seda, obsequio del mismo Santo a esta iglesia catedral. Por una deferencia muy especial del Iltmo. Señor Arzobispo, Monseñor Arrién, tuve el consuelo y satisfacción inmensa de celebrar la santa misa con esta casulla del gran Arzobispo de Lima y padre de la iglesia americana



Interior de la Catedral

"Fama de magnificencia, dice Monseñor Taborda (1) tuvo la iglesia metropolitana de La Plata, y con bastante justicia. Figuraos un templo espacioso de tres naves, cuyos muros cubren once retablos de la antigua forma española, todos forrados de plata desde la base al coronamiento. En solo la última decoración del altar mayor, el Arzobispo Cisneros gastó setenta mil duros, como consta de los documentos del Archivo del Cabildo. Las arañas eran también de plata, lo mismo que el púlpito y los ambones; la multitud de candelabros, blandones y demás objetos del servicio eran del mismo metal. Para que os forméis idea de esta riqueza, os diré que

(1) "Un Capítulo de la Historia de la época colonial" por D. Miguel Santos Taborga.

los doce hacheros colocados ante el altar mayor, estaban labrados de mil seiscientos marcos. En el día apenas quedan cuatro de éstos. No había exageración en calcular en un millón el valor de todo ese rico metal. Apenas queda hoy la sombra de ese antiguo esplendor... Sin embargo la catedral de La Plata (hoy Sucre) tiene todavía bastantes títulos para presentarse en primera línea entre los templos de Bolivia. Basta para darle fama la hermosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, cubierta de perlas y pedrerías, de modo que de la corona al pedestal viene a ser una sola joya''.

Y con quedar hoy sólo la sombra de ese antiguo esplendor, hay para dejar maravillado al viajero que la visita. Lo he hecho repetidas veces, dedicándole toda una mañana al examen detenido del tesoro. Dudo que ninguna otra catedral sudamericana la supere en los vestigios de grandeza y magnificencia colonial que guarda esta de Sucre.

Fuera prolijo y cansador dejar aquí constancia inventariada de los vasos sagrados y demás objetos de oro y plata y piedras preciosas de que es todavía rica esta iglesia catedral. Baste decir que los tiene en número y riqueza superiores a los de todas las otras catedrales que he visitado, sobresaliendo una soberbia, valiosa y artística custodia, varios cálices, incensarios, coronas y pectorales, cuajados, algunos de estos objetos, de perlas y piedras preciosas que dejan en el espíritu una sensación extraordinaria, más acaso de lo que realmente es en la actualidad, de lo que fué, en otros tiempos, el tesoro de esta ilustre catedral.


La Virgen de Guadalupe

Pero añadiremos una ligera idea siquiera acerca de la venerada imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Es una plancha

de plata piña con sostén de madera tamaño natural, cara y manos esmaltadas, y vestido de aplicaciones de plata filigranada, toda ella materialmente llena de innumerables brillantes, diamantes, perlas, esmeraldas, etc., algunas notables por su tamaño y nitidez. La corona del Niño y cetro y corona de la Virgen son de oro. Diez años a esta parte se la enriqueció con una aureola y doce estrellas del mismo metal. El brillo de la pedrería y del oro deslumbra la vista, máxime cuando en la procesión es herida por los rayos solares, como pude contemplarla, al día siguiente de mi arribo a Sucre. (1)

Algunos de los ternos antiguos, valiosísimos y artísticos que posee, están en relación con el esplendor y riqueza de sus vasos sagrados; lo mismo que algunos muebles antiguos (pocos desgraciadamente), v. g. un gran armario (el compañero es propiedad del coleccionista sucrense D. Arturo Urrulagoitia) una cruz de más de un metro de altura y dos baulitos, todos de la misma mano y estilo, de jacarandá enchapado en carey con inscrustaciones de concha, que debieron haber sido de los jesuitas, pues, el armario lleva en el coronamiento las consabidas iniciales JHS.

---

(1) Por tratarse del principal Santuario de Sucre y de la Virgen de Guadalupe (la española) a la que tanta devoción profesan sus habitantes todos, diremos algo de los solemnes cultos que se le tributan en los que aun se notan dejos marcados de costumbres coloniales e indígenas. Celébrase su fiesta el 8 de Septiembre. El 6, con asistencia del Prelado o su Delegado, del Tesorero del Cabildo y del Capellán, cada uno con su llave distinta para abrir su nicho, la bajan, limpian, arreglan y le colocan los nuevos donativos. En tiempos pasados dábanle serenata desde las 3 hasta las 5 a. m. hora en que se cantaba una misa en su honor. El 7 desde las 12 hasta las 2 p. m. no cesan los cantos populares acompañados de armonium y de arpas. A las 4 p. m. de ese mismo día, después de los Maitines viene el Prelado acompañado de su Ven. Cabildo Ecco. y la trasladan procesionalmente a la Catedral, donde se cantan Vísperas Pontificales.

El 8 Misa Pontifical solemne con sermón y procesión después de la misa. Siguen hasta el 16 las misas cantadas por la mañana, y Salves solemnes con sermón y gran concurrencia de fieles por la noche.

El 17 terminada la misa, el Ven. Cabildo, Seminario y pueblo la restituyen procesionalmente a su Capilla, comenzando al llegar, una misa solemne con sermón.

Desde el 18 al 26 inclusive se le hace un solemne novenario de misas cantadas, turnándose al efecto los señores canónigos. Desde las 12 1|2 hasta las 2 p. m. de esos mismos días, el pueblo que se apiña en su Capilla le canta sus coplas tradicionales en quechua y en castellano, acompañado de armonium y de arpas. Por la noche, rosario y Salve cantada. Durante èste Novenario llamado la *Romà Chica*, por las muchas indulgencias con que está enriquecido, el Santuario es una romería a todas horas, oscilando entre 20 y 30 misas rezadas las que se celebran diariamente. La Capilla ésta, goza de todas las indulgencia y privilegios de la Basílica de San Juan de Letrán en Roma.

Entre los muchos lienzos que embellecen tanto la iglesia, como las capillas, sacristías y Sala capitular (esta guarda los retratos de todos los Arzobispos de La Plata) distínguense por su valor artístico los siguientes:

El martirio de San Bartolomé, gran óvalo de dos a tres metros de alto, con figuras de tamaño natural, que allí se le tiene por original de Ribera. El gran lienzo es indiscutiblemente de un valor artístico extraordinario, pero si no es copia antigua muy esmerada, es a lo sumo una réplica. Y me fundo en lo siguiente. Aunque ahora no recuerdo todos los detalles del cuadro, sin embargo recuerdo los principales. Pues bien, ilustraciones del mismo pueden verse en el Diccionario Enciclopédico en la palabra *Pintura* y sobre todo en "La Enciclopedia Universal Ilustrada" de Espasa, en la palabra *Bartolomé,* donde se pone el mismo cuadro de Sucre con pequeñas variantes acaso, y debajo de él la siguiente leyenda: Martirio de San Bartolomé por J. Rivera *el Españoleto* (cuadro existente en una colección italiana).

Dos cabezas (San Pedro y San Pablo); ambas telas de pincel clásico. Se atribuyen a Van Dyk.

Una Sagrada Familia, pequeña; admirable pintura de dibujo impecable y excelente colorido, atribuída a Murillo.

Un cobre de Nuestra Señora de La Paz, atribuída también a Murillo, pero a mi juicio, inferior a la Sagrada Familia, si bien de mucho mérito.

Dos medios bustos (San Pablo escribiendo y San Jerónimo, según dicen, rezando el rosario), ambas telas aunque de autor desconocido, verdaderamente clásicas.

Un San Sebastián, de colorido cálido y jugoso, insuperable.

Un S. Ildefonso recibiendo la casulla de manos de la Virgen, muy bueno.

Un San Esteban, un San Juan Bautista, y doce lienzos más, representando los *doce Apóstoles,* todos como los anteriores, de tamaño natural, no despreciables entre muchos otros cuadros de menor mérito.

Finalizaremos este capítulo con los datos pertinentes

a dos imágenes y una cruz que se veneran en la Catedral.

Una es un Cristo, de tamaño natural, llamado "el señor de las aguas", porque en las sequías ha dejado sentir su poder. Comparte esta imagen la veneración de los fieles con la Virgen del Temblor".

Titular de la Iglesia Catedral, es la Inmaculada. Quiere la tradición que esta imagen que hoy está con la derecha extendida, en acto de mandar como diciendo "cálmate, sosiégate", era la imagen titular que tenía antes las manos juntas, como se acostumbra ponérselas a la Inmaculada, pero en los cuatro grandes temblores que desperfeccionaron la iglesia y arruinaron la torre, sucedidos entre el 4 al 10 de Noviembre del año 1650, fué vista desunir sus manos y mandar aquietarse a la tierra. (1)

Existe también, como ya antes insinuamos, una cruz de madera, coronando la cúpula del templete del altar mayor, tenida en gran veneración y respeto. Antes de ser colocada en este sitio, estaba puesta sobre su antiguo pedestal de madera que se conserva también, pero sirviendo hoy día de peana a la Virgen de la Asunción en uno de los altares de la Catedral. Dicho pedestal lleva la siguiente inscripción que yo mismo quise copiar por el interés que ella despierta.

"Se desenterró y dividió siendo Obispo de esta ciudad el Iltmo. Sor D. Alfonso Ramírez de Vergara... (2) Mr. Fr. Antonio de Calancha, Libro 2, Cap. 4o., folio 324. Tomo I, N.o 6 dice: esta cruz es de un discípulo de S. Tomás apóstol cuyo nombre se ignora... Y se hicieron dos cruces quedando la una en Carabuco, cerca de Tiguanaco y la otra es esta que la hizo traer dicho señor Obispo".

(1) Hoy tiene en la izquierda al Niño. De hecho la catedral cuyo titular es la Inmaculada, no tiene imagen de esta advocación. Para su fiesta se trae la del Seminario. Esto parecería confirmar la tradición antedicha. pues, no es admisible decir que no haya tenido imagen de la Inmaculada. Desde la fecha de los temblores de hecho se la ha considerado como Patrona principal de la Catedral, celebrándose su fiesta el 21 de Noviembre, y desplazando también de hecho a S. Francisco Javier que en Noviembre de 1647 fuera elegido Patrón contra los temblores y tempestades por el Cabildo, Justicia y Regimiento de la ciudad. *Archivo del Cabildo,* Libro que comienza en Noviembre de 1647, pág. 24.

(2) Fué este el sexto y último Obispo de Charcas. Gobernó la diócesis desde 1594 hasta 1605. A su muerte se hizo la erección del Arzobispado.

¿Y la cruz de que se habla aquí donde está? interrogué a los señores canónigos que me acompañaban, pues, conociendo, como conocía, la constante y unánime tradición existente en todas las naciones americanas, de que se hacen eco todos los antiguos cronistas e historiadores de la Colonia, sobre la predicación del Apóstol Santo Tomás y de un su discípulo en el continente americano, antes de su descubrimiento, no pudo menos de interesarme vivamente aquella sugestiva y vetusta inscripción.

La respuesta fué dubitativa, sin acertar a precisar nada concreto y seguro. Existía, según ellos, la cruz aquella puesta sobre el templete del altar mayor, pero esa, según la tradición que habían conservado, había sido encontrada por los primeros conquistadores, ignorándose por quién, cuándo ni cómo.

Como no me satisfaciera la respuesta, continué preguntando, tomando datos y coordinándolos, resultando finalmente que aquella cruz no podía ser otra, sino la misma de que hablaba la inscripción y que fuera en tiempos pasados removida de su pequeña base, para colocarla en aquel sitio de mayor honor y seguridad. Realmente así era; y así también, por falta de cuidado, se pierden las noticias históricas, las más preciosas tradiciones de los pueblos.

No contento con esto, fuí a consultar la rarísima obra de Calancha citada por la inscripción, en poder felizmente del Iltmo. señor Arzobispo.

En el tomo I, libro II, cap. III, pág. 336 y 337, de la "Crónica Moralizadora del Orden de San Agustín en el Perú con sucesos ejemplares vistos en esta Monarquía por el Padre Fray Antonio de la Calancha (1663)", se lee lo siguiente, hablando del discípulo de Santo Tomás Apóstol y del hallazgo de la cruz milagrosa que llevara aquel santo predicador en sus correrías apostólicas: "Pasó el santo Predicador a Tiaguanaco Provincia del Callao, que está al medio día del Cuzco, donde yo é eftado dos veces, mueftra haber sido gran población y tiene edificios de piedra con tanto primor afentadas, que fin mezcla, ni otro betun prometen perpetuidad.

Aquí predicó el Dicipulo fanto, i folo fe fabe, que aviendolos predicado nueftra Fe i fus vicios, fucedió lo que dicen dos Autores alegando al que lo efcribe con estas palabras. En Tiaguanaco ay grandes antiguallas, i entre ellas muchas figuras de onbres y mugeres, dicen los indios prefentes, que por grandes pecados que izieron los de aquel tiempo, i porque apedrearon a un onbre que pasó por aquella Provincia, fueron convertidos en aquellas eftatuas. Entró a predicar en Carabuco, pueblo en la mefma comarca, i en pago de predicarles fu remedio, le acotaron los indios echado en el suelo i atado a tres piedras, que oy eftan en forma triangular. Sufrió como fanto efte martirio, i aviendo enmudecido el demonio defde que entró el santo con una Cruz grandifima, quejandofe los indios de que ya no los favorecia con oraculos, les dijo, que fi no echavan de alli aquel onbre, i quemavan aquella Cruz, no folo les havia de negar el favor, pero les avia de egecutar crueles caftigos. Ellos adulandole para aplacarlo, cogieron la Cruz, i aziendo una gran oguera la echaro a quemar, pero no le tocó el fuego, i folo le dejó en partes alguna feñal de umo, que yo e vifto, porque me allé en Carabuco el día que fe pasó la fanta Cruz al altar mayor, que fue el año de mil quinientos y noventa y ocho, i aquel día fe vieron evidentes milagros en varios enfermos que befaron la Cruz, concurriendo de la ciudad de Chuquiago de las Religiones, Caballeros i pueblo, i de fu comarca gran numero de gente al dia tan celebrado de fu fegunda colocación. Viendo pues los indios que el fuego no quemó aquel preciofo madero, cogieron achuelas de cobre i comencaronla a golpear, i cuato entrava en ella del hierro fe quedava en la madera. Determinaron vecidos de enterrarla. i al fanto le obligaron a irfe por la laguna adentro. Es voz publica en efte Reino, que al entrar el Santo en la laguna fue pifando le enea verde, que ellos llaman totora; i que defde entonces aquella parte produce la totora como pifada, i caida en memoria de efte fanto, efta es corriente opinión que pafa afi. Eftuvo enterrada efta bendita Cruz en una fofa mas de mil i quinientos años, fin daño ni lefion, calladofe entre los

indios la noticia della, afta que riñendo en una borrachera los Ananfayas parcialidad de indios con los Vrinfayas, llamaron eftos idolatras a los otros, i que tenian efcondida la Cruz del fanto. Supolo fu Cura Sarmiento, i aziendo prudentes diligencias, aprovechandofe del encuetro de los indios, i de alagos y amenacas, la facó con folos dos clavos. I defpues el Obifpo don Alonso Ramirez de Vergara (que entonces pertenecía efte al Obifpo de Chuquifaca) averiguó con fuma diligéncia la cofa, i la declaró por Cruz de aquel Santo,i por miraculofa. Era antes que la colocafen de mas de cuatro varas, fi bien me acuerdo, i de algo mas o menos de una cuarta en cuadro. Cortarole un gran pedaco para que cupiefe en el nicho del altar mayor, de que trayago una Cruz entre mis reliquias. Aquel dia fe vieron evidentes milagros; i defpues a echo muchos. Quando fe dividieron los Obifpados, dividieron la fanta Cruz, aferrandola por medio, i afi izieron dos; una eftá en Carabuco, i otra en la Catedral de Chuquifaca, tienefe en todo efte Reyno en fuma veneración. I porque ay libro que dilatadamente trata desta fanta Cruz con las pruevas de ser de aquel fanto Dicipulo que murió como veremos, me refiero a el''.

Hasta aquí el autorizadísimo Calancha. Sería a verdad una contra prueba fehaciente sobre la identidad de esta cruz que guarda la catedral de Sucre, con la que se conserva aún en el pueblito de Carabuco, sobre el lago Titicaca, si se llegara a hacer un examen prolijo comparativo de la madera de ambas y se viera que es la misma. Valdría la pena de hacerlo, y en este sentido me permití hablarle a Monseñor Arrién.

Algo también muy digno de conocerse es lo que el mismo Calancha trae acerca de la muerte de Santo Toribio relacionada con esta Santa Catedral de La Plata, en la obra ya citada (1), dice así:

''Tres dias defpues de aver recebido el fanto Olio, eftuvo efperando el ultimo trance de la muerte, regalandofe con un

(1) Calancha, Tomo II, Libro primero. Cap. XXVI, pág. 162.

deuoto Crucifixo, y tan embebido en profunda oración, que ni los accidentes penofos de la fiebre, ni el ruido de los que entrauan, y falian en la celda, le diuertia. Al feptimo dia de fu enfermedad, que fe contaron 5 de Julio de 1606, a las ocho de la mañana, hora que el tenia obferuada por la ultima de fu vida, eftando en quietud befando los pies con mucha ternura al fanto Crucifixo, le entregó alegre fu enamorado efpiritu, muriendo en ofculo de paz con grande fofiego a los fetenta y dos años de fu edad. A la misma hora, y punto que espiró, eftavuan rezando en el Coro de la Catedral de Chuquifaca la hora de Prima, y repitiendo aquellas palabras q'dizen: Preciofa in copectu Domini mors Sanctorum ejus, que quieren dezir: Preciofa es en la preferencia del Señor la muerte de fus Santos; dio un eftallido notable la filla Epifcopal, que era de piedra, partiendofe por medio, y arrojando de fi una grande aftilla con admiracio de todos lof prefentes. Y llegandoles defpues la nueua de la muerte de fu Arcobifpo con la relacion del dia y hora de fu tranfito, hallaron hauer fucedido al mifmo punto que ellos oyeron el eftallido de la filla, como q'fuefe el eco trifte de fu muerte, para enfeñarles a fentirla con fu exeplo, pues hafta las piedras infenfibles fe quebrauan de fentimieto, como de la muerte del Redentor lo aduierten los Euangeliftas, y lo ponderan los Santos. Y fue uno como teftimonio autentico, de que el Señor le auia cocedido la muerte de los juftos preciofa delante de fus ojos. Efte cafo, por ser tan notable, lo averiguo muchos años defpues N. P. M. Fr. Lucas de Mendoza fiendo Provincial, y vifitando N. Conuento de aquella ciudad el año de 1635, y como publico, y notorio en aquella Iglefia, y ciudad fe lo certificó al M. Calancha, para que lo efcriuiese en efta Cronica, fegun lo aduierte el mifmo autor en fu apuntamiento hiftorial''.

Comentando este dato histórico con Monseñor Arrien le insinué la conveniencia de realizar una búsqueda prolija en las dependencias de la Catedral, y sobre todo en la cripta de

la misma que desde muchos años a esa parte no se abría, por lo que pudiera existir, arrumbado acaso, como una antigualla, parte siquiera de la silla episcopal de piedra, de que habla Calancha. Se hizo en efecto así; pero desgraciadamente no se encontró nada. ¡Oh la incuria de nuestros antepasados!

CAPÍTULO X

Profanadores del arte. — San Miguel, antigua iglesia de los Jesuítas. — Sus obras de arte. — El Colegio Azul de San Juan Bautista. — Oratorio de San Felipe Neri. — La obra del Ilustrísimo San Alberto. — Obras de arte de la Iglesia y del Claustro. — Santo Domingo. — La Merced. — San Francisco. — Santa Teresa y el Ilustrísimo San Alberto. — Las Ermitas del Convento. — Obras de arte en la Recoleta. — Seminario y Capilla del Colegio de Educandas. — Colección de D. Jorge Urioste. — El principado de la Glorieta.

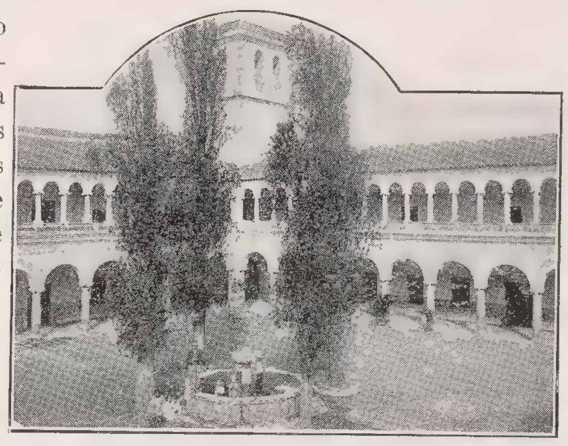
Aun a riesgo de incurrir en forzada monotonía, no quiero privar a los amantes del arte, de una breve reseña acerca de las principales obras artísticas que aun se conservan en los diversos templos de Sucre. Estos, aunque los hay bastantes buenos, no se distinguen mayormente como monumentos arquitectónicos. En cambio son ricos por algunos ejemplares de sus muchos vetustos lienzos, por sus notables retablos, recargados los más, como de estilo churriguerresco que son, regiamente dorados, muchos de ellos muy deteriorados y hasta deformados algunos por malhadado reboque de pintura blanca tirado a brocha gorda sobre aquellos primorosos tallados. ¡Oh los ignorantes, audaces neófitos de otros tiempos que así confundían la decoración de una obra de arte con el reboque vulgar de un miserable rancho de adobe! ¡Dios les haya perdonado!

San Miguel, fué la antigua iglesia de los jesuítas, y como tal, huelga decir que ha de conservar vestigios de lo que fué. Templo de una nave, bien proporcionado y esbelto, muestra

los cuatro arcos del crucero y el techo, todo de cedro tallado y calado, dejando en el espíritu una sensación de grandeza tranquila, sencilla y augusta. Y lo fuera aún más si el púlpito, retablos de la Capilla de Loreto, del bautisterio con su hermoso frontal y del Señor de los Desamparados, que sobresalen por sus novedosos y artísticos encajes, no se vieran profanados por la clásica lechada de que hablábamos anteriormente.

Las mejores pinturas entre las muchas que tiene, son: en el cuerpo de la iglesia tres cuadritos sobre bronce, Descendimiento, Rey de Burla y el Paralítico; en el altar de los Desamparados, dos bellísimas cabezas del Señor y de la Virgen, distinguiéndose también una estatua de San Pedro de Alcántara; en el presbiterio un Degüello de los Inocentes, de gran movimiento en las figuras, el Tullido de la Puerta Especiosa, y el Santísimo Sacramento con los Doctores Eucarísticos, de mérito relativo; en la Sacristía una bellísima Sagrada Familia y luego un San Bruno, la Virgen y San Ildefonso, un San Francisco de Borja y un Salvador, recomendables.

Contiguo a la iglesia se levanta un grandioso edificio de dos pisos en cuadro, con techos de cedro, salas artesonadas, de la misma madera, ostentando en algunas partes grabadas a fuego las armas de Aragón antes de la unión de esta casa a la de Castilla, con espléndidas galerías interiores y 124 columnas graníticas de una sola pieza a más de los respectivos ocho grupos de las esquinas, formando un donoso, espaciosísimo



Colegio Azul de S. Juan B. — Hoy, Colegio Junín

patio. Fué este el célebre Colegio Azul de San Juan Bautista de los Padres Jesuitas donde por algún tiempo funcionó también la Universidad, convertido hoy en el Colegio Junín, para maestros normales, el primero con que contó la República, de enseñanza enteramente laica y tendenciosa impartida por la misión belga traída ex profeso para implantar sus planes y programas clasificados ya allí, más que de laicos, de ateos.

Hoy comparte este Colegio con el de profesores normales de La Paz, el triste honor de descristianar la juventud boliviana, por medio de pedagogos que de todo tienen menos de creyentes, muy poco de verdaderos maestros y harto de cientifistas adocenados.

Oratorio de San Felipe. El Ilustrísimo Fray José Antonio de San Alberto, carmelita descalzo, Obispo que fué de Córdoba y Tucumán y luego Arzobispo de Charcas, ha dejado hondos recuerdos y huellas imborrables de su paso en la silla metropolitana de La Plata.

Hoy mismo su espíritu parece flotar como un numen protector de aquella sociedad que le venera con profundo respeto y gratitud, entre todos los ilustres Prelados que la gobernaron.

"En 1785, escribe Monseñor Taborga, fué promovido a esta Arquidiócesis del Obispado de Tucumán. Un hábito de cordellate y otro de paño en los días solemnes, era todo el vestuario de este Prelado, que llenó las iglesias de ricos ornamentos recamados de oro; vivía con muebles prestados, él, que construyó templos y casas de huérfanas. Anualmente distribuía en Chuquisaca doce mil pesos de limosnas, fuera de los que daba en Potosí, Tarija y Cochabamba, construyó y fundó el Oratorio de San Felipe, hermoso monumento que manifiesta la perfección a que llegaron en aquella época las artes, especialmente la arquitectura y la pintura, que hoy estamos muy lejos de igualar. En Chuquisaca y Cochabamba, fundó y dotó colegios para huérfanas. Emprendió la edificación de la iglesia del Carmen de Cochabamba, la que quedó en media obra por la muerte del arquitecto. En Chuquisaca refaccionó la

iglesia del Carmen y reedificó la de San Roque. Escribió numerosas pastorales y otras obras ascéticas que respiran unción. Fué el primer arzobispo que visitó la dilatada y monstruosa provincia de Ayopaya. Falleció el 25 de marzo de 1804. Cuando se celebraron sus funerales en la catedral, costó mucho trabajo introducir su sagrado cuerpo en el templo, por sobre las cabezas de la multitud arrodillada que se apiñaba en toda la plaza''.

Realmente tanto la iglesia del Oratorio, como el contiguo convento de dos pisos en cuadro cerrado, con hermosas galerías y arcadas, todo de construcción cicóplea, hablan muy alto en favor del espíritu emprendedor de este ilustre prelado. Es uno de los monumentos más sólidos y grandiosos que se conservan en Sucre. En la pequeña cripta que sirve de enterratorio de los padres del Oratorio, descansan los restos del R. P. Mariano Jacobo Márquez Ramallo, muerto en olor de santidad, y los del señor Linares, presidente que fué de Bolivia, como asimismo los del presidente de la audiencia y representante del virrey de Lima, don García Pizarro, quien al ser depuesto por la revolución, vino a refugiarse aquí, donde le sorprendió la muerte, después de haber recibido todos los auxilios de la religión.

Entre las obras de arte que guarda este templo son dignas de notarse las siguientes: un pequeño cáliz de oro, un juego completo y riquísimo de Sacras, vinajeras, fuentes, atriles, jarrones, etc., en plata labrada, lo más artístico que he visto en toda mi gira y que fueron del ilustrísimo San Alberto; una cruz alta de carey con incrustaciones filigranadas de plata, con una reliquia del *lignum crucis;* varios crucifijos grandes de marfil, una colección de cuadros en acero que forma el ''Via Crucis'' de la mejor escuela española y por fin, en la sacristía, una clásica cabeza del salvador, al óleo, de escuela flamenca, al parecer y de gran valor artístico, no menos que otros lienzos de mérito inferior v. g. un niño dormido, un San José, etc.

El riquísimo terno completo, recamado en oro, con que

monseñor San Alberto consagró la iglesia, forma parte también de los otros valiosos ornamentos que tiene el Oratorio.

La biblioteca de la casa aunque pequeña, se distingue por las obras de los santos padres en latín y griego, como también por una Biblia poliglota del siglo XVII y varias obras históricas antiguas que posee, entre otras, un ejemplar completo de la rarísima obra de Calancha.

En el convento, puede quien quiera extasiarse en la contemplación de dos cabezas, al óleo, de San Juan Bautista, de un Descendimiento y de un San Judas, algunos de ellos de propiedad del señor arzobispo, pero todos antiguos de mérito no pequeño.

Lo mejor, sin discusión, que puede uno admirar aquí es un gran lienzo que representa la degollación de San Juan Bautista, de autor desconocido, como los otros, pero ciertamente de pincel clásico. Mientras un grupo de cortesanas examinan la cabeza del mártir presentada en una fuente, yace por tierra el tronco, en naturalísimo abandono, mostrando en la posición de las piernas, un escorzo soberbio, digno de la paleta de un Mantegna. La espalda de uno de los verdugos es sencillamente admirable y todo de un diseño perfecto y de un colorido valiente y vigoroso.

Santo Domingo. Hermosa iglesia abovedada de tres naves espaciosas. Tiene, entre otros, tres retablos dorados, muy buenos, siendo el mejor el de la Dolorosa, con varios lienzos antiguos perfectamente encuadrados y formando parte decorativa del artístico retablo, sobresaliendo entre éstos un Rey de Burla y un Jesús con la cruz a cuestas de mérito no vulgar.

Llaman también la atención en este templo una urnita de carey con incrustaciones de nácar y dos grandes óleos de la Magdalena y de San Sebastián, entre muchísimos otros de escaso mérito, que debieron ser buenos, antes que manos profanas los echaran a perder con retoques de brocha gorda.

La Merced, como la anterior iglesia de tres naves y de bóveda, muestra cinco espléndidos retablos dorados, con una riqueza de talla, en capiteles columnas, tímpanos y nichos

que admira. Algo muy notable también son los dos arcos de las naves laterales, contiguos al central del altar mayor, enchapados en finísima talla de madera que corre y se bifurca y ajusta en la parte superior sirviendo así de áureo regio marco a grandes lienzos antiguos y haciendo masa con el púlpito primorosamente tallado y dorado, lleno de pequeñas estatuas y coronado por la de San Pedro Nolasco. En el centro del altar mayor, un arco original, bien tallado y dorado y provisto de espejuelos en toda su extensión, cobija el conocido aparato tornátil, de factura colonial, destinado para la exposición del Santísimo, todo enchapado en plata. Tres pinturas sobre vidrio de mérito relativo, exornan el frontal antiguo del mismo altar.

Los mejores cuadros que se ven aquí son: un Eliodoro flagelado por los ángeles, muy movido en las figuras, un señor azotado, bastante bueno, una Asunción y una Ascensión, recomendables tanto por la pintura como por sus riquísimos y artísticos marcos, una transverberación de Santa Teresa, una Virgen con el niño y un San José pequeño, puesto a gran altura, acaso el mejor, siempre que no fuera tricomía, pues, no pude por la distancia distinguir si era al óleo.

San Francisco. Iglesia de tres naves, con artesonado de cedro y tragaluces de piedra trasparente, llamada berenguela, que prestaba antes satisfactoriamente los mismos servicios que el vidrio. Como en los demás templos, hay derroche también aquí de retablos y de nichos espléndidamente tallados y dorados, distinguiéndose por su valor artístico el coronamiento del retablo correspondiente al brazo izquierdo del crucero. Posee asimismo innumerables lienzos antiguos, de escaso valor y casi todos deteriorados, siendo los mejores un Nacimiento bastante bueno, el Triunfo de la Eucaristía, recomendable, a pesar de la defectuosa composición y el recargo de figuras, un San Miguel con la cruz... y pase el anacronismo en mérito a la factura, diseño y colorido, un San Mateo, un San Francisco en éxtasis y la degollación de San Juan Bautista, no despreciables.

Tiene además dos estatuas de madera de San Pedro de

Alcántara, una bastante artística y en la sacristía una cajita de jacarandá, enchapada en carey con incrustaciones de nácar y tres espejos antiguos con regios marcos tallados y dorados.

Suena aún en la torre de esta iglesia, la más antigua acaso después de la de San Lázaro que fué la primera, campana que tocó a rebato en 1808. Diz que uno de los dos patriotas que treparon a la torre a tañerla, quedó allí mismo muerto por las balas de los soldados del rey.

Iglesia de Santa Teresa y Convento de Carmelitas. El ilustrísimo señor don Gaspar de Villarroel (1660-1669) fundó este Convento de Carmelitas e hizo construir la iglesia, que refaccionó más tarde el ilustrísimo San Alberto, cuyos restos descansan en el presbiterio de dicha iglesia.

Las religiosas guardan como reliquias de este varón preclaro una sotana negra, sin visos, de tela burda tejida en el país y un ponchito color café idem, que le servía en las visitas pastorales, como asimismo una rica casulla blanca, una jarra y fuente de plata con aplicaciones de oro y el escudo, del santo arzobispo, obra muy delicada y artística que me sirvieron en la misa que celebré con la mencionada casulla.

Acompañando a Monseñor Arrien, visité el interior de este Convento, teniendo así oportunidad de admirar más que las seis Hermitas que tienen en el huerto, algunas muy recomendables por sus retablos dorados de finísima talla, la pobreza en que viven estas santas religiosas. El comedor sobre todo y la vajilla que usan, es un espécimen no superado por cierto ni por los más pobrecitos e indigentes del mundo.

Con estar llena la casa de lienzos antiguos, la mayor parte ya deteriorados y semidestruídos, apenas si cuentan con algunos artísticos y de mérito.

*

No cerraremos este capítulo, sin mencionar la notable sillería del coro con multitud de estatuas, todo tallado en cedro, y muy digna de visitarse en la iglesia de *La Recoleta,* convento

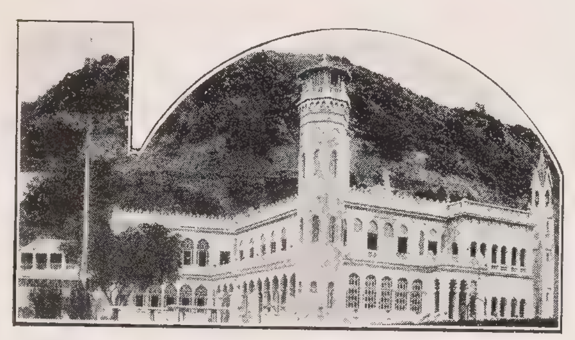
fundado en 1600 como retiro del convento de San Francisco que existía ya en esta ciudad desde 1540; como asimismo las capillas del seminario de San Cristóbal y la del colegio de las Educandas, fundado por el ilustrísimo San Alberto y hoy regido por las Hermanas de Santa Ana. En la primera se admira un hermosísimo sagrario con artístico y esbelto trono de exposición y correspondiente cimborio, todo de plata, de líneas sencillas limpias e impecables. En su género es lo mejor tal vez que he visto en Sucre. Posee también algunos cuadros no despreciables si bien algunos retocados con mano tan pudorosa como inexperta, so pretexto de cubrir desnudeces de angelitos, que uno no sabe qué ponderar más si el desenfado del seudo artista o la candorosa escrupulosidad del inspirador. En la segunda, a más de un cuadro de la Dolorosa, bastante bueno, en hermoso artístico marco de carey, vése, debajo de la mesa del altar mayor, un grupo antiguo, en yeso dorado que, como concepción es una originalidad, amén de lo bien ejecutado que está. Lo constituye el libro de los evangelios de San Juan, abierto en las palabras: *et verbum caro factum est,* y sostenido, de un lado, por un ángel de rodillas en actitud reverente, y del otro, por una águila, símbolo del evangelista, que ha cogido fuertemente con su pico las hojas del libro y sentada sobre sus patas, tira y forceja en naturalísima actitud para que no se cierre.

Las otras iglesias, fuera de la de San Roque que, según me dijeron, tiene algunos lienzos de mérito y que no pude visitarla, no poseen nada artístico digno de mención, entre los muchos cuadros antiguos y deteriorados que se están ya cayendo a pedazos.

Colección Urioste. A defecto de museo, existen en Sucre dos colecciones de antigüedades, de personas particulares. Tuve oportunidad de visitar la del distinguido caballero don Jorge Urioste, que no deja de ser interesante y valiosa en pinturas, vasos de plata y muebles antiguos, algunos de éstos hermosísimos por las inscrutaciones de nácar y engastes de filamentos platinos que muestran.

Entre las pinturas sobresalen una Magdalena, un San Francisco de Paula, una Dolorosa, un San Agustín, un San Pedro sobre madera, un San Juan de la Cruz sobre cristal y dos cobres grandes que representan pasos de la vida de la Virgen María, todos de mérito. Pero nada tan bello y artístico, como un donosísimo cobre encerrado en un regio marco antiguo y que representa a la Santísima Virgen con el Niño dormido, de mérito extraordinario tanto por el diseño y frescura de colorido, como por su pose admirable. Es también muy notable por la limpieza un alto relieve en madera, de la Virgen.

Principado de la Glorieta. Sí, así como suena, y en plena serranía... y a las puertas de Sucre.



Palacio de La Glorieta

El millonario don Francisco Argandoña y su esposa doña Clotilde Urioste tuvieron la feliz ocurrencia; ¡vaya si fué una ocurrencia! de levantar un verdadero palacio entre las breñas, a una legua de la ciudad, sobre el riachuelo Teyar, tajando la montaña a lo largo del camino real de Sucre a Potosí, cuyo costo se hace ascender a más de un millón de pesos.

Visité detenidamente esta deshabitada mansión, perfectamente amueblada como para recibir a sus dueños, en gran parte de estilo musárabe, con sus miradores y torreones y arcos de herradura, construída por un italiano de apellido Camponovo. Hermosos lienzos modernos tapizan las paredes, riquísimos alfombrados, muebles y objetos de lujo, oratorio con altar de bronce, sala de billar, piano, terracotas, porcelanas y dijes, todo, en fin, lleva el sello de distinción y de grandeza de un potentado. Los jardines y el parque, son algo muy no-

table: glorietas, lagos, estatuas, grutas, etc., en nada desmerecen de un palacio principesco.

El señor Argandoña, fundador, en Sucre, del Banco de su nombre, levantó en este su fundo un asilo para huérfanos y huérfanas que entregó a la dirección de las Hermanas Hijas de Santa Ana, con capacidad para 21 niñas y otros tantos varones, con talleres de imprenta, sastrería, herrería y carpintería. Las niñas aprenden todos los quehaceres domésticos, cosen, lavan, bordan, tejen la ropa que visten, hermosas chalinas de seda, géneros de punto, etc., con extraordinaria maestría.

Diz que al ver el Papa León XIII las fotografías que le presentara el señor Argandoña, le dijo: ''Pero si esto es un verdadero principado''; y para que lo fuera de verdad, el bondadoso pontífice creó el príncipe que faltaba, nombrándole ''Príncipe de la Glorieta'', por la obra benéfica de su propio peculio levantada y sostenida.

Desgraciadamente esto también va camino de desaparecer. Hoy si bien existen 21 huérfanas, sólo hay 11 niños, con orden de la princesa que vive en París, de no llenar las plazas que vacan, según se me aseguró. Pronto, pues, se verá clausurado el Asilo, fundamento y raíz única del título. A qué responda esta decisión, se ignora; lo cierto es que, según todos, la situación financiera de la princesa es sobradamente firme. Cosas propias del tiempo... y probablemente del mundo...

CAPÍTULO XI

Prestigio intelectual de la Universidad de Charcas. — Errores del partido liberal: el matrimonio civil, la instrucción laica. — La misión belga y el doctor Bardina. — El laicismo en el parlamento boliviano. — Implantarlo para la raza indígena es un absurdo. — Colegio de Educandas. — Colegio de los P. P. Jesuitas. — Colegio de Artes y Oficios de los Padres Salesianos. — Escuelas Franciscanas. — Escuela nocturna. — Caja Popular de Ahorros de San Antonio de Padua. — La Biblioteca Nacional. — Honrosa recepción.

Con las quiebras y los desmedros propios de una ciudad en falencia, se esfuerza aún y lucha loablemente la antigua Charcas por conservar el cetro de sus antiguos prestigios, el predominio intelectual entre todas las otras urbes bolivianas. Y hay que reconocerlo, lo mantiene aún, si bien a duras penas, sobre los favorecidos paceños y los espirituales cochabambinos que *se pirran,* sobre todo los últimos por llevar la primacía del saber, como la llevan ciertamente en la fogosidad de su carácter patriótico y en el brillo de su imaginación ardiente.

La Universidad de Sucre, con sus dos facultades, de medicina y derecho sin ser un modelo de centro universitario, se distingue por la preparación de su profesorado y el tino y competencia de su actual rector el doctor Hernando Siles, todo un intelectual de buena cepa y un virtuoso escritor conocido favorablemente en el extranjero por sus múltiples y valiosas producciones.

La misma Sociedad Geográfica, (1) centro de estudio y de cultura superior, que visité también, habla asimismo a favor de la intelectualidad sucrense.

Pero como no es mi intento hacer un estudio comparativo entre los diversos distritos universitarios de Bolivia que, dicho sea de paso, se han multiplicado demasiado, con perjuicio evidente de la intensificación y bondad de sus estudios, ni mucho menos quebrar lanzas sobre la superioridad de los unos sobre los otros, y sí sólo exteriorizar la sensación recibida en cada una de las ciudades visitadas, paso por alto lo que se puede ver en cualquier revista o diccionario enciclopédico, para decir dos palabras sobre la Biblioteca Nacional y sobre la educación cristiana que hace más a mi propósito y que, con la debida proporción, dará también una idea del grado en que se encuentra en las otras capitales bolivianas, ya que no es grande la diferencia entre unas y otras, sobre todo en las más adelantadas. (2)

Entre los más graves errores cometidos por el partido liberal que subió al poder en 1899, llevando a la presidencia al doctor Pando por un período de cuatro años, fué la implantación del matrimonio civil (repudiado tanto por razones étnicas y sociales, allí más que en ninguna otra parte, como por la moral y la religión) y la instrucción laica, sancionada por un decreto en 1903, en los colegios de enseñanza secundaria, extendida poco más tarde a todos los demás.

Contra ésta, reñida como estaba con todo el espíritu de la tradición boliviana, monopolizada y fosilisada en métodos sectarios, arcaicos e ineficaces por la *misión belga*, contratada

---

(1) En La Paz, hay también otra *Sociedad geográfica*. En el pequeño museo que en vías de formación tiene la de Sucre, se conservan, entre otros objetos históricos, el Acta Original de la Independencia de Bolivia y una bandera argentina salvada de la sorpresa de Vilcapugio.

(2) En las Capitales de Departamentos (Provincias para nosotros) hay colegios nacionales (en Sucre y en La Paz, hay también escuelas normales), existiendo además escuelas fiscales para la clase media, sostenidas por el gobierno, y escuelas municipales para la clase más pobre y abandonada del pueblo, sin contar algunas nocturnas (en Sucre, dos) todas gratuitas y libres si bien hay el proyecto de hacerlas también obligatorias.

Los alumnos matriculados durante el año 1918, en Sucre, ascendían a 3.056, porcentaje elevado para una ciudad de 20.000 habitantes. Esto indicaría también que no son pocos los que acuden de la campaña.

por el gobierno, que organizó el Instituto Normal Superior de La Paz, sentíase el sordo rumor de las protestas, sin que nadie se atreviera a tirar la primera piedra.

Fué al doctor don Juan Bardina, distinguido pedagogo español, contratado también por el gobierno para dirigir en La Paz la sección de Filosofía y Letras de aquel instituto, a quien le cupo la gloria de denunciar ante la opinión pública, el monopolio irritante que ejercía la misión belga en la instrucción pública, con daño gravísimo para la juventud boliviana, en una Memoria que con el nombre de "Arcaísmo de la misión belga", presentó al Ministro del ramo el 17 de Agosto de 1917.

Quebrado el prestigio un tanto ficticio del señor Rouma director del instituto y *factotum* de la instrucción en Bolivia, quien, al decir del señor Bardina, sigilaba gran vaciedad en métodos pedagógicos anticuados y falsos, pero fachandistas y de brillantez periférica, vióse obligado a presentar su renuncia y luego a retirarse a Cuba. Pero el atrevido Bardina no quedó sin su merecido. El gobierno, aprovechando circunstancias políticas favorables, lo expulsó del territorio boliviano, por haberse acaso metido demasiado al hondo en el terreno político.

La alarma que en todo el país despertaban las olas de indisciplina y de relajación que salían de las escuelas laicas, debieron ser harto graves, para que en el mes de febrero de este año (1919) haya vuelto a plantearse esta cuestión del laicismo en el parlamento boliviano. Ya no fué un Bardina, ni un diputado cualquiera a quien se le pudiera tachar de clerical y de retrógrado. Fué nada menos que el Ministro de instrucción pública, doctor S. Bustamante quien expuso el pensamiento del gobierno, que por cierto no cojea de ultramontano, en un discurso de gran resonancia en el que, con energía y valor poco comunes, llegaba a las siguientes conclusiones:

"El laicismo es una planta exótica en el país, donde hay sólo 200 protestantes, importados por la fuerza, para que gocen de la ley de libertad de cultos, cuatro ateos, siendo el resto de la población boliviana eminentemente católica. El laicismo

es de secundaria importancia, porque no responde a ningún factor de progreso.

"No se debe imponer el laicismo, porque nadie lo reclama: quererlo implantar en Bolivia sólo por el hecho de que en otros países europeos lo han hecho, es una sinrazón.

"Se debe dar instrucción religiosa, porque el problema de Dios se plantea en toda clase de estudios; porque la idea de Dios está latente e inseparablemente unida a la inteligencia humana; porque no se debe permitir que el indio caiga en el fetichismo".

Hay que conocer el estado de abandono, de atraso y de ignorancia en que se encuentra el elemento indígena en Bolivia y que es el más numeroso, para apreciar debidamente toda la fuerza de la verdad que entrañan las últimas palabras del ministro y el contrasentido y el absurdo que significa la implantación del laicismo allí más que en ninguna otra parte. Arrebatarle al pobre indio las únicas nociones de Dios, de religión, de respeto a la autoridad, así como él las tiene, materializadas y todo, pero que contrarrestan, en parte siquiera, los instintos atávicos, el salvajismo que aun le hierve en la sangre, es lanzarlo inhumanamente al peor de los caos, al que llegan las hordas desenfrenadas, ávidas de reivindicaciones brutales, de igualitarismo materialista, para renovar con peores agravantes los excesos ocuridos en México, las monstruosidades sin nombre que están sucediendo en Rusia.

Es menester sí abrirle los ojos al indio y aun al cholo o mestizo que también guarda muchos puntos de contacto con aquél, pero por medio de la instrucción conveniente, de la moralización de verdad, de los adelantos y progresos del trabajo honrado, de una ayuda paternal y desinteresada, jamás con los resplandores siniestros de las utopías revolucionarias, del laicismo calcinante y sin extrañas. El día en que, gracias a este presente griego que se le quiere hacer o se le está ya brindando, estalle formidable el odio de raza, que concentrado vive en el fondo de su corazón semisalvaje, para el blanco, a quien se somete y soporta a regañadientes y porque más no

puede, pero a quien aborrece de corazón como a usufructuario, detentor y destructor de su raza, ese día será un terrible despertar para Bolivia y para cualquiera otra nación que se encuentre en condiciones análogas.

Felizmente se trabaja, aunque no tanto, como fuera de desear, por falta de medios y de personal competente, en la instrucción de la juventud.

El colegio de Educandas, donde se han formado todas las distinguidas matronas chuquisaqueñas, hoy regentado por las Hermanas Hijas de Santa Ana, educa a unas 300 niñas y goza de merecido prestigio en aquella sociedad. Antes recibía una pequeña subvención del gobierno, hoy no, salvo cinco o diez becas que costea y que le sirve de pretexto para intervenir, por medio de su representante, hasta en el manejo interno de la casa. Así por ejemplo, si las Superioras descuidan el ponerse de acuerdo con aquél, para darles un paseo extraordinario a las niñas, se exponen a recibir el consiguiente reproche. Esto, como se ve, es sencillamente intolerable.

Los padres jesuitas, instalados en el antiguo convento de Santa Mónica, desde 1912, tienen su colegio del Sagrado Corazón, que abraza toda la enseñanza primaria y secundaria y donde se educan alrededor de 300 jóvenes. Provisto como está de un personal competentísimo, de buenos gabinetes de ciencias naturales y de un observatorio metereológico, es toda una esperanza para la juventud sucrense.

Los padres salesianos que poseen también su colegio, con dos secciones, una profesional, con talleres de tipografía, encuadernación, herrería y mecánica, carpintería y ebanistería, sastrería y zapatería y otra de estudiantes, realizan una obra eminentemente civilizadora, formando en los doscientos niños que educan, un elemento de orden y de garantía para las instituciones patrias.

Llegados el 20 de marzo de 1896, se instalaron en un vetusto caserón conocido con el nombre de *Tambo o Socabaya*—hoy convertido en un decente edificio—y que era parte del antiguo convento de los Agustinos, del que se incautara el gobierno.

La autoridad eclesiástica, con suscripciones levantadas entre los fieles compró la antigua iglesia de muy buena arquitectura —y hoy, gracias a la restauración que se le ha hecho, de esbelta y hermosa fachada—que estaba convertida en teatro y se la cedió a los Padres.

El gobierno por su parte les cedió el *Tambo,* asignándoles una subvención anual por vestir, educar y alimentar gratuitamente a 70 niños; subvención que desgraciadamente, desde 1914, so pretexto de crisis económica, de hecho ha quedado retirada, poniendo en serio peligro a este colegio que pasa hoy por una situación verdaderamente crítica.

Comparten con aquellos la noble tarea del magisterio cristiano los padres franciscanos de la Recoleta (1) que instruyen a unos trescientos niños en sus "Escuelas Franciscanas" fundadas a base de un legado pío y que comenzaron a funcionar a principios del 1911.

De estas "Escuelas Franciscanas" se derivan la escuela nocturna que tienen con cien alumnos, de 15 a 30 años y la "Caja Popular de Ahorros de San Antonio de Padua"; institución netamente popular y beneficiosa para la clase obrera. Cuenta alrededor de 700 socios, y sus estatutos fueron aprobados por el superior gobierno el 28 de agosto de 1914.

Cerraremos este capítulo con algunos datos ligeros sobre la biblioteca y archivo nacional, instalados en el local que actualmente ocupa el Palacio de Justicia y que antes fuera Convento de los Domínicos. Aunque no los visité con la detención de quien va a hacer un estudio prolijo y aprovecharse de sus tesoros, ya que mi delicada salud no me lo permitía, pude curiosear lo suficiente para avalorarlos en su justo precio.

Mucho se ha ordenado y catalogado en el rico archivo, que posee sin duda alguna piezas antiguas y valiosísimas, las actas originales por ejemplo de la Real Audiencia Charcas, etcétera, pero aun falta mucho que hacer. "El Boletín y Catálogo del Archivo General de la Nación", revista mensual que

(1) La Biblioteca de este Convento cuenta alrededor de diez mil volúmenes.

va publicando los Expedientes (catálogo cronológico de la época colonial) llega ya al año 1680 (1). Inútil parece añadir la importancia que para los estudiosos reviste dicha publicación, dirigida con mucho acierto por el señor Julio César Carvajal. Lástima grande que los poderes públicos no se preocupen más de aumentar el personal y el presupuesto para impulsar esta gran obra del arreglo y sistematización definitiva del archivo que requiere labor, constancia y sacrificio no vulgares y que tantos beneficios está llamada a producir para la cultura general boliviana y americana.

La biblioteca con ser buena, no es desgraciadamente lo que uno se espera encontrar, tratándose nada menos que de la biblioteca de la famosa Universidad de Charcas; aunque a decir verdad, de la de ésta apenas si quedan rastros.

La base de la Biblioteca Nacional la forman las obras que pertenecieron a los conventos suprimidos, la mayor parte con tapas de pergamino y en latín, vale decir, letra muerta para los modernos intelectuales, la biblioteca del doctor Ernesto O. Rück, considerado como el fundador y organizador de aquélla y los libros que pertenecieron al doctor René Moreno y que formaban la valiosa "Biblioteca Boliviana" que existía en Santiago de Chile.

El sistema de clasificación empleado, de pocos años a esta parte, es el de fichas, hoy en día adoptado en Europa y América y prestigiado por los últimos congresos como el mejor y más práctico. Las fichas hechas son actualmente 12.640.

La Biblioteca cuenta 13.329 volúmenes, de los cuales 399 llevan tapas de madera y 1.789 de pergamino, en latín casi todos.

Lo reducido del presupuesto no permite mejorar la Biblioteca, ni atender como se debiera a la encuadernación de libros, revistas y colecciones de periódicos, algunas muy completas sobre todo de la prensa boliviana. El personal está compuesto de un director, un secretario, dos auxiliares y un

---

(1) Número correspondiente al 24 de Enero de 1920.

portero. Fuera de media docena de intelectuales que se consagran al estudio, los demás que acuden a la Biblioteca, según los informes recogidos, se dirigen a la sección de periódicos, revistas y... novelas.

De la recepción que el Rector de la Universidad me dió en este local, el 13 de septiembre, da cuenta la siguiente crónica publicada por "La Capital":

"El día viernes 13 del mes corriente, el señor rector de la universidad doctor Hernando Siles, invitó a nuestro ilustre huésped el Obispo de Paraná, doctor Abel Bazán y Bustos, a pasear por algunas oficinas públicas de su dependencia.

Principiaron por el archivo general de la nación, y después de una breve recorrida, se dirigieron a los grandes salones de la Biblioteca Nacional, a donde había invitado el señor rector a los jefes de corporaciones y a lo más representativo de la sociedad, a tomar una copa de champaña saludando al ilustrísimo señor Obispo.

Larga fué la visita a la gran Biblioteca Nacional. El director del colegio Junín, señor Adhemar Gehain dió una interesante conferencia sobre las ventajas del catálogo por el sistema decimal y de tarjetas, que es el que acaba de establecer en esta biblioteca. La conferencia fué con demostraciones prácticas, pidiendo a los empleados del establecimiento, no sólo libros, sino también documentos y referencias de unos autores a otros.

Después de recorrer las distintas secciones de la biblioteca, toda la concurrencia se reunió en el salón de la secretaría, donde el señor rector de la universidad, doctor Hernando Siles, saludó con una copa de champaña al ilustrísimo señor Obispo, presentándolo como a ilustre huésped, historiógrafo y hombre de ciencia, agobiado por la labor intelectual y sujeto a descanso, como a eminente orador sagrado y uno de los más esclarecidos prelados de la República Argentina. Fué elocuente y muy aplaudida la palabra del doctor Siles.

Contestó el ilustrísimo Obispo, principiando con palabra un tanto vacilante, que dejaba comprender su emoción, y fué

animándose sucesivamente hasta dar prueba de sus grandes dotes de orador, de su ilustración sobre la historia de Charcas y del valor de sus convicciones.

"Acabo de escuchar conmovido, dijo, las sentidas frases del hermoso discurso con que V. S. ha querido honrar, no a mi humilde persona, sino al carácter que invisto, no menos que a mi condición de extranjero y de ciudadano de una nación hermana, cimentando y acreditando una vez más, los sentimientos de legendaria hospitalidad y de exquisita cultura que caracteriza a esta distinguida sociedad.

"Al declinar pues, los bondadosos conceptos en galanas frases vertidas por V. S. en honor de mi persona, acéptolos como Obispo y como argentino, y los guardaré en los entresijos más recónditos de mi alma, para aspirar en los días grises de mi vida, todo el perfume que exhalan como esencia condensada que son del alma boliviana en su exponente más alto de intelectualidad y de cultura.

"Al trasponer en el vertiginoso rodar del nuevo vehículo que hoy nos brinda la civilización, vuestros campos, y vuestras sierras, vuestras quebradas sin fin, vuestras moles gigantescas, coronadas de nieve y grávidos el seno del precioso y codiciado metal, he sentido extremecimientos y vahídos ante la obra gigantesca de la naturaleza, de Dios. Al hollar los mismos caminos que nuestros padres en la fe, y en la libertad, al recoger la misma tierra que polvoreó su vestimenta de apóstoles y al sentir azotado el rostro por el mismo cierzo helado que vigorizó sus miembros y bronceó sus frentes, he vuelto a sentir extremecimientos, tanto de admiración por esos grandes hombres que describieron trayectoria luminosa en el cielo de la patria, como de gratitud y de orgullo: de gratitud para esta histórica ciudad, para esta alma máter chuquisaqueña que moldeó el carácter, iluminó el cerebro y forjó el alma de tantos de nuestros grandes hombres que como Moreno, Castelli, Monteagudo y otros, bebieron en estos claustros y en estas aulas toda la ciencia y el dinamismo patriótico que les caracterizó; de orgullo también, señores, porque, dignos discípulos de sus

maestros supieron ponerse con honor a la altura de las circunstancias de tiempo, de lugar y de medio que la gran contienda les colocaba.

"¿Cómo queréis que no goce en medio de vosotros? ¿Cómo queréis que no sienta satisfacción profunda e intensa en este ambiente saturado de recuerdos, de ciencia, de tradiciones venerandas? Mis impresiones pues, no pueden ser ni más gratas ni más favorables para la cultura de esta histórica ciudad. Estoy admirado de los valiosos tesoros del pasado que guarda en su seno y que honrarían a cualquier ciudad europea, tanto desde el punto de vista arqueológico, como artístico y científico, no menos que de su sociabilidad de cepa genuinamente española, cristiana, con brotes vigorosos de americanismo de buena ley y de nacionalismo boliviano exuberante.

"La antigua Charcas con su famosa universidad de San Francisco Xavier no embargante sus lógicos e inevitables desmedros en la larga y azarosa brega por la conquista de la libertad política de la nación, sigue y seguirá siendo el centro de atracción de los intelectuales que quieran buscar en sus archivos y bibliotecas el alma colonial y americana en lo que ha tenido de más noble, digno y elevado.

"Y aquí, señores, permitidme una digresión, si tal puede llamarse, al hablar de los fundadores de esta casa solariega, de esta alma máter de la ciencia en todo el vasto territorio del Alto Perú. Os sé grandes, os sé nobles, equitativos y justos.

"Timbre eterno de gloria será para la iglesia representada en sus dignísimos arzobispos, cancilleres natos otrora de este augusto santuario y en especial para la ínclita Compañía de Jesús, que con su ciencia, abnegación y virtud echó la primera piedra y talló los sillares venerandos de este real alcázar de la ciencia. A la iglesia, a los jesuítas, y también ¿por qué no decirlo? a la madre patria que nos dió con su idioma, su religión y su sangre, el broncíneo temple de la raza, el alentar sereno de los héroes y todo el romanticismo caballeresco hispano, el rendido homenaje de nuestra admiración y gratitud profunda.

"Aquí, señores en esta casa se formó el proceso de la existencia política y social de varias naciones americanas. Aquí, ha dicho el sabio historiógrafo de esta casa solariega, doctor Luiz Paz, aquí presente, están las grandes miliarias de la conquista y de la colonia, de la revolución y de la independencia con sus grandiosas epopeyas; la guerra civil con sus eclipses sombríos, con sus tempestades de barbarie; aquí se siente y se palpita todavía la unidad nacional en sus primeras potentes revelaciones: la organización nacional, las concepciones de los padres y fundadores de la patria. La emancipación americana, desde mucho tiempo antes de aparecer realizada en un hecho consumado, fué preparada lentamente por las luces esparcidas por las congregaciones religiosas en sus establecimientos de enseñanza. Ha hecho más por nuestra emancipación política la ilustración que partió de la Universidad de San Francisco Xavier que las armas que la consumaron porque la ilustración hizo las armas que conquistaron la libertad y preparó los hombres dignos que habían de manejarlas.

"Y bien, señores, al pensar en todo esto y verme en este sitio tres veces sagrado y secular, objeto de vuestros, para mí honrosos e inmerecidos agasajos, siento todo el peso de una deuda, cuyos intereses difícilmente podré descontar. Guardaré, eso sí, recuerdo perdurable de vuestra gentil cortesía. Y si más tarde, como lo anhelo vivamente, arribo a esta ciudad, no ya en obligado trance de descanso intelectual, sino de investigación y de estudio, me será forzoso trasponer nuevamente los umbrales de esta casa para aumentar en el venero inagotable de esta biblioteca y de este archivo, el corto caudal de mis conocimientos históricos.

"Mientras tanto, lo que os puedo asegurar es que he de marcar con piedra blanca este momento y este día en que vuestra deferencia, echando un velo sobre mi modesta persona, ha hecho resaltar únicamente vuestra grandeza y generosidad. Y al regresar a los míos he de contar lo que sois y tenéis y lo que habéis hecho para obsequiar a este pobre prelado argentino. Y he de propender también, por la propaganda oral y escrita,

en la medida de mis fuerzas a robustecer más y más los vínculos de solidaridad boliviano-argentina, las corrientes intelectuales y sociales que nos ligan, convencido como estoy que con esto se hace una obra de verdadero patriotismo y se trabaja por el común engrandecimiento de estas dos naciones hermanas, que juntas, puede decirse, nacieron a la vida de la libertad, y en las horas cruentas del sacrificio, supieron mezclar su sangre, sus sudores y sus lágrimas y escribir páginas de gloria inmarcesible en la gran epopeya americana.

"Señor rector, que tan dignamente regís los destinos de esta casa y que con los prestigios de vuestra honorabilidad, de vuestro talento y de vuestra preparación jurídica extraordinaria, sois la mejor garantía de la misma, por vuestra salud y por el adelanto siempre creciente de esta histórica universidad, cerebro hoy de la nación boliviana, como lo fuera otrora de la vasta región comprendida entre Arequipa y Buenos Aires.

"Por vosotros dignos señores, que os habéis dignado acompañarme en estos momentos. Por la felicidad y unión de las autoridades eclesiásticas y civiles y porque se mantenga el espíritu cristiano que dió grandeza a estos claustros y a esta ciudad. Por el engrandecimiento de Bolivia, vuestra patria y de la mía la República Argentina.

CAPÍTULO XII

El indio aymará y el quechua. — Caracteres de raza. — Estado humillante y abandono en que se tiene a la raza indígena. —El pongueaje. — Lo que debieran hacer el gobierno y las autoridades públicas. — Las fiestas de los indios. — Sus habilidades. — Vestimenta, costumbres y preocupaciones. — La mujer india y su traje. — El cholo, su carácter y modo de ser. — Traje de las cholas.

Si he de decir lo que siento, una de las cosas que más hondamente han afectado mi corazón en mi largo viaje a través de Bolivia y Perú, es el estado de miseria y de abandono en que se encuentra la pobre raza indígena, hoy despreciada, oprimida y explotada por los mismos que debieran levantarla y redimirla. Los sufrimientos y la odiosa servidumbre que pesa sobre la raza vencida, es, con pequeñas variantes, la misma tanto en Bolivia como en el Perú.

El elemento indígena en Bolivia está formado por los indios *aymarás, y quechuas.* Aquéllos existen hoy día en las regiones del norte del altiplano, desde Oruro hasta el lago Titicaca, éstos en las regiones de Sur y en el Perú hasta el mencionado lago, siendo, a diferencia de aquéllos de carácter más manso, sumiso, obediente y ordenado.

Los aymarás de un grado inferior de civilización a los indios del Cuzco que los dominaron, forman una de las razas aborígenas de la meseta boliviana, cuyos antecesores, según la opinión autorizada de Brandelier, fueron los *chullpas.*

Fundado el imperio de Tahuantinsuyo, *Maita-Capac* los redujo y sometió a su poder, si bien jamás llegó a extinguirse

en los *Collas* hasta el presente, el espíritu belicoso, altanero y bravo que les distinguía, como celosos que eran de su libertad y reacios a toda servidumbre. De ahí sus continuas sublevaciones y la lucha tenaz—que, puede decirse, aun perdura—en contra de sus dominadores los quechuas que, venidos del Cuzco, se extendieron después por el Sur de la América.

Hablando en general, el indio del altiplano, especialmente el aymará, sin duda debido en gran parte a la aridez y desolación de la llanura, a las inclemencias del clima y del suelo, a los rigores, sufrimientos y explotaciones de que es víctima de parte de la raza blanca, no menos que a la inferioridad de su preparación para adaptarse al medio harto complejo de la moderna civilización, es triste, rencoroso, esquivo, huraño, desconfiado y, por atavismo de raza, rapiñesco y feroz, llegado el caso. Jamás la alegría ilumina sus pupilas, a no ser que esté bajo la acción de la chicha o del alcohol, la única pasión que lo exalta, o el trato brutal que recibe, haya colmado la medida en lo humano, porque entonces pierde su pasividad de animal de carga, olvida su inferioridad y se subleva iracundo, roba, mata, asesina y desfoga sus pasiones, su alma repleta de odios, con una saña y ferocidad sin igual. Vencido, se repliega nuevamente dentro de sí mismo, triste, reservado, hosco, impasible y mudo sin revelar al exterior—mucho menos al blanco—los odios concentrados, el mundo oscuro y tétrico que se agita en el fondo de su alma "hecho de tristezas, de suplicios, de amarguras eternamente renovadas". En 1900 hubo en La Paz diez criminales blancos por 68 cholos y 408 indios. Resignada víctima de toda suerte de fatalidades, ha dicho Arguedas, lo es desde que nace, pues muchas veces, como las bestias, nace en el campo, porque el sér que lo lleva en sus entrañas labora la tierra dura, expuesto al frío que abre grietas en los labios y agarrota los dedos. Allí, en la alta meseta, a 3.700 y tantos metros sobre el nivel del mar, no siempre el sol calienta, por mucho que luzca en todo su esplendor. El viento sopla incansable y viene trayendo todo el horrendo frío que duerme en las cumbres perpetuamente nevadas de los Andes; y es a ese

frío, a ese viento, a ese sol radioso, en invierno, pero frío, que las madres indias exponen a sus hijos recién nacidos, colgándoselos de sus senos con una tira de lienzo que se pasan por las espaldas. Cuando apenas el niño puede sostenerse sobre sus piernas, comienza a utilizársele, porque el indio trabaja desde los dos años hasta que revienta. Y desde que sale el sol hasta que se pone, solos en medio de la pampa triste, se pasan contemplando la naturaleza agreste del país, en quietud momiesca. Más tarde sus ocupaciones se doblan. Ya son pastores de ovejas y van provistos de sus *quenas* y de sus *sicuri* (zampoñas) para aprender a modular los melancólicos aires de la tierra y a ponerse en contacto íntimo con la naturaleza, que después ya para ellos no tiene ningún encanto. Comienzan a ser hombres, a saber que la vida es triste y a sentir germinar dentro de sí el odio contra los blancos, ese odio inextinguible y consciente porque nace de la crueldad que éstos usan con los suyos.

Parco y frugal el indio cuando no tiene que comer, puede pasar días enteros con algunos puñados de coca y maíz tostado. Para dormir le basta el suelo duro. Siempre anda descalzo; sólo usa ojotas cuando el terreno es muy pedregoso. Calor, frío, todo le es igual: su cuerpo casi no es sensible a las variaciones atmosféricas. Andariego empecinado, la distancia no le acobarda. Todo lo que personalmente no le atañe lo mira con la pasividad sumisa del bruto, y vive sin entusiasmos, sin anhelos, en quietismo netamente animal.

La mujer observa la misma vida y, en ocasiones, sus faenas son más duras. En sus odios es tan exaltada como el varón. En los combates lucha a su lado, incitándole con el ejemplo, dándole valor para resistir. Fuerte, aguerrida, sus músculos tienen la solidez del bronce batido. Hacendosa, diligente, emprende viajes continuos y va en pos de sus caravanas haciendo 40 y 50 quilómetros diarios, sin fatiga ni alarde.

La principal ocupación del indio es la agricultura y la ganadería. Labora la tierra dura; penosamente y tras esfuerzos inauditos, sólo cosecha algo de patatas, un poco de *quinua* y otro de cebada y *ocas*. Es supersticioso y crédulo: lo que sus

yatiris (adivinos) predicen ha de suceder fatal e irremediablemente.

Tanto se ha abusado del derecho de la fuerza, que los indios han acabado por someterse, pasiva, humildemente, cual las bestias agobiadas a fuerza de hambre y palos. El indio no presta, es verdad, ningún socorro a un desconocido. Y es que su experiencia le ha enseñado que la desconfianza hacia los otros, de los que jamás ha recibido un favor o una gracia, debe ser su primer deber.

Creen los patrones, y especialmente los patrones cholos, que por el simple hecho de adquirir un terreno, les pertenece, en propiedad, todo lo que vive y alienta en él. Y como los indios son parte componente del terreno, se los apropian sin escrúpulos.

Hemos leído varias veces en los periódicos este o semejante aviso: *Se alquila un pongo con taquia.* Llámase pongo al colono de una hacienda que va a servir por una semana a la casa del patrón en la ciudad y taquia el *estiércol* de ovejas y llamas que se recoje, se hace secar al sol y luego se emplea como combustible. El servicio del pongueaje es gratuito y también el aprovisionamiento y traslado de la taquia. Cuando un patrón tiene dos o más pongos, se queda con uno y arrienda los restantes, cual si se tratase de un caballo o de un perro. Pero el indio no sólo puede ser alquilado, sino que tiene la obligación de trasportar las cosechas por cuenta y a riesgo suyo, desde la finca a la morada urbana del patrón, recorriendo distancias enormes,



Un Pongo

sin recibir retribución alguna ni aun para sufragar sus gastos de alimentación, ni la de sus bestias de carga.

El dueño de una hacienda puede arrojar impunemente cuando le place, al colono que trabaja en su terreno. Hay indios que, excepcionalmente poseen en propiedad el terreno que labran, y son los *comunarios;* pero van desapareciendo poco a poco, absorbidos por los ricos propietarios o personajes de más o menos influencia, quienes, con malos ardides, se adueñan de las propiedades de los indígenas, mediante precios realmente irrisorios, siendo aprovechado además el *comunario* por los que ejercen autoridad, o tienen alguna influencia, como bestia humana de todos.

El abuso del alcohol, el exceso de trabajo, la mala y deficiente alimentación, la absoluta falta de higiene, van minando el vigor prodigioso de la raza. Hoy la mayor parte de las pestes y enfermedades infecciosas, hacen estragos entre las clases indígenas y mestizas porque son las menos limpias. El altiplano se despuebla, la población indígena decrece en proporciones geométricas.

Un dato sugestivo. La compañía minera *Huanchaca de Bolivia* tenía en 1906 casi en propiedad *diez mil* indios quechuas trabajando en su mina Huanchaca a los 4.200 metros sobre el nivel del mar. Pues bien, según declaración de su presidente señor Sénéchal de la Grange, a un periódico de Buenos Aires, que fué trascrito en el *Comercio de Bolivia*—20 de febrero 1906—de los *cuatrocientos* nacimientos anuales, mueren alrededor de *trescientos sesenta* antes de los tres meses. ¡Cifra verdaderamente aterradora! (1).

Han transcurrido ya más de tres siglos desde la conquista y el indio con muy corta diferencia conserva las mismas ideas, tradiciones y costumbres antiguas de los Incas. En vez de progresar, ha retrocedido en cultura. Los pobres indígenas, sin otro punto de contacto con los blancos que pagar el tributo y servirles en todo y por todo, ahí han quedado aban-

---

(1) Arguedas, *Pueblo Enfermo,* cap. II.

donados a sí mismos y a su propia suerte, mirados con indiferencia y con desprecio por la raza conquistadora que sólo parece fijarse en la utilidad que les presta.

Bolivia y el Perú después de tres siglos de conquista y de uno de independencia, ofrece al viajero el espectáculo ingrato, de dos razas que se rechazan mutuamente, sin esperanzas de fusión, no sólo, sino sin que se vea la acción eficiente de la civilizada sobre la desheredada, explotada y embrutecida raza indígena. Y este embrutecimeinto no debe atribuirse a carencia de aptitud, a incapacidad de los indios para la civilización, porque está en contra, tanto la experiencia como la historia. Es que las autoridades han descuidado la nobilísima misión que les incumbe. La reglamentación del trabajo, una legislación obrera adecuada, la liberación del indio de los caciques y tiranuelos, llámense propietarios, hacendados o mineros, una evangelización más esmerada, una protección netamente acentuada de parte de los poderes públicos, para estos pobres infelices a quienes se les debe dar la instrucción que necesitan, las escuelas primarias que son una necesidad imprescindible, un acuerdo en fin sincero, patriótico y cristiano, pero leal y eficiente entre ambas autoridades civiles y eclesiásticas, todas estas cosas se imponen con la evidencia del axioma. Una vez establecidas las escuelas en todos los centros de población, el castellano debería ser la lengua oficial y obligatoria, ya que harto sabido es que el idioma es el vínculo de unión y de sociabilidad. Si no se entienden los unos con los otros no hay medio de acercamiento, de fusión, de amor. Mucho hacen en beneficio de la nación y de la iglesia los sacerdotes y misioneros, pero mucho más harían por la prosperidad y el engrandecimiento nacional, si tuvieran la protección necesaria de parte del gobierno para que los seminarios y los centros de misiones estuviesen bien montados y pudiesen proveer del número de apóstoles indispensable siquiera a las necesidades existentes.

Vemos que una inteligencia cordial y sincera entre el episcopado y el gobierno remediaría muchos males, entre otros,

los excesos a que se entrega el elemento indígena, en desquite sin duda de las penalidades y privaciones de todo el año, durante las fiestas patronales de los pueblos, que ofenden por igual a la religión y a la cultura ciudadana.

Las fiestas de los aymarás y quechuas son muy semejantes; casi todas tienen un origen religioso y todas invariablemente terminan en grandes orgías y borracheras; en diferentes localidades hay fiestas peculiares como las llamadas del *El-Kenko* y las de las *alcacitas,* o ferias, en las que se venden muñequitos extremadamente pequeños y muy perfectos. Se distinguen en esto los indios de Sucre y de Potosí. Entre las miniaturas de esta última ciudad deben contarse los diminutos juegos de té, de plata, que son un encanto. Todos son hábiles tejedores y alfareros. Con tintas vegetales tiñen ellos mismos el algodón o la lana que hilan de llama, alpaca, vicuña, etcétera y fabrican sábanas, *bayetas,* toallas, hamacas, frazadas, sombreros, ponchos, jergones, algunos de primorosa labor.

El vestido del indio es muy sencillo. Aunque diferente según las regiones, por lo general se compone de un calzón de bayeta blanca hasta la pantorrilla, una camisa de lana, poncho, sombrero y *ojotas.* Lo cambia sólo cuando ya el anterior no admite remiendos y se cae a pedazos. En lugar del sombrero, los indios de Sucre llevan montera de cuero, que adornan, en las fiestas con lentejuelas y monedas de plata y además gastan trensa como las mujeres que les cae sobre la espalda y la *chuspa* donde guardan la coca o sus reales. Rara vez se lavan la cara, duermen a la intemperie—salvo lluvia o enfermedad—sobre cueros y se cubren con su inseparable poncho.

El indio quechua de carácter humilde, pusilánime y desconfiado, es como el aymará sufrido hasta lo indecible. Acompañan a pie a sus patrones recorriendo hasta 18 leguas por día, sin fatiga mayor y hasta 15 kilómetros por hora cuando hacen de postillones y sólo recibían antes diez centavos de retribución por legua, si bien ahora están mejor remunerados.

Para los viajes y para hacer cualquier esfuerzo se ciñen fuertemente la cintura con una faja que llaman *chumpi.*

Para descansar se sientan en sus corbas y mastican su coca, si el patrón no les da qué comer. Desconfiados y recelosos, hablan poquísimo, nunca contradicen a los blancos y cuesta un triunfo sacarles algo de sus costumbres, preocupaciones o supersticiones. Entre ellos sin embargo son parleros y locuaces, al grado de pasarse las noches charlando, a veces y levantarse tan frescos al trabajo, como si hubieran dormido. Comen a las 4 a. m., a las 12 y a las 6 p. m. Creen a pie juntillas que los antiguos moradores los *chullpas,* se alzan por la noche de sus tumbas y vuelan buscando como aplacar su sed en las fuentes y en los ríos. Con ardides y engaños se los hace confesar, aunque raras veces, el significado del ponchillo (especie de escapulario) o almilla, cuando no poncho y pantalón, de color negro, que llevan sobretodo los indios de Coro-Coro y de Villa-Villa y de algunas localidades del Perú, como yo mismo les he visto; es el luto que aun cargan por la muerte del *Padre Grande,* o sea del Inca.

Amaestran admirablemente a sus perros. Entreveradas las majadas, con sola una señal que les hacen, al punto las dividen. También a sus bueyes educan muy bien, pero a estos les hablan siempre en castellano, porque dicen que son *guampu,* vale decir, extranjeros. Su alimento principal es la lagua, manjar hecho de harina de trigo o de maíz, el mote, el maíz tostado, la coca y la carne... cuando se les muere un animal. La bebida predilecta y casi única es la chicha, (1) no tan cocida como la de los cholos, más agria y de color blanco, a diferencia de la de éstos de color amarillo, y también el alcohol.

Sólo en las parroquias y anexos viven reunidas las familias indígenas, las demás vénse diseminadas por los campos,

---

(1) La hacen de harina de maíz *muqueado* (masticado) que secada al sol, la hacen hervir hasta que queda en estado de arrope. Este mezclado con agua hervida y fermentado por diez o quince días, en tinas bien cerradas, constituyen la *chicha.* Las *chicherías* se conocen por una banderita roja que izan. En Sucre toda la calle que lleva a San Sebastián y que pasa por el Mercado, o Casa de Abasto, como se le llama, sucio e inmundo, como la calle, está sembrada de trapos rojos.

en chozas miserables de piedra y barro, con techumbre de paja, lóbregas y desaseadas.

En sus fiestas—tres o cuatro al año, entre los que se cuenta el carnaval y las fiestas religiosas—jamás se rozan con los blancos. Sus cantos son tristes y lúgubres.

Sus bailes más comunes, la zambacueca, el bailecito; los bailes de parejas, han comenzado también a quererlos introducir. Los acompañan con sus instrumentos predilectos, el *charango* (guitarrilla pequeña) el *cicuris,* instrumento de caña, la *quena*—flauta de caña, sin lengüeta—la caja o tambor, el clarín, especie de corneta y a veces también el harpa, terminando todo por cierto, con una solemne borrachera.

La mujer india es sufrida y trabajadora, desaliñada y sucia. Viste una túnica o pollera de lana de color chillón con mangas estrechas y recortadas, otra pieza más burda llamada *aycsu* que sujeta al hombre, cubre la túnica y cae hasta mitad de pierna, un cinturón de lana, ancho 10 o 15 centímetros, con curiosas labores, una montera o sombrero de lana para cubrir la cabeza y ojotas, o plantillas de cuero para los pies. Otra prenda inseparable de la india es el *képis,* que consiste en una como mochila o gran envoltorio, terciado al hombro y formado por un poncho o jergón, *lliclla,* donde acomodan su hijo, comestibles o artículos que compran o que venden. Un gran pincho de plata, en forma de cuchara generalmente, sujeta la *lliclla,* a la altura del pecho.

El cholo o mestizo ha nacido de la fusión entre el blanco y el indio y participa de las cualidades características del uno y del otro. Es inteligente y listo, pero tornadizo y voluble; con facilidad se apasiona y exalta hasta el sacrificio por este o aquel caudillo político, por este o aquel partido, sin parar mientes ni en sus principios ni en sus programas. Si triunfa bien, si fracasa bástale el haber añadido algún lustre a su personalidad mediocre. Ya se levantará otro ídolo, aunque sea de tendencias opuestas, que halague su vanidad y cure, con falaces promesas sus pasadas decepciones.

Si tiene algo y adquiere cierta cultura, tórnase preten-

cioso y soberbio, amante del brillo y del fausto, con facilidad quiebra lanzas por cosas de poca monta, por nimiedades de predominio social o político. Es valiente y altivo, pero bajo la dirección de otro, pues, le falta iniciativa y rehuye el esfuerzo, el trabajo continuado y tesonero. Amante de su religión y de sus tradiciones, es respetuoso de la autoridad, conservador y creyente, siendo hoy por hoy, la raza mestiza la que más coopera, al sostenimiento del culto y de sus ministros pero en general, ocioso e inclinado a la mentira.

Es curioso y llamativo el traje de las cholas. Visten *pollera*—rara vez y sólo cuando ya se van aristocratizando por su posición económico-social, *vestido*—traje corto a media pierna, ancho y lleno de pliegues. Una especie de encarrujado o entablillado que llaman *atroque* les cubre la cintura hasta la cadera y el busto un saco o bata de seda, merino, o saraza con encajes. Calzan zapatillas o zapatos, con o sin medias y muchas veces hasta ricas y vistosas botas de altísimo taco, sobre la que se destaca el original *justán* que les da carácter, o sea, la randa de la enagua que cae; cinco o diez centímetros, más baja del ruedo de la pollera. Llevan también, su bolsa peculiar de *caito* (de lana) donde guardan su dinero, exteriormente cuajada de monedas; prenda que hoy tiende a desaparecer. El pelo lo llevan generalmente arreglado en dos trenzas (*simpas*) que caen sobre la espalda y mantilla de lana, o de seda en las fiestas. En Potosí, Cochabamba, Oruro y La Paz van de sombrero de paja, en Sucre no.

Usan también chales prendidos con mucha coquetería y al parecer un cargamento de refajos almidonados y bordados en lo que cifran su vanidad femínea, aficionadísimas como son a los adornos de vestir.

Entre los cholos háblase generalmente el quechua o el aymará, aunque también el castellano pero no con perfección.

CAPÍTULO XIII

Oruro. — Psicología de sus habitantes. — Empresas mineras. —Visita a la mina de Itos. — Carencia de obras de arte. — Intereses religiosos. — La Virgen del Socavón y el Asilo de Ancianos. —Conversando con el señor Zambrana. — Una fiestita simpática.

Oruro, con 28.000 habitantes, es, al estilo de Potosí, un pueblo laborioso, rudo y altivo, pero más práctico y liberal, más cosmopolita y tolerante, acostumbrado como está al roce del elemento extranjero, allí, más que en ninguna otra parte abundante. Llamada por esto la *Ciudad Gringo* y favorecida por la línea ferroviaria que surca el altiplano, dedícase con tesón al laboreo de las mismas, al comercio e intercambio de productos, sin preocuparse mayormente de ese espíritu de regionalismo estrecho e intransigente que caracteriza a los otros pueblos.

Despreocupado y bastante escéptico en cuestiones ideológicas, no se precia de letrado, a pesar de su facultad de leyes y su incipiente facultad de ingeniería, a base de la escuela de Minas que funciona desde hace doce años y que tuve también la satisfacción de conocer, sino únicamente de su industria, del comercio y del tanto por ciento como los *yankis*. Es uno de los centros mineros más importantes, en comunicación constante con el puerto de Antofagasta y con el resto de la república; ha progresado no pocos en estos últimos años en la parte edilicia, presentando calles bien empedradas y macadanizadas, edificios como el Correo, el Banco Patiño y otros que impresionan favorablemente al viajero.

Fué esta ciudad, en otros tiempos casi rival de Potosí, llegando a contar hasta 80.000 habitantes, pero al decaer la industria minera decreció también su población. Hoy vuelve aquella a afianzarse y se afirma gradualmente con las numerosas Empresas que esparcidas en el Departamento del mismo nombre (1) explotan con ventajas el estaño, la plata, el wolfram, el oro, el cobre y el antimonio.

Deseando conocer alguna, visité la mina de estaño de *Itos,* de la Compañía Minera de Oruro. Atendido gentilmente por el administrador, el joven holandés Jorge Wissen, recorrí las diversas dependencias externas, donde trabajan hombres y mujeres; éstas, como es presumible, en tareas relativamente livianas y acomodadas a su sexo.

Provistos de la obligada lamparilla, penetramos luego al Socavón que se interna a varios centenares de metros—un verdadero túnel—en la entraña misma de la montaña, hasta llegar a la Sala, donde no podía faltar el tradicional altarcito y cruz, regularmente adornados, imprescindible devoción de los pobres mineros.

Allí también estaba el *pozo* de 305 metros de profundidad —al que hube de descender, pero desistí cediendo a las atinadas observaciones del administrador—por el que bajan y suben los noques de cuero, a tracción eléctrica repletos de mineral para entregarlo a los carritos *De-cauvil* que los trasportaban a afuera. Excusado es decir que al pozo convergen las diversas galerías subterráneas que van persiguiendo las vetas y filones del codiciado metal, y en donde centenares y miles de anónimos mineros van también dejando, a trueque de aquel, girones de su propia existencia. Sumisos y obedientes decíame entre otras cosas, mi amable *Cicerone,* son excelentes trabajadores, pero desgraciadamente y sin duda, en desquite de su tan ruda y penosa labor, cuando salen de aquellos antros de infierno, liban demasiado a Baco. ¡Y qué otra cosa

---

(1) Entre otras, la de Patiño, Mina de San José, El Socavón, Compañía Minera de Oruro, Morococala. En el transcurso de un solo año el Notariado de Minas de Oruro, registró alrededor de doscientas concesiones de pertenencias mineras.

han de hacer estos pobrecitos, huérfanos de todo otro honesto esparcimiento!

Si quisieran, mucho podrían hacer por ellos los mismos empresarios, sin perjuicio que se dejara sentir, como es claro, la acción previsora de los gobiernos, para con leyes adecuadas, protegerlos y prevenir los conflictos y las reivindicaciones airadas del gremio que no tardarán en plantearse.

Bolivia, lo hemos dicho ya, no es todavía terreno viable y propicio para el arte; de consiguiente, mucho menos podrá serlo Oruro, de clima inclemente (las artes tienen también su clima), de suelo estéril, de metalúrgica entraña, de monotonía fría, entumecedora y desesperante, azotado de continuo por las rachas heladas del altiplano, sin paisajes, ni variantes, ni armonías que hieran suavemente la imaginación y despierten el espíritu.

Allí sólo se habla de socavones y de galerías—muy otras de las de Apeles—de concesiones de pertenencias y ley de metales, de compras y ventas y transacciones, etc. Las huellas mismas del pasado, en otras partes tan interesantes y regias, aquí son tan pocas y pobres que no vale la pena de tenérselas en cuenta. Así la iglesia de San Francisco (antigua Merced), el Palacio de la Prefectura de corriente arquitectura colonial que fué antes Convento de Agustinos (?), la Matriz, antigua iglesia de los jesuitas, a pesar de su retablo, arco tallado del presbiterio, bastante bueno, bóveda de cedro y no despreciable torre moderna.

Los intereses espirituales están atendidos por el escaso clero secular—Vicario Foráneo y dos o más sacerdotes—y los padres franciscanos (1). La única obra de carácter económico social que según entiendo, existe allí, es la Sociedad de Obreros de San José, con cien socios poco más o menos, análoga a las que hay también en Potosí y en Sucre. Las hermanas Hijas de Santa Ana regentan un colegio con doscientas niñas aproximadamente, en local estrecho, viejo, incómodo e inade-

(1) Tanto aquí como en Cochabamba, se desvivieron estos Padres por hacerme grata la estada. A ellos mi reconocimiento profundo.

cuado y el Hospital Municipal donde se atienden alrededor de doscientos enfermos en edificio deficiente aun, pero amplio y que tiende a mejorar y al que prestan sus servicios desinteresados diez profesionales de la ciudad.

En las afueras en una humilde capilla venérase la Virgen llamada del Socavón, antigua imagen tamaño natural pintada sobre una pared de adobes, de hermosas facciones y manos. El resto del cuerpo está cubierto con vestidos muy bien arreglados y adheridos al mismo con gran prolijidad. Llámase la Virgen del Socavón, porque pasa por debajo de la capilla, del mismo nombre, el Socavón de una de las minas de aquellos alrededores. Es muy venerada, máxime del elemento obrero que de largas distancias va a cumplir sus promesas y demandas.

Entre todas las obras de caridad y de beneficencia que hasta ahora he visitado, llévase la palma el Asilo de Ancianos, dirigido por las *Hermanitas de los Ancianos Desamparados,* fundación española de Valencia, y que honra tanto a la benemérita institución, como a la ciudad de Oruro. Es aquello un jardín *sui generis,* de plantas agostadas y resecas pero que parecen reverdecer al soplo suave y fecundante de la caridad. Es un espécimen hermoso de lo que puede hacer esta virtud divina y el celo y abnegación de esos ángeles terrenos llamadas Hermanitas de los pobres, cuya característica parece ser una santa y reposada alegría, jamás enturbiada ni interrumpida por ningún suceso o contrariedad de la vida.

Como me llamara fuertemente la atención este continuo clarear de aurora sobre los despojos áridos de la vida, las interrogué si habían hecho voto especial de estar siempre alegres y risueñas.

—Figúrese, monseñor, replicó de pronto la superiora, sonriendo angelicalmente, como todas las demás, qué sería de estos pobres ancianitos y viejecitas, ya en el ocaso de la vida, sin ilusiones, ni atractivos, ni encantos de ningún género, si no se lo ilumináramos con nuestras caras siempre alegres y contentas como unas pascuas. La caridad nos obliga a ello.

Por lo demás en nuestro instituto no encontrará una hermana triste. La gracia de la vocación y el saber que servimos a Jesús, oculto en la persona de estos nuestros ancianitos queridos, nos tiene siempre alegres.

¡Bendito sea Dios! lo que puede la caridad de Jesucristo que hace florecer la alegría en el ministerio más ingrato, y que, en lo humano no brinda el más mínimo atractivo y sí todas las repulsiones.

La limpieza, el aseo, el orden más esmerado reina por todas partes en esta casa. Admira el ver esos grupos de viejecitos, refractarios como suelen ser por su edad, incultura y sus achaques, a toda disciplina, como se mueven al cabo de poco tiempo, y se les lleva y trae y se les hace entonar cantos como si fueran unos niños; y los antes torpes y groseros sin la menor noción de higiene, de respeto, acaso ni de moral, que llegan hasta el insulto soez, hasta pegar y estropear, en casos dados, a sus ángeles bienhechores, muy pronto se tornan otros, obedientes, ordenados y discretamente limpios.

Excepción hecha de una pequeña subvención municipal, el asilo se sostiene de la limosna pública, que, día a día, recogen las Hermanitas por las calles, mercado y plazas. Nadie les escatima el óbolo, y con él sostienen a un centenar de ancianos y hasta han levantado una hermosa capilla y varias otras dependencias de la casa.

Más de una vez tuve oportunidad de departir con distinguidísimas personas sobre el tan zarandeado tópico del ferrocarril a La Quiaca, que, hasta hoy, con reportar evidentes ventajas de orden económico y cultural, no se termina en la parte boliviana. Puedo asegurar que en Bolivia la opinión es favorablemente unánime a este respecto máxime en los del sur.

Hablando en Oruro con el talentoso ex diputado Zambrana, que intervino de lleno en este asunto, del cual fué entusiasta partidario, me daba, con su verbo cálido, los siguientes informes: El trazado boliviano hasta La Quiaca debió quedar terminado dos años después del argentino. Cuando la Argentina finalizó su línea hasta la frontera, ofreció por medio

de su Ministro de obras públicas y valiéndose de la mediación de nuestro compatriota Aramayo, millonario, industrial de minas, a nuestro gobierno cederle todo el material necesario en condiciones financieras favorabilísimas, con la única condición que la línea debía terminarse en dos años de plazo. El señor Aramayo conferenció con los diputados y todos estaban acordes en que la operación era evidentemente ventajosa para los intereses de la nación y, puedo asegurarle, me añadía, que por unanimidad y sobre tablas iba a ser aprobado el proyecto de referencia. En esto y en víspera ya de convertirse en ley, llegan cablegramas de Europa de parte de un distinguido diplomático boliviano, y sus amigos se desbandan ante aquella antipatriótica consigna y el proyecto fracasó irremediablemente. Poco tiempo después vino el conocido empréstito efectuado en Francia y el proyecto para entregar la obra a una empresa francesa en condiciones financieras mil veces más onerosas. Los legisladores sellaron por fin, a pesar de todo, el convenio con la Casa Vessin, únicamente por que no quedara sin realizarse una obra que era de imprescindible necesidad, y que, de lo contrario, no se realizaría.

La Casa Vessin que debió entregar terminada la línea hasta Tupiza a fines de septiembre de 1918, no cumplió su compromiso, sin que pueda alegarse la situación creada por la guerra, por cuanto el convenio fué firmado durante la misma y todas las dificultades fueron previstas.

Toda la responsabilidad, pues, cae sobre el precipitado diplomático, a quien, de fácil, todos sindican como principal interesado en la desgraciada y draconiana operación financiera.

Invitado por las Damas Vicentinas asistí y bendije un saloncito de operaciones anexo a la sala de maternidad del hospital, acto al que asistieron los elementos más ponderables de aquella sociedad y con los que tuve oportunidad de departir amablemente en el lunch que acto seguido fué ofrecido a la numerosa concurrencia.

Sólo a título de recuerdo y nada más de aquella sencilla

pero simpática fiestita, trascribiré aquí las breves frases, que no discurso, que pronuncié en esta ocasión. Hélas aquí:

Acabo de impartir la bendición con que la iglesia, en su sacro ritualismo, acostumbra consagrar los edificios, locales o salones como éste. Tiene nuestra madre cariñosa bendiciones, no sólo para los templos y locales dedicados al culto de la divinidad, sino también para los que de una manera indirecta tienen relación a ella y sirven ya para vivienda y descanso de sus hijos, ya para curación y alivio de los mismos, como miembros doloridos de Jesucristo.

Este hospital con sus amplios pabellones, sala de operaciones y demás dependencias que honra a esta culta y adelantada ciudad, incorpora desde hoy un saloncito más de operaciones indispensables para la esmerada atención de las enfermas que aquí se atienden. El nunca bien ponderado celo de la mujer católica, que sabe de dolores y de abnegaciones, de caridades y de misericordias, acaba de añadir otro eslabón a la ya larga cadena de beneficios que derrama entre los pobres y menesterosos de esta ciudad. La Sociedad de Damas Vicentinas que son en los pueblos eflorescencia de la caridad cristiana, inspirándose en el espíritu de su santo protector ha venido a tiempo a llenar una necesidad harto sentida en esta casa.

¡Bien por ellas y por todos vosotros!

Cúmpleme exteriorizar en estos momentos la impresión favorable recibida entre vosotros. Los pueblos son lo que son sus instituciones y el valor de sus urbes se aprecia más que por sus adelantos edilicios, por las obras de beneficencia que en su seno albergan. Ayer no más visitaba vuestro Asilo, perla de gran valor injertada en la corona de esta ciudad y que honra grandemente a vuestros sentimientos cristianos y humanitarios y hoy, lleno de satisfacción, asisto a la inauguración de este salón, complemento indispensable de esta casa en pro de los que sufren. Continuad adelante sin vacilaciones y sin miedos, con las manos llenas de limosnas, el corazón henchido de caridades y los labios de dulzuras y bendiciones

Los pueblos, las naciones y el mundo mismo, se sostiene, no por el poder de sus ejércitos, ni por la grandeza de sus tesoros, ni por la competencia y habilidad de sus políticos, estadistas, literatos y hombres de ciencia, sino por la fuerza incontrastable y fecunda de la caridad de Jesucristo. Si ésta llegara a extinguirse, el frío glacial del utilitarismo invadiría las sociedades y los pueblos, y el mundo desquiciado y desorbitado, sin calor y sin vida, infecundo y sin luz, rodaría hasta hundirse en el abismo.

Bendigamos, señores, al padre de la humanidad, Jesucristo señor nuestro, que ha fecundizado el mundo con el hálito de su amor, y a la iglesia católica que inspirada en su ejemplo ha sembrado el universo de estos oasis de frescura, de estos saludables verjeles en alivio de los que sufren, rindiendo a la vez el más amplio y justiciero aplauso a las caritativas damas que han realizado esta obra.

CAPÍTULO XIV

A Cochabamba en tren. — Interés histórico y social de esta ciudad. — Su posición, su clima y su cielo. — En qué debe reponerse su valor y características. — Carácter de sus habitantes. — La revolución de la independencia y su fisonomía moral-religiosa. — Su repercusión en Cochabamba. — Reliquias artísticas escasas. — Los restos de monseñor Cárdenas. — Museo municipal en ciernes. — Vacíos a llenar.

Dos años van trascurridos desde que el silbato de la locomotora había inundado de notas triunfantes el magnífico valle de Cochabamba. Esto vino a ahorrarnos tres días de incómodo viaje, hasta la reina del Tunari. El convoy arrastraba ese día un coche reservado donde viajaba el ministro de Bolivia ante el Brasil doctor Carrasco, distinguido escritor y político en baja que tuvo actuación descollante en otros tiempos, acompañado de su esposa. Debido a una gentil invitación, por parte de aquél, y al trato culto, amable y cariñoso de ambos, nos resultaron entretenidas y cortas las horas largas de este viaje.

El interés histórico y social de Cochabamba, débelo ante todo a su antigüedad y al carácter de sus habitantes. Fundada el 1.° de enero de 1574 con el nombre de Oropesa, lo cambió por el actual que lleva, cuando Carlos III (1786), le concedió el dictado de "muy leal y valerosa", por los servicios prestados contra la rebelión del cacique Tupac-Catari. La causa de la independencia debe, no sólo a sus hijos, sino también a las arrojadas cochabambinas, esfuerzos inauditos de valor que la historia ha recogido como ejemplo perdurable y timbre de honor para el sexo débil. La acción brillante que desplegaron

éstas y el heroísmo y fortaleza con que combatieron, dejó admirado al mismo jefe realista Goyeneche. Debido a la habilidad y perspicacia de una dama cochabambina doña Lucía de Ascui pudo salvar la vida su primer gobernador, doctor Francisco del Rivero elegido en cabildo pleno el 19 de septiembre de 1810, cuando el Pbro. don Juan Bautista Orquendo hizo oir aquella su fogosa oración patriótica en la catedral de Cochabamba.

En lo espiritual esta ciudad dependía del obispado de Santa Cruz hasta mediados del siglo XIX. Su primer obispo fué monseñor Yañez de Montenegro, consagrado el 20 de marzo de 1848.

La posición que ocupa en una amplia y fértil llanura, a 2.575 metros de altura, cerca del bellísimo Tunari, cubierto de eternas nieves, el clima agradabilísimo, con una temperatura media de 19 grados, la fertilidad de su suelo, la abundancia de flores y de frutos que le ha valido el dictado de ciudad jardín—en relación sin duda a las otras, porque nada hay absoluto en este mundo—los huertos, cármenes y quintas de sus suburbios, bellos en su mismo natural desaliño, un cielo claro, sereno y diáfano, sus habitantes optimistas, soñadores y ponderativos de sus casos y de sus cosas, que también esto resulta un precio, todo en fin contribuye a hacer de Cochabamba una ciudad blanda, agradable y simpática.

Verdad es que no encontraréis en ella ni grandes notables edificios, ni artísticas mansiones y donosos palacetes, ni amplitud y limpieza de ruas, aunque hay relativo aseo, ni soberbios monumentos del pasado que llamen la atención del viajero, ni avenidas, paseos, jardines y parques bien tenidos y a la moderna, ni movimiento social extraordinario, por más que alguna pluma boliviana, seguramente cochabambina, haya escrito que, "cuando Cochabamba aparece de paseo en las plazas o en la alameda, el efecto es casi el mismo que producen los boulevares de París o Londres, pero se nota un ambiente de paz y de estabilidad ignorada en aquellos torbellinos humanos". Atrevidilla es la comparación para una ciudad de

50.000 habitantes y obliga al lector a quedarse con el *pero,* hurtando el cuerpo al *casi.*

Por lo demás su interés e importancia, su valer y característica ha de reponerse, no en ese detalle ni en su plaza principal de simétricas, llamativas galerías coloniales, ni en su catedral y templos, aunque aquélla ostenta su pesada fachada de piedra y alguno de éstos hienda el cielo con su imantada aguja, ni en sus calles, edificación, etc., sino en su atrayente conjunto, de horizonte y de paisajes, de huertos y de flores, de alegría y de luz, con todo el encanto y el perfume de la secular tradición hispana, de la cual, como dijo Ricardo de León hablando de otra cosa, "habrá de vivir aunque no lo quiera, porque la tradición, como la sangre, nutre, callada y generosamente, a los hombres, aun a aquellos que la ignoran o la olvidan", o quisieran trocarla por las turbias corrientes de sospechosas, modernas orientaciones.

Acerca del carácter de los cochabambinos, Arguedas en su *Pueblo enfermo,* da las siguientes apreciaciones: Lo primero que se observa en el pueblo cochabambino desde el primer momento en que se le estudia, es un desborde imaginativo, amplio, fecundo en ilusiones, o mejor, en visiones de carácter sentimental. No sé si por la diafanidad de su cielo, por la lujuriante exuberancia de su campiña, por su aire saturado de perfumes silvestres o por su alimentación—en Cochabamba, como principal elemento nutritivo entra el maíz,—nacen las ideas generosas descabelladas, grandes y caballerescas. Lo que dice Le Bon de las muchedumbres en general se puede aplicar a la cochabambina en particular; es la más femenina de las muchedumbres bolivianas.

Lo que preferentemente entusiasma su acometividad sentimental, es el concepto de patria, pero no en su concepto práctico, sino ideológico. Como su suelo es pródigo y se desconoce el intercambio comercial, es perezosa. Las clases adineradas manifiestan su pereza en su incesante deseo de figurar. La vida politiquera es activa y los colegios y universidad rebosan juventud ansiosa de colaborar en la mejora del país,

poniendo sus magníficas dotes intelectuales al servicio de un empleo administrativo cualquiera o a la busca afanosa de una candidatura concejil. Cochabamba es uno de los pueblos que más ama el reposo. Por eso allí, independientemente de cierta predisposición emanante de la naturaleza ambiente, ha alcanzado gran desarrollo la música, hasta el extremo de que son raros los que no sepan manejar uno o dos instrumentos; y aman la música de giros suaves, lacrimosos y la poesía lírica, la elegíaca, se puede decir, porque los cochabambinos, más que todo, son sentimentales. Tienen la virtud de ser económicos y guardosos, llegando a veces hasta privarse—como los paceños, pero por causa distinta—de lo necesario para no incurrir en lo superfluo. Sus ideas respecto de la moral y del deber son rígidas. La primera virtud allá es ser creyente incondicional y fiel cumplidor de las prácticas religiosas. (1)

Dada su población, tiene Cochabamba el mérito (allí se dice la gloria) de poseer menor número de analfabetos. Su universidad es la más concurrida y es casi general una especie de semicultura. Algo simpático y característico de esa región es un sentimiento de solidaridad vivo y profundo. Se exalta lo que es producto genuino del medio, aun no valiendo gran cosa... Así el cochabambino no concibe otro cielo mejor, otro clima más bondadoso, otros aires más puros, que el cielo, el clima y los aires de Cochabamba.

Resumen: Cochabamba es un pueblo esencialmente mediterráneo; procede de la raza quechua, raza soñadora, tímida, profundamente moral, poco o nada emprendedora y son muchas de sus costumbres, ya cristalizadas, que aparecen en la formación de este pueblo pródigo en expansiones generosas.

Los cochabambinos, pues, serían los cordobeses argentinos, en lo que atañe a su regionalismo exagerado, siquiera sean otros los blasones y motivos en que lo fundan.

El trastorno y la anarquía que sucedieron al grito de la independencia acaso en niguna otra parte fueron tan violentos

(1) En esto como en varias otras cosas, va operándose un cambio notable, según informes recogidos.

y fatales como en las regiones del Alto Perú. Robos, sacrilegios, violencias y profanaciones, fueron la secuela obligada del cinismo y de la crueldad de que hicieron gala algunos caudillos convertidos en dictadores y en especial el elemento porteño que dejó huellas ingratísimas de su paso.

La causa de la independencia americana, servida por quienes no respetaban ni la propiedad, ni el sentimiento religioso, de aquellos pueblos profundamente cristianos, hacíase, por tan abusivos procederes, naturalmente odiosa, circunstancia que, como es claro, era explotada hábilmente por los realistas, quienes, a la postre, tampoco se mostraron modelos de justicia y de equidad, en tiempos en que el militarismo dominante, todos los medios reputaban lícitos, todas las atrocidades creía necesarias. Fué una desdicha para Sud América ha dicho un escritor el haber tenido hábiles generales y ningún organizador, muchos Napoleones y ningún Wáshington. Después de cincuenta años de independencia en varias repúblicas y en la misma nación boliviana, no ha podido extinguirse el espíritu revolucionario. Huelga decir que en la común catástrofe fueron envueltas todas las corporaciones religiosas de esta república, pero de una manera injusta y cruel. La revolución suprimió las Ordenes religiosas, se apropió de sus bienes, despojó los templos de sus alhajas y tesoros y ultrajó y persiguió a sus individuos, salvándose uno u otro convento, en especial de franciscanos, pero desvinculados de la jurisdicción de sus respectivos superiores generales, a la que volvieron solo a fines de la última mitad del siglo XIX. (1)

En Cochabamba, de las muchas casas religiosas que existían, sólo permanecen las de San Francisco, Santa Teresa (2) y Santa Clara. El templo de San Agustín se ha convertido en el teatro Acha y el convento en Municipalidad, el templo y convento de la Merced, en mercado público, el convento de Santo Domingo, en escuela, etc., vale decir aquí lo mismo que

---

(1) Angélico Martorelli. El Colegio Franciscano de Potosí y sus Misiones.

(2) En el templo, se conservan cinco cuadros de mérito, atribuidos a Murillo según unos, y a Goya, al decir de otros.

en Potosí y en Sucre, la iglesia y las casas religiosas han sido, al parecer, la cabeza de turco de aquellos valientes desamortizadores.

Y es de creer que las alhajas y obras de arte antiguas que tendría hayan corrido la misma suerte, pues, muy poco o casi nada conservan hoy día.

La catedral discretamente restaurada últimamente y aumentada en las dos naves laterales de que antes carecía, sólo muestra un *crucifijo* en tela regular y un *San Jerónimo* de mucho mérito, pero obsequio de un canónigo que aun vive y dos cuadros modernos, un *San Francisco,* de Beltrán, no despreciable y un *San Sebastián,* bastante bueno, del pintor cochabambino García Mesa.



Catedral y Plaza de Cochabamba

En San Francisco, aunque pecan de pesados y recargados, son recomendables el establo y púlpito y de algún mérito también la colección de telas representando a los profetas, que adornan este templo. Lo mejor empero que hay acaso en Cochabamba, en materia de arte, es una colección de 12 cuadros sobre cobre que guarda esa venerable comunidad, admirables por su dibujo, composición y colorido. Representa cada uno un artículo del credo, con el apóstol correspondiente al que dicho artículo se atribuye. (1)

---

(1) En casas particulares, se conservan muy buenas obras de arte, según, se me ha asegurado. Yo sólo tuve oportunidad de admirar en el Oratorio privado de la familia Blanco (hijos del poeta D. Benjamín Blanco) un Via-Crucis sobre cristal, antiguo, y un hermosísimo y artístico Cristo, de marfil, alto entre 50 a 60 centímetros, traído de Roma, obra de un mérito extraordinario, la más grande y la mejor en su género que he conocido en América.

En el presbiterio de esta iglesia descansan los restos, en una urna de cedro, del célebre fray Bernardino Cárdenas, nacido en La Paz, obispo que fué del Paraguay y de Santa Cruz de la Sierra (1579-1668; esta última fecha no es del todo cierta). No ha muchos años fueron exhumados de Arani, sita a doce leguas de Cochabamba y residencia accidental de los obispos de Santa Cruz, de quienes dependía aquella ciudad y donde probablemente murió monseñor Cárdenas. Son harto conocidos los sonados conflictos que tuvo en el Paraguay con los padres de la Compañía de Jesús, referentes a las misiones jesuíticas. La historia, según afirmaba el R. P. comisario fray Wolfango Privaser con quien tuve el honor de hablar extensamente, no ha dicho aún la última palabra en esta materia. Espera el ilustrado padre, poder, dentro de poco tiempo, editar un libro, con valiosos e inéditos documentos que posee, sobre el tan discutido personaje histórico que arrojará mucha luz y vindicará al mismo tiempo la memoria de monseñor Cárdenas.


Cochabamba—La Portada del Prado

Ya que en toda Bolivia no existe—fuera de una u otra colección particular y estas mismas deficientes—un museo propiamente dicho, es digna de aplauso, la municipalidad de Cochabamba que, de un año a esta parte, ha iniciado un pequeño museo municipal, donde, bajo la inteligente dirección del señor Macedonio Urquidi, ha comenzado a coleccionar minerales, insectos, objetos antiguos indígenas y coloniales, pinturas, etcétera y que vendrá a llenar un gran vacío, en el orden cultural, en aquel pueblo adelantado y progresista.

Muy triste fué para mi corazón de obispo, el no encontrar allí un solo colegio católico de segunda enseñanza de varones, que moldeara esa gallarda juventud cochabambina antes de ingresar a las aulas universitarias (1). Esto, y, con más razón el seminario, hoy en ciernes y por cuya formación se desvela el nuevo dignísimo obispo, últimamente recibido, monseñor Francisco Pierini, debiera ser el ideal más caro de toda esa cristiana sociedad. El seminario es el eje y aquél una de las ruedas del carro sobre el que marcha el progreso moral, social y religioso de los pueblos y sin el cual todo otro progreso es vano, toda cultura es hueca. Felizmente la otra rueda, el elemento femenino recibe esmerada educación en el colegio de niñas que dirigen las hermanas Hijas de Santa Ana (2).

Entre los educacionistas seglares—y vale la pena de ser notado—goza de muy buen predicamento en aquella sociedad la señorita Adela Zamudio (*Soledad*), más conocida ciertamente por sus escritos y poesías en el mundo literario que en el pedagógico, pero a quien más deberá a la postre su ciudad natal por la formación de la niñez que por sus poesías y letras.

---

(1) Los RR. Padres Franciscanos aquí como en Potosí, sostienen. contiguo al Convento, un Colegio de instrucción primaria que goza de muy buen predicamento.

(2) La Liga de Damas Católicas aquí como en casi todas las ciudades principales de Bolivia donde está instalada, y las Congregaciones y Asociaciones piadosas trabajan con celo muy laudable en el elemento femenino.

CAPÍTULO XV

Hacia La Paz. — Cambio de panorama. — Primeras avanzadas. — Descripción panorámica de la ciudad. — Contrastes y nostalgias. — Ideas descabelladas. — Fundación de La Paz. — Datos sugerentes. — Acción educacional cristiana. — La nueva catedral en construcción. — Rastros y reliquias de arte colonial. — Arqueología prehistórica.

El tren de Oruro a La Paz recorre en toda su extensión los páramos desiertos del altiplano. Así llega a Viacha (1)—desde donde arranca la línea hasta Arica—y así continúa sin ofrecer aliciente alguno a los sentidos. La ciudad de La Paz está ya a tres cuartos de hora. Se la señala con el dedo, en plano ascendente hacia la montaña, frente al Illimani y por más que se esfuerce la mirada, ni un indicio, ni un lejano rastro edilicio acusa su proximidad. Sólo se ve la pampa reseca, estéril y triste, con su horizonte cortado allá en el fondo por las caprichosas, gigantescas crestas nevadas del Illimani que, al desatar su álvea cabellera de anciano secular, bañada en los fulgores del sol, avienta en todas direcciones sus saetas rutilantes y suspende y embarga la mirada del curioso viajero.

De improviso el panorama cambia. Nadie sueña en lo que le espera. He recorrido toda Europa y parte del Oriente y jamás he encontrado nada igual a este soberbio salto de paisaje, a esta explosión de notas, a este contraste brusco de panorama, sin transiciones de ningún género, de lo monótono, seco y terriblemente cansador a lo variado, imponente, grandioso y

---

(1) Está instalada aquí una de las más poderosas estaciones radiográficas de América.

gigantesco. La sorpresa es rápida, intensa, única. El tren en un momento se asoma de presto al borde de un colosal anfiteatro, de formaciones geológicas raras, atrevidas, audaces, variadísimas. Diríase que por ensalmo ha sido uno trasportado a una región de hadas incásicas que, huyendo de las furias que azotan sin piedad al altiplano, fueron a fabricar sus mansiones al abrigo de los fríos y de los vientos y allí a punta de diamante, hicieron sus nidos y barrieron y rizaron con sus alas los múltiples picachos y declives de aquel fantástico y grandioso anfiteatro.

El radio de esta hoya, en forma de embudo, es inmenso. Difícil cosa es apreciar la diferencia que separa los bordes y aquel lejano fondo, salpicado de diminutas casuchas y arbolados y que a guisa de verdáceas blanquecinas notas tiradas al descuido, rompen la monotonía desesperante de las rocas. A esa hora, por la bóveda azulada del cielo, movíanse apenas caprichosas, fantásticas bandadas de nubes, de cirrus transparentes, espumas condensadas del aire, que paseaban majestuosamente por aquel abismo sus sombras bienhechoras, refrescando y hermoseando las hondonadas y riscos y quiebras salvajes, surcados de relucientes ondulados hilos de plata que cantando y parpadeando descendían hasta el fondo.

El tren mientras tanto sin lograr aún avistar la ciudad, continúa su pausada marcha, rodeando en descenso por los desfiladeros de la izquierda el grandioso anfiteatro que, ya se oculta, ya vuelve a resurgir con cambiantes nuevos, con soberanos contrastes de luz y de sombras que envuelven los castillos feudales, los almenados torreones, los pétreos terrones estriados, los apiñados bosques de estalactitas, los rodaderos sin fin que pueblan aquel conjunto diabólicamente pintoresco y salvaje, donde han trabajo de consuno los siglos, las lluvias, los vientos y las nieves. Y así, trasponiendo túneles y puentes, precipicios y abismos, recibiendo a cada zigzag de la vía, a cada revuelta del camino una nueva impresión, una sensación desconocida, una poderosa descarga eléctrica que rejuvenece los nervios, levanta el espíritu, aviva la imaginación y sus-

pende la mirada, se avista de pronto la ciudad y se llega en un continuo arrobamiento a la estación ferroviaria.

Para formarse una idea aproximada de la posición topográfica que ocupa esta ciudad, hay que imaginarse el comienzo de una quebrada en hemiciclo, profunda y de flancos pendientes y colgados en forma de una enorme pera, con su tronco largo, sinuoso, acanalado que se extiende hacia el Sureste. Tirada la ciudad sobre sus flancos, se apiña sobre el cauce del Choquellaco del que son tributarios otros arroyos que descienden de las faldas oriental y occidental de la montaña, formada íntegramente por terrenos de aluvión. Al norte se descubre el Calvario, al sur el Montículo, al poniente el Cementerio recortado en la falda, en dirección al Titicaca, y al naciente el Illimani.



La Paz — Vista parcial

Difícilmente se encontrará otra ciudad desde el punto de vista de su posición topográfica, más raramente pintoresca y graciosa. El toque de ésta consiste precisamente en ser al revés de las otras, que en esto se distinguen. En vez de mostrarse como una paloma extendiendo sus alas o como un pesebre dominando sobre la cima de una montaña, gallardea sus encantos en sentido inverso, ni más ni menos que si un feroz puñetazo de cícople la hubiera hundido en el abismo. De cualquier punto prócer que se la mire, ya sea del seminario al pie del calvario, ya desde el montículo, o bien desde la carretera de Yungas se la contempla riente y juguetona como cholita casquivana que se empeñase en trepar por los flancos de las montañas, mostrar aquí y allí su almidonado vestido dominguero, sus cintas, sus festones, sus moños y sus flores, hermoseada con la gama interminable de sus

casitas y *chalets,* y perfumar el ambiente con el hálito de sus diminutas quintas, huertos y jardines. Vista desde el montículo, balcón natural y pequeño paseo artificial, ya ceñido por la cinta acerada del tranvía eléctrico, se admira un panorama encantador. Abajo, casi a los pies, el alegre y vistoso paseo del Prado, con su barriada aristócrata y moderna, habitual residencia de diplomáticos extranjeros y la frondosa Avenida Arce que va siguiendo el curso del río, o sea, el tronco de la pera, de caprichosas sinuosidades hasta llegar a Sopocachi, Obrajes y Calacoto. Al Sur, a sólo tres leguas de distancia el gigantesco Illimani, de 7.509 metros de altura que deslumbra con su albura virginal. Bajando un tanto la mirada y moviéndola a la izquierda, hacia los lavaderos de oro de Chuquiaguillo, el donoso Miraflores (Poto-Poto), valle pintoresco y fértil ya cubierto de casas y de quintas, verdadero estrado de la ciudad, que lleva trazas de ser el barrio del porvenir de la simpática Chuquiago (La Paz). Al Oeste, ribazos colgantes, salpicados de casitas blancas de tejado ocre, de festones verdinegros de eucaliptus; y la compacta colmena urbana, zumbando en la hondonada principal, alzando la cabeza hacia el norte y extendiendo los brazos y abriendo los dedos en actitud de clavar las uñas en la pendiente ríspida para guardar equilibrio y no resbalar hacia el fondo y allá arriba, circundada en giro, por los bordes limpios y escuetos de la árida montaña, por las crestas adustas del coloso y que a guisa de mudas atalayas, parecen montar la guardia y velar por su princecita Coya, envuelta en grises, rosáceas, azulinas tonalidades que irradian los caprichosos cerros del lejano horizonte.

La salida de La Paz, en ferrovía a tracción eléctrica, por línea distinta de la entrada, es el complemento indispensable del panorama que presenta esta ciudad, al grado que, puede decirse, aun no se la conoce en toda su esplendorosa visión y peregrinos encantos, sin hacer este recorrido de casi media hora hasta la estación El Alto, que la roba al fin a la estática mirada del viajero. Es aquello un subir y subir describiendo interminables caracoles, un continuo abrir y cerrar de abanico,

un jugar empeñoso al escondite, un verla y perderla y volverla a enfocar en toda su radiosa hermosura, picando sin fin la curiosidad del viajero, e interesándole cada vez más con sus estudiados, al parecer, ocultamientos y coqueteos. Y después que ha mostrado a regañadientes y como a sorbos intermitentes los detalles de sus múltiples, variados atavíos de luces y de sombras, de arboledas, jardines y casas, de quiebras, hondonadas y ranchos, se descubre en todo su esplendor y en célica visión de conjunto que enajena y arrebata, parece decirle al viajero: "Vete, enhorabuena y prueba a olvidarme si puedes". Sin embargo toda esta belleza, es para contemplarla un momento, de paso y con ojos de poeta, no para vista de asiento. Aquel pueblo hundido en el abismo, ceñido por cerros áridos, de tonalidades amarillas, cenicientas y grises de vegetación raquítica y nula, sin panoramas, ni horizontes abiertos, alegres y extensos, estrechado y oprimido por inmensas moles de granito, entristece muy pronto el espíritu, lo ahoga y afixia y vienen ansias incontenibles de marcharse en busca de aire, de horizonte, de luz, de vegetación y de pampas.

El extranjero siente necesariamente allí el peso de la nostalgia que lo aplasta, tanto como el soroche, por la rarefacción del aire, agravada por el rápido declive de las calles y la monotonía de una vida casi tirada a raya, tolerable y grata tal vez para los naturales, pero incómoda y desesperante para quien se ha desposado, al nacer, con otros aires, otro ambiente, otro sol, valles y horizontes distintos.

Las calles en la parte más antigua y densa de la ciudad, son tan pendientes y colgadas que el recién llegado apenas si puede ascenderlas, haciendo pausas y tomando alientos por instantes; los mismos autos—*extranjeros al fin*—echan fuera las entrañas para lograr repechar algunas de ellas. Sólo las recuas de borricos y de llamas que abundan por todas partes, los recios y nerviosos aimarás, los cholos y las cholas de cuádruple pollera y sombrero alto de paja... y también los blancos y resistentes paceños, las transitan como si tal cosa.

No sin razón y prescindiendo de otros alicientes de be-

lleza, higiene y moderno confort, los representantes diplomáticos extranjeros residen todos en la parte más baja de la ciudad, en el simpático barrio del Paseo del Prado. Por lo demás y no creo pecar de temerario, paréceme que éstos han de soportar un si es no es resignados aquel obligado encierro, en la esperanza fundada de hacerse acreedores, ante sus respectivos gobiernos, de un traslado, con ascenso, en buena lid merecido y conquistado.

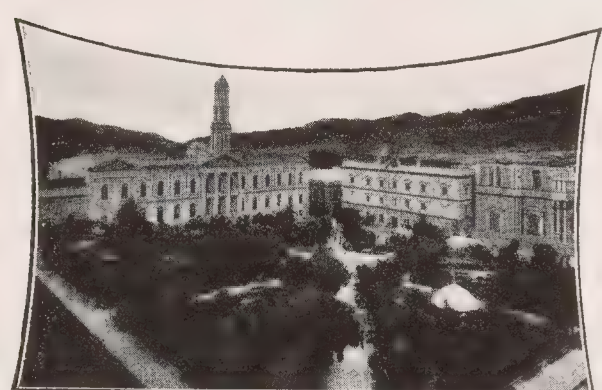
No sé si debido a la topografía del terruño, a su variada riqueza mineral que llena de satisfacción y de orgullo a los parcos, graves, aislados y reconcentrados paceños, o bien a su psicología singular, efecto desproporcionado de la mucha sangre aymará con escasa castellana que llevan, o mejor quizás a la exaltación morbosa del patriotismo—siempre fueron corajudos y valientes—concentrado en un amor intransigente de su propia ciudad que suele ser ocasionado a pedantescas exageraciones, lo cierto es que allí como en otras partes, reina también lo que podría llamarse la pasión de las grandezas y las ideas raras, bombásticas y descabelladas. Prueba de esto podría ser, entre otras cosas lo siguiente: "Un escritor paceño, en muchas y bien nutridas páginas, trata de demostrar que el paraíso terrenal fué fundado en un pueblecillo de las proximidades. Un periódico presentó como la cosa más seria del mundo un proyecto de exposición rural para 1909, en La Paz. El proyecto fué tomado en consideración y ampliamente discutido y manoseado. Es verdad que la imponente cordillera que le sirve de pedestal, la sublimidad dantesca de sus panoramas y el aislamiento forzado en que viven, se presta a tal confusión de ideas y produce estas manifestaciones morbosas del patriotismo, más excusables que la de otros americanos que tienen mayor roce en el siglo".

*

Mendoza echó los cimientos de La Paz por orden de Gasca el 20 de octubre de 1548. Sita a 3.675 metros de altura sobre

el nivel del mar, cuenta hoy con una población de 80.000 habitantes y tiene a gloria no sólo el ser en el día la capital efectiva de la nación, sede del poder ejecutivo y legislativo—del judicial es Sucre—y residencia de los representantes diplomáticos extranjeros, sino también el haber sido la primera que lanzó en América el reto franco y decidido a la corona de España, con la proclamación revolucionaria del 16 de julio de 1809 y que dió por resultado el ajusticiamiento por parte de Goyeneche de 86 personas, contándose entre ellas los llamados "nueve protomártires de la independencia" con su jefe Murillo.

Fácilmente se comprende la importancia de una capital de nación, siquiera no esté a la altura de otras más adelantadas del continente, para que sea necesario pasar revista a sus diversas instituciones, tanto de orden educacional, como científico, social y cultural. Pláceme más bien consignar uno u otro dato ligero sobre puntos que se suelen de ordinario preferir.



La Paz — Parque Murillo

La Paz, no obstante las corrientes liberales del día, implantadas y fomentadas desde las alturas por los gobiernos pasados, en lo que se distinguió acaso más que ningún otro el doctor Ismael Montes que, entre otras cosas derogó el fuero eclesiástico en 1906, ha conservado y conserva, como las otras ciudades bolivianas, su carácter, fisonomía y espíritu decididamente conservador y católico. No se advierte ese tinte marcadamente combativo y sectario en individuos y sociedades de

otras partes, aunque no compartan las ideas y convicciones de la inmensa mayoría. Débese esto tanto como al cemento netamente cristiano de los hogares paceños, a la prudencia de la autoridad eclesiástica y moderación también de sus mandatarios civiles que bien comprenden, por otra parte, cuán injusto y antipatriótico fuera el herir y desafiar la opinión pública del país, con novedades exóticas y plagios más o menos vulgares de normas y de obras de otras naciones reñidas con las convicciones y el espíritu de aquel pueblo.

Distínguese en esta moderación y comprensión exacta del medio ambiente el actual presidente doctor José Gutiérrez Guerra, caballero cultísimo y de vasta preparación intelectual que tuvo la deferencia, para mí honrosísima, de enviar a su edecán a la estación a presentarme sus saludos a mi llegada a La Paz y que no se desdeñó, durante mi estada en ésa, de honrar con su asistencia en compañía del vice presidente 2.° y de algunos de sus ministros, la humilde mesa de los padres franciscanos, en el día del Patriarca de Asís.

Conocida es allí la actuación descollante que tuvo el jesuita padre Cerro que dictaba, durante el gobierno liberal del general Pando, la cátedra de matemáticas en la escuela militar, clase a la que asistía con frecuencia el mismo Presidente y que tuvo que abandonarla en la presidencia del doctor Montes que lo dejó cesante.

Hoy mismo los padres jesuítas—fueron allí en 1886—que regentan el bien montado colegio de San Calixto, con más de 400 alumnos, buenos gabinetes, observatorio, instalaciones de sismografía y radiotelegrafía, dan clases de religión en la Escuela de Cadetes, colegios del estado, menos el Normal, Liceo de señoritas, etc., sin que llame la atención, ni despierte protestas de nadie, antes bien sea por todos bien visto el hecho que la Escuela de Cadetes asista en corporación al templo, a los ejercicios espirituales que se le da para el cumplimiento del precepto pascual. No pudiéndose multiplicar los padres para dar clases de religión en las escuelas nocturnas, una vez por semana, asisten todas a la iglesia, donde reciben la ense-

ñanza correspondiente. ¡Valientes y bellísimos ejemplos, muy dignos de ser imitados entre nosotros y en todas partes!

Como en el colegio que tienen en Sucre, también aquí los jóvenes que cursan sus estudios en el colegio de San Calixto, son examinados por dos padres y un profesor del estado y reciben el título de bachiller.

Todo esto y el saber que tanto el rector del seminario—al que consagra todos sus desvelos el diocesano y los Padres de la misión que lo rigen—como todos los directores de colegios de enseñanza secundaria, ya particulares, ya oficiales, son miembros natos del consejo universitario y forman parte de las mesas examinadoras en los mencionados colegios, da la sensación de una situación si no próspera, relativamente tolerable y hasta favorable en que se encuentran, por este concepto, los católicos de La Paz.

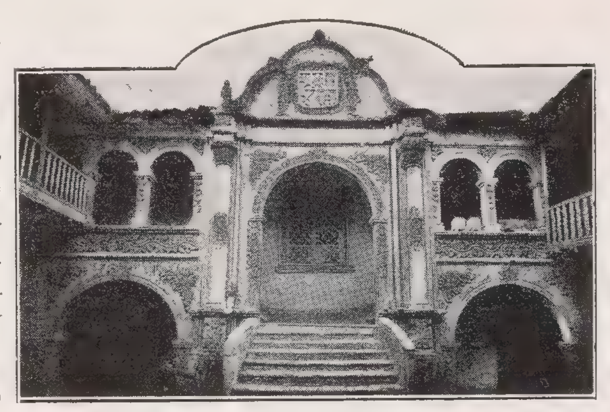
Huelga decir que gozan de merecido prestigio no sólo los antiguos y beneméritos padres franciscanos, sino también y de una manera especial los institutos religiosos de uno y otro sexo que, como los salesianos, las Hermanas del Buen Pastor, del Sagrado Corazón y las Anas, se dedican a la formación cristiana de la juventud, en sus concurridos y bien tenidos colegios.

*

Las construcciones modernas, los templos y edificios públicos si no son algo muy extraordinario, no llaman la atención del viajero que recorre estas regiones y que harto ya de monumentos análogos, busca más bien reliquias del pasado. Queden, pues, gallardeando sus aristas góticas y hermosos altares del mismo estilo, las dos iglesias modernas del colegio de San Calixto y de los padres franciscanos de la Recoleta, obras ambas de un hermano jesuita y bastante buenas. Merece empero mención especial la nueva catedral en construcción, de cinco naves, toda de piedra labrada y que con haberse comenzado en 1882, sólo alcanza a la altura de los capiteles de las

columnas y necesitará todavía un millón de bolivianos para su terminación. Será a la verdad un soberbio monumento que honrará no sólo a Bolivia, sino también a la América.

Los rastros de arte colonial, como siempre, hay que ir a buscarlos en los templos y acaso en algunas fachadas de piedra labrada de casas pertenecientes a la antigua nobleza hispana. Y aunque en aquéllos no abundan, ni en éstas sobran, ahí está como muestra de las últimas, la admirable portada interna de la casa perteneciente al escritor don Santos Machicado, noble actualmente de la familia pontificia, cuya exquisita y filigranada factura supera a cuantas he visto en este mi largo e interesante viaje.



Casa de Don Santos Machicado

Tal vez la mejor iglesia de La Paz—no pude visitar La Merced, por estar clausurada desde algún tiempo atrás que pretendió incautársela el gobierno—toda de piedra, con regios retablos y púlpito tallados, aunque huérfana de otras obras antiguas de arte, es la de San Francisco, pero un tanto recargada por las modernas repisas y santos que exornan las columnas.

Retablos no despreciables los tiene también la iglesia de Santa Teresa, a más de un sagrario con su templete para exposición del Santísimo, todo de plata y que tendrá hasta su coronamiento alrededor de cuatro metros de altura.

La catedral (antigua iglesia de Santo Domingo) más que por su arquitectura distínguese por varios objetos de arte

que conserva. Son notabilísimas, por ejemplo, unas sacras de plata, con admirables relieves cincelados y artísticas pinturas. La central ostenta en medio un crucifijo bajo docel; de uno y otro lado, en la parte superior el Arca de la Alianza y el Maná en el desierto, San Pedro y San Pablo, y en la parte inferior los cuatro evangelistas todos delicadamente miniados Las otras dos tienen santos y escenas bíblicas grabadas con delicadeza y precisión extraordinarias. Son indiscutiblemente de gran valor artístico. Los otros enseres de plata como ser: custodias, hachones, sagrarios, canastos y cestillas en que se llevan flores para arrojarlas en la procesión del Santísimo, lo mismo que algunas cajas con incrustaciones de nácar y algún armario exterior e interiormente tallado y rizado en madera, buenos son y de mérito, pero las sacras se llevan siempre la palma. En la sacristía guárdase también una estatua en madera dorada de Nuestra Señora de La Paz, que si no tiene mayor valor artístico, lo tiene ciertamente histórico por ser regalo del emperador Carlos V.

Entre las pinturas antiguas del templo, llaman la atención alrededor de veinte cuadritos pequeños, en tela, de autor desconocido, encuadrados y casi embutidos en las pilastras del mismo, lo que no ha sido un óbice para que algunos hayan desaparecido. Esto y avisos o indicios fundados que se tuvieron de que había interesados sospechosos, obligó al Diocesano y venerable Cabildo Eclesiástico, a retirar del templo y poner en lugar seguro, un mes antes de mi llegada, cuatro valiosos cuadros sobre cobre, atribuídos a Rubens, lo que motivó un ligero revuelo de la prensa local, que creyó ver en esta acertada medida, un premeditado subterfugio, para luego enajenarlos, cosa en que nadie había pensado.

El primero representa a Jesús apresado en el Huerto de los Olivos, el segundo a la Sagrada Familia y coro de ánge les danzando delante del Niño, el tercero a la Virgen con el Niño con angelitos por delante y dos damas y un caballero por detrás, el cuarto a Moisés y la serpiente en el desierto, con grupos de personas mordidas por las serpientes. Los he exa-

minado detenidamente y puedo asegurar que los tres últimos, no así el primero, son del estilo de Rubens y bastante buenos, pero me inclino a creer que son copias y no originales del gran maestro.

Vénse allí mismo una buena tela de Jesús crucificado y un Calvario de marfil, de regular tamaño, si no muy artístico, asaz recomendable, en atención siquiera a la materia dura de que está hecho.



Familia de Cholitas. La Paz (Bolivia)

Por lo que respecta a los restos de arqueología prehistórica, conviene visitar el pequeño museo de La Paz, y el que tiene en formación el más autorizado especialista y conocido escritor don Arturo Posnasky, que tuvo la gentileza de enseñármelo y las célebres ruinas de Tiahuanaco, a cuatro leguas al Sur de las orillas del lago Titicaca, sobre la línea que de La Paz, conduce a Guaqui. Pero esto merece un capítulo aparte.

CAPÍTULO XVI

Tiahuanacu y la antigüedad de sus construcciones. — Fueron abandonadas repentinamente. — Origen de su nombre. — Ruinas principales. — El Cerro Artificial y el Palacio. — La Puerta del Sol. — Sus bajo-relieves y significado probable. — Descuido injustificable. — Trop de zéle.

Entre La Paz y Guaqui, se encuentran las célebres ruinas de Tiahuanacu. Están contestes todos los antiguos cronistas, Cieza de León, Garcilazo el Inca, etc. y los modernos viajeros y arqueólogos que las ruinas de Tiahuanacu son anteriores a las de la Isla del Sol y de la Luna (Titicaca y Koati) y a los monumentos incásicos del Cuzco.

"Yo pregunté, dice Cieza de León que visitó personalmente las célebres ruinas de Tiahuanacu alrededor del año 1540, a los naturales en presencia de Juan Vargas (que es el que sobre ellos tiene encomienda), si estos edificios se habían hecho en tiempo de los incas y riéronse de esta pregunta, afirmando lo ya dicho, que antes que ellos reinasen estaban hechos, mas que ellos no podían decir ni afirmar quién los hizo, mas de que oyeron a sus pasados que en una noche remaneció lo que allí se veía".

"Concluyendo yo para mí, agrega, tengo esta antigualla por la más antigua de todo el Perú y así se tiene que antes de los incas reinasen, con mucho tiempo estaban hechos algunos edificios de estos... Pudo ser que antes que los ingas mandasen, debió haber alguna gente de entendimiento en estos reinos, venida por alguna parte que no se sabe, la cual haría estas cosas"... (1)

---

(1) Pedro Cieza de León. Crónica del Perú, Sevilla 1553.

Los naturales de esta región, son los indios aymarás, los mismos que los españoles encontraron y que, algunos siglos antes de su llegada, fueran conquistados por los incas, entrando a formar una provincia del imperio de Tahuantisuyo.

No parece probable, contra la opinión de D'Orbigni y otros que la raza aymará, por haber sido pobladora de estos sitios hubiese sido la constructora de estos monumentos, de estilo evidentemente ciclópeo o pelásgico, sino otra más viril, poderosa e inteligente, cuyo recuerdo ha desaparecido en la noche de los tiempos. Lo que no parece dejar el menor rastro de duda, según el juicio de Posnanski y otros, es que los monumentos de Tiahuanacu no son propiamente rastros de una ciudad en ruinas, sino principios de construcciones inmensas, abandonadas repentinamente a media labor. Tal es la impresión que produce ese informe hacinamiento de enormes bloques que no tienen iguales en las demás ruinas, de sillares grandiosos y gigantescos, de pórticos, de columnas, de estatuas, las unas concluídas, las otras a medio hacer, aquellas labradas, las demás todavía toscas y sin pulir, esparcidas aquí y allí en desordenada confusión, formando un verdadero caos y mezclados con fragmentarios esqueletos de hombres, osamenta de animales, herramientas, objetos de alfarería, útiles y enseres domésticos que van apareciendo debajo la capa de aluvión que cubre la antigua isla (?) de Tiahuanacu.


Tiahuanacu—Excavaciones lado Oeste de Kalasasaya

Todo lo demás, acerca de estas ruinas, como de sus presuntos constructores, del origen de su adelantada civilización, de su decadencia y desaparición, no pasan de conjeturas,

barruntos y suposiciones. Las cubre un denso velo de tinieblas y sobre tan instable fundamento nada sólido es dable edificar y que resista a la crítica razonada y seria.

La misma denominación de Tiahuanacu, según cuenta el inca Garcilazo de la Vega en sus "Comentarios Reales" que la hacían derivar los indios de la frase aquella que le dirigió el inca, que se hallaba en aquel sitio, a un *chasqui* que en un tiempo extraordinariamente corto, le trajera noticias del Cuzco, diciéndole: *Tiay-guanacu* (siéntate, descansa, guanaco) comparando la agilidad del indio con la de este animal, lleva también todos los visos de ser una fábula o ingeniosa conseja. Posnanski se inclina a creer que sea este un nombre relativamente moderno y que el verdadero haya sido *Huiñaymarka*, que es la denominación de una parte del lago que antes, según él, se extendía hasta Tiahuanacu, nombre aymará que traducido al castellano quiere decir *ciudad eterna*. Y como el lago antes llegaba a la ciudad, de la cual se retiró paulatina o bruscamente, le quedó el nombre de *ciudad eterna* a ese trecho del lago, cambiándosele posteriormente a la ciudad, por no corresponderle aquél a las ruinas existentes.

El conjunto de éstas, abraza una extensión de muchas cuadras, no menos de doce de largo por cuatro de ancho. Inmensa aglomeración de moles brutas de lava andisítica, de bloques de piedras, de columnas, estátuas y esculturas, ofrecen el aspecto de un vasto taller abandonado. Hay graderías, al parecer, de muelles, canales artificiales, piedras esculpidas en forma de cabeza humana, pilares o columnas enterradas y sin cimientos, escalinatas, monolitos esculpidos en asperón, cajones de piedra en forma de sarcófagos y de baños, pisos enlosados con planchas de lava pulidos y de diversos colores, pequeñas habitaciones, restos visibles de grandes palacios, etcétera, siendo los principales dos: el *Akapana* o sea, Cerro Artificial y el *Kala-sasaia* o Palacio.

El Cerro Artificial se eleva a trece metros sobre el nivel de la pampa y ocupa una extensión de dos cuadras cuadradas, con restos inconclusos de murallas de contención, de piedra

labrada. Dada la estratégica disposición de sus muros en forma de bastión, con ángulos entrantes y salientes, debió estar destinado a *Pucara* o fortaleza.



Los llamados chulpas de Sillustani (Estilo Tihuanacu)

El *Kala-sasaia*, resto de un monumental edificio destinado indudablemente a servir de palacio o templo, mide 135 metros de largo por 118 de ancho, ostentando hileras de pilares de asperón y de lava andisítica. Tiene su entrada al Este, a la que da acceso una grande y soberbia escalinata de enormes bloques de piedra.

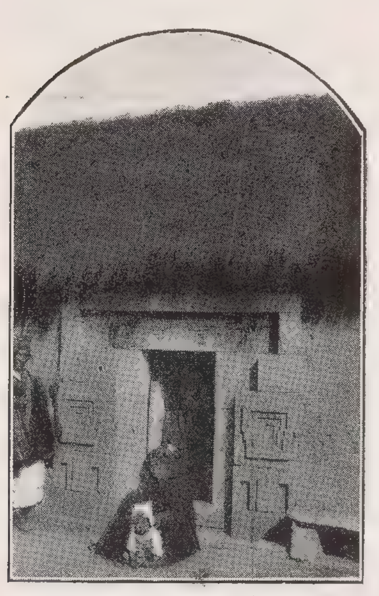
La parte más interesante de este palacio y puédece decir de todas las ruinas de Tiahuanacu, es una puerta monolítica, quebrada hoy por un rayo, que está en medio de los pilares y tiene tres metros de elevación, inclusa la corniza, de ancho cuatro y uno de abertura, conocida con el nombre de *Puerta del Sol.* Trabajada en traquita sumamente dura, color azul oscuro, es indiscutiblemente el más curioso monumento que se encuentra no sólo aquí, sino también en toda la región del Titicaca. Los grabados presentan tres órdenes de bajos relieves con 48 fantásticas figurillas aladas, de

Puerta del sol en el Palacio Kalasasaya

medio cuerpo y de perfil, a guisa de reyes o de grifos, coronados y con cetros en las manos; y en el centro y sobre la puerta misma, una simbólica figura humana con la cabeza aureolada de veinticuatro rayos, con los brazos abiertos y un cetro en cada mano.

D'Orbigni supone que la figura central representa al Sol, los dos cetros el doble poder político y religioso de sus presuntos hijos y las figuras laterales, reyes coronados y cóndores reales, corte de su excelso poderío; Posnanski cree que esos tallados expresan sencillamente el calendario de los Tihuanacus; otros, una generación de monarcas, a estilo de los egipcios, cuyo tronco es la figura central y sus sucesores las cuarenta y ocho figurillas.

Lo cierto es que nada se sabe con certeza. No habiendo tenido sus habitantes ni escritura, ni jeroglíficos, como los egipcios o los mejicanos, la historia no arroja el menor rayo de luz ni sobre este monumento, ni sobre las sombras que envuelven a Tiahuanacu. Y ahí está esa gigantesca iniciativa, ese cúmulo informe de piedras canteadas o a medio labrar, como un interrogante sin respuesta, como un enigma sin descifrar, como un misterio profundo que atenaceará eternamente, sin satisfacer nunca la curiosidad de arqueólogos y sabios. Es de deplorar ciertamente, como lo hace el señor Posnanski en sus obras repetidas veces, que las autoridades no hayan sido más celosas, prohibiendo severamente la extracción de piedras de estas ruinas. Con ellas se han construído innumerables edificios de



Casa con materiales de Tiahuanacu

La Paz, calzadas, estaciones, alcantarillas y puentes del ferrocarril de esta ciudad a Guaqui; las losas de lava, sirven de pavimento en la plaza del pueblo y muchas piedras talladas con ornamentos y colores, han sido llevadas por los mayordomos de *estancias* próximas, para adorno de las casas. "Día a día, agrega, gana terreno el robo de las piedras, juntamente con el descuido, así es que pronto y para siempre, se perderán los restos de una civilización que puede dar completa luz en el estudio de la prehistoria americana".

Todo esto está bien; y hasta deplore con lágrimas amargas, si le place, que ese mismo material haya servido también para la construcción de algún templo, como lo hace, pero no amengüe, por caridad, el meritorio celo de investigador y hombre de ciencia, como los vulgares desahogos de un sectario adocenado, al afirmar gratuitamente y a base de suposiciones y conjeturas, hablando de la *Puerta del Sol*, en su *Guía General Ilustrada,* lo siguiente: "La rotura que tiene en su parte superior, no puede haber sido hecha sino por alguna de las comisiones que, con el único fin de destruir y devastar, envió a Tiahuanacu el religioso pero retrógrado celo de la iglesia católica". Pero... he leído en sus obras tantas teorías peregrinas, tantos pálpitos arqueológicos, tantas conjeturas y barruntos no desprovistos de aparatosidad científica que, uno más, no me llama la atención. Y sea esto dicho, sin desconocerle en lo más mínimo la obra meritoria que desde años a esta parte está realizando este acaso único consagrado, en la



Iglesia de Tiahuanacu

región, a estudios de índole arqueológica. Es indudable que la Puerta fué partida por un rayo. De haberla roto las Comisiones que él dice, para extirpar acaso supersticiones indígenas, la hubiesen destruído enteramente. Partirla y dejarla casi intacta, hubiera sido el colmo de la ingenuidad.

CAPÍTULO XVII

De La Paz al lago Titicaca. — El estigma de una raza. — Guaqui, puerto boliviano sobre el lago. — Un malón a la moderna; resabios indígenas. — El lago, el Illimani y el Illampu. — El estrecho de Tiquina. — Copacabana. — Datos sobre el santuario de Nuestra Señora de la Candelaria.

Despedidos en la estación *Peruvian Company* por el ilustrísimo diocesano monseñor Avila, miembros caracterizados del clero y del elemento seglar de la distinguida sociedad paceña, arrancó el convoy a tracción eléctrica y en menos de media hora llegamos a la estación El Alto. Oscilaban aún en la pupila los kaleidoscópicos panoramas que presenta La Paz, vista a vuelo de pájaro, cuando el paisaje cambió de súbito. Pampas incultas, pedregosas y áridas se desdoblaban en monótona simetría hasta la estación Viacha, para continuar luego encajonadas entre dos órdenes de montañas, en forma de colinas a la derecha y de morros más elevados a la izquierda, hasta llegar a Guaqui, enclavado a la orilla misma del lago Titicaca y que recuerda el terrible campo de aquella gran derrota de Castelli, que dió título de conde a Goyeneche (1811), usufructuado aún por sus descendientes.

Sólo vimos en aquel trayecto hatos de ovejas, recuas de llamas, indias e indios de tez bronceada, emponchados, harapientos y sucios, con su eterna carga al hombro (*Kepis*), mostrando sus recias, nervudas pantorrillas que marchaban taciturnos y hoscos, alisando, con la ojota o el pie desnudo, el pedrusco o destripando terrones de tierra removida, allí donde

sólo germina la patata amarga, la papa de chuño, un poco de cebada, *quinua* y no en abundancia y un pasto natural, débil y escaso. ¡Pobres indios! Da pena el contemplarles, sin ilusiones, sin horizontes ni halagos de ningún género, parias en su propia tierra, bestias humildes de carga, sufridos y resistentes, haciendo el camino de la vida, abrumados por el infortunio, el desdén, el desprecio, los malos tratos y la miseria, cual si llevaran sobre sus frentes el estigma maldito de una raza, otrora fuerte y viril, hoy desheredada y esclava. Llevan ordinariamente el luto en sus vestidos, sólo ríen en la embriaguez, su música es la plañidera y monótona *quena*, su himno el tristísimo *yaraví*. Víctima su raza, ha dicho un escritor, de la codicia de sus señores, que explotan su ignorancia y sus vicios para arrancarle el poco dinero que le producen sus pobres siembras de maíz y de patatas, infeliz hasta lo sumo, no tiene otro porvenir que su desaparición completa o su esclavitud eterna, porque vive aislada, sin mezclarse ni refundirse con sus vencedores, dotada como está de una fuerza pasiva de resistencia admirable. ¡Qué diferencia de aquellos días gloriosos de la monarquía peruana en que Yupanguí llevaba sus conquistas hasta las orillas del Maule y Huaina Capac tremolaba sus banderas triunfantes en los muros de Quito, sobre los despojos de los Shiris! Y como para acentuar más el contraste entre sus glorias pasadas y miserias presentes, entre lo que fué y lo que es, allí mismo, una Estación antes de llegar a Guaqui, están los restos dispersos, las ruinas venerandas y gigantescas de su antigua grandeza, la metrópoli preincaica de Tiahuanacu que acabamos de recordar.



Indígenas del Altiplano

Guaqui es una pequeña población, donde hay lo indispensable para el viajero: hotelcitos y fondas, parroquia y un pequeño resguardo que ha reemplazado a la aduana, hoy trasladado a La Paz, cual si esta ciudad y no Guaqui, fuese el puerto fronterizo. Apostado allí hay también un destacamento de caballería de 500 plazas. Gran parte de la caballada es argentina y aunque también ocupan caballos chilenos, se piensa ya, según me aseguraba el culto y distinguido comandante don José Marchetti, con quien tuve la satisfacción de viajar y departir largamente, proveer de caballada argentina exclusivamente la remonta del ejército más que por el precio más acomodado, por los excelentes resultados que les da ésta, en cuanto a la resistencia. Al principio sufren también de soroche, pero muy luego se aclimatan.

Los paceños gustan de hacer excursiones en coche automóvil o a caballo hasta este paraje y viceversa; anualmente se organiza desde Guaqui un campeonato a pie hasta La Paz, otorgándose premios a los indios más ligeros y resistentes.



Idolo monolítico en la esquina suroeste del Palacio Kalasasaya

Cuando llegamos a Guaqui tornamos a presenciar el espectáculo molesto y repelente, harto común en Bolivia y Perú, de una turba de muchachos desaseados y harapientos que se lanzan como por asalto al interior de los coches y se estrechan y estrujan y obstruyen los pasillos y saltan por sobre los asientos requiriendo a tirones las maletas de los presuntos clientes y perfumando el ambiente de algo que no huele a ámbar. Gracias a la oportuna intervención del comandante Marchetti, salimos ilesos del malón y pudimos no sin dificultad pasar al *Inca,*

atracado al muelle, al lado mismo del tren. Un vientecillo fresco comenzó a soplar, augurio tal vez de futura borrasca en nuestra travesía del lago. Felizmente no pasó aquéllo de traviesos amagos que, de formalizarse, habríamos experimentado el furor insano de aquel lago misterioso cuyas tempestades superan algunas veces, según dicen, a las más bravías del mismo océano.

Acomodado nuestro equipaje, subimos a cubierta y pudimos contemplar dos hermosos espectáculos: en frente, cual sirena dormida, el lago, a más de cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar, rizado de islotes, de bahías, de caletas y de caprichosísimas salientes, ya velado por la bruma vespertina, despertando en el magín todo un mundo de recuerdos, de leyendas y tradiciones, evocando la poesía soberana de los siglos, los vagidos, el esplendor y ocaso de una raza; al otro lado nívea cadena de montañas testigo mudo de su historia y asiento de sus dioses vengadores, destacándose soberbios el Illimani y el Illampu o Soracta, el pico más elevado de América con sus 7.696 metros de altura, cual gigantes que no cesarán de atisbar, a través de impoluta veste nupcial, las audaces caravanas blancas que hoy huellan sus dominios.

Un vago involuntario estremecimiento sentí de súbito; una sensación mezcla indefinible de ensueños y realidades, de simpatía y de miedo, de admiración y sobresaltos, de anhelos imposibles y de hondas caóticas tristezas conmovieron todo mi sér, cual si llegaran a mis oídos y sacudieran mi espíritu rumor fúnebre de notas ya perdidas, *yaravíes* truncos y dispersos, esfumados gemidos de una raza.

¡Sin advertirlo surcábamos ya las olas del Titicaca, cuna secular de la monarquía incásica!

*

El turista que hace el viaje de circunvalación del lago, tiene oportunidad de ver, en una semana, a más del pintoresco y angostísimo estrecho de Tiquina, ya famoso por los tratados

del 25 de agosto de 1831 que abrieron los puertos del Perú al general Santa Cruz, el venerado santuario de Copacabana, sobre el extremo de la península del mismo nombre, las islas del Sol y de la Luna que están al frente y varios otros antiguos pueblitos que, como Carabuco, Colengo, Juli, Pomata, etcétera, guardan tesoros de ruinas, tradiciones incásicas innúmeras, no menos que monumentos valiosísimos del tiempo del coloniaje.

El más antiguo y famoso santuario de Bolivia es, sin duda alguna, el de Nuestra Señora de la Candelaria de Copacabana, que cuenta ya varios siglos de existencia.



Santuario de Copacabana

Las numerosas peregrinaciones que acudían anualmente al templo del Sol y de la Luna exigían, como es claro, hospederías y alojamientos suficientes. A llenar esta necesidad fué, según se dice, fundado este pueblo por Tupac-Inca.

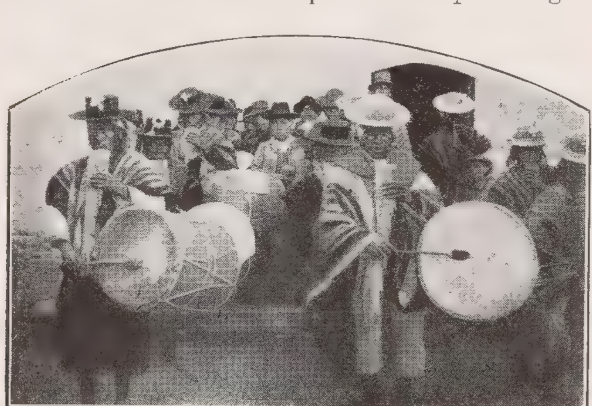
Muchos años después de la conquista, un indio de este pueblo y de la familia de los incas, muy devoto de Nuestra Señora de la Candelaria, deseando se fundara una cofradía en su honor, trabajó, no sin vencer enormes dificultades, una tosca imagen que logró se expusiera a la veneración pública. Aceptó la divina Señora el homenaje de este su humilde devoto y comenzó a derramar gracias, favores y milagros, de que están llenas las crónicas de este santuario, al grado de llegar, con el tiempo, a ser el más renombrado y rico de Sud América.

Varias cúpulas blancas coronan la iglesia, de pesado estilo colonial. La imagen ostenta un manto espléndido, bordado de

piedras preciosas, una corona de oro, pendientes y alhajas, riquísimo collar de perlas y un bastón de oro en la mano, obsequio del conde de Lemus, virrey del Perú. A la imagen así vestida, lo mismo que a la del Niño que tiene en los brazos, cuajada también ella de alhajas, no se le ve sino las manos y el rostro.

El padre Rafael Sans la describe en los siguientes términos (1): "El busto de esta imagen es de maguey bien estucado, con pasta muy compacta, que la hace parecer de madera: está dorada toda ella, menos las manos y la cara; sobre el dorado tiene sus colores floreados y rayados con curiosidad, para figurarla con manto, túnica y toca de lana o de tisú: cuya clase de labor parece que los doradores la llaman esgrafiado. La imagen descansa y está unida a un pedestal cuadrado de cinco pulgadas de alto: así es que toda ella tiene como cinco cuartas desde el pie del pedestal hasta la cabeza de la virgen".

Llama la atención por cierto que imagen tan celebrada por su antigüedad, milagros y veneración de los fieles, no haya sido hasta hoy agraciada de corona pontificia. Sin embargo, no pasará mucho tiempo sin que se vean satisfechos los unánimes anhelos. El episcopado boliviano háse ya dirigido a Roma, solicitando esta gracia.



Músicos indios en las fiestas de Copacabana

(1) Historia de Copacabana y de su milagrosa imagen de la Virgen.

CAPÍTULO XVIII

Las islas del Sol y de la Luna, lugares sagrados. — Origen de los incas. — Tinieblas impenetrables. — Los americanistas y los primeros pobladores del Continente. — Manco Capac fué un hombre superior. — La leyenda poetizó su origen. — Duración de la monarquía incásica. — Monumentos pertenecientes a la cultura de los Tihuanacus, de los Huiracochas, de los Incas. — Estos sólo aprovecharon las construcciones de piedra polígona y engastada que dejó la anterior cultura. — La paternidad de esos magníficos monumentos, sólo les correspondería en un sentido lato.

Frente a la península de Copacabana están las dos islas más célebres del lago: Titicaca o del Sol y Coaty o de la Luna, siendo la primera la más famosa, porque en ella, según cuenta la leyenda, aparecieron Manco Capac y Mama Oello Huaco, tronco y raíz de la monarquía de los incas y porque "dicen, cuenta Garcilazo, que después del diluvio, vieron los rayos del Sol en aquella isla y en aquel lago, primero que en otra parte".

De hecho esta isla fué lugar sagrado en la época de los incas y hubo en ella templo, sacerdotes consagrados al culto del Sol y vírgenes a él dedicadas, palacios y jardines hermosos. El inca, después de ayunar un año, privándose de carne y ají y de tener comunicaciones con un espíritu del otro mundo que le fué enviado por su padre el Sol, asistió personalmente a la inauguración del santuario de Titicaca. Y es fama que fué espléndido el ceremonial de las fiestas, durante las cuales se colocó, en el lugar de honor, la imagen del Sol, que era de un

gran tamaño y de oro reluciente, como se hizo también con la imagen de la Luna, toda ella de plata, en el templo que en su honor se levantó en la isla de Coaty, quedando de esta guisa dedicadas, la una al Sol y la otra a la Luna, progenitores ambos de la monarquía incásica.

"Nuestro padre el Sol, viendo los hombres tales se apiadó y hubo lástima de ellos y envió del cielo a la tierra un hijo y una hija de los suyos, para que los doctrinasen en el conocimiento de nuestro padre, el Sol, para que le adorasen y tuviesen por su Dios y para que les diesen preceptos y leyes en que viviesen como hombres en razón y urbanidad, para que habitasen en casas y pueblos poblados, supiesen labrar la tierra, cultivar las plantas y mieses, criar los ganados y gozar de ellos y de los frutos de la tierra, como hombres racionales y no como bestias. Con esta orden y mandato, puso nuestro padre, el Sol, estos dos hijos suyos en la laguna Titicaca, que está a ochenta leguas de aquí y les dijo que fuesen por donde quisiesen y doquiera que parasen a comer o dormir, procurasen hincar en el suelo una barrilla de oro, de media vara en largo y dos dedos en grueso que les dió para señal y muestra, que donde aquella barra se les hundiese con solo un golpe que con ella diesen en tierra, allí quería el Sol nuestro padre que parasen e hiciesen su asiento y corte... Y desde luego los constituyó y nombró por reyes y señores de todas las gentes que así adoctrináredes con vuestras buenas razones, obras y gobierno. Habiendo declarado su voluntad nuestro padre el Sol a sus dos hijos, les despidió de sí. Ellos salieron de Titicaca y caminaron al Septentrión... fué en un cerro, llamado Huanacauti, al mediodía de esta ciudad... procuró hincar en tierra la barra de oro, la cual con mucha facilidad se les hundió al primer golpe que dieron con ella, que no la vieron más... De aquí salieron a conocer las gentes, el príncipe a Septentrión y la princesa a Mediodía y con los que convencieron y redujeron comenzóse a poblar la imperial ciudad del Cuzco...

"Estos fueron nuestros primeros incas y reyes que vinieron en los primeros siglos del mundo. Cuántos años ha que el Sol

nuestro padre envió estos sus primeros hijos, no te lo sabré decir precisamente, que son tantos que no los ha podido guardar la memoria, tenemos que son más de cuatrocientos. Nuestro inca se llamó Manco-Capac y nuestra colla Mama Oello Guaco: fueron como te he dicho, hermanos, hijos del Sol y de la Luna, nuestros padres".

"Esta larga relación del origen de sus reyes me la dió aquel inca, tío (1) de mi madre, a quien yo se la pedí" (2)

Así recibía, en el Cuzco, de un anciano de la familia de los incas, el historiador Garcilazo de la Vega, biznieto del gran Yupanguí por el lado de su madre, hija de Hualpa Tupac, la historia del origen de sus ilustres abuelos.

Tinieblas impenetrables envuelven la cuna de todas las civilizaciones. La crítica histórica enmudece acerca de la primitiva historia de Asiria, India, Persia, China, Egipto y hasta pone en duda los orígenes de la misma historia griega, con ser, puede decirse y en comparación de aquéllas, todavía de ayer. Qué mucho que idéntica cosa suceda con la primitiva historia americana, sus primeros pobladores y civilizadores y hasta con la misma monarquía incásica que, si bien no contó muchos siglos de existencia, trasmitida empero por la tradición de padres a hijos, mezclada con toda su suerte de fábulas, ha llegado a nosotros enteramente oscurecida y desfigurada.

La opinión de los americanistas acerca de los primitivos pobladores del Continente está dividida, pues, mientras unos creen que América formaba con la actual Polinesia un solo continente, dividido después y fragmentado por un gran cataclismo (3) y de consiguiente que la población se vino derramando de norte a sur, juzgan otros lo contrario, o sea, que ésta hizo su camino de sur a norte; éstos que fueron los escan-

---

(1) Uno de los pocos parientes de su madre cuzqueña que escaparon a las crueldades de Atahualpa y que con frecuencia la visitaba en el Cuzco, siendo el Inca Garcilazo de la Vega de 16 a 17 años.

(2) Garcilazo de la Vega Inca. Comentarios Reales, tomo II, cap. XV, XVI y XVII. Madrid 1827.

(3) Serían indicios evidente los monumentos y pobladores que existieron en islas alejadas miles de kilómetros de la costa, distancias insalvables en piraguas; v. g. la isla de Pascua perteneciente a Chile donde existen estatuas altísimas y monumentos de piedra tallada, sin que se encuentre en toda la isla ni el menor rastro del material de que fueron hechas.

dinavos que desde Groelandia hicieron expediciones al Canadá, Terranova, etcétera (1), aquéllos que fueron los fenicios o los descendientes de los hebreos, de las tribus dispersadas por Salmanasar el año 721 a. J. C. o si no los egipcios, vale decir, los descendientes de los hiksos o reyes pastores, cuya dinastía desaparece de improviso en la historia, o también los chinos cuyos conocimientos astronómicos, calendarios y manera de dividir el tiempo, son muy análogos a los de los mejicanos y cuya lengua tiene muchos puntos de contacto con el antiguo idioma peruano (2), al grado que según afirma Llorente en su *Historia del Perú,* los chinos pueden entenderse con los habitantes de Etín, pueblo de la costa peruana del norte y también, según Posnanski, con los de Atén, pueblito de la provincia de Caupolicán en Bolivia (3).

Prescindiendo, pues, de expediciones pasajeras de los escandinavos, o de grupos aislados de hombres lanzados a las costas por las tempestades del Atlántico, de que quedan memorias en los monumentos diversos y en las tradiciones que se han conservado en casi todos los pueblos de América, inclusa la región del Titicaca (4), sobre hombres barbados venidos del extranjero, lo más probable y generalmente aceptado es que los pobladores de América hayan sido familias venidas del Asia.

---

(1) Véase *Los Precursores de Colón.* Memoria del Dr. Aníbal Echeverría y Reyes que debió presentarse a la 2.a Asamblea del XIX Congreso Internacional de los Americanistas a celebrarse en La Paz (Bolivia) en Diciembre 1914, y que se suspendió, debido a la guerra europea.

(2) Según Gebelín, la palabra *Quipos*, es compuesta de *qui* (elemento) y de *pos* (palabra) en lengua china. De consiguiente los *Quipos* especie de madejas de hilo, en que los *amautas*, o sabios ,del tiempo de los incas, anotaban los hechos históricos, con señales. nudos y colores diferentes, significaría. *elementos del discurso.*

(3) Bien pues podría haber sido el primer Inca un hijo del Celeste Imperio o de algún otro pueblo de la raza mongólica, adoradora del Sol, ya que no deja de ser sugestivo que los incas, como los emperadores de China, se hayan titulado hijos del Sol y festejado también los solsticios y los equinoccios con las fiestas de *Kiapak-raymi* e *Inti-raymi.*

(4) Don Carlos Walker Martínez dice: El autor del libro *American Antiquities*, refiere que en 1827 se descubrió cerca de Montevideo una lápida de piedra, bajo la cual se encontraron algunas armas de acero con rico cincelado. Se alcanzó a leer parte de la inscripción griega de la lápida que decía: Durante el dominio de Alejandro, hijo de Filipo, rey de Macedonia en XXXIII Olimpiada, Tolomeo..., el resto estaba borrado por la acción del tiempo. Entre las armas había un almete que tenía esculpido con exquisito gusto la escena de Aquiles arrastrando el cuerpo de Héctor al pie de los muros de Troya.

De todos modos, fuera asiático o europeo, (1) o descendiente de éstos, o bien de raza americana pura, lo cierto es que Manco Capac fué un genio superior que logró echar los cimientos de un vasto imperio, darle sabias leyes, organizar una administración y un poder que aunque despótico era solícito y patriarcal y a base de religión, de justicia, de orden y de virtud, fundar el más poderoso imperio americano que llegó a extenderse desde Quito hasta el Tucumán y el Maule. Astuto, tenaz, emprendedor y dotado además de una extremada belleza que subyugaba a los indios, se enseñoreó de las almas y se hizo creer y llamar *Hijo del Sol.* La fábula, la leyenda, se encargó después de poetizar su origen, haciéndole bajar del cielo, juntamente con su hermana y esposa la colla Mama Oello Huaco, como hijos que eran del Sol y de la Luna sobre el lago Titicaca. Desde allí comenzaron su predicación y sus enseñanzas: aquel ponderaba a los indios la importancia de la unión de las tribus, la sumisión, la virtud, condenaba el robo, la mentira, enseñábales la agricultura, el manejo de las armas, etcétera, mientras ésta, como dice Garcilazo, "industriaba a las indias en los oficios mujeriles, a hilar y tejer algodón y lana y a hacer de vestir para sí y para sus maridos e hijos".

Créese generalmente que la dinastía incásica no duró más que trescientos años, desde su fundación por Manco Capac alrededor del año 1250 de nuestra era, hasta que terminó con la muerte de Atahuallpa en Cajamarca a manos de Francisco Pizarro, o bien, como quieren otros, con la desaparición de Tupac Amaru, quien al rebelarse más tarde e intentar recobrar la independencia de su pueblo, fué condenado a muerte por el virrey Toledo.

Y es fama que al presentarse éste en la corte de Felipe II,

---

(1) El autor de las *Memorias del general* Miller dice: Dejaremos a los anticuarios que decidan sobre la probabilidad de que un inglés naufrague en las costas del Perú, hace 800 años; pero no pasaremos en silencio que los etimologistas *quichuanos* aseguran que al preguntar el cacique al náufrago, quién era, éste le contestó: "Englishman". Esta palabra fué pronunciada en la lengua quichúa "ingasmán", a la cual añadieron *cocopac* (hermosísimo) palabras que unidas formarían Ingasmán-cocopac, que dicen los peruanos es de donde deriva Inca Manco Capac, nombre del fundador de la raza de los incas.".

¡Cuándo no habían de ser los ingleses...!

oyó de los labios del rígido monarca: "Idos a vuestra casa, que yo no os envié a matar reyes, sino a servirlos" palabras que pocos días después lo llevaron a la tumba víctima de hondísima congoja.

*

Observando ahora las diversas clases de antiguos monumentos que se encuentran en Tihuanacu, como en las islas del Sol y de la Luna, no menos que en los otros pueblitos de la costa del Titicaca y los del Cuzco, Pisac, Ollantaitambo, etcétera y resumiendo lo que dicen algunos americanistas, en especial Posnanski, podemos hacer las siguientes observaciones, conjeturales muchas de ellas, pero que ilustrarán al lector sobre lo que trataremos después.

La cultura más antigua y acaso más perfecta es la de los Tihuanacus que sometieron y civilizaron al primitivo indio autóctono, sin que se sepa de dónde tuvo origen. Trabajaban admirablemente la piedra y la exornaban con figuras simbólicas y algunas otras ornamentaciones, si bien ignoraban el uso de los cimientos y el de la bóveda; valíanse para sus techos del tejido de totora. Los ángulos entrantes y salientes que disminuyen o aumentan el rectángulo principal de la figura, constituye el estilo *típico y puro* de Tihuanacu.

Destruída la megalítica metrópoli de Tihuanacu, los pocos sobrevivientes parece se hubieran retirado a Sillustani, cerca del lago donde pudiera tal vez rastrearse el último esfuerzo por edificar una nueva capital; pero decayendo poco a poco, sin sujeción política alguna y esparcidos aquí y allí en el aislamiento, semisalvaje de sus *ayllus*, hubieron de ser exterminados por los collas.

Trascurridos varios siglos acaso después de la destrucción de Tihuanacu, nueva inmigración de un elemento superior, los *Huiracochas,* arribó a esas regiones implantando otro estilo en sus construcciones, menos artístico, al decir de Posnanski y sin decoraciones en las piedras y acaso también el idioma quechua y la religión del *Pacha-chachi,* quien, según la tradi-

ción, dominaba el Sol, la Luna y demás astros, movía la tierra, volcaba los montes y hacía llover fuego y a quien obedecían sumisos como a poderoso y supremo jefe, los *huiracochas*, hombres blancos y barbados.

Este período que podría llamarse de la *piedra polígona y engastada*, fué más largo que el anterior.

La nueva raza dominadora se había instalado en las islas del lago, donde defendida más fácilmente de los ataques de los indios autóctonos, podría con relativo desahogo haber dado principio al desarrollo de su dominio y de su cultura, aprovechando a la vez los rastros dispersos de la cultura antigua; y de aquí también habríanse extendido al norte y al sur.

De ella o de sus descendientes serían los grandes caminos, a estilo de las vías romanas, en la parte alta del continente y que erróneamente fueron atribuídos a los incas y a los españoles, como asimismo los notables monumentos de piedra polígona que hoy se admiran en el Cuzco, Ollantaitambo, Pisac, etcétera, en los que la técnica y el estilo del labrado llegan ya a su perfección, siendo los de las islas del Sol y de la Luna que también les pertenecen, como los primeros ensayos de aquéllos.

Realmente aquellas construcciones, como después veremos, son admirables. La talla y laboreo de las piedras son de una finura exquisita y la adaptación de las unas a las otras tan perfecta y de una exactitud tan matemática, que no es dable hacer penetrar por sus junturas ni la punta de un cortaplumas. La característica de estas construcciones es la perfección de la talla de las piedras y la unión entre ellas sin ninguna clase de mezcla, presentando las puertas de esta época lo mismo que los nichos, especie de ventanas ciegas abiertas en la pared de piedra, el dintel más angosto que el umbral, que les da un parecido a las construcciones egipcias. Las mismas superficies exteriores de los grandes bloques polígonos, ostentan escabrosidades finísimas como si hubieran sido picadas a golpes de cincel (1).

---

(1) En las excavaciones practicadas cree el señor Posnanski haber

Erradamente casi todos los historiadores, investigadores y viajeros atribuyen a los incas todas estas construcciones de piedra polígona y engastada. Estos no hicieron más que aprovecharlas, utilizándolas en el estado en que las encontraron y edificando sobre los restos que aun quedaban en pie, paredes de pirca y de adobes.

Finalmente, cuando ya desapareció el secreto de labrar artísticamente la piedra, habría venido el período de los edificios de pirca y de adobes, que debió haber comenzado mucho antes de los incas, durado en su dinastía y continuado en tiempo de la conquista.

Los historiadores adjudicaron aquellos magníficos monumentos de piedra tallada a los incas, porque los encontraron en posesión de ellos, sin fijarse que esos edificios tenían como base construcciones de piedra admirablemente labrada y sobre éllas otras construcciones, en forma de remiendos, con paredes de pirca en unas y de adobes en otras. Idéntica cosa hicieron los españoles más tarde con las construcciones que encontraron, pero con esta diferencia que el sistema característico empleado por los incas en su edificación es de piedra bruta con barro, cal y estuco, o con adobes, mientras que los españoles, acuñaban la piedra bruta con lajas chatas para darles mayor consistencia.

Como ya antes dijimos, el dominio de los trece incas conocidos en la historia, sólo duró desde la fundación de la monarquía por Manco Capac, hasta la conquista de los españoles, alrededor de 300 años. Pues bien, no faltan quienes crean

---

encontrado varios de estos instrumentos que son de piedra muy dura en forma de *torpedo* afilado en sus dos extremos.

Las construcciones de Tiahuanacu, algunas del Cruzco y de otros lugares del Perú tienen gran analogía con las construcciones egipcias de las Pirámides y restos de monumentos, de Menfis y de Tebas, no sólo en la forma de las puertas, sino también en el modo de colocar los sillares unos sobre otros sin argamasa y que dan la sensación de indestructibilidad capaz de desafiar a los siglos. Hasta el gran monolito de Tiahuanacu tiene un pronunciado parecido con las estatuas de Ramses II que años atrás contemplamos en Menfis.

Cumple hacer notar asimismo la analogía de estas construcciones americanas con el único resto que acaso queda de construcción genuinamente hebrea en toda la Palestina, o sea con fragmentos de los muros del antiguo templo de Salomón, en Jerusalén, donde van a llorar los judíos todos los viernes del año, muros que por otra parte se parecen en su arquitectura a las construcciones egipcias.

que estos trece incas formaron una sola dinastía, por el estilo de las dinastías egipcias y que los reyes de las otras anteriores, inclusa la Tihuanacu llevaron también el nombre o título de inca o inga, como escriben los antiguos cronistas de la conquista. Sólo en este sentido, cree el señor Posnanski, (1) sería admisible el atribuir a los incas, así de una manera genérica la paternidad de los grandiosos monumentos de piedra polígona y tallada que enriquecen al Cuzco, Pisac, Ollantaitambo, etcétera.

(1) *Guía General Ilustrada* de Tihuanacu e Islas del Sol y de la Luna. *Tihuanacu. Una Metrópoli prehistórica del hombre Americano.*

CAPÍTULO XIX

El Palacio del Inca y el Convento de las Vírgenes del Sol en la isla del mismo nombre. — El Iñakuyo o Casa de los Ñustas en la isla de la Luna. — Una pared preincaica. — Nacer... sufrir... morir... Carabuco y sus leyendas. — Juli y sus antiguos templos. — La obra civilizadora de los jesuitas.

Entre los restos de edificios antiguos que guarda la isla del Sol, como ser, la casa de Mama Oello de metros 18.30 por 8.30, la fortaleza o *pucara,* baño y jardín del inca, templo (1) del Sol (39 por 8.70), están el Palacio del Inca que, según tradiciones isleñas, fué construído por las propias manos del primer inca, y el *Chinkana,* o Laberinto,



Palacio del primer inca en la isla del Sol, denominado Pilko-Kaina.

---

(1) Este famoso templo, del cual sólo quedán algunas ruinas, podía competir en magnificencia con el del Cuzco, según dice Garcilazo de la Vega.

El Padre Blás Valera dice que los indios le certificaron "que era tanto lo que había sobrado de oro y plata, que pudieron hacer de ello otro templo desde los fundamentos hasta la cumbre sin mezcla de otro material, y que luego que los indios supieron la entrada de los españoles en aquella tierra, y que iban tomando para sí cuanta riqueza hallaban, la echaron toda aquella a aquel gran lago".

o casa de las Vírgenes del Sol, de los cuales diremos breves palabras.

Este edificio, dice Posnanski, tiene un estilo completamente diverso al de los monumentos levantados por las razas anteriores y parece, como algunas de las construcciones incaicas, un castillo feudal de la edad media en Europa, pero con reducidas dimensiones, incipiente e infantil arte, y provisto de tres pisos, construcción fácilmente adaptable y apropiada, por hallarse en la falda de una colina.

Vése en él lo que no se encuentra en ningún edificio de períodos anteriores al incaico: cuartos abovedados por el siguiente sistema: están las piedras brutas superpuestas, sobresaliendo las superiores a las inferiores en constante progresión, hasta cerrar la bóveda, de tal manera que no pierden a pesar de su posición violenta en apariencia, el centro de gravedad. La cúspide de la bóveda está cerrada con una loza plana que sirve de base al piso superior. Las piedras sin labrar están sostenidas con barro mezclado con cal y estuco verdaderos y todo el edificio, como lo demuestran pequeños restos, se encontraba revocado y pintado de la misma manera usada hoy en las ciudades de Bolivia y del Perú. Sus puertas de anchas bases, parecidas a las egipcias, son de un estilo combinado entre el de Tihuanacu y los edificios del Cuzco.

El *Chinkana* o convento de las Vírgenes del Sol está edificado sobre ruinas del tiempo de la piedra tallada. La entrada puesta en un plano inclinado conduce a una sala con cuatro puertas; de ahí se va a las dos alas laterales ocupadas por los aposentos, los que dejan hacia el lago un claro de metros 25 por 15 más o menos, en forma de plataforma bien construída con calzada de piedra sobre el rápido declive de la colina. Una sola ala del edificio cuenta quince piezas de las vulgares llamadas dobles, llenas de puertas y pasadizos y que forman un verdadero laberinto, siendo más o menos igual la otra parte. Llama la atención un nicho de uno de los cuartos que tiene incrustrada una piedra con grabado en forma de escritura. Es un espécimen de la antigua pictografía indígena, de que se

han encontrado restos en estas islas y que al principio del siglo XVII, fué aprovechada por los misioneros para enseñar a los indios la doctrina cristiana.

El edificio más amplio que se encuentra en las islas, es el *Iñakuyu,* o Casa de las Ñustas, vírgenes dedicadas al culto de la Luna, que está en la isla de Coaty (de la Luna). Sábese por un inventario de visita que tomó el padre agustino fray Baltazar Salas en 1618 que además del Iñakuyo, existieron también otros edificios, tales como el sepulcro de las Ñustas, la calle de los Incas, el templo de la Luna y la tumba de Mama Oello, de la que según el mismo inventario se extrajo un cajón de metal, metido en otro de piedra que contenía un brazo momificado.

El Iñakuyo debió ser un edificio soberbio y su situación es de lo más pintoresco. Se sube a él desde la playa hasta una plataforma de 23 metros de altura donde está construído, ''por una gradería dilatada de doce grandes y altos escalones que van formando sucesivamente diversos terraplenes, que probablemente en aquel tiempo fueron jardines, algunas hasta de 12 metros de ancho por 70 u 80 de largo''. Cuando se llega al último donde hay un amplísimo patio o plataforma de metros 55.60 por 24, donde según la tradición las ñustas bailaban sus danzas sagradas en honor de la Luna, se encuentra al frente el cuerpo principal del edificio y a los lados dos alas como en el *Chinkana* de la isla del Sol. Las paredes tienen varias portadas de un estilo parecido al de Tihuanacu. Una de ellas la describe así el señor Posnanski:

Es una portada de 3 metros 70 centímetros de ancho y cuatro metros de altura, que tiene como umbral una figura formada por ángulos entrantes y salientes que disminuyen en el rectángulo principal y penetrando sucesivamente al fondo, en forma de peldaños terminan en una puerta pequeña de un metro de altura y un metro ochenta centímetros de ancho. Estas puertas están construídas con piedra bruta y revocadas con una mezcla de barro y paja de una consistencia tal que han podido resistir a la destructora obra del tiempo, pues

existen todavía hoy restos de ese revoque que tenía además pintura de diversos colores.

Llama la atención también una muralla preincaica de piedras polígonas y labradas que sostiene uno de los terraplenes y que evidentemente es resto de otras razas de cultura superior que habitaron esta isla. Otra análoga se encuentra en la isla del Sol.



Muro de la época de la piedra polígona en la isla de Koaty (Isla de la luna)

Refiere una antigua tradición que esta isla de la Luna, era sólo habitada por mujeres, tradición que parecería confirmada por el hecho de que entre todos los idolillos allí encontrados, no hay uno solo del sexo masculino. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que tanto esta isla como la del Sol, están envueltas en un vago encantador misterio, en un ambiente de tradiciones y de leyendas, de fuentes, de jardines y de flores, de palacios y de templos, de reyes, sacerdotes y vestales, que la imaginación no podrá penetrar nunca. Caravanas de seres humanos que hicieron su peregrinación en la vida, descansan ya sus fatigas en el silencio de sus tumbas. El cierzo helado aventó sin piedad el polvo de sus huesos. Almas inmortales, sedientas también ellas de felicidad, como nosotros arribaron a estos sitios con su pesado fardo de anhelos, de inquietudes y de cuitas; llegaron y se fueron para no volver, mezclando a los ecos de sus músicas, de sus danzas, de sus risas y decires, las lágrimas amargas del vivir, los hastíos del placer, los ayes agudos del dolor, lote irrenunciable de todos los humanos. Los años y los siglos unos tras otros, desflocando la nieve de sus días extendieron, sobre sus anhelos, pasiones, glorias, rencores e infantiles vanidades,

el manto funerario; la eternidad se desplomó sobre ellos y hoy, apenas si un recuerdo vago de su existencia flota por estas breñas, por estas pajas, por estas ruinas que huella el curioso viajero... Mientras tanto el mismo sol, la misma luna, los mismos astros y estrellas tachonando la bóveda del cielo, la misma tierra, las mismas plantas, flores y frutos, idénticos paisajes, la misma tranquilidad del lago, iguales murmurios de sus olas arrullando las mismas costas, hoy tristes, solitarias y yermas... mas cuán diferentes los tiempos, la civilización, los hombres, las creencias... Nacer... sufrir... morir... qué horrible pesadilla, qué desesperación tan cruel, si no sonriera el *más allá*...

*

Muy dignos de ser visitados son los pueblitos de Pomata, Juli y Carabuco, sobre la costa del lago. Para esto se tropieza siempre con la dificultad del vaporcito que sólo una vez, cada quince días, sale desde Puno en viaje de circunvalación del Titicaca, tocando en los puntos principales.

Carabuco es célebre por sus tradiciones. Recuérdese lo que ya referimos sobre la cruz de aquel santo discípulo de un apóstol que evangelizara estas comarcas predicando la virtud y la adoración de un solo Dios.

A este varón extraordinario, blanco, alto y barbudo, venido de regiones desconocidas, los indios de Carabuco que eran feroces y corrompidos, después de martirizarle en diversas maneras, pusiéronle en una balsa, atado de pies y manos y entregáronle a los vientos del lago, a una muerte segura. La tradición añade que vióse una mujer hermosísima, de resplandecientes vestidos y coronada de estrellas, subir a la balsa y conducirla a la playa opuesta, dejando en pos de sí, como una estela luminosa que aplanaba las totoras de la costa.

Se conserva en este pueblito la parte de la cruz que este santo discípulo llevaba en sus peregrinaciones y cerca del mis-

mo se muestra una fuente, junto a la cual diz que tenía su choza. (1)

Juli, hoy aldea miserable de un poco más de 500 habitantes, todos indios, es célebre por sus iglesias que son las mejores que hay en el Alto Perú, al decir de don Carlos Walke Martínez. Todavía, dice este escritor, permanecen de pie en medio de esos humildes ranchos, cuatro hermosas iglesias. La de Santa Cruz es la mejor: elegante arquitectura, construcción sólida, ricos dorados, puertas de lujosas maderas, cuadros magníficos de inmensas proporciones, que representan, los de un costado la historia de San Ignacio y los del opuesto la de San Francisco Javier, y sobre todo un púlpito de tan primorosos tallados, que parece imposible exigir nada más perfecto. Agréguese a esto, frontales de plata en los altares, columnas forradas en el mismo metal y variadas obras de arte y de exquisito gusto y se tendrá una idea de la iglesia que describo. Si no igual, muy poco inferior es la de San Pedro, llena también de hermosos cuadros, de trabajos artísticos de gran valor y con un tabernáculo de notable mérito...

Los jesuitas fueron los pobladores de Juli hasta el año de su expulsión, 1767. El pueblo contaba entonces 5.000 habitantes, había llegado a un grado de prosperidad bastante avanzado ¡qué distinto hoy día!

Y es digno de observar que lo mismo, con pequeñas excepciones, ha pasado en todos los pueblos de los Padres de la Compañía de Jesús, en el territorio del Alto Perú y del interior de América. En el día las antiguas reducciones de los ríos del Oriente de Bolivia están abandonadas en su mayor parte, los indios han vuelto a su vida salvaje y apenas quedan los escombros de las antiguas iglesias. El sabio viajero D'Orbigni, que las ha visitado, rinde un homenaje de respeto a aquellos ilustres conquistadores de paz y de virtud y reconoce el inmenso mal que hizo a la América la impremeditada orden de Carlos

(1) Es general de todas las regiones americanas la tradición de que el apóstol Santo Tomás o Santo Tomé evangelizó la América. La trae el P. Lozano respecto de los charrúas, el P. Ruiz de Montoya respecto de los indios del Paraguay, el P. Calancha de los del Alto Perú, y es comunísima en el Brasil y demás naciones del Continente.

III. El tiempo, los resultados, las consecuencias de los hechos, suelen ser el más irrecusable argumento en favor de las buenas causas: ellos son los que han justificado a los perseguidores del conde de Arana.

Cada una de sus casas era un asilo de ciencia, así como cada reducción una escuela de industria para los indios. Juli es testigo de este aserto: cuando la imprenta era escasa, un objeto de lujo en los pueblos de Europa, en este pobre pueblecillo del interior de América, los jesuitas tenían una y magnífica. Yo he visto en la biblioteca de un amigo de La Paz dos impresiones del año 1612, hechas en Juli. La una es un vocabulario de la lengua aymará por el padre Ludovico Retornio, de más de 900 páginas y la otra una vida de Nuestro Señor Jesucristo del mismo autor, en dos lenguas, español y aymará, de 580 páginas. (1)

---

(1) *Bibliografía boliviana* por D. J. R. Gutiérrez.

CAPÍTULO XX

El lago Titicaca. — Su poesía. — Puno. — Una sentencia de muerte modelo. — De Puno a Juliaca. — Escenas animadas. — Santa Rosa, La Raya, Sicuani y Urcos. — Cuadros vivos. — El río Vilcanota y el pueblo de San Jerónimo. — Pinceladas. — Evocaciones del pasado. — Sepulcro de una raza.

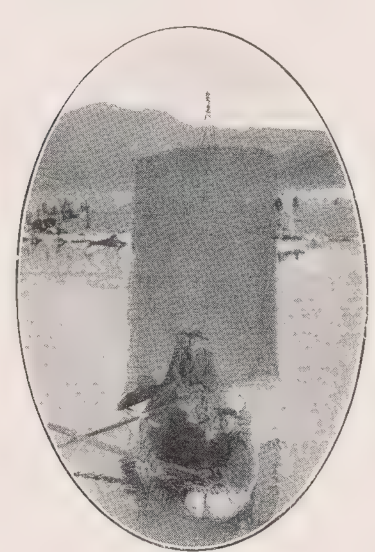
El gran lago Titicaca que quiere decir *sierra de plomo*, situado a una altura, según unos, de 3.810 metros sobre el nivel del mar y al decir de otros a más de 4.000, es sin duda alguna, entre todos los del mundo, el que se encuentra a mayor altura. Paz de Soldán en su *Geografía del Perú* le da una superficie de 1.464 millas cuadradas, 270 de perímetro y 150 de extensión de noroeste a sureste.

Está divididio en dos partes unidas por el estrecho de Tiquina, siendo la mayor cuatro veces más grande que la otra. Tiene numerosas islas y bahías, sus aguas son dulces y escasas en peces, sus costas tristes, poco fértiles y frías como que están a la altura de la puna brava de Perú y Bolivia. Sin embargo el clima de sus islas, con tener éstas la misma altura, poco más o menos, es relativamente templado y benigno, estando en consonancia con él su vegetación y productos. El nivel de las aguas aumenta o decrece, según las estaciones y tienen éstas en algunos puntos una gran profundidad.

El cielo es de un azul claro y nítido y la diafanidad de la atmósfera extraordinaria. Las mañanas y las tardes son tranquilas, las noches claras y admirablemente soñadoras

cuando la luna riela sobre el terso cristal azul oscuro de sus aguas y tiñe de plata las negras colinas de la costa y las gigantescas cimas de los andes orientales.

A diferencia de los otros lagos del mundo que ríen y cantan en el color verdáceo de sus riberas, en la exuberante vegetación de sus montañas, en sus románticas caletas y escondidos rincones, éste esparce al viento sus tristes y llorosos *yaravíes* y lleva luto hasta en su vestimenta de nieve, cuánto más en sus costas cenicientas y opacas y en el traje negro de sus hijos.



Embarcación indígena del lago Titicaca

El Titicaca, alguien ha dicho, no tiene en el mundo nada parecido. Los lagos de Suiza, de Escocia, del Sur de Chile, etcétera, tienen naturalezas análogas. El de la altiplanicie es solo.

La poesía de los otros es alegre, la de éste melancólica, profundamente melancólica: aquellos cantan un idilio en cada valle, en cada isla, en cada ola, éste preludia un himno lúgubre, silencioso, en cada una de sus rocas, sobre cada uno de sus recuerdos. Agreste, salvaje, no sonríe a la naturaleza: parece darle una cita doliente para gemir y meditar con ella en medio del misterio de su grandeza pasada y su esclavitud presente.

Pero está situado justamente en medio de la inmensa hoya que forma la altiplanicie de los Andes, en el corazón de lo que fué el imperio peruano de Tahuantisuyu. Curiosa coincidencia...

¡Razón para haber sido en los remotos siglos la cuna de los incas!

*

Mientras revolvía en mi mente un mundo de tristes reflexiones sobre las razas aborígenes que poblaron estas costas, *El Inca* (1), como señor absoluto en sus dominios, avanzaba hacia Puno por medio de un laberinto de islotes que emergiendo del fondo de este lago misterioso, prestaban al sosegado paisaje matutino los encantos fantásticos de colosales peñascos que hubieran sido arrojados al azar sobre aquellas aguas tranquilas y diáfanas. El hálito de una mañana serena y pura, sahumaba el ambiente de sutiles azulinos vapores. Los negros promontorios y escuetos farallones, iban poco a poco desgarrando aquellas virginales gasas de finura infinita y burilando en el lago sus caprichosas siluetas.

La ciudad de Puno, allá lejos, tendida a la falda de helados montes de color gris amarillento, aparecía por fin, tiritando de frío, como una esclava abandonada en las piedras, triste con la tristeza honda del proscripto. El recuerdo del fin trágico de José Gabriel Tupac Amaru, parece flotar todavía sobre esta melancólica y apunada ciudad.

En la famosa insurrección de los indios en 1780, promovida por aquél, fué sitiada y, aunque heroicamente defendida por el célebre Orellana, hubo de ser evacuada el 26 de mayo de 1781.

He aquí, como espécimen, parte de la implacable sentencia impuesta a Tupác Amaru, el caudillo de aquella revuelta y que fué ejecutada en la plaza del Cuzco, a presencia del feroz visitador Areche que la dictó:

"Debo condenar y condeno a José Gabriel Tupac Amaru a que sea sacado a la plaza principal y pública de esta ciudad, arrastrado hasta el lugar del suplicio, donde presencie la ejecución de las sentencias que se dieren a su mujer Micaela Bastidas, sus dos hijos Hipólito y Fernando Tupac Amaru, a su cuñado Antonio Bastidas y a algunos de los otros principales

(1) El Inca y el Goya son los dos mejores vaporcitos que surcan el Titicaca, de 500 toneladas, capacidad 300 pasajeros y alumbrados a luz eléctrica.

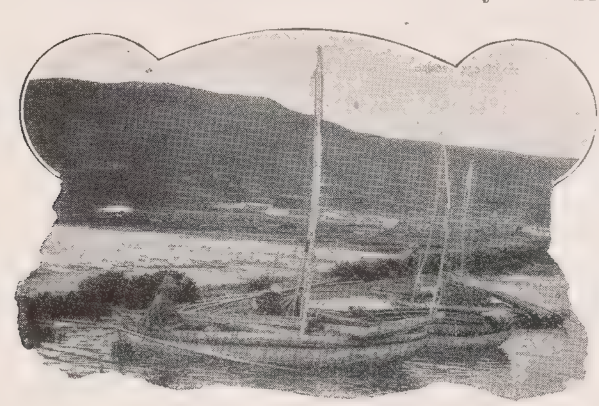
capitanes y auxiliadores de su inícua y perversa intención y proyecto; los cuales han de morir en el propio día: y concluídas estas sentencias, se cortará por el verdugo la lengua y después amarrado o atado por cada uno de sus brazos y pies, con cuerdas fuertes y de modo que cada una de éstas se puedan atar o prender con facilidad a otras que prendan de las cinchas de cuatro caballos, para que puestos de este modo y de suerte que cada uno de éstos tire de su lado, mirando a las cuatro esquinas o puntas de la plaza, marchen, partan o arranquen a una voz los caballos, de forma que quede dividido su cuerpo en otras tantas partes".

¡Sólo los tiempos explican tan inhumana, cruel y salvaje sentencia!

*

Los buenos oficios del Excmo. señor ministro del Perú en La Paz, doctor Wenceslao Valera, que había oportunamente telegrafiado a esta ciudad, me ahorraron las molestias de la aduana. Y, del vapor al tren. No tuve, lo confieso, ni curiosidad ni ánimo de visitar esta ciudad, sede episcopal y asiento también de prefectura.

El tren para lograr salir de la hoya del Titicaca y comenzar a ascender las mesetas del norte, ha menester ir bordeando durante casi media hora, las costas del lago; tiempo por otra parte que se va en un soplo, pues, va uno azás entretenido en la contemplación del paisaje lacustre, la abundancia de patos y demás aves acuáticas que pueblan las riberas,



Puno — Canoas de totora

las curiosas y originalísimas canoas, hechas de totora hábilmente tejidas y sobre todo, en los soberbios y poéticos panoramas de las islas que remedan, a la distancia, palacios, castillos y ciudades perdidas en las brumas de los siglos.

Después hasta Juliaca, desolación de desolación. En esta ciudad se bifurca la línea, siguiendo un convoy a Arequipa y otro al Cuzco. No cabía vacilación. La famosa metrópoli de la monarquía incásica, la histórica primera sede episcopal del continente, la ciudad príncipe que viera asombrada a esos nuevos *huiracochas,* de nacionalidad hispana, manejando el rayo y haciendo prodigios de valor, de audacia, de heroísmo, no descansar hasta ver engastada en la corona de España la gema más valiosa de los ilustres hijos del Sol, me atraía con fuerza irresistible. Y harta razón había para ello, porque quien no haya llegado hasta el Cuzco y aspirado en toda su intensidad los recuerdos históricos que se desprenden de los restos de aquellos grandiosos monumentos, puede estar seguro, no conoce aún la América precolombiana.

Desde Juliaca se comienza ya a observar las escenas que presentan las indias, de faldas cortas, mantos sombríos, sombreros aplanados, de anchas y tiesas alas, ofrendando al viajero sus baratijas, comestibles y mercancías. En las siguientes Estaciones de Laro y Pucara sobre todo, vénse grupos de indígenas, de extravagante indumentaria, que puestos en hilera, de pie o sentados, haciendo mostrador de la tierra, ofrecen a los que quieren mercar sus tejidos y mantas, sus objetos de alfarería labrados, vidriados y pintarrajeados, consistentes en vasos, botellas, caballos con jinetes de armadura completa de la época de Carlos V, toros fantásticos y mil otras chucherías de este jaez. Mientras otras, con su enorme y pesada carga al hombro, que ya ni sienten por el hábito, desembarazadas, con los brazos libres, se abren paso accionando, charlando, o hilando su rueca que de ordinario no se les cae de las manos.

Como el tren no lleva coche comedor, se almuerza en la estación Santa Rosa, que de rosa no tiene más que el nombre, en un hotelcito que bien podría ser un fondín, donde la apu-

rada clientela a duras penas y manejando hábilmente la consabida nomenclatura de los potajes, del *uno* al *tres*, obtiene que le sirvan el plato que le falta. Sobrado revuelto debe ser aquello y ocasionado a más de un timo, cuando el dueño de la casa ha menester cuadrarse en el umbral de la única puerta del recinto y allí sin que se le escape uno, arreglar las cuentas con cada uno de los clientes. En cambio, ya al aire libre, les queda a éstos el derecho de resarcirse del menguado almuerzo, con la contemplación amplia y sosegada de los hermosos picos nevados de Curunanda y Pariña que se yerguen casi al frente.

El tren que iba ya ascendiendo, de horas atrás, terrenos incultos y áridos, con lomadas más o menos altas y paralelas de uno y otro lado de la vía, continúa su pausada marcha hasta remontarse a la altura máxima de la línea de 4.313.70 metros sobre el nivel del mar en la estación La Raya, límite de los departamentos del Cuzco y de Puno y cima de la vertiente que divide el sistema del Amazonas del lago Titicaca, para continuar luego el descenso hasta la ciudad del Cuzco, pero recorriendo ya desde la estación Aguas Calientes un valle pintoresco, lleno de pueblitos, fertilizado por el río Vilcanota y encajonado entre montañas de 600 a 700 metros de altura que le sirven de marco colosal.

Entre las varias poblaciones que íbamos dejando atrás, sólo recordaré dos: Sicuani y Urcos.

Sicuani es el pueblo más importante de la vía Juliaca-Cuzco y donde, al regreso de esta ciudad, se almuerza en un hotelcito vecino a la estación por el estilo del ya descrito de Santa Rosa. La indumentaria indígena, aquí como en casi todas las otras estaciones es siempre original, pero el viajero anota un dato curioso en el traje de los indios. Conservan todavía éstos el vestido casi a la usanza española del tiempo del virreynato, calzón corto y casaca a estilo Luis XIV. Que por lo que a las indias se refiere, gastan indumentaria tan rara y extravagante que ya el ojo se habitúa a este carnaval sempiterno y... concluye, por encontrarles razón... ni más ni menos que a nuestras jóvenes que visten según el último figurín de

París. Me magino que esas pobres indias de pollera corta y esponjada, cinturón multicolor, chamarras de terciopelo brillante, camisa, bata, almilla o qué sé yo, de colores fuertes y chillones y sombrero negro tan plano y chato como una bandeja, con vistosas cintillas o flecos pendientes en toda su circunferencia, han de presumir al igual de nuestras jóvenes de la *haut* con sus finos sombreritos, falda corta y estrecha y zapatos Luis XV y paso menudito de gorrión saltarín. ¡Y estaría todavía por verse quiénes llevan más razón!...

Urcos recuerda el vecino lago de Pocamanchi, a seis leguas al sur del Cuzco, donde, según la tradición, al anuncio del avance de los españoles, echaron los indios gran parte del tesoro del Cuzco y arrojaron también aquella célebre cadena de oro mandada hacer por Huaina Capac, de la que se cuenta que cada anillo pesaba cien libras, y que rodeada la gran plaza del Cuzco, dentro de la cual se encerraban para bailar y hacer sus danzas en honor del Sol.

Esta plaza, no era la Plaza Mayor de la ciudad que abarcaba, según dicen en el Cuzco, el área actual de las tres plazas contiguas llamadas la Matriz, Recocijo y San Francisco, por ser demasiado grande, y porque al decir del inca Garcilazo en ésta sólo se hacían los sacrificios generales en la fiesta de más importancia, realizándose los bailes y danzas, que los ejecutaban descalzos, en otra que había delante del templo del Sol. (1)

Aunque hay también quienes sostienen, con menos probabilidad que la joya gigantesca fué echada por los indios en el lago Titicaca.

A nuestro juicio hay aquí una confusión. Sabido es que en este lago fueron echados los tesoros del templo del Sol que en la isla del mismo nombre había en el Titicaca, al saberse que se acercaban los españoles. La distancia desde el Cuzco al Titicaca es demasiado grande para creer que hubiese sido trasportada la célebre cadena hasta aquí, pudiendo haber sido arrojada en el vecino lago de Pocamanchi.

---

(1) Garcilazo de la Vega. Comentarios Reales Libro III c. XXIII.

Nunca olvidaré por cierto un cuadro típicamente regional presenciado en la estación de Urcos. Eran las tres de la tarde. La atmósfera pesada y asfixiante de un día de verano, enervaba el espíritu y amodorraba los miembros ya laxos y molidos, del largo, monótono viaje. Llegar el tren y comenzar a moverse y hormiguear, como un enjambre, la turba anónima de indias vendedoras de chicha, pan, tortas, fruta, humeante puchero, fritos y otras menudencias y municiones de boca, fué todo uno. La indiada y el cholaje que viajaban en coches de segunda clase y que al parecer, venía hambreada y sedienta, se derramó como agua por el andén y esplanada de la estación, codeándose y estrujándose sin piedad, por elegir la olla más suculenta o el botijo de chicha más fuerte y fermentada. Las vendedoras de pan, vaciaban sus canastas de tortas en las manos o ponchos mugrientos de sus clientes, al igual de las frutistas, mientras las de los *fuegos encendidos*, en cuclillas y rodeadas de dos o tres mayestáticas ollas, repletas de caldo o de trozos de carne rebozada, sucias de manos, cara y vestidos como un trapo de cocina, trasudando mares por el sofocón, el calor, carga y mundo de ropas que llevan, remangadas, empuñaban el cucharón y llenaban unos tras otros los platos que, arrebatados por la ávida clientela, volvían limpios en el acto para seguir prestando tan humanitarios servicios. Cogían luego con la inmunda mano, los duros trozos de carne y repartíanlos con naturalidad pasmosa, sin la menor extrañeza ni gesto alguno de protesta por parte de los ya habituados comensales. Y, lleno el estómago, a aplacar la sed. Y los cántaros y botijos escanciaban la chicha en fenomenales vasos de un litro que, a su turno, desaparecían, seguidos de un fuerte resoplido, signo evidente de refocilamiento y de hartura y de una pulcra limpiada de boca con la arrugada manga del saco o camisa. Por lo demás era de ver a esos indios lampiños, retacones y emponchados de recia musculatura, pelo lacio y desgreñado, color terroso, mirada mansa pero esquiva y con fachas desparejas y trabajadas a puñetazo limpio y sobre todo el ajuar multicolor y extravagante de algunas indias, con su muchacho mamón a la espalda,

metido en ese envoltorio *sui generis,* de jergón tejido a pala y que llaman *képis,* sacando sólo la cabeza como un polluelo y haciendo muy quedamente trasudar por lo bajo al que pudiendo ser impermeable, no lo era, mientras la que lo echara al mundo y a cuestas lo llevaba, sin importársele un ardite, ni acordarse de aquel su apéndice, hilaba tranquilamente charlando con la comadre, o escanciaba la chicha, o movía sus brazos a guisa de lanzaderas, para vender su ají, percibir la paga, dar *el vuelto* y no dejarse trampear.

Cuadros como este se ven en casi todas las estaciones, pero en ninguna como en Urcos, fué de un tan vivo, intenso y original colorido.

Al desviarse a la derecha, cinco leguas aproximadamente, antes de llegar al Cuzco, el ya caudaloso río Vilcanota, el tren, que antes siguiera su turtuoso curso por profundas quebradas, cubiertas de vegetación, de cultivos, andenes en declive, pueblitos, recodos y picachos a veces encantadores, en forma y apariencia de rústicos postales, continúa de frente por un cada vez más pintoresco valle que, al llegar a San Jerónimo, se ensancha en una espléndida y hermosísima llanura, toda cultivada, de seis millas de largo, distancia que separa a este antiguo y simpático pueblito de la ciudad del Cuzco.

Llevo grabada en mi alma para no borrarse nunca la noche aquella en que por primera vez, sentado en mi asiento y apoyado a la ventanilla del coche, comencé a aspirar las primeras auras del Cuzco.

Antes de llegar a San Jerónimo, tras una ligera llovizna, avanzaban en desorden por el fondo azul oscuro del cielo, bandadas dispersas de desgarradas nubes, mostrando en sus bordes opalinos el tibio y postrer beso de un sol en agonía que alcanzaba aún a dorar con reflejos moribundos, las crestas más salientes de los montes y verter sobre el sahumado valle una fosforescencia de tonalidades funerarias. La amortiguada luz crepuscular sufría ya desmayos de muerte en los fríos brazos de la noche y comenzaban a encenderse los astros en el cielo. Un solemne religioso silencio, sólo interrumpido por los ja-

deantes resoplidos del acerado monstruo, parecía envolver, aquel valle, aquellos montes, aquella naturaleza muerta. En esa hora de la rumia intelectual en que el alma sobrecogida ante el triste espectáculo del cielo y de la tierra, se repliega en lo más íntimo del sér, descorrióse ante mis ojos el panorama inmenso del pasado, esparciendo ondas húmedas y frías, que me taladraron los huesos. Recuerdos de la historia, tradiciones y leyendas, ruinas venerandas de los siglos impregnadas de lágrimas y de penas, glorias, grandezas y heroísmos, templos de oro, magníficos palacios, fortalezas gigantescas y cicópleas, guerreros, caudillos y curacas, sacerdotes y ñustas y vírgenes escogidas del Sol, príncipes y monarcas poderosos, todo en fin un mundo de cosas idas, parecióme ver surgir, en la oscuridad de la noche, de aquellas negras montañas, cruzar como un meteoro por mi mente y hundirse en una tumba y los manes de los incas, cetro en mano, en actitud amenazante, hoscos, taciturnos y bravíos, montar la guardie del gran sepulcro de su raza: el Cuzco.

CAPÍTULO XXI

Ultimas palabras del inca Huaina Capac. — Vaticinios y pronósticos siniestros sobre la caída del imperio incaico. — Francisco Pizarro en Tumes y Cajamarca. — Precio que ofreció Atahualpa por su rescate. — Los tesoros del Cuzco pasando como botín de guerra a los españoles. — Los verdaderos dueños trocados en esclavos. — Estilo de las construcciones del Cuzco. — Primeras impresiones.

"Muchos años ha que por revelación de nuestro padre el Sol, tenemos que, pasados doce reyes de sus hijos, vendrá gente nueva y no conocida en estas partes y ganará y sujetará a su imperio todos nuestros reinos y otros muchos. Certifícoos que pocos años después que yo me haya ido de vosotros, vendrá aquella gente nueva y cumplirá lo que nuestro padre el Sol nos ha dicho y ganará nuestro imperio y serán señores de él. Yo os mando que le obedezcáis y sirváis como a hombres que en todo os harán ventaja: que su ley será mejor que la nuestra y sus armas poderosas e invencibles más que las vuestras. Quedáos en paz, que yo me voy a descansar con mi padre el Sol, que me llama".

Así en la ciudad de Quito, en el año 1525, de los labios ya lívidos del moribundo inca Huaina Capac, recibían los miembros de la familia imperial que rodeaban su lecho de muerte, la profecía sobre el fin que tendría el gran imperio de Tahuantisuyo.

Los vagos y antiguos vaticinios acerca de la venida de hombres de color blanco y extraordinarios, a estas tierras, conservados por los sacerdotes del Sol y los pronósticos siniestros

hechos, en más de una ocasión, por los hechiceros y *amautas,* venían así a tener una confirmación explícita emanada de la real boca del gran anciano Huaina Capac, momentos antes de morir.

Así se explica que no bien hiciera su primera aparición en Tumes (1532), aquel puñado de españoles capitaneado por Francisco Pizarro, comenzasen ya los indios a tenerles por seres superiores, *huiracochas,* hijos del Sol, así se explica también—prescindiendo del asombro rayano de estupefacción que les infundieron aquellos hombres barbados que, formando, según ellos creían, una sola cosa con los caballos que montaban, manejaban el *illampu,* como verdaderos hijos del Sol—tanto o más que el espanto, el respeto y la supersticiosa veneración que les llevó al grado de no oponer resistencia alguna; y así se explicaría por fin la manera moderada, amistosa y digna, con que fueran recibidos en Cajamarca por Atahualpa, quien no obstante encontrarse rodeado de la flor y nata de sus tropas y más hábiles y esforzados guerreros, prohibióles todo acto o señal hostil para tan ilustres huéspedes, que "si no se los mandaba, dice Garcilazo, bastaba verlo caído en tierra y preso para que todos murieran peleando en defensa de su príncipe, pues, tenían sus armas en las manos y aunque no fuera sino a pedradas, mataran e hirieran a ciento y sesenta españoles que eran".

De esta manera vino a derrocarse aquel poderosísimo imperio de los incas, cuyas triunfantes banderas se habían paseado con orgullo por medio continente y cuyas incontables riquezas parecieran una fábula, urdida ex profeso para deslumbrar, si no estuviesen abonadas unánimemente por todos los historiadores y cronistas.

Sabido es que Atahualpa, viéndose prisionero a traición y casi no creyendo a sus propios ojos, ofrecióle a Pizarro por su rescate llenarle de plata, hasta la altura de nueve pies, la sala de su prisión que tenía de largo veinte y dos pies, y de ancho diez y siete. La suma de 4.800.000 ducados ya reunidos, según el padre Blas Valera, en vez de satisfacer la codicia de aquellos

audaces aventureros, precipitó la ruina de ese príncipe desventurado. La sangre de la víctima tiñó la frente del verdugo y nada ni nadie será parte a borrar el estigma de ignominia que aquel hombre extraordinario arrojó sobre sus proezas y glorias.

Mucho mayor, dice Garcilazo, citando a Gomara y Zárate, fué lo que hubieron en el Cuzco, cuando entraron en esta ciudad, de la cual acarreó Hernando Pizarro 27 cargas de oro y 2.000 marcos de plata. "Hubo español que halló un sepulcro entero de plata de valor de 50.000 castellanos, otro que sacó en vasijas de oro de un hoyo 80.000 ducados, otro de unos cimientos 62.000 ducados y otro un enorme ídolo de oro macizo y así sucesivamente. Y a pesar que los indios sacaran ya y escondieran gran parte de las riquezas de los incas, cuando entraron allí los españoles, fué todavía extraordinaria la que se repartieron despojando los templos, palacios y santuarios.

No se habrá tal vez conocido en la historia persona más afortunada que Mancio Sierra de Leguízamo, a quien tocóle la joya más hermosa y de más valor, el Sol de oro que servía de adoración en el templo principal del Cuzco, consistente en una enorme plancha o tablón de oro, que cubría de alto a bajo toda la pared del fondo y que valía millones. Pero a buen seguro que no habrá existido tampoco tahur más descabellado y truhán al atreverse a jugar a las cartas y perder en una sola noche tan cuantiosa fortuna. Diz que de aquí nació el proverbio: "Jugar el sol antes que salga".

Y entre tanto qué hacían, se pregunta Walker Martínez, los pobres indios, los verdaderos dueños de esos tesoros? Gemían bajo el nuevo yugo impuesto con atroz dureza y se diezmaban en el trabajo penoso de las minas al peso de las terribles *mitas*. Los hijos nacían siervos y las más bellas de sus mujeres y las más nobles, a lo más que podían pretender, salvo cortas excepciones, como la del virtuoso gobernador de Chile, Loyola, era a servir de pábulo a la voluptuosidad de sus amos. Pizarro que llevaba al patíbulo al desgraciado Atahualpa,

mantenía relaciones amorosas con su hija y de ella tuvo un hijo y otro de una hija de Huaina Capac.

Todas estas cosas y muchas otras, (1) que de sabidas se callan, que llovieron como carbones de fuego sobre esa raza que hasta hoy parece una raza maldita, bullían en mi mente, apenaban mi corazón y torturaban mi espíritu en esa noche que por vez primera penetré en la hoy pobre y desmantelada ciudad, la más antigua de América, capital otrora envidiada del imperio de los incas. Y, como obedeciendo a un mandato supremo, fuíme desde el hotel al templo de Santo Domingo, al rayar el día y en el altar mayor, enclavado precisamente en el lugar del santuario donde se alzaba el antiguo templo del Sol, ofrecí la santa misa al Dios de los cielos y tierra, ante quien no hay distinción entre judíos y griegos, bárbaros o romanos, como dice el apóstol, por los sufrimientos, miserias y desdichas de esa raza proscrita en su propia tierra, digna, por cierto, muy digna de mejor suerte.

El Cuzco, que en el apogeo de su gloria alcanzó hasta cerca de 200.000 habitantes en la actualidad sólo cuenta 25.000. Situada a 3.488 metros de altura, ocupa los faldeos de un anfiteatro de cerradas montañas, al que va a morir el valle que recorre el ferrocarril. Tienen de consiguiente muchas de sus calles un fuerte y pronunciado declive y son además irregulares, estrechas, de empiedre horrible y muy desaseadas. Tanto como su antigüedad, la caracteriza la suciedad y eso que ogaño es muy otra de lo que fuera antaño, según se oye por allí decir. En el centro de las calles, por donde corren a veces las acequias, se aglomera toda clase de basuras y de inmundicias que despiden un olor especial, ingratísimo. No se si por esto y por el tufo que sale de tantas covachas sin luz, ni ventilación, ni pizca alguna de higiene que abundan por esas callejas de

---

(1) También en el Perú, según los informes recogidos, la raza indígena es indignamente explotada por los grandes y ricos propietarios, con la aquiescencia cuando no connivencia de las autoridades secundarias de la campaña, sin que el poder público superior deje sentir eficazmente la acción que debiera en pro del indígena que resulta siempre el paria y esclavo olvidado en todas partes.

Dios, lo cierto es que todo allí parece oler a chicha, y a chicha bien fermentada.

Muchos barrios modernos conservan los mismos nombres que llevaban en tiempo de los incas. En esos cuarteles vivían antiguamente, según dice H. Fuentes, los indios conquistados que formaban entonces el pueblo. Agrupados en un mismo

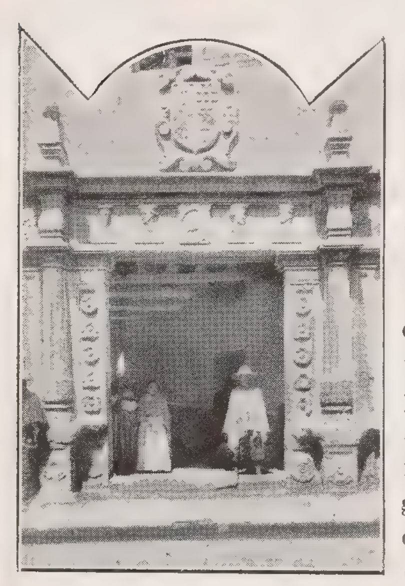


Vista general del Cuzco

barrio "por razón de su localidad de origen, con sus vestidos propios y separados de los otros por la misma razón; todo lo cual quiere decir que el centro de la ciudad de Cuzco, o Tahuantisuyo (los cuatro puntos cardinales) era un verdadero mapa del imperio, donde se tenían fijadas, por los barrios, las tribus conquistadas con su verdadera orientación". En el mismo centro estaban los palacios de los incas, rodeados de sus ayllos, o casas de vasallos alrededor de la residencia respectiva a que pertenecían.

El estilo de las construcciones es el colonial, sólido, pero sin ornamentación ni gusto, y afeado además por la incuria o pobreza de sus habitantes, que, generalmente, no remozan ni con un pobre y caritativo revoque o blanqueo de brocha gorda

siquiera esas negras, sucias y descascaradas paredes que, por otra parte, al no guardar nada que diga relación con la historia o con el arte, no parece debieran gozar del privilegio de intangibles.



Portada española — Cuzco

Eso sí, esparcidas en desorden se ven muchas iglesias, algunas de las cuales, por su estilo arquitectónico y artística ornamentación, son dignas de embellecer la más adelantada ciudad, no pocas arquerías antiguas, portadas coloniales de piedra tallada y de gran efecto adornadas con blasones nobiliarios, y, por todas partes restos grandiosos de murallas incaicas o preincaicas que son las que dan a la ciudad su verdadero carácter, el sello inconfundible que la distingue de todas las demás. Tal es la impresión que se recibe al recorrer sus plazas y sus calles, trepar sus pendientes, bajar sus declives y jadear por entre el dédalo perfumado de sus míseras callejas.

CAPÍTULO XXII

La Catedral. — Sus dimensiones y estilo. — Altar mayor. — Sillería del coro de canónigos, el púlpito y otras obras de ebanistería. — La campana "María Angola". — Obras de arte que existen en la iglesia, sacristía y sala capitular. — El tesoro de la Catedral. — Ornamentos sagrados de gran valor. — La Capilla del Triunfo. — Retablo de piedra labrada. — La Cruz de la Conquista. — El alzamiento del príncipe Manco Inca en 1535 y sitio del Cuzco. — Prodigios a que debieron el triunfo los españoles. — Cuadro conmemorativo. — Blasón exclusivo de la Catedral del Cuzco.

Indiscutiblemente el monumento más grandioso del Cuzco es su hermosísima catedral, estilo Renacimiento, toda ella de piedra de sillería, que se alza en la plaza Matriz, teniendo en frente una esbelta y espaciosa escalinata, a su derecha la capilla de los Sagrados Corazones y a su izquierda la del Sagrario, llamada comúnmente la Capilla del Triunfo.

De hermosa fachada, con columnas corintias y dos torres, mide 80 metros de largo, 30 de ancho y 20 de alto y tiene tres espaciosas naves, crucero y seis capillas por cada lado (contando la sacristía y una cripta) con canceles de madera torneada y dorada que cierran todo el arco respectivo.

Su arquitectura, su ornamentación, sus regios marcos y canceles dorados, sus vastas proporciones, la profusión de telas y obras de arte que ostenta, producen a la verdad, un efecto extraordinario y lo fuera aún mayor, si el coro de canónigos, casi desde la entrada del templo, a la antigua usanza española,

no se interpusiese, ocupando todo el ancho de la nave central y en largo todo el espacio de dos arcadas con sus respectivas pilastras, lo que, como es claro, roba la vista del altar mayor y mata la impresión estética de conjunto. Las paredes exteriores del coro de canónigos a más de tener varios nichos y retablos de hermosísimas tallas se encuentran tapizadas de cuadros de marcos dorados, como lo están asimismo casi todos los espacios hábiles del templo, sacristía y sala capitular, siendo notables algunos de los muchos retablos que posee.



Catedral del Cuzco

La primera piedra de esta catedral se colocó en 1560 y se terminó en 1654. Diz que un virrey observó, que no fuera tan costosa, si de plata estuviera edificada.

Muy dignos de especial mención son, el altar mayor, la sillería del coro de canónigos, el púlpito y el vestuario de la sacristía.

El primero, de armazón de madera, todo revestido de gruesas planchas de plata, es verdaderamente soberbio. Tiene de nueve a diez metros de alto, 12 columnas grandes y 24 medianas, varios medallones macizos de relieve y está coronado por el "Angel de la Fe", estatua de plata maciza de un metro de alto. Se alcanza a leer en una inscripción que data del año 1803, que costeó el retablo don Bartolomé de las Heras, en 5.000 marcos de plata. Los rayos del sol que penetran por las ventanas del ábside, se reflejan en aquella masa de plata y producen efectos sorprendentes de luz.

La sillería del coro, no deja que desear; es realmente es-

pléndida y recuerda las de las antiguas catedrales españolas que el viajero admira en la península. Artísticamente tallada en madera, muestra dos órdenes de estatuas en relieve, contando cada uno 42, o sea, un total de 84, y 42 dos ángeles también de relieve en medio en forma de cariátides. En el sitio de honor del centro aparece una estatua tallada y delicadamente esmaltada de la Inmaculada Concepción.

El púlpito es también una de las mejores obras de ebanistería que hay, sólo aventajado por el incomparable púlpito de la iglesia de San Blas. Todas estas obras y el retablo del vestuario de la sacristía, filigrana en madera, otros dos cuerpos separados, con seis estatuas de un metro de alto aproximadamente y seis cómodas o armarios que están allí mismo, son verdaderos encajes y un primor de talla.

La sillería del coro, el púlpito y el retablo de la sacristía y demás obras mencionadas, fueron hechos a mediados del siglo XVII por el eximio artista, el racionero doctor don Diego Arias de la Cerda. El mismo fundió también por los años de 1660, después de dos ensayos frustados, la célebre campana ''María Angola'' de 130 quintales colgada en una de las torres, cuyo sonido se oye hasta seis leguas de distancia y que en esos tiempos fué presupuestada en 7.000 pesos, sin contar una donación extraordinaria de última hora. En los momentos mismos de la fundición, una rica mujer apellidada Angola, deudora de un gran favor a la Virgen, llegó cargando en sus brazos más de una arroba de oro y lo echó a la fundición diciendo: ''Recibe, madre mía, la ofrenda de mi gratitud''. La campana más grande y hermosa de Sud América, que debía llamarse ''María'', en honor de la santísima Virgen, llamóse desde ese instante ''María Angola'' por voluntad unánime de los maravillados concurrentes, que inmortalizaron así a la generosa donante.

Pero volvamos a la puerta principal del templo y reseñemos a la ligera los cuadros más artísticos que en él se guardan, no sin hacer notar que todos, a excepción de dos, son antiguos y no llevan firma y que sólo mencionaremos

los mejores, dejando aparte los otros, que son los más.

Entrado uno apenas, dáse con la parte posterior del coro de canónigos que, como ya dijimos, está allí en el centro, cubierta por un magnífico nicho do se venera la donosa Virgen de la Paz, pintada sobre madera. De uno y otro lado del mismo vénse dos grandes telas modernas, del pintor cuzqueño Mariano Corbacho, representando un coro de capuchinos y una toma de hábitos, ambas de hermoso colorido y gran perspectiva. Sin moverse del mismo sitio, se admiran en las naves laterales dos grandes cuadros con regios marcos dorados, uno de la circuncisión y otro de Jesús en medio de los doctores, bastante buenos, sobre todo por la decoración arquitectónica de sus respectivos fondos.

En la nave derecha de quien entra: una Santa María Egipciaca, una Magdalena y una Asunción (al parecer).

En la izquierda: un San Ildefonso y la Virgen, una Transverberación de Santa Teresa, un San Felipe Neri en éxtasis, tela de gran composición, una Impresión de las llagas de Santa Catalina, una Santa Mártir y Martirio de Santa Bárbara, todos cuadros grandes y de mérito no vulgar por su dibujo, colorido y composición. Embellecen también ambas naves laterales, una serie de telas de 1.20 por 70 aproximadamente y que representan a los profetas, evangelistas y doctores de la iglesia. Pero mejor que todos estos es un San Pedro, alto dos metros, en marco de plata que se ve en el presbiterio.

La sacristía y sala capitular se encuentran asimismo atestadas de pinturas, algunas de gran mérito, llevándose la palma al decir de todos un crucifijo, tamaño regular, atribuído a Van Dyk, al que no ha mucho se le pretendiera robar y por lo cual hoy, apenas si se le alcanza a distinguir, metido como está en un nicho oscuro con fuertes rejas de fierro por delante.

Entre 41 altos relieves pequeños, hay tres bastante buenos en el retablo del vestuario: un Salvador, una Resurrección y la Sepultura del Señor. Los que siguen, fuera de una Virgen con el niño y Una caída del Señor, sobre vidrio, son todos en tela y de bastante mérito: Un Santo Tomás de Aquino, un

San Agustín, pequeños; cuatro representando episodios de la vida de San Pedro y una Natividad de la Virgen, tamaño regular; un Jesús lavando los pies a los Apóstoles, una Asunción, Traslación de la Casa de Loreto y seis cuadros representando las parábolas de Nuestro Señor, grandes.

Completan esta breve reseña, las siguientes piezas que son las más notables y valiosas del tesoro de esta insigne catedral; una corona de oro de la imagen de la Asunción que se venera en el altar mayor, un collar de perlas de la virgen, seis candelabros de plata, más o menos de metros 1.70 de altura, seis frontales de plata, dos incensarios y una naveta de oro, unas andas de plata del Señor de los Temblores (la imagen más venerada del Cuzco que recibe culto (1) en una de las capillas), alta casi dos metros y enormemente pesada y un deslumbrante carro forrado de plata, más o menos de cinco metros de altura con templete y trono para el Santísimo, coronado por una estatua de la fe. En las cuatro esquinas del templete hay grandes ángeles mostrando las simbólicas espigas de trigo y racimos de uva, en el fondo un pelícano, tamaño natural y en el centro extiende las alas una paloma. Colocada la custodia en este carro, se le hacía pasear antes, sobre rieles de plata, recorriendo toda la plaza. Hoy sólo sale hasta la puerta del templo y desde allí continúa la procesión del Santísimo bajo palio, en la fiesta de Corpus.

Huelga decir que la custodia es una obra de arte admirable y de una riqueza que excede a toda ponderación. Lástima grande que el Sol, con ser bastante rico y llevar cuatro valiosos pectorales de obispos, no responda a la magnificencia del pie, pues, el legítimo fué robado en 1891, juntamente con una hermosa custodia perteneciente a la antigua Compañía de Jesús. Púdose encontrar empero, aunque algo destruído, un dragón alado, de oro esmaltado, la cabeza, cuello y cola, alto setenta centímetros, que tenía entre otras joyas. En cada

---

(1) El Cristo de los Temblores, regalo de Carlos V, es Patrón jurado de la ciudad a raíz de los grandes temblores del año 1650, que hizo cesar, al sacársele en procesión.

una de las alas lleva una esmeralda y el cuerpo lo forma una sola esmeralda, de 4 por 3 centímetros y 2 y 1|2 de grosor, tasada en 5.000 soles.

El pie de la custodia todo de oro esmaltado, cuajado de perlas, topacios, esmeraldas, filigranas de ramos esmaltados, etcétera, mide m. 0.70 de alto y de ancho en la base cuadrada 0.40. Vénse en la parte superior dos estatuas, una de la Virgen y otra de San José; más abajo los cuatro Evangelistas y luego un riquísimo relicario con el *Lignum Crucis.* Toda esta parte superior está sostenida por una estátua de Santo Tomás de Aquino y unida a la inferior, embellecida a su turno por otro relicario con un Clavo de la Corona de espinas y las estatuas de San Joaquín y de Santa Ana.

Y bien, todo lo expuesto apenas si da una idea lejana y pálida de lo que sería esta santa iglesia catedral, antes que la diezmaran las exigencias de los ejércitos en tiempos de la independencia y posteriores trastornos políticos, como sucedió en todas partes. Baste saber, entre otras cosas que, en cada una de las catorce pilastras que dividían la nave central de las laterales, resplandecían antes, tres enormes y artísticas guirnaldas de plata, de un quintal de peso cada una y de las cuales hoy, apenas si queda la memoria.

En cuanto a ornamentos sagrados, sólo mencionaremos una casulla antigua que solamente se usa en el viernes santo; es una masa de oro y riquísima sobre toda ponderación, otra casulla negra muy valiosa también y que, según la tradición, perteneció al célebre padre Valverde, primer obispo del Cuzco, varios ternos pontificales y casullas sueltas muy artísticas y de gran valor, y, a los que habría que añadir otras cuatro modernas de lo mejor que hoy se trabaja en Europa.

*

Cual si fuese una sacristía de grandes proporciones, está construída, al lado izquierdo de la Catedral, la Capilla del

Triunfo, de tres naves, con piedra de sillería (1), de que ya hicimos mención y que recuerda la victoria obtenida por los españoles contra el inca Manco, durante el famoso sitio del Cuzco en 1535.

Es esta acaso la capilla más célebre de América, no por su original altar mayor, con retablo de piedra primorosamente labrada, muy proporcionado, sencillo pero artístico, ni por guardar como una reliquia histórica la cruz de madera, como de un metro de ancho y dos de altura, llamada la cruz de la Conquista que llevaba el padre Valverde, o Francisco Pizarro, según otros, ni por ocupar el sitio, que también ocupa la catedral, del que fué palacio de Viracocha, VIII Inca del Perú, que ya estos fueran precios no comunes, sino por los grandes milagros allí realizados. Sabido es que en el año de 1535 el príncipe Manco Inca se alzó contra el español y ciñó, con más de 200.000 indios, de apretado sitio la ciudad del Cuzco, defendida por Hernando Pizarro y sus dos hermanos Juan y Gonzalo, con doscientos españoles. Pues bien: pero cedamos la palabra al inca Garcilazo de la Vega quien en los capítulos 24 y 25 del libro segundo (tomo II) de sus Comentarios Reales (2) con el sabor de su dicción antigua y clásica, narra con sencillez y dramaticidad todo lo ocurrido, en los siguientes términos... "Los demás dellos traían sacos, flechas, fuego con ellas y yesca encendida. Tiráronlas a todas las casas de la ciudad, generalmente, sin



Iltmo. P. Valverde, 1er. Obispo del Cuzco

(1) Se observa una curiosidad arquitectónica en algunos de sus arcos que a la mitad se bifurcan y descienden de un lado formando dos piernas una más larga que la otra.

(2) Al ejemplar que tengo a la vista fáltale el año y lugar de su impresión. La dedicatoria empero que le hace al Rey, de su obra, está fechada en Montilla el 19 de Enero de 1586.

respetar las casas reales: solamente reservaban la Casa y Templo, con todos sus aposentos... y las casas de las Vírgenes Escogidas... Reservaron también del fuego tres salas grandes, de las que se servían de plazas para sus fiestas en días lluviosos... Todas las demás abrasaron, que no quedó ninguna en pie. Los indios más valientes que venían escogidos para quemar la casa del inca Viracocha, donde los españoles tenían alojamiento, acudieron a ella con grandísimo ímpetu y le pegaron fuego dende lejos, con flechas encendidas: quemáronla toda y no quedó cosa della. La sala grande que en ella había, que ahora es iglesia catedral, donde los cristianos tenían hecha una capilla para oir misa, reservó Dios nuestro señor del fuego, que aunque le echaron innumerables flechas y empezaba a arder por muchas partes, se volvía apagar como si anduvieren otros tantos hombres echándoles agua. Esta fué una de las maravillas que Nuestro Señor obró en aquella ciudad para fundar en ella su santo evangelio... Pegáronle fuego muchas veces y muchos días y a todas horas, ya de día, ya de noche: más nunca pudieron salir con su intención: admiránbanse no sabiendo qué fuese la causa. Decían que el fuego había perdido su virtud contra aquella casa, porque los Viracochas avían vivido en ella''.

En cierta ocasión, viéndose ya los españoles perdidos, quisieron morir como buenos y ''Arremetieron a los Indios llamando a grandes voces el Nombre de la Virgen y el de su Defensor Apóstol Santiago... El Príncipe Manco Inca que miraba la batalla de un Alto, esforzaba a los Suios, nombrándolos por Provincias y Naciones... A esta hora y en tal necesidad fué Nuestro Señor Servido favorecer a los Fieles con la presencia del Bienaventurado Apóstol Santiago, Patrón de España, que apareció visiblemente delante de los Españoles, que lo vieron ellos y los Indios, encima de un hermoso Caballo blanco, embracada una Adarga y en ella su Divisa de la Orden Militar y en la mano derecha una Espada que parecía relámpago según el resplandor que echaba de sí. Los indios se espantaban de ver el nuevo Caballero y unos a otros decían: Quién

es aquel Viracocha, que tiene la Illampa en la mano? que significa Relámpago, Trueno y Raio. Donde quiera que el Santo acometía, huían los Infieles, como perdidos y desatinados: ahogávanse unos a otros, huiendo de aquella Maravilla. Tan presto como los Indios acometían a los Fieles por la parte donde el Santo no andava tan presto lo hallavan delante de sí, y huían de el desatinadamente.

"Recogidos los Indios a sus cuarteles, mandó el Inca llamar los Capitanes, y en público le reprehendió ásperamente... Díjoles que mirasen otro día lo que hacían, porque si no peleaban como Hombres, los embiaría a hilar con las Mujeres... Los Indios daban por descargo que un Nuevo Viracocha, que traía la Illampa, en las manos, los atontaba y acobardava, de manera que ni sabían si peleaban o si huían..."

Una noche apercibidos ya los indios, iban a cargar sobre los españoles "Los cuales... con gran devoción llamando a Christo Nuestro Señor, y a la Virgen María su Madre y al Apóstol Santiago que les socorriese en aquella necesidad y afrenta... Estando ya los Indios por arremeter con los Christianos, se les apareció en el aire Nuestra Señora, con el Niño Jesús en los brazos, con grandísimo resplandor, y hermosura y se puso delante dellos. Los Infieles mirando aquella Maravilla quedaron pasmados: sentían que les caían en los ojos un polvo, ya como Arena, ya como Rocío, con que les quitó la Vista de los ojos, que no sabían donde estaban. Tuvieron por bien bolverse a su Alojamiento antes que los Españoles saliesen a éllos. Quedaron tan amedrantados que en muchos días no osaron salir de sus Quarteles. Esta noche fué la décima séptima, que los Indios tuvieron apretados a los Españoles, que no les dejaban salir de la Plaza...

Volviendo al Príncipe Manco Inca y a sus Capitanes y soldados, es de saber que quedaron tan asustados, y faltos de ánimo de las Maravillas que vieron, que aun hablar en ellas no osavan... Más con todo eso porfiaron en el Cerco, a ver si se mudava la ventura; pero no osavan llegar a las manos, porque siempre llevavan lo peor, por el socorro que el divino

Santiago hacía a los Suios. Y así los Indios, viendo que solo aquel Caballero los amedrantava y ahuientava más que todos los otros juntos, decían a voces: Haced, que ese Viracocha del Caballo blanco no salga a nosotros, y veréis en que paráis todos vosotros.

Y en memoria dellas (las maravillas), después del Cerco, dedicaron a Nuestra Señora aquel Galpon donde los Españoles pasavan (y oi es Iglesia Catedral de la Advocación de Santa María de la Asumpción) y la Ciudad dedicaron al Español Santiago...

"Los Indios viendo la pintura (que los españoles en recordación del hecho hicieran pintar en la plaza), decían: Un Viracocha como este era el que nos destruía, en esta Plaza. La pintura dejé viva el Año de mil quinientos y sesenta quando me vine a España. El levantamiento del Inca, fué el Año de mil y quinientos treinta y cinco, y se acabó el treinta y seis; y Yo nací el de mil y quinientos y treinta y nueve, y así conocí muchos Indios y Españoles que se hallaron en aquella Guerra: y vieron las Maravillas que hemos dicho, y a ellos se las oí; y Yo jugué Cañas cinco años a las Fiestas del Señor Santiago". Todo lo cual lo confirma también el padre Acosta (citado allí mismo por Garcilazo) quien pasó al Perú, casi cuarenta años después que sucedieron estos hechos.

Como recuerdo de todos estos prodigios, consérvase en esta capilla del Triunfo, un cuadro de forma oval que representa el momento en que la Virgen baja a proteger a los españoles, sobre un coro de ángeles y teniendo a su diestra al apóstol Santiago y a su izquierda al profeta Elías. A sus pies se han pintado a tres príncipes y tres princesas del imperio incáico, adorándola con cirios en la mano. Debajo se lee: Nuestra Señora y Madre de la Descensión, que bajó de los cielos a este lugar sagrado de *Sundorhuasi*".

Como se ve, fuera de la basílica del Santo Sepulcro en Jerusalén, tal vez ninguna otra Iglesia del mundo, no diremos de América, se ha levantado sobre un sitio análogo que haya

sido teatro de mayores prodigios y contado con mayor cemento sobrenatural para amasar sus cimientos, como la muy ilustre Catedral del Cuzco y primera también del continente. (1)

(1) No pretendemos dar a los hechos narrados otra fe más que la que resulta de la autoridad de los cronistas que los refieren. Hoy es muy difícil estimarlos en su verdadero valor. Hechos análogos a éstos, si no hubo intervención oficial de la autoridad eclesiástica que los declarara por sobrenaturales y milagrosos, pueden y deben, en más de un caso, atribuirse al fervor de los creyentes y a la sencillez ardorosa de su fe.

CAPÍTULO XXIII

El seminario y su vetusta capilla. — San Blas y el púlpito más artístico de América. — Su descripción. — La iglesia de la Compañía de Jesús.—La universidad pontificia de San Bernardo, hoy universidad del estado. — Dos cuadros históricos. — Iglesia de San Francisco. — Sillería del coro y otras obras de arte del templo y del convento. — Descripción del claustro de la Merced. — Sillería y otras obras de arte del templo y del convento. — El templo de la Merced. — Sillería y otras obras de arte. — Una custodia magnífica. — La tumba de Gonzalo Pizarro. — Francisco y Hernando Pizarro. — La sangre de Atahualpa vengada.

Seminario. De la catedral al seminario es un paso obligado pero triste. El actual deficiente plantel de jóvenes aspirantes al sacerdocio, no es ni sombra de lo que fué aquella histórica casa, fundada en 1598 elevada un siglo más tarde a universitad pontificia en 1697 y clausurada en 1864 cuando el gobierno pretendió inmiscuirse en su marcha, planes de estudio, etc.

Circunstancias y factores adversos de toda clase, han trabajado en estos últimos años a la diócesis cuzqueña. Cífranse empero halagüeñas esperanzas en el nuevo obispo monseñor Farfán, que tomó posesión de la misma, durante los días de mi estada en ésa.

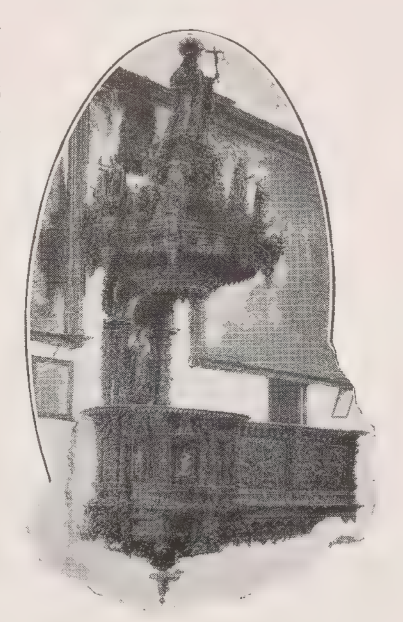
La antigua capilla, dedicada a San Antonio Abad, patrón del seminario, con su fachada de piedra y escudo nobiliario, sus retablos, tribunas, altares y cuadros, todo recargado de oro, de tallados y molduras de aspecto sombrío, severo y ruinoso, de la impresión de esas regias moradas medioevales que,

agobiadas por el peso de los siglos, todavía ostentan orgullosas en su vetusto, tambaleante mobiliario, los carcomidos blasones de su título.

Llaman la atención entre otros lienzos antiguos, un San Pablo, una Virgen con el Niño y un San Agustín en la capilla, y en la sacristía un Crucifijo, copia al parecer de Van Dyk y una Virgen con el Niño recibiendo flores y frutas de manos de los ángeles.

San Blas. Repechando muy pausadamente estrechas y sucias callejas, para no apunarse más de lo justo, se llega a la antigua iglesia de San Blas, en cuya plazoleta se alza una enorme cruz de piedra, sobre base construída con antiguos bloques incaicos.

Prescindiendo del retablo, artístico en detalle, pero recargado en su conjunto, de una Resurrección de Lázaro de 2.50 por 1.50 aproximadamente, el mejor lienzo sin duda y digno de un museo y de otros cuadros pequeños como ser, un San Ambrosio, un San Gregorio, un Señor coronado de espinas y una Flagelación de Jesús que se ven pendientes en el presbiterio o arrumbados y empolvados en la capilla de la derecha, convertida en pozo de Airón o depósito de trastes viejos *¡proh dolor!* guarda este templo dos joyas de inapreciable valor, una religiosa, la milagrosa imàgen de la Virgen del Buen Suceso, pintada sobre una pared, de larga y extraordinaria historia de prodigios y que es uno de los santuarios más venerados del Cuzco y otra artística su púlpito incomparable.



Púlpito de San Blas. Cuzco

Esta obra sorprendente que data de 1681, no tiene rival en América. Es un trabajo de filigrana tan admirable en su conjunto, como pródigo en miniaturas de detalle. Es lo mejor de lo mejòr que ha podido salir de las manos de un artista y se torna imposible, sin verlo, formarse una idea siquiera aproximada de los primores de talla, riqueza de ornamentación y delicadezas esculturales que lo embellecen.

El pie o la base lo constituye un soberbio grupo escultórico de heresiarcas, de fachas endemoniadas, que encorvados y casi triturados por la cátedra del Espíritu Santo, purgan de esta guisa sus herejías y pecados y sostienen a despecho sobre sus hombros desnudos, el peso de la misma. El púlpito propiamente dicho, todo un encaje de ebanistería, muestra en sus varias facetas hermosísimas estatuas de la Virgen del Buen Suceso y de los cuatro evangelistas, que en arte y unción rivalizan con las de Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, San Agustín, San Gregorio y San Ambrosio que gallardean sobre los rizados bordes superiores del portavoz. Por fin una bellísima estatua de San Pablo, el gran predicador de la palabra de Dios, remata y corona esta excelsa obra de arte, de fe y de piedad de los pasados siglos.

La Compañía. Entre los monumentos arquitectónicos cuzqueños de la época colonial, se distinguen el templo de la Compañía de Jesús, el Claustro de la Merced y la Catedral. La de la Compañía, sin tener la grandiosidad de la última, es una de las iglesias más artísticas que se conservan en América. De purísimo estilo toscano del siglo XVI, ocupa junta-



Iglesia de la Compañía de Jesús

mente con el antiguo colegio y universidad el emplazamiento de la Plaza Matriz que tenía el palacio de Huaina Capac, llamado el Amaru-Cancha. Consta de una sola nave espaciosa, alta, esbeltísima y bien proporcionada, con crucero, media naranja, dos torres y una fachada primorosamente labrada en piedra. (1) De uno y otro lado tiene la capilla de San Luis y la hoy llamada de Lourdes, con sus respectivas fachadas labradas en piedra. Contiguo a la misma se alzan el antiguo colegio y universidad pontificia de San Bernardo, con arquerías y columnas de piedra, usufructuados hoy por la Universidad del estado, con sus tres facultades de ciencias naturales, ciencias políticas, jurisprudencia y letras. Sírvele de *hall* y de portada, una artística rotonda que por una irrisión del destino lleva hoy grabado en su frontispicio las siguientes palabras: Libertad e Igualdad y que vi un día—*hont y soit qui mal i pense*—repleta de borricos cargados de *taquia*, esperando, sin duda, que el mayordomo les aligerara de la molesta carga. Se habían entrado como a su casa, profanando el templo de la ciencia por ignorancia del indio conductor e imperdonable incuria del conserje. ¡Cuitados! No tenían ellos la culpa; qué sabían de fueros universitarios, los que por primera vez acaso, penetraban en aquel recinto que tan alto proclamaba por otra parte la libertad y la igualdad.

El retablo del altar mayor, lo mismo que los del crucero y el púlpito, hermosísimos, especialmente el primero. No tan artísticos, aunque muy recomendables los laterales que después de la destrucción del antiguo templo de San Agustín, al que pertenecieron fueron trasladados a esta iglesia. Debajo del presbiterio hay una cripta con altares y luz suficiente que utilizaban los jesuítas para las misas de su numeroso personal.

Lástima grande que este artístico monumento con que se envanecería cualquiera ciudad y que tan alto habla en pro de los que lo hicieron construir, esté poco menos que abandonado, en su pavimentación, altares, retablos, ventanas,

---

(1) Acaso más rica que ésta, pero no tan imponente es la fachada del templo de San Sebastián.

molduras, telas, etcétera; resquebrajados, desaseados y cubiertos de polvo. Apenas si hay un sacerdote que de tarde en tarde abre sus puertas, tal vez más que para el culto, para sufrir y llorar de pena y constatar una y más veces la necesidad urgente de restauraciones que convendría hacer, para salvar de la ruina tan magnífico monumento.

Como una curiosidad digna de conocerse, copio aquí las inscripciones de dos grandes cuadros nupciales que están a uno y otro lado de la puerta de entrada que, si desprovistos de valor artístico, tiénenlo ciertamente histórico y no vulgar.

El del lado derecho dice así: "Don Beltrán García de Loyola, primogénito de Martín García de Loyola, casó con una hija de doña Lorenza Ydeaquez y un hijo de doña María de Ydeaquez casó con doña Magdalena de Loyola, hija de don Martín García de Loyola. Con estos matrimonios emparentaron entre sí San Ignacio de Loyola y San Francisco Xavier, cuyas casas y sangre están hoy en los Exmos. señores Ydeaquez, duques de Granada, condes de Xavier y Grandes de España de Primera Clase".

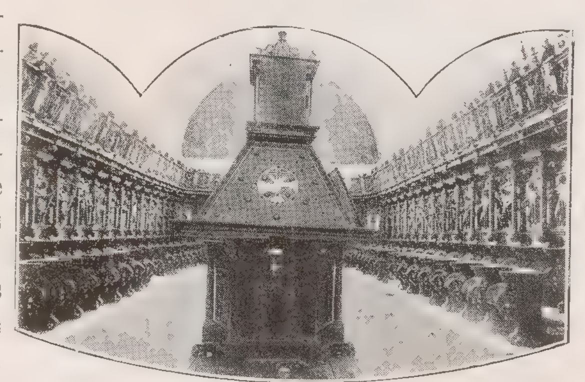
El del izquierdo: "Don Martín de Loyola, gobernador de Chile, Sobrino de N. P. S. Ignascio, hijo de su hermano mayor don Beltrán de Loyola, casó con doña Beatriz Ñusta, heredera y princesa del Perú, como hija de don Diego Inga su último rey. Por haber muerto sin hijos su hermano don Felipe Inga. De don Martín y de doña Beatriz nació doña Lorenza Ñusta de Loyola que pasó a España por orden de nuestros reyes católicos y la casaron en Madrid con el excelentísimo señor don Juan de Borja, hijo de San Francisco de Borja y embajador del señor rey Felipe II a Alemania y Portugal.

Por este matrimonio emparentaron entre sí y con la real casa de los reyes incas de Perú las dos casas de Loyola y Borja, cuya sucesión está hoy en los excelentísimos señores marqueses de Alcanises, Grandes de Primera Clase".

San Francisco. El templo de tres naves con ser bastante bueno, con altares góticos, jónicos y corintios, no llama la

atención, porque toda ella se concentra en la magnífica sillería del coro que es la joya más valiosa que posee, igual si no superior al coro de la catedral. Cuenta 42 angelitos y 86 santos separados unos de otros por columnas corintias y trabajados en cedro con finura y delicadeza extraordinarias. Todo es obra de un hermano lego de la orden, lo mismo que el enorme facistol y el púlpito de la iglesia con valiosas y prolijas incrustaciones de nácar y carey.

En la sacristía se admira también un vestuario con un retablo de admirable y finísima talla exornado de columnas salomónicas en el que se ven seis telas de bastante mérito, siendo las más grandes una Cena y un Jesús apresado en el Huerto.



Coro de San Francisco, tallado en madera

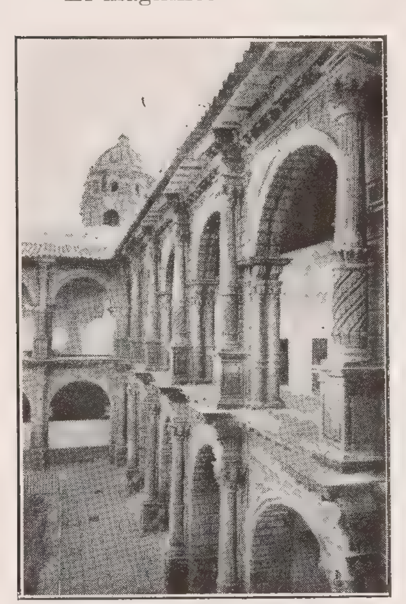
El claustro principal en su doble arquería inferior y superior, está materialmente cubierto de grandes lienzos, encuadrados en suntuosos marcos dorados, agradando por su factura artística especialmente, un San Francisco enfermo, un Nacimiento de San Francisco de Paula, Construcción de un convento, Impresión de las llagas, San Francisco a la mesa, Muerte y entierro del Santo.

La Merced. — El convento de la Merced, como el de San Francisco, consta de tres cuerpos de edificio en cuadro, de dos pisos, con sus arquerías altas y bajas, uno de los cuales sirve de colegio de enseñanza media, regentado con aplauso y competencia por los Padres de la Orden.

El claustro principal es una de las obras más notables del Cuzco, artísticamente el primero de América y en sí mismo

una verdadera joya. Hay que viajar mucho por Europa para encontrar algo semejante. Si este claustro estuviese al lado de la iglesia de la Compañía, no habría más que pedir.

El magnífico monumento en sus dos arquerías alta y baja, con sus columnas escamadas de elegante aspecto, sus capiteles corintios, amplios y bien proporcionados, arcos de estilo greco-romano, toda una filigrana de piedra artística y primorosamente labrada, produce una impresión de armonía y un efecto de estética sorprendentes. Las piedras que sirvieron para su construcción fueron traídas de la vecina fortaleza incaica Sacsaihuaman de la que luego nos ocuparemos. Condicen en arte y grandiosa severidad las escaleras que conducen al claustro superior, que son sencillamente regias. El techo mismo de los claustros tiene trabajos de filigrana sobre madera dorada, lo que constituye una originalidad muy digna de notarse. ¡Qué ambiente tan saturado de arte el que respiraban nuestros mayores y qué obras tan de romanos las que emprendían sin alardes ni vanidades, puesta sólo la mirada en Dios! La fe les daba alas para todo.



Claustros de la Merced

Los muros de este claustro, tanto en la planta baja como en la alta, al igual de los otros conventos de Santo Domingo y San Francisco, están materialmente tapizados de antiguos cuadros al óleo, algunos de grandes dimensiones, con marcos tallados y dorados, con verdadero derroche de oro y de molduras. Desgraciadamente, estando como están, puede decirse a la intemperie, muchos de ellos se ven ya deteriorados por la

acción del tiempo, del frío, la humedad y las lluvias. Convendría salvarlos, dándoles otra ubicación. ¿Pero dónde colocarlos? No tienen salones, ni locales cerrados suficientemente amplios que los contengan, no disponen de recursos para nuevas construcciones, ni tal vez para las más premiosas restauraciones que urgiría realizar. Repetiremos aquí lo que ya decíamos en otro lugar, que es un legado demasiado rico y costoso el recibido de sus antepasados por estos hoy pobres religiosos que ni cercenando el escaso pan de que disponen, podrían mantenerlo en el pie que debería estar.

Recorriendo admirado todo este museo *sui generis,* donde en mezcla informe aparecen lienzos de mérito pareados con otros azás primitivos y vulgares, indicaré los siguientes que llenan el ojo del observador entendido: un San Agustín y un San Jerónimo de medio cuerpo, un Señor atado a la columna, un Crucifijo, estilo flamenco, un Martirio de San Pedro Armengol, un San Jerónimo rompiendo la pluma (pagana), un Señor de Huanca recogiendo la túnica, una Sagrada Familia y un San Pedro Nolasco.

Todos estos cuadros y muchísimos otros ocupan las paredes del claustro alto, pero yo los examiné apilados todavía en la Sala Capitular, a raíz de una exposición que se hiciera con motivo del Centenario de la Orden Mercedaria.

El templo de tres naves, todo construído en piedra, no está en relación con el claustro, habiendo sido además afeado en años anteriores por artistas de pega, con un revoque de cal, imitando la piedra, lo que en buen español se llama albarda sobre albarda. La torre misma con ser un tallado de encaje, es recargada y baja ¡El artista del claustro ya no existe!

Sobresalen entre los muchos cuadros del templo, un San Pedro Nolasco llevado al coro de Barcelona en brazos de los ángeles, una Conversión de San Pablo, ambos grandes y de mérito, un martirio de San Esteban, un San Lorenzo en las parrillas y el fundador de los Trinitarios, bastante buenos.

Venérase aquí un *Ecce homo,* pintado sobre adobe, llamado el Señor de la Puñalada, por haber derramado sangre

de una que le infligiera en la cárcel un criminal desalmado.

La sillería del coro dividida en dos cuerpos con 73 estatuas de relieve, es hermosa, pero inferior a la de San Francisco; varias estatuas aparecen ya deterioradas y maltrechas y otras con manos postizas imperfectas y toscas. En cambio el tesoro de esta iglesia tiene una soberbia y riquísima custodia de metros 1.35 de altura, obra cuzqueña, de oro macizo, con más de mil doscientos brillantes y número aun mayor de perlas y otras piedras preciosas. El sol está sostenido por la estatua de la Virgen de las Mercedes, de oro esmaltado y más abajo resplandece una sirena que la forma una sola perla engastada en oro también esmaltado.

Por lo demás en la ciudad abundan las casas y palacios del tiempo de los españoles, con hermosas portadas, estilo colonial, siendo algunas muy dignas de visitarse v. g. el Palacio del *Almirante* (1) con su magnífica puerta de entrada y escudo nobiliario que inspiró a Ricardo Palma una de sus tradiciones, la casa sita en la plaza de San Francisco N.º 55, donde se cree vivió el padre Valverde. Uno de los escudos de la escalera, lleva la leyenda: "la virtud me benserá, que la fuerza no podrá".

No cerraremos este capítulo sin dedicarle un recuerdo a una tumba olvidada de este templo. Descansan aquí los huesos que en vida jamás descansaron del célebre Gonzalo Pizarro, la mejor lanza tal vez de la conquista. Afable, valiente, generoso, arrojado, audaz y derrochador, ejerció, mientras viviera, misteriosa fascinación entre parciales y entre adversarios terror. Soberbio y prepotente, después de la muerte de Francisco Pizarro, se libró por la horca o el veneno de sus más temibles enemigos. No pudiendo comprar ni envenenar al representante de Carlos I, Pedro de la Gasca, alzó bandera de rebelión y fué deshecho por tropas de éste, a muy corta distancia del Cuzco. Viéndole abandonado de sus capitanes que se pasaban a los realistas, díjole un oficial: *Abrámonos paso entre los enemigos y muramos como romanos.* A lo que respondió Gonza-

(1) Fadrique de Méndez Almirante de Castilla.

lo: *Mejor es morir como cristianos* y se rindió a discresión (9 de abril 1548). En las horas siguientes sólo cuidó de su alma. Ejecutado con el afrentoso suplicio de los traidores, en el mismo lugar de su derrota, su cuerpo fué enterrado en el Cuzco y expuesta su cabeza en una jaula para escarmiento de traidores.

En la Alameda de San Andrés había una piedra que formaba parte de un banco en que se lee que fué puesta en el lugar de la casa de Gonzalo Pizarro, arruinada y sembrada de sal "por haber sido traidor a la real corona de España", de fecha 1548.

Así acabó sus días aquel audaz y fastuoso guerrero, de quien dice un cronista que cuando montaba uno de su dos ponderados castaños, "no hacía más caso de escuadrones de indios que si fueran moscas'.

Su hermano el gran conquistador del Perú, el marqués don Francisco Pizarro, sabido es que cayó en Lima, al golpe de una feroz estocada asestada en el cuello por Martín de Bilbao y su otro hermano Hernando, murió en la oscuridad y en la miseria, después que los asesinos de Francisco se posesionaron por la fuerza de sus bienes, confiscados luego por mandato judicial.

¡La sangre de Atahualpa había clamado venganza al cielo, y la obtenía cumplida! ¡Es la terrible sanción moral de lo alto que tarde o temprano evidencia la historia, y a la que no escapan los poderosos y grandes que abusaron de la fuerza en daño de la inocencia, de la justicia y del derecho!

CAPÍTULO XXIV

Iglesia y convento de Santo Domingo. — La celda donde vivió el autor de la Cristiada. — Restos existentes del Templo del Sol. — Su antigua traza. — Descripción que hace el inca Garcilazo de la Vega del templo del Sol y de los otros aposentos de la Luna, estrellas, arco iris, etc. — Teogonía de los incas. — Sacerdotes. — Privilegios concedidos por los incas. — Las Haicllas y las Ñustas, vírgenes adoradoras del Sol y de la Luna; su número, estado, ocupaciones. — Castigos para las infractoras. — Concepto de que gozazan. — Las escogidas del inca. — Otras nobles que hacían voto de virginidad, sin tener clausura. — Viudas.

Uno de los primeros edificios construidos por los españoles en el Perú, fué la iglesia y convento de Santo Domingo, levantado sobre los antiguos muros del Curi-Cancha o templo del Sol, comenzado, según se dice, por Manco Capac y concluido por Inca-Yupangui.

De arquitectura colonial, la iglesia de tres amplias naves no tiene cosa que llame mayormente la atención, si no es su puerta principal (y lateral) de piedra labrada, con cuatro columnas dóricas demasiado distanciadas entre sí y la torre o campanario de buen estilo churrigueresco, de columnas torneadas aunque desproporcionado con la base y afeado en la parte superior, construída con mal gusto, después del terremoto que arruinó la antigua.

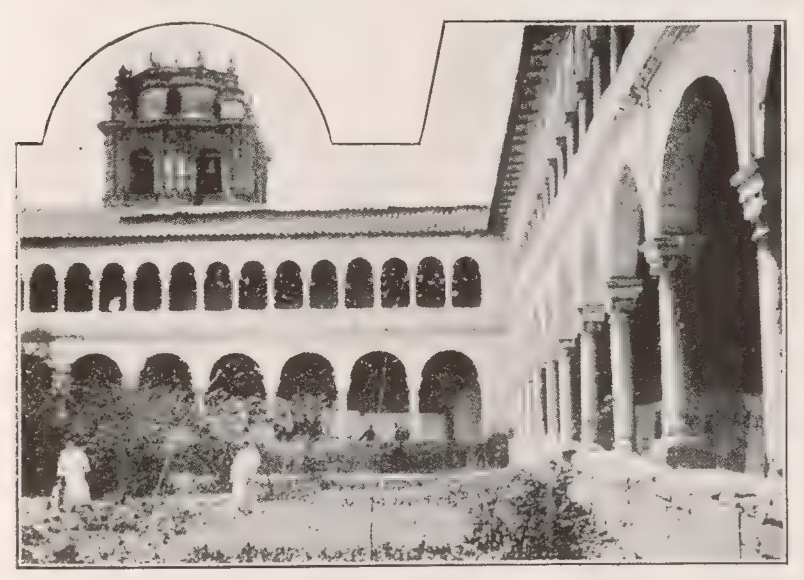
El claustro principal de dos pisos con sus respectivas arquerías (hay otro cuerpo de edificio que servía de noviciado, hoy abandonado y desierto), amplio y macizo, construido en

piedra, con escaleras de altos peldaños y sólidas pilastras también de piedra de sillería, da la sensación de un enorme caserón en ruinas. Tuve la satisfacción, durante mi estada en el Cuzco, gracias a la gentil invitación de los RR. Padres Dominicos que quisieron hospedarme en su casa, de ocupar la celda donde vivió y escribió el célebre padre Diego Hojeda su poema "La Cristiada", tan celebrado en la literatura española. Sobre la puerta háse colocado una placa con la siguiente inscripción:



Vista de la fachada de la Iglesia y Convento de Santo Domingo

A. R. P. M. Didacus Hojeda-Olim huius conventus Prior-Poematis "La Cristiada" *auctor insignis-in hac cella vixit-*



Santo Domingo — El claustro

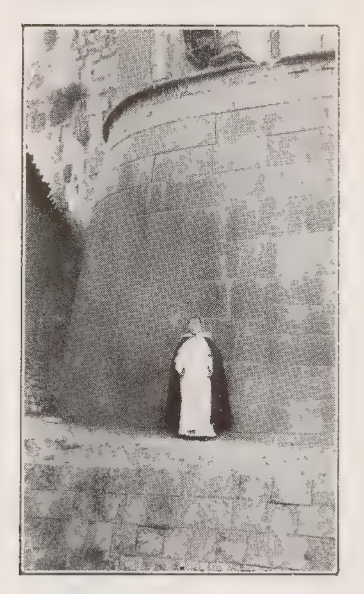
natus 1571, *professus* 1591, *obiit* 1615-*In* 7.° *centenario a confirmatione Ordinis Praedicatorum* 1216-1916.

Contigua a la misma celda hay un saloncito de cuyas murallas penden cinco muy buenas telas, las únicas de mérito que hay en la casa, e iglesia: una Sagrada Familia, un Nacimiento, una Anunciación, una Adoración de los Reyes y una virgen con el niño y San Juan, todas de hermoso y pronunciado misticismo.

*

¿Y el célebre templo del Sol? ¿Qué ha quedado de él? ¿Dónde se encuentra? Ved ahí las primeras preguntas que hace todo viajero al llegar al Cuzco.

Estuvo, como ya antes dijimos, donde hoy está construída la iglesia de Santo Domingo. El altar mayor del templo ocupa el sitio donde antes resplandecía la gran plancha de oro, con su ídolo, principal, el Sol. Toda la muralla exterior del ábside del templo, perfectamente visible en todos sus detalles, hasta una altura de cinco o seis metros, es la misma del antiguo templo, construidos con las ya conocidas piedras incaicas o preincaicas, admirablemente talladas y superpuestas las unas a las otras, y en tal manera juntas sin mezcla de ninguna clase, que es un verdadero prodigio. Sobre ella se ha levantado el resto de la muralla posterior de la iglesia. En las sacristías y dependencias anexas y parte de los claustros, se ven también trozos de muros incaicos, sobre todo una gran sala de metros 10 por 6 aproximadamente, provistas en sus paredes de nichos al estilo egipcio, más anchos



Murallas del Templo del Sol
(Abside hoy de Sto. Domingo)

en la parte inferior que en la superior, que servirían para colocar ídolos o planchas de metal, altos metro y medio, más o menos, y maravillosamente labrados.

Desgraciadamente uno no entiende nada y se pierde en

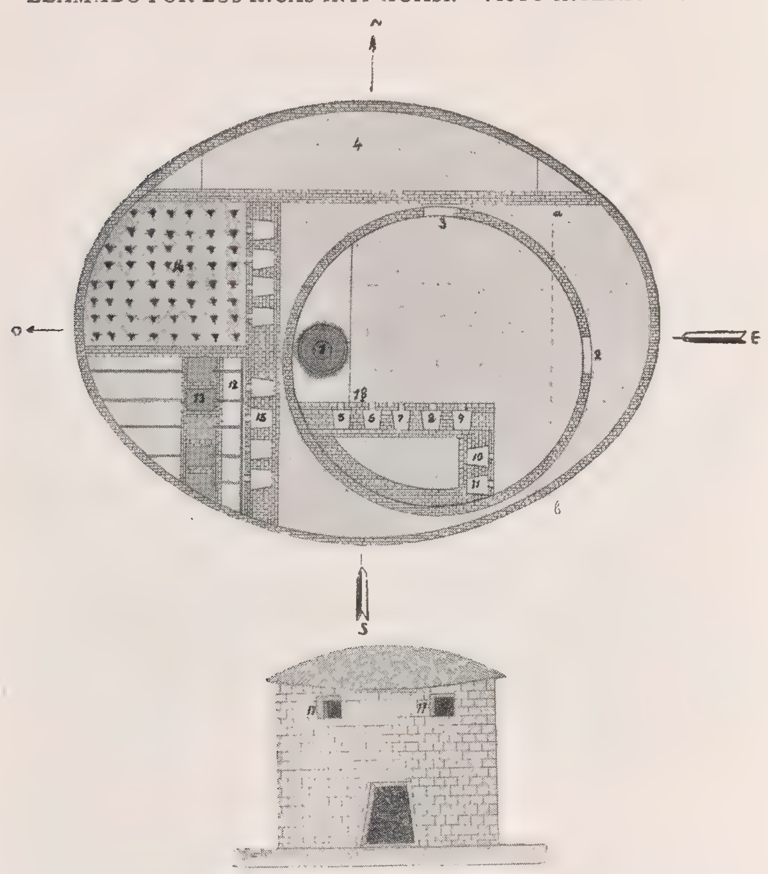


Sala de los turistas o antigua sala de los sacerdotes del Templo

este laberinto de trozos de murallas incaicas que tan luego aparecen como desaparecen, viéndose sólo los muros modernos de la construcción colonial, cual si fueran aquéllos, piezas sueltas, o rotos eslabones de una cadena, esparcidos al azar. Sufre a la verdad el curioso visitante una gran contrariedad de ansias insatisfechas, una verdadera decepción y tortura más mortificante y cruel, cuanto más picada queda la curiosidad por aquellos restos magníficos de construcción que observa. Y, de no perjudicar notablemente, socavando o demoliendo, el templo y convento, por si aun quedase intacta la antigua traza de cimientos, nadie es capaz de rehacer hoy en día, la vetusta planta y dar una idea clara de lo que antes fuera este monumento. Los mismos antiguos cronistas no cuidaron de dejarnos diseñada la planta de este histórico edificio, así como

PLANO DEL GRAN TEMPLO DEL SOL

LLAMADO POR LOS INCAS INTI-HUASI.—VISTO INTERIORMENTE



1) Plancha de oro laminado que pesaba 4 quintales y representa al sol, donde actualmente es el altar mayor de Santo Domingo. — 2) Huerta principal del templo por donde penetraba el sol naciente de oriente a reflejar la plancha del sol, produciendo brillos mortificantes a la vista. — 3) Huerta accesoria del mismo templo que hoy es la principal, por donde los sacerdotes recibían de los fieles sus ofrendas en la plazoleta de Inti-cancha. — 4) Plazoleta de Inti-cancha. — 5) Capilla de la Luna. — 6) Capilla del Rayo. — 7) Capilla del Arco-iris. — 8) Capilla de los dioses de la tempestad. — 9) Capilla del Trimurti-incaico. — 10) Capilla de la estrella Venus y las demás de la Vía-láctea, siendo la primera de un tamaño extraordinario. — 11) Capilla de los Apus o genios invisibles. — 12) Conducto subterráneo que descendía de la Capilla de la Luna a las cinco fuentes del sacrificio, que recibían por cañería de oro desde la plaza matriz la chicha de las libaciones en las fiestas o Raimis. — 13) Las 5 fuentes del sacrificio. — 14) El jardín de oro o Ccori-Cancha o Choqquequil. — 15) Habitaciones del clero o Quimichus que cuidaban la perpetuidad del culto. — 16) Fachada del templo del Sol. — 17) Ventanas o claraboyas del templo. — 10) Espacio que ocupaban las momias de los Emperadores y su familia.

Original de José Lucas Caparó Muñiz. Restauración hecha por Augusto Pezo. — Cuzco, noviembre 10 de 1911. — Firmado: Augusto Pezo, ingeniero.

Es copia fiel y exacta del original. — Cuzco, 17 de octubre de 1918.

V°. B.°

J. L. Caparó Muñiz. *Agustín Rivero R.*

nos legaron su descripción suscinta, muy clara tal vez para ellos, pero casi ininteligible para nosotros.

En el museo particular del señor Caparó Muñiz se ven dos pequeñas piedras, encontradas en excavaciones hechas, con la traza, al parecer, de este templo y de la fortaleza de Sacsai-Huamán. Posee además dos planos, cuyas copias conseguí, con la reconstrucción de ambos monumentos hecha por el ingeniero Pezo, sobre el grabado de esos modelos de piedra, según entiendo. Pero si he de decir lo que siento, después de un detenido estudio realizado en el sitio del antiguo templo del Sol, no me satisface en manera alguna. Tanto más que no está de acuerdo con la descripción que nos ha dejado el inca Garcilazo de la Vega en sus "Comentarios Reales", autoridad para mí en la materia, por haber conocido el sitio y edificio que describe. A su historia, pues, me atengo y casi con sus mismas palabras procuraré dar una idea de conjunto, sobre el monumento y riquezas que poseía.

El Curi-Cancha o templo del Sol, era una gran pieza de cantería llana, muy alta, de techumbre de madera cubierta con paja, pues, sabido es que los incas no conocieron la bóveda. "Todas las cuatro paredes del templo, dice Garcilazo de la Vega (dando a entender que la forma no era elíptica, como hoy se cree que fuera, por la forma oval del muro que forma el ábside del templo) estaban cubiertos de arriba abajo de planchas de tablones de oro. En el testero que llamamos altar mayor, tenían puesta la figura del Sol, hecha de una plancha de oro, al doble más grueso que las otras... Era tan grande que cubría todo el testero del templo de pared a pared". Fué esta la que, ya antes dijimos, le cupo en suerte a Mancio Sierra de Leguizano.

"A un lado y otro de la imagen del Sol, estaban los cuerpos de los reyes muertos puestos por su antigüedad, como hijos del Sol, embalsamados que (no se sabe cómo) parecían estar vivos: estaban asentados en sus sillas de oro, puestas sobre los tablones de oro en que solían sentarse". (1)

---

(1) Estos cuerpos embalsamados fueron sacados por los indios al acercarse los españoles, ignorándose el lugar donde fueron escondidos. Garcilazo el Inca cuenta que vió alguno de éstos.

La puerta daba al oriente, de suerte que los primeros rayos del Sol, iban a reflejarse en la gran plancha de oro que representaba el ídolo. Las puertas estaban asimismo forradas con planchas de oro en forma de portadas "y por el exterior del templo, por lo alto de las paredes corría una azanefa de oro de un tablón de más de una vara de ancho. Pasado el templo había un claustro que llevaba igual azanefa" y alrededor del cual había cinco aposentos grandes, cubiertos en forma de pirámide.

El *primero* forrado en plata, era dedicado a la Luna, como a esposa y hermana del Sol.

El *Segundo* dedicado a Venus y a las siete cabrillas. Honraban a Venus como a paje del Sol y las siete cabrillas como a criadas de la Luna. Este aposento estaba tapizado de plata y todo el techo sembrado de estrellas grandes y chicas del mismo metal.

El *tercer* aposento, todo guarnecido de oro, era dedicado al trueno, relámpago y rayo y a los tres llamaban *Illapa* y los respetaban como a criados del Sol.

El *cuarto* consagrado al arco iris, que respetaban porque procedía del Sol, estaba asimismo guarnecido de oro. Su imágen, como la del Sol, veíase en el testero o pared del fondo y los incas la tomaron como divisa y blasón de su rango.

El *quinto* estaba reservado al Sumo Sacerdote y demás ministros sagrados, como sala tal vez de audiencia.

En las paredes de estos aposentos que miraban al claustro, había cuatro tabernáculos, forrados con tablones de oro, no sólo las paredes y lo alto más también el suelo. Por las esquinas de las molduras había muchos engastes de piedras finas, esmeraldas y turquesas. En estos tabernáculos sentábase el inca cuando hacían fiestas al Sol.

Cuenta Garcilazo que él alcanzó a conocer tres de aquellos aposentos con sus paredes y techumbres, pero desprovistos ya del oro y de la plata.

En el templo o casa del Sol, no podía entrar indio alguno

que no fuese inca, por gran señor que fuese, mucho menos mujeres, siquiera fuesen hijas o mujeres del mismo rey.

Los sacerdotes asistían al servicio del templo por semanas y ese espacio de tiempo se abstenían de las mujeres y no salían de él ni de día, ni de noche.

Los sacrificios generales, en la fiesta principal, se hacían en la plaza mayor de la ciudad y los otros en una gran plaza que había delante del templo, donde realizábanse también las danzas y bailes en honor del Sol; y aun aquí mismo no podían estar sino descalzos.

Dentro del local del templo había cinco fuentes de oro y tinajones de oro y plata, donde se lavaban los sacrificios, siendo también de oro los caños que las surtían. Había al lado del templo un jardín con adornos de oro y plata, como lo tenían las casas de los reyes, en el que todo (árboles, flores, figuras de hombres y de mujer, pájaros, etcétera) era de aquellos metales. Corresponde a este jardín ciertamente la hortaliza que hoy tiene el convento.

Y así a semejanza de este templo del Cuzco, eran los demás de las provincias, llenos también de oro y plata, según la riqueza de la comarca.

La teogonía incaica puede, en síntesis, reducirse a lo siguiente: Los incas adoraban al Sol por el bien que hacía a todos, a la Luna veneraban y honraban porque la creían su mujer y hermana (1) y a las estrellas por damas y criadas de su casa y corte. Pero para ellos el único Supremo Dios y Señor era Pachacamac, a quien adoraban como a tal, si bien no le ofrecían sacrificio porque, al decir de ellos, no le conocían, era el

(1) A la muerte del fundador de la dinastía el Inca Manco Capac, su primogénito como dice Garcilazo el Inca Sinchi Roca, casó con Mama Cello, o Mama Cora, según otros, su hermana mayor por imitar el ejemplo de sus padres y abuelos, el sol y la luna. Hicieron este casamiento para conservar la sangre limpia, y porque al hijo heredero le perteneciese el reino tanto por parte de padre, como de madre. Los demás hermanos legítimos también casaron unos con otros por conservar y aumentar la sucesión de los Incas. Decían que el casar los hermanos con las hermanas lo había ordenado el Sol y que el Inca Manco Capac había mandado porque no tenían sus hijos con quien casar si había de conservarse la sangre limpia, pero que después no pudiese nadie casar con la hermana, sino sólo el Inca heredero.

Dios invisible. Así y todo levantáronle el famoso y riquísimo templo que hubo en el valle de Pachacamac. No tuvieron los incas sacrificios humanos al revés de los aztecas en México. Creían en la inmortalidad del alma y en la resurrección universal, aunque aceptaban mil otros errores y supersticiones.

Los sacerdotes de la casa del Sol en el Cuzco, todos eran incas de sangre real; pero los demás adictos al servicio del templo eran incas de los de *privilegio*. Tenían también Sumo Sacerdote, el cual había de ser tío o hermano del rey y por lo menos de los legítimos en sangre. En las demás provincias eran sacerdotes los naturales de la comarca; empero había de ser inca el sacerdote principal.

Dijimos que los otros adictos al servicio del templo, podían ser de los incas de *privilegio*. Entre los otros privilegios que Manco Capac concedió a sus súbditos (como ser, poder llevar el *llantu* (1) de un solo color, mientras el inca lo llevaba de varios), antes de morir reunió a sus principales vasallos y les otorgó otra gran merced, que tanto ellos como sus descendientes pudieran llevar el título de incas, pero que no quería que sus mujeres e hijas llevaran el título de *Coyas* y de *Pallas,* como las de sangre real, por no ser las mujeres capaces de las armas para servir en la guerra.

"De estos incas, añade Garcilazo, hechos por privilegio, son los que ahora hay en el Perú, que se llaman incas y sus mujeres se llaman Pallas y Coyas, por gozar del barato que a ellos y a otras naciones... les han hecho los españoles"; pues, sabido es que la tiranía de Atahualpa destruyó a los incas de sangre real y los pocos que escaparon por su pobreza y necesidad, ya casi no eran conocidos.

*

Guardaba relación muy estrecha con el culto del Sol, a más de la institución sacerdotal, la de las Vírgenes o Escogidas

---

(1) El *llantu,* distinto de la borla imperial, distintivo exclusivo del rey y del príncipe heredero, era una trenza, como de un dedo de grueso, que rodeaba dando cuatro o cinco vueltas la cabeza y quedaba a manera de guirnalda.

del Sol, Haicllas, o las Ñustas, adoradoras también de la Luna y justo es decir algunas palabras acerca de estas vestales, superiores en virtud, según la historia, a las vestales de Roma y que gozaron de tanto crédito en la monarquía incásica.

Eran de ordinario más de 1.500 vírgenes escogidas, de ocho años, para seguridad de que lo eran, de sangre real, hijas de los incas, como de sus deudos los limpios y legítimos y vivían en una gran casa, lejos del templo, como mujeres del Sol. Actualmente este gran recinto con restos notables de murallas incaicas, de una cuadra cuadrada, más o menos, está convertido en el convento de las Religiosas de Santa Catalina. Y así, por una muy significativa coincidencia, las vírgenes del Sol, han sido reemplazadas en su casa por las vírgenes del Señor, como lo han sido también los sacerdotes del Sol, por los ministros sagrados del Dios vivo.



Restos del Palacio de las Vírgenes del Sol

Las vírgenes ancianas se llamaban *Mamaconas,* como quien dice que podían gobernar y hacer oficio de madres. De éstas unas eran abadesas, diremos así, otras maestras de novicias, otras porteras.

Vivían en perpetua clausura hasta morir, con guarda de perpetua virginidad. No tenían locutorio ni torno, ni hablaban nunca con hombre o mujer. Sólo la *Coya* (la reina) y sus hijas podían entrar y hablar con ellas; no así el inca que, si bien como rey hubiera podido, para dar ejemplo, jamás lo hizo. Y esto es muy digno de notarse y que rectifica el falso

concepto vertido por muchos escritores que han confundido la institución de las vírgenes escogidas del Sol, con las vírgenes escogidas del inca y de las que ya luego también hablaremos.

La puerta principal de la casa no se abría sino para la reina y sus hijas y para recibir a las nuevas vírgenes que entraban ya para no salir.

Tenían éstas para servicio de la casa 500 mozas, las cuales también habían de ser doncellas, hijas de los incas de privilegio, las que a su turno tenían sus respectivas *Mamaconas* de la misma casta.

Había también veinte porteros, o mejor, mandaderos para llevar y traer lo que hubiese menester, pero so pena de la vida, no podían éstos pasar de la puerta de servicio, ni nadie los podía mandar, bajo la misma pena.

La principal ocupación que tenían las vírgenes era tejer e hilar y hacer todo lo que el inca y la coya su mujer legítima traían sobre sus personas de vestido y de tocado (1) y labrar toda la ropa finísima que ofrecían al Sol en sacrificio.

Hacían también el pan, llamado *Zancu,* para los sacrificios que ofrecían al sol en las fiestas mayores que llamaban *Raymi* y *Cittua,* como asimismo la bebida para el inca y sus parientes, en esos días.

Toda la vajilla de la casa, inclusos cántaros y tinajas, era de oro y plata. Tenían asimismo un jardín, como el que había en el templo del Sol, cuyos adornos de plantas, yerbas, flores, aves, etcétera, eran también de oro y plata.

Terrible era en cambio la pena que había para las culpables. La que delinquía contra su virginidad, debía ser enterrada

---

(1) Llevaba el Inca. fuera de la ropa interior, *la chuspa,* especie de bolsa de una cuarta en cuadro, terciada al hombro, y sujeta por una trenza de finísima labor, que le servía para traer la coca, que en ese entonces sólo la comía el Inca y sus parientes: *la Llacolla,* o sea, una riquísima manta o poncho; el *llantu* y la *borla* imperial colorada. ,'De las insignias, dice Garcilazo, que el Inca Manco Capac traía en la cabeza, reservó sola una para sí y para los reyes sus descendientes, la cual era una borla colorada a manera de rapacejo, que se tendía por la frente de una sien a otra. El principe heredero la traía amarilla y menor que la del padre"...

"Hacían también (las vírgenes del Sol) unas borlas pequeñas de dos colores, amarillo y colorado, llamadas *Paycha,* asidas a una trenza delgada, no para el Inca, sino para los de su sangre real; y traíanlas sobre la cabeza, cayendo las borlas sobre la sien derecha.

viva y al cómplice mandaba la ley ahorcar, y matar también a su mujer, hijos, parientes, vecinos y ganados y hasta arrasar su pueblo y sembrarlo de sal.

Nota empero Garcilazo que esta ley nunca se ejecutó, porque jamás se halló quien delinquiese contra ella.

Tan grande era el concepto que los incas y su pueblo tenían de la virginidad y tan elevado el que les merecían estas vestales del Sol, que eran de todos profundamente respetadas y veneradas, al grado que aun después de su extinción, tenían por sagrada la casa que aquellas habitaron. Recuérdese lo ya dicho en el capítulo XXIII que cuando pusieron cerco los indios al Cuzco en 1535, a todo pegaron fuego con sus flechas encendidas, menos al templo del Sol, palacio de los reyes y casa de estas vírgenes, local que intacto lo alcanzó a conocer el inca Garcilazo de la Vega. (1)

*

A semejanza de la casa de Escogidas, del Cuzco, había en las provincias principales muchas otras casas de escogidas, en las que entraban doncellas de toda suerte, así de sangre real, como bastarda y por gran favor también, hijas de los curacas, señores de vasallos, e hijas de la gente común, las que eran escogidas por muy hermosas, porque eran para mujeres o concubinas del inca y no del Sol. Se manejaban estas y vivían como las vírgenes del Sol.

Las que una vez salían para concubinas del rey, ya no podían volver a la casa. Las que no alcanzaban a ser concubinas, se quedaban en la casa hasta muy viejas.

Entonces tenían libertad o para quedarse o para irse a sus tierras, donde les daban casa y heredad y las servían con gran veneración. Esto mismo hacíase con las concubinas ya jubiladas. Para la que delinquiese había idéntica ley que para

(1) Hijo fué éste del conquistador Garcilazo de la Vega y de una princesa incaica de sangre real, con quien se casó por la Iglesia a la hora de la muerte. Su casa se ve todavía en el Cuzco en la calle Coca 46, y pertenece a don Antonio Muñiz Castro. En ella nació el Inca Garcilazo.

las vírgenes del Sol, pero tampoco llegó nunca el caso de aplicarla.

Las que se dedicaban para el rey presente, muerto éste, se llamaban madres del sucesor y hacían con más propiedad el oficio de *Mamaconas* de las que entraban destinadas al nuevo inca. La vajilla y demás vasos de estas casas eran también de oro y plata.



Callejón de Loreto,
(Muros incaicos)

Tanto o más curioso que todo esto, era otro estado de virginidad de carácter privado que existía. Garcilazo lo cuenta con las siguientes palabras: "Demás de las vírgenes que entraban en los monasterios de recogimiento a profesar perpetua virginidad, había muchas mujeres de la sangre real que en sus casas vivían en recogimiento y honestidad, con voto de virginidad, aunque no de clausura, porque no dejaban de salir a visitar a las parientas más cercanas en sus enfermedades y partos... Estas eran tenidas en grandísima veneración por su castidad y limpieza y por excelencia y deidad las llamaban *Oello*, que era como nombre consagrado en su idolatría. Su castidad no era fingida, sino muy verdadera, so pena que por embaidora y falsaria en su vana religión la quemaran viva, o la echaran en el lago de los leones si pareciera lo contrario. Yo alcancé a conocer una destas en su última vejez, que no se había casado, llamábanla Oello".

Finalmente las viudas guardaban gran clausura por todo el primer año de su viudez, y muy pocas, de las que no tenían hijos, se volvían a casar.

CAPÍTULO XXV

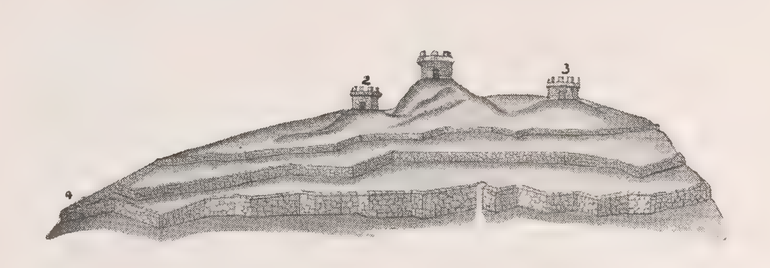
La fortaleza de Sacsaihuamán. — El Rodadero. — El púlpito de Diablo. — El trono del inca. Túnel y tribunas. — Palacios de los incas Pachacútec, Manco Capac y Sinchi Roca. — Vestigios incásicos en los alrededores del Cuzco. — Artistas insuperables en tallar la piedra. — Pisac, Ollantaitambo, Machu-Piccho. — Colección particular de antigüedades peruanas precolombianas. — Manifestaciones de aprecio.

Dijimos ya antes que la ciudad del Cuzco está edificada en los foldeos de un anfiteatro de montañas, al que va a terminar el amplio y fértil valle que le sirve de entrada. Pues bien, en el fondo de la parte superior de ese anfiteatro está construído el monumento incaico mejor conservado del Cuzco, la fortaleza *Sacsaihuamán,* que domina la ciudad.

Está formada por una triple muralla de circunvalación,



Vista parcial de la fortaleza de Sacsaihuamán



LEYENDA

1.—Fortín cilíndrico en la parte central; Moyo-Marca.
2.—Fortín prisma cuadrangular llamado Sullucc-Marca.
3.—Fortín prisma llamado Pauccar-Marca.
4.—Tres fajas o andenes llanos sin puntas afarfaladas, como ahora mismo existen, mirando a la ciudad, trabajo de la infancia del arte o primitivo Pucara pre-incaico.

Restauración hecha por Augusto Pezo, Ingeniero Agrónomo i Perito Agrimensor, original del Dr. José Lucas Caparó Muñiz.

Cuzco, Septiembre 24 de 1911.

Firmado: *Augusto Pezo.*

Es copia exacta del original. — Cuzco, 17 de Octubre de 1918.

V.° B.°

J. L. Caparó Muñiz — *Agustín Rivero R.*

de enormes bloques de granito, de cara plana, pero de ángulos irregulares y múltiples cada uno, los que encajan y ajustan, con exactitud matemática y sin amalgama de ninguna clase, a las piedras contiguas.

La superficie que abarca la fortaleza es 500 m. Antiguamente tenía en el centro un torreón cilíndrico y a cierta distancia otros dos fortines cuadrangulares, uno de cada lado, unidos con el del centro por comunicaciones subterráneas. La parte de la muralla que mira al Cuzco es regular y lisa, la opuesta que mira al oriente tiene ángulos entrantes y salientes, según las exigencias modernas de esta clase de construcciones. Esta parte es la mejor conservada, siendo bastante bueno aún el estado de la muralla exterior, muy deficiente el de la del medio y completamente ruinoso el que corresponde a la más estrecha y central.



Al pie de la fortaleza de Sacsaihuamán

Las piedras para su construcción fueron traídas desde Muyna, distancia de cinco leguas y las hay que vinieron hasta de quince. ¿Cómo? Echele usted el galgo. Como una curiosidad y con el fin de dar la sensación del tamaño de algunos bloques

quiso el subteniente Gregorio Tule, secretario de la prefectura y compañero de excursión, tomarme así como me encontraba montado a caballo y adherido a la muralla, una instantánea. Pues bien, por encima de mi cabeza sobresalía aun otro tanto del enorme bloque que desde el piso se elevaba, sirviéndome de fondo. Una de estas piedras gigantescas, según Bennett, pesa la friolera de 160 toneladas.

Detrás de la fortaleza, hacia el Este, encuéntrase el *Roda-*



El Rodadero

dero. Son los lomos de una parte del cerro, de formación geológica particular, con estrías pulidas, análogas a los antiguos ventisqueros. Tiene 17 metros de largo, en pendiente arqueada y ondulosa, por donde los aficionados al deporte, se dejan caer resbalando de nalgas para experimentar las sensaciones de las conocidas montañas rusas.

A corta distancia y frente del Rodadero está el *Púlpito del Diablo,* gran peñasco hecho a puñetazos, provisto en el centro de una especie de hoyo mayor y de graderías que le dan acceso. En la piedra hay tallados multitud de asientos de diversas formas y dos sótanos que diz se comunicaban con la fortaleza.

Muy cerca también y al norte del Rodadero se encuentra el llamado *Trono del Inca,* o sea, una enorme saliente del cerro, provisto en la parte superior de un banco sin respaldar y de graderías simétricas y espaciosas de una y otra parte y aun al frente, talladas con perfección matemática hasta en sus últimos detalles. Domina una hermosa esplayada muy aparente para juegos de deporte y el panorama que se goza hacia la fortaleza y la ciudad, desde aquel sitio, es verdaderamente



Tronco del Inca

magnífico. Todos estos parajes son muy frecuentados por la sociedad cuzqueña que los prefiere para su paseos, meriendas y diversiones.

Hay aquí la boca de un túnel, verdadero abismo renegrido, que diz va a terminar a Santo Domingo (Templo del Sol). Cuenta la tradición que en tiempo del general Medina (1848), tres jóvenes entraron un día y fueron a salir, pálidos y demacrados al Convento de Santo Domingo, no sé después de cuanto tiempo, llevando una mazorca de maíz de oro que habían encontrado y que sirvió, según añaden, para la corona que lleva en las fiestas la Virgen del Rosario. Otros habrían posteriormente ensayado exploración semejante, pero sin volver a contar el cuento, pereciendo en aquel abismo. En Santo

Domingo existe una entrada, hoy clausurada, que se exploró antes, por recuerdos que aun quedan, pero hasta distancia muy corta. Qué haya de cierto en todo esto, averígüelo Vargas. Por lo demás no es inverosímil que el templo del Sol, hubiese estado comunicado en tiempo de los incas con la fortaleza de *Sacsaihuamán.* Como a un kilómetro desde el Trono del Inca, existe otra gran roca, donde hay labrado un verdadero trono, o sea, un gran sillón con respaldar alto y dos asientos a los lados, a más de otros varios esparcidos indistintamente en la peña. Le llaman también *Trono del Inca,* o *Tribunas* para presenciar los sacrificios.



Las Tribunas del Inca

Recorriendo y examinando detenidamente estos lugares, la fortaleza de Sacsaihuamán y los muchos restos de murallas incaicas de la ciudad, como ser, el templo del Sol, la Casa de las vírgenes escogidas, el Palacio del inca Pachacútec, donde está la curiosa y celebrada piedra de 12 ángulos, los palacios de Manco Capac y Sinchi Roca, los primeros y más antiguos (hoy elegante residencia de don César Lomellini), de los que quedan una hermosa puerta en el interior del jardín y una muralla incaica de 60 metros de extensión, provistas

de su portada principal y de siete puertas pequeñas entrantes y ciegas, especie de nichos a estilo egipcio, donde, según cuentan hoy, hacían la guardia los indios y que estarían destinados, con más probabilidad, para colocar ídolos o planchas de oro con adornos y dibujos, y tantas otras ruinas que abundan por todas partes, uno queda asombrado de la destreza y habilidad que tenía aquella raza, primero para labrar tan artísticamente la piedra, luego para unir y juntar los bloques, como si fueran trozos de queso que luego al punto se endurecieran y quedaran sus labios o bordes tan perfectamente adheridos y rejuntados que no se puede hacer penetrar por ellos ni la punta de un alfiler y en último término para entretenerse donde quiera y por cualquier motivo y jugar con la piedra como se haría con un trozo de requesón.



La celebrada piedra de 12 ángulos
(Palacio del Inca-Pachaccutec)

Jamás se contentaron con labrar bloques cuadrados; era esto demasiado vulgar para estos eximios artistas de la piedra, sino que formando las más raras figuras geométricas, dábanles a esos enormes peñascos, un sinnúmero de ángulos, que exigían, como es claro, otros tantos en las piedras contiguas, para su perfecta adaptación. Más aun, si uno recorre todos esos

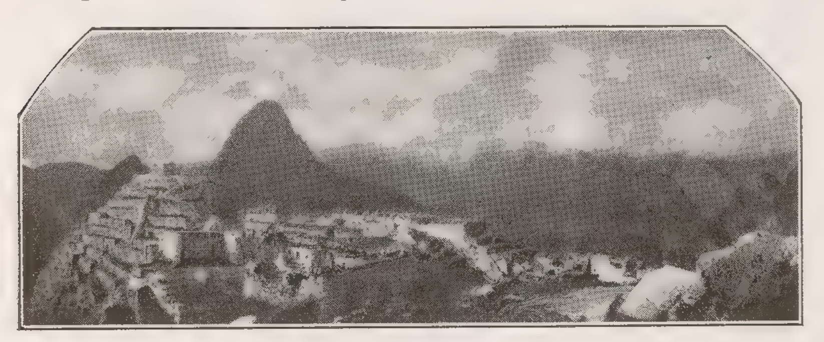
cerros que rodean al Cuzco, como lo he realizado en varias excursiones a caballo, encuentra que todos están sembrados de trabajos hechos en la roca viva, como ser tronos, peldaños, graderías, asientos, túneles y boquerones abiertos entre las diversas grutas de una roca, formando falsos pasadizos o chinganas, como allí las apellidan, escaleritas al revés talladas en las bóvedas de las grutas, pozos y adoratorios en número de más de 300 en los alrededores del Cuzco y mil otros trabajos y labores, admirablemente ejecutados y esparcidos al azar por todas partes sin otra finalidad, al parecer, que el prurito de hacer gala de tan rara habilidad, dándose el lujo de avasallar y dominar la piedra, estampando en ella el sello inconfundible de la raza, la huella de su paso. Era una tenacidad más dura que el mismo granito la que caracterizaba a esas gentes de una cultura indiscutiblemente muy superior. Debieron, a ojos vistas, disponer acaso de algún secreto para ablandar la piedra, o bien de instrumentos tan extraordinarios que les resultara relativamente fácil su laboreo y que no han



Restos del Palacio de Manco Capac,
(*El Colcampata*)

llegado hasta nosotros, pues, de lo contrario, no se explica tanto derroche de paciencia, de habilidad y de inútiles trabajos, dejados, al parecer, dondequiera se sentaban a conversar o a masticar su coca.

He recorrido toda Europa, el Egipto y la Palestina y puedo asegurar que ni los romanos, ni los griegos, ni los egipcios aventajaban a los incas en el modo de labrar la piedra y de juntarla. Los grandes bloques de las pirámides y de los templos y monumentos egipcios, del Partenón y de la Acrópolis de Atenas, del panteón y del Coliseo de Roma, etcétera. en cuanto a trabajos de piedra engastada, no les son ciertamente superiores. Claro está que algunos de ellos superan en mu-



Ruinas de Machu-Picchu

cho, a los incaicos, como monumentos arquitectónicos y en labores de ornamentación escultural, en que no se les pretende comparar

Del resto yo sólo he podido admirar los restos magníficos de los antiguos monumentos incaicos o preincaicos del Cuzco. No he llegado a Pisac, célebre por sus andenes de siete órdenes, aprovechados para la agricultura de tres leguas de largo por una de profundidad, sostenidos por enormes murallas de contensión; ni a Ollantaitambo donde se puede admirar, entre otras cosas, un espécimen de los observatorios astronómicos que tenían los incas, conocidos con el nombre de *Intihuatana* (donde se amarra el sol) y varios otros lugares relativamente cercanos del Cuzco y a los que, en excursión a caballo, de una o dos semanas, se empeñaba en llevarme el bondadoso y cultísimo coronel González, Prefecto del Cuzco y que muy a pesar mío, debí renunciar, por mi delicado estado de salud. Mucho menos pude llegar, como es claro, a las ruinas de Machu-

Piccho, últimamente descubiertas y ciertamente las más importantes y grandiosas de Sud América (1) después de la conquista del Perú.

Es de lamentar que el gobierno no se haya preocupado aquí de la formación de un museo de antigüedades precolombianas, que con tanta facilidad podría realizarse, por encontrarse doquiera que se haga una excavación innumerables vestigios antiguos. La única colección particular de antigüedades peruanas precolombianas que existe en el Cuzco, pertenece al doctor José Lucas Caparó Muñiz, la cual con ser relativamente corta, posee ejemplares muy interesantes.

Recuerdo a este propósito que persona muy competente y seria me decía: si mis ocupaciones y mis recursos me lo permitieran en dos o tres años, realizando excavaciones, puedo

---

(1) Constan estas ruinas de más de 200 edificios construídos con granito blanco, y unidos por más de 14 escalinatas, una de las cuales tiene 320 gradas. Hay primor de perfección en algunas construcciones p. e. la Plaza Sagrada, el Templo de las *Tres Ventanas*, el templo del Cacique, uniéndose lo monumental y grandioso a lo regular y simétrico en los palacios, templos, baños, fuentes graderías, etc. que cuenta.

Según una antigua tradición, encontrada ya por los españoles, las gentes megalíticas que habitaban las alturas del Perú y que dejaron ruinas cicópleas de una civilización notable, fueron vencidas por hordas salvajes y se refugiaron en lugares inaccesibles. Una vez rehechas y multiplicadas enormemente, se dirigieron, bajo la dirección de tres hermanos que salieron de tres ventanas o cavernas, hacia el Cuzco donde fundaron el imperio de los Incas (*Incas del Perú,* de Markham cap. IV). Los indios noticiaron a los españoles del lugar relacionado con la tradición existente, pero sin duda para despistarlos, les indicaron el lugar de Tampu-Tocco, en el Valle de Apurimac en un sitio denominado Pacaritambo, al Sudeste del Cuzco, lugar que ni está protegido por la naturaleza, ni conserva ningún vestigio de ventanas. En cambio Machu-Piccho, situado al norte del Cuzco, metido en el vértice de gigantescos precipicios, y cuyo templo, principal ostenta tres ventanas, parecería confirmar la antigua tradición de los tres hermanos, dejando a la vez la sensación de haber sido éste y no Pacaritambo, el hogar de los antecesores de los Incas, a estar a aquella tradición.

Las ruinas de la antigua capital incásica, Machu-Piccho, se cree que no bajan de 2.000 años de existencia. Situadas a 60 millas al Norte del Cuzco, en los precipicios inaccesibles de la quebrada de Urubamba, están a 7.000 pies sobre el nivel del mar. Fueron descubiertas en 1911 por el profesor Hiram Bringhan de la Universidad de Jale en Estados Unidos y exploradas en 1912 por una Comisión Científica norteamericana, bajo los auspicios de la Sociedad Geográfica Nacional de la Universidad de Jale, a la que se unió el Dr. José Gabriel Cosio, catedrático de Historia Crítica del Perú, como delegado del Gobierno peruano. Excusado es decir que los yanquis se llevaron a Norte América más 150 cargas de piedras de las más importantes que hallaron.

Miembros caracterizados de sociedades científicas del Cuzco, me han asegurado que tienen los datos precisos de otras dos ciudades incaicas, encontradas casualmente en precipicios inaccesibles, pero no pudiendo el gobierno peruano correr con los gastos que demandan estas clases de estudios y de exploraciones, guardan el secreto hasta mejores tiempos, aleccionados ya con lo ocurrido en las ruinas de Machu-Piccho.

garantizarle, reuniría una colección más valiosa que la del doctor Caparó Muñiz. Es un dato sugestivo de la abundancia de objetos incásicos que por allí se encuentran.

Entre el sinnúmero de armas españolas e incásicas desde las más primitivas hasta la más adelantadas, huacas, (1) pin-



Laguna (alrededores del Cuzco) a 4.000 m. de altura

chos, sarcillos y demás adornos mujeriles, hechos de la aleación de oro y cobre, ídolos, objetos de hueso, pinzas para extraer espinas, instrumentos y utensilios para tejer las finísimas telas que trabajaban las *haiellas* y las *ñustas,* vasos de alfarería, estatuas, cuadritos, cráneos trepanados, me llamaron la atención, por considerarlos de más valor histórico y hasta artístico, uno de ellos al menos, una miniatura y tres planos incaicos en piedra, sin ninguna perspectiva. Estos últimos son los ya mencionados en otro lugar, de la fortaleza de Sacsaihuamán, del que no parece pueda dudarse y del interior y exterior del templo del Sol, los cuales, de corresponder a dichos monumentos, vendrían a resolver en definitiva la cuestión sobre la forma y plano de los mismos, que era (y acaso es todavía) una incógnita. El primero es un busto en miniatura del inca Jahuar

(1) *Huaca* quiere decir "cosa sagrada", según Garcilazo, ídolo, peñas, piedras, árboles de donde el domonio les hablaba, y por extensión las cosas que ofrecían al Sol, los templos, sepulcros que tenían en los campos, los rincones, de las casas de donde el demonio hablaba a los sacerdotes, y también las cosas muy hermosas y muy feas, y las que salen del orden natural.

Huaccacc (*que llora sangre*) dándose el famoso baño de arena, método indicado *ab antiquo*, según dicen, para curar la sífilis. Sólo se ve el cuello y la cabeza formados por siete clases de piedras, de color distinto cada una, con rara habilidad ejecutados; lo demás del cuerpo no aparece, viéndose sólo un concreto escabroso de arenilla negrusca. Un detalle interesante La célebre borla, insignia imperial, le cae de lado y no de frente, lo que significaría que habría ya abdicado el imperio, lo que realmente lo hizo en favor de Viracocha.

Son dignos también de especial mención un dado incaico en que el 1 se opone al 2, el 3 al 4 y el 5 a una X, la adoración del Sol hecha en piedra convertida después en custodia y el sillón y escritorio del padre Valverde.

Se me aseguró que dicha colección estaba ya ofrecida al gobierno y ajustado el precio en 30.000 soles.

*

Como un complemento a las gratas impresiones recogidas en el Cuzco, copiaré aquí la crónica que hacía el diario *El Comercio* el 14 de octubre de 1918, de la para mí honrosa manifestación ofrecídame por el Excmo. señor Prefecto, a nombre del Excmo. señor presidente de la República, doctor José Prado, en el local de la Prefectura, antiguo palacio de Francisco Pizarro, del que se conserva aún su regio sillón ocupando el centro del testero del salón de honor.

Dice así:

NOTAS SOCIALES

En honor de Monseñor Bazán

El señor prefecto del departamento, coronel don César González, ofreció el día de ayer un suntuoso banquete al ilustrísimo obispo de Paraná, monseñor Abel Bazán Bustos, quien desde hace algunos días, es ilustre huésped de la ciudad.

A la hora de los postres, el señor prefecto ofreció el al-

muerzo con un expresivo y elocuente brindis que fué contestado en frases brillantes y cordiales por monseñor Bazán. La banda del regimiento número nueve ejecutó los himnos argentino y peruano.

Después del café, monseñor Bazán, rodeado de la distinguida concurrencia, pasó unos agradables momentos de animado palique, en los salones de la Prefectura.

Presenció el paso de la procesión de la Virgen del Rosario, desde los balcones prefecturales.

A instancias de los concurrentes el señor Canónigo de Dignidad Chantre, doctor Mariano C. Rodríguez, improvisó un hermoso discurso en quechua.

Fueron invitados del señor Prefecto las personas siguientes:

Monseñor Abel Bazán Bustos, monseñor Juan Antonio Yábar (quien excusó su asistencia por motivos de salud), monseñor Juan Antonio Casanova, doctor Antonio Lorena, señores canónigos Mariano N. García, Isaías Vargas, José Patricio Chauca, Mariano C. Gibaja, Julio Zárate, J. Zaninetti, José Gabriel Loaiza, señor comandante Juan F. Zubiaga, señores Intendente Max. Zapata, Ezequiel C. Moore, doctor Luis E. Valcárcel, R. P. José G. Gibaja, Padre Director de la Escuela Salesiana, P. José Baca, sargento mayor Guillermo Taboada, J. Montes de Oca, Erasmo Fernández y Gregorio Tule.

El agasajado dirigió ayer el siguiente despacho telegráfico:

Señor Presidente de la República.

Lima.

Presento a V. E. mi respetuoso saludo y mi efusivo agradecimiento por la espléndida manifestación que, en su nombre, acaba de hacerme el señor Prefecto coronel González, quien reunió en torno mío a las más altas personalidades del clero y de esta sociedad.

Abel Bazán.
Obispo de Paraná.

Publicamos en seguida los brindis cambiados:

Dijo el señor Prefecto:

Iltmo. monseñor:

La religión cristiana no puede llenar su misión divina ni esparcir sus benéficos frutos en el seno de la sociedad sino descansa en la sólida base de la moral i de la virtud sobre la que fundó Jesucristo. Es así como vos Iltmo. señor, interpretando fielmente estas ideas, lleváis recorrido el camino de vuestra vida, sembrando el bien i el amor entre vuestros semejantes que os reconocen como un verdadero apóstol de la paz i de caridad.

El claro talento que poseéis, las brillantes cualidades que os adornan os han conquistado tan esclarecido puesto en el ejemplar clero de la gran nación Argentina que tan dignamente representáis.

Precedido pues de la fama de vuestras virtudes habéis venido a honrar con vuestra visita a la ciudad Imperial del Cuzco, la Capital Americana, donde dos mil años atrás imperaba una adelantada civilización, reinaban grandes legisladores i guerreros admirables que nos han legado toda su brillante i hermosa tradición, que os servirán de recuerdo i de cariño para este pueblo que os ha recibido con singular simpatía i que pide que al regresar a vuestra patria, llevéis la impresión que el Perú siente por ella i por sus hijos nuestros libertadores la más inmensa gratitud.

Para mí, Iltmo. monseñor, es particularmente grato ofreceros esta modesta manifestación porque viene a mi memoria los felices días que he pasado en la tierra Argentina, allí donde los peruanos, sentimos el calor del propio hogar i de la propia Patria, a la sombra de una cariñosa hospitalidad mui digna de vuestra valiente i noble raza, hermana sincera de la nuestra i cuyo afecto estrecha más cada día para vincular así el porvenir a los ideales de los pueblos que no cifran su grandeza en el atropello de los derechos ni en el imperio de la fuerza, sino en la honradez i la justicia de sus causas.

Monseñor:

Os ruego que me acompañéis a beber esta copa de Champaña que os invito a nombre del señor Presidente de la República i del Departamento del Cuzco, por

Vuestra Patria,

Por el Clero Argentino,

Por vuestra felicidad i la de vuestro ilustre Secretario Zaninetti.

Contestó Monseñor Bazán:

Excmo. señor Prefecto:

Señores:

Aunque me esforzase, en vano intentara ocultar las emociones profundas que embargan mi espíritu, en estos para mí imborrables momentos, mezcla de sorpresa y de satisfacción intensas. De sorpresa, ante esta espontánea, sincera y caballeresca demostración de que soy objeto por parte de la primera autoridad de esta "mui noble i gran ciudad del Cuzco", como la apellidara Pizarro el 23 de marzo de 1534, al tomar posesión de la capital incaica. Los sentimientos de tradicional nobleza, de generosidad hospitalaria y de elevada cultura que caracterizan al pueblo peruano, condensados en el dignísimo Prefecto del Departamento, exponente acabado de virtudes cívicas, militares y patrióticas, vienen a evidenciarse en éste, más que en ningún otro caso, puesto que la humildad del obsequiado, no ha sido una excusa, para exteriorizar y poner bien de relieve las bellas prendas que os adornan. De satisfacción intensa a la vez, porque bien comprendo, Excelentísimo señor, que este agasajo que me brindáis, más que a mi persona, lo tributáis primero a un Prelado de la Iglesia, y luego a un Obispo y ciudadano argentino, y esto me llena de satisfacción y hasta ¿por qué no decirlo? de santo orgullo también; y en este sentido, no puedo menos de aceptarlo y agradecerlo en nombre de la Iglesia y de mi patria.

Vínculos indestructibles de solidaridad estrecharon ya y atan aún a estas dos naciones que, si inferiores a otras en potencialidad financiera, económica y militar, no ceden a ninguna, ni cederán nunca, en nobleza, dignidad e hidalguía.

Nacidas juntas a la vida de la libertad, por el esfuerzo mancomunado de sus próceres supieron hacer flamear la enseña redentora desde el gran estuario del Plata hasta las faldas del Chimborazo, regando y fertilizando con la sangre de sus hijos, las nevadas cumbres andinas, para luego juntas espigar inmarcesibles glorias, y ceñir sus frentes con los comunes laureles de la victoria y del triunfo. Y hoy como ayer, estos vínculos subsisten, más fuertes y estrechos, si cabe, por la acción conjunta y patriótica de nuestros mandatarios, por la ciencia de nuestros estadistas y habilidad de nuestros diplomáticos, y, sobre todo, por la intuición y clarividencia de nuestros pueblos, por ese, que podríamos llamar, fenómeno telepático de simpatía instintiva que nos liga y que nada ni nadie será capaz de destruirlo, ni aminorarlo en lo más mínimo.

Vivamos, pues, unidos, y asidas las diestras, trabajemos incansables por el engrandecimiento de nuestros pueblos cuya misión es grande, señores, en el porvenir de la América. La solidaridad de la América latina es, hoy por hoy, más que una conveniencia, una necesidad premiosa, impostergable. Pero bien entendido, que sea a base de justicia, de religión i de patriotismo. Todo lo que no se apoya y fundamenta en esta trípode sacrosanta, es americanismo de mala ley, anda fuera de camino y desorbitado, es falso, anodino y bastardo, y basta, señores, cualquier interés vulgar, cualquiera conveniencia del momento para aventarlo y dispensarlo, como a arista seca el huracán.

Vos, Excmo. señor Prefecto, habéis tejido el panegírico y dicho cosas grandes de mi patria. Y aunque abultadas acaso y engrandecidas por la grandeza de vuestra alma, la nobleza de vuestro hidalgo corazón, yo las recojo agradecido, como un hijo que escucha los elogios de su propia madre y que no puede menos de aceptarlos. Pero me habéis de permitir que con ellos mismos teja yo a mi turno, la guirnalda que tan digna es de

ceñir las vuestra. Porque no sólo del pan, de los adelantos materiales viven los pueblos sino también del vino generoso. de la moral, de la justicia, de los progresos culturales, de la tradición y de la ciencia en que el vuestro ciertamente no va a la zaga.

Peregrino de paz, voy recorriendo estas jóvenes naciones americanas, ávido de conocer lo mucho bueno que ellas tienen, de aquilatar mi experiencia de la vida y de aumentar y de acrecentar mi corto caudal de conocimientos históricos y sociológicos que poseo.

Las impresiones recogidas en los días que llevo entre vosotros, no pueden ser ni más favorables, ni más gratas para mi espíritu de viajero observador. Yo espero, sí, que ellas irán en aumento a medida que más me acerque a la capital de la República, a la ínclita ciudad de los Reyes, y me sea dado auscultar más claros y nítidos los latidos del corazón de la nobilísima nación peruana.

I cuán feliz sería si, al término de este largo viaje, pudiera contribuir con mi grano de arena a estrechar más y más las relaciones de armonía y de amistad que ya unen al pueblo peruano y argentino. Lo único que os puedo asegurar es que de mi parte no he de quedar corto, y no he de escatimar esfuerzo ni sacrificio alguno por el triunfo de este gran ideal que ciertamente es el nuestro y, quiero creer, lo es también el vuestro.

Mientras tanto os invito a alzar la copa y beber en este ágape fraterno por el Excmo. señor Presidente de la República, por el Excmo. señor Prefecto que con tanta gentileza ha querido honrarme en estos momentos, por su felicidad personal y acierto en el gobierno de este pueblo, por la del nuevo y dignísimo Prelado que esperáis y que ha de regir los destinos de esta diócesis, por la unión de la autoridad civil y eclesiástica de la nación peruana y especial de esta ilustre ciudad del Cuzco, por vosotros, dignos señores, que os habéis dignado acompañarme, por el adelanto, en fin, siempre creciente de vuestra patria y de la mía la República Argentina.

CAPÍTULO XXVI

De Juliaca a Arequipa. — La región de la puna. — Un laguito solitario. — Estación Crucero Alto. — Panoramas dantescos y un trazo de vía espeluznante. — Cambio de paisaje: Arequipa, "la ciudad blanca". — Su posición, su clima, la diafanidad de la atmósfera. — La catedral. — Aspecto edilicio. — Carácter arequipeño. — El Misti y los días "de nevada". — Confidencias sugestivas. — La acción católica. — Una protesta modelo. — De Arequipa a Mollendo.

La mayor parte del trayecto entre Juliaca y Arequipa es monótono y triste, como que todo está calcinado por los rigores aspérrimos del clima: sólo reinan los fríos, los vientos y las nieves y un silencio de tumbas. Durante las primeras cuatro horas, doquiera se vuelvan los ojos, se descubren apenas dilatadas y estériles llanuras, la soledad del desierto, la monotonía tremenda del paisaje y a lo sumo abras y cañadones resecos, bordeados de cerros pedregosos, sin más rastros de vegetación y de vida que la paja indestructible como las rocas, una u otra llama que ramonea en las piedras y cortos caseríos rodeando las tristísimas estaciones.

De improviso una nota grata viene a alegrar el corazón: el lago de Saracocha de aguas azules y profundas, a más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, con su marco ovalado de estériles, altísimas montañas que el tren va repechando entre jadeos y resoplidos interminables, hasta dejar allá en el fondo el lago solitario y huérfano, sin un ave, sin una fronda, sin un sér viviente que lo anime, entretenido en su eterna tarea de

enfocar la belleza de los cielos y retratar en el límpido espejo de sus aguas las infranqueables montañas que lo ciñen. Prima facie, es un lago de Suiza con todos los atractivos y encantadoras bellezas de la linfa dormida, pero luego... nó, nó, que la belleza es movimiento, vibración y vida y aquí hay ausencia de todo. El silencio imponente del desierto, la inmutable tranquilidad del vacío, sin una hoja, ni una fronda que se agite, sin un sér que respire, sin un átomo viviente que rompa la monotonía abrumadora de las piedras, única protagonista de aquel excelso paisaje, que, si tiene los lineamentos físicamente grandiosos de la naturaleza bruta, carece de alma que irradie partículas de vida a través de la materia.

¿Cómo animar el paisaje y trocarlo en fuente abundosa de delectaciones estéticas? Sembrando sus costas de vegetación y de casitas blancas, tirando lanchas, vaporcitos y góndolas sobre sus aguas y luego ver el bullicioso agitarse de la vida, oir zumbar la colmena humana, percibir sus voces, sus músicas y sus cantos... Sí, todo muy poético y hermoso y admirablemente fácil para dicho, pero... cualquiera se mete a patriota y a cultor de la belleza en esas alturas en que hasta la respiración se hiela... Quédate, pues, allí, no hay más remedio, quédate allí triste y abandonado, laguito azul y silencioso. Pasarán los años y los siglos y nadie, nadie alegrará tus linfas y tus costas, envueltas en el doble sudario del silencio y de la muerte.

El tren, mientras tanto, ha invadido en marcha triunfal las crestas más excelsas de la montaña, sobre las cuales se desliza como acróbata, haciendo esfuerzos sobrehumanos de equilibrio para no resbalar por la pendiente derecha y hundirse en los otros lagos de Cachipascana (1) que con pincel mágico parecen pintados allá en el fondo del abismo. Desde allí, desde aquellas solitarias honduras, con mirada embustera y traidora de sirenas, fascinan al viajero durante una hora

(1) Estos lagos de Cachipascana y Saracocha que se encuentran en la frontera de los Departamentos de Arequipa y de Puno están a 13.600 pies sobre el nivel del mar, o sea, a más de mil pies de altura que el lago Titicaca.

larga y le atraen, encantan y deleitan, cambiándole y escamoteándole el paisaje en la gama interminable de matices y de tonos insuperables, caprichosos, interesantísimos y raros.

Quien haya recorrido en ferrocarril todo el altiplano y haya traspuesto, sobre todo, las montañas que separan a Potosí de Río Mulatos, no cree ya encontrar nada que se le parezca, nada más salvaje y abrupto, nada más soberbiamente atrevido y audaz. Pero no bien el tren ha dominado la mayor altura de 4.470 metros sobre el nivel del mar, en la estación *Crucero Alto* y comienza a bajar los 187 kilómetros que le separan de Arequipa, tiene uno que convencerse, quiera que no, que todo lo demás, no había sido sino pan pintado en parangón de este otro trazo, hecho al parecer ex profeso para obligar al diablo a recorrerlo a pie, cargado y con botas nuevas, en castigo de sus maldades. (1)

Aquí no caben ponderaciones, porque todo resulta pálido, menguado y corto. Para llegarse a formar una idea lejana de aquel ciclópeo laberinto de rocas, desfiladeros, crestas y abismos, sin vegetación ni rastro alguno de vida, porque todo ha sido calcinado por la temperatura polar que allí reina, fuera menester imaginarse apresado por la garra formidable de un cóndor, soliviantado a las alturas y desde allí, puesto entre el cielo y la tierra, sobre un mar en tempestad de montañas que se alzan y deprimen, se acumulan y desdoblan, se yerguen en picachos inaccesibles y se quiebran en precipicios y abismos insondables, contemplar el espectáculo terrorífico que ofrecen a la atónita mirada aquellas abruptas formaciones geológicas trabajadas a capricho por los mismos demonios del infierno.

Y, por sobre esas cumbres inaccesibles y rampando esos desfiladeros sin nombre, se ha tendido el riel y corre el tren a guisa de beodo, andando y desandando el camino, trazando zetas y equis, en curvas cerradas de herradura, temblando a veces al borde del abismo, acortando en otras y suspendiendo el resuello y, mientras retiemblan a su paso las montañas y

---

(1) Este ferrocarril de Arequipa a Puno que se terminó en 1874, costó cuatro millones y medio de libras esterlinas.

se desmoronan y ruedan pedruscos a la sima, disparando las más, en fuga precipitada y balanceándose sobre el riel que le sujeta, como la brida al corcel, para que no se desboque y ruede desatinado hasta el fondo del abismo.

Y así, saltándosele a uno el alma por los ojos y la boca, midiendo a cada instante con mirada de terror la trayectoria a describir, en caso de accidente, en poderosa tensión nerviosa y cargado de flúido eléctrico, continúa su marcha, admirando una y mil veces el coloso nevado del Misti preñado de audaces rebeldías, pero sin cambiar de panorama, o mejor, cambiándolo por momentos, sin salir empero de aquel mar pétreo que ahoga, calcina y petrifica también a su manera y sin piedad al pobre viajero.

Sólo a las cinco de la tarde, sin haber visto desde las ocho de la mañana, más que la esterilidad abrumadora del desierto y después de haber apurado las emociones todas de aquel laberinto dantesco de breñales imposibles, se descubre al fin, uno u otro manchón verdáceo en el fondo de un valle. antes de llegar al Yura, que es como columbrar en lejano horizonte la estrella bienhechora de los reyes, que ha de conducir muy pronto al bienhadado portal de la ciudad de Arequipa, "perla montada en una esmeralda", al decir de sus poetas.

El cambio de panorama es completo. Cae el telón del desierto y aparece radiante la ciudad "paloma, en un nido de esmeralda".

Realmente parece una visión de cielo esta "ciudad blanca" construída con piedra tufo de las blancas canteras del Misti, envuelta en una vegetación exuberante, recostada a la falda del terrible volcán que, de tarde en tarde sacude su eterno manto de nieve y lo arrebola con rojizas, cárdenas estrías de fuego, se empenacha de hogueras, retiembla de coraje y la hace tambalear como un niño, entre el pánico y terror de sus desolados moradores.

El Misti que se eleva a más de 19.000 pies, es de formación cónica bien cortada y está coronado de nieve. Su aspecto

es sublimemente grandioso. Ocupa el centro de una especie de anfiteatro que respalda a la ciudad, quedando al este el Pichu-Pichu, al norte el Chahaní y más allá del valle, la cima nevada del Coropuna, a más de 20.000 pies de elevación.

Cuenta la tradición que algunos soldados de Manco Capac que por primera vez conducía su ejército a través del río Apurimac, manifestaron su deseo de detenerse en aquel sitio, atraídos por la belleza de este valle tan pintoresco y risueño, obteniendo la respuesta de su jefe y señor ¡Ari Quepay! ¡Muy bien, deteneos!

La historia confirmaría en algún sentido aquella vieja tradición. Fundada muy próxima a Caima por García Manuel de Carvajal en 1540, de orden de Pizarro, recibió el nombre de Villa Hermosa. La razón de haberse elegido este sitio, hacíala constar Pizarro en la autorización que diera, o sea, por no haber perdido un solo soldado, de los muchos españoles que allí habían vivido durante diez meses.

Algunos años más tarde se trasladó al sitio que hoy ocupa sobre el río Chili a 2.329 metros de altura. Su clima es sano, suave y templado, el aire muy seco y la atmósfera tan diáfana que aún en pleno día se ven los planetas Venus y Júpiter y algunas estrellas. Cuenta 36.000 habitantes, es asiento del obispado, corte superior de justicia y cámara de comercio y considerada como la segunda ciudad del Perú en importancia comercial, social y política.

Muy cerca de la ciudad y en los faldeos del Chahani, está instalado el célebre observatorio astronómico de la universidad de Harvard (Cambridge, Estados Unidos) que se distingue por las precisas astrofotografías que toma.

El material de construcción de esta ciudad, como ya se dijo es la piedra volcánica, blanca y porosa que se extrae de las inmensas canteras situadas en las faldas del volcán Misti y que se presta admirablemente para las tallas y esculturas decorativas, los dibujos y encajes de fachadas y que los españoles supieron aprovechar, como en la espléndida fachada de la antigua Compañía y otros edificios.

Mi delicado estado de salud, no me permitió visitar en detalle esta ciudad. Ví sin embargo a vuelo de pájaro su principal monumento, o sea, su Catedral que ocupa todo un costado de la Plaza Mayor o de Armas como vulgarmente se la llama, con un frente exterior de cien metros aproximadamente, y que viene a resultar una vez adentro. el largo de la catedral. Comenzada en 1612, fué reconstruída varias veces y en especial después del terremoto de 1844 que echó por tierra la antigua. Tiene tres naves, separadas por hermosas columnas de estilo dórico y jónico compuesto, un altar de mármol y un espléndido púlpito de artística talla de madera. Los otros tres lados de la plaza están embellecidos por hermosos portales abovedados, con columnas de piedra, de estilo colonial característico.



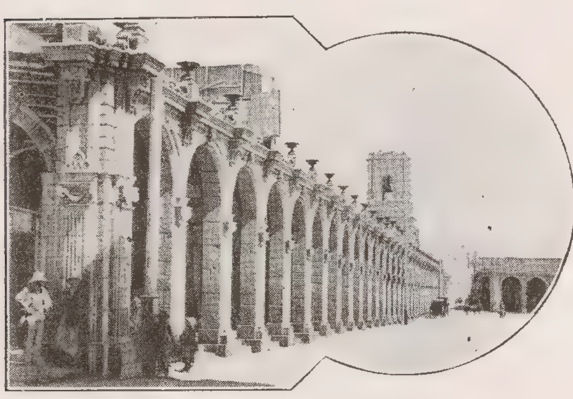
Interior. — Catedral, Arequipa

La impresión que recibe el viajero que baja de las áridas mesetas andinas y se encuentra de improviso con una ciudad, más o menos aseada y limpia, de aspecto encantador por el verdor perenne de sus campos y de sus huertos, con vías amplias y rectas atravesadas por tranvías eléctricos, autos y coches, sin verse obligado a codearse a cada paso con la abigarrada y pintoresca multitud de indígenas y cholos, es en extremo favorable. Por fin cree uno encontrarse en un pueblo más a la moderna, trabajador y activo, en un ambiente externo de mayor cultura y progreso, tanto más apreciado, cuanto más largamente apetecido, tras una gira de tres meses.

Las ruas de Arequipa que corren de noreste a suroeste van a terminar a varias aldeas de su hermosa campiña, entre

las que se cuentan Tingo, Jesús y Yura, muy celebradas por sus saludables aguas y baños termales.

El carácter dominante del arequipeño es ser hombre de acción y de empresa, valiente y altivo, religioso y de una gran rapidez de concepción, sin dejar de ser también un si es no es andariego y bohemio como el judío. Si a esto se añaden sus tradiciones y leyendas, sus serenatas y fiestas de sabor antiguo, su aliento varonil y su fe religiosa inquebrantable, se tendrán los toques principales, los rasgos más salientes, de su inconfundible carácter. Por algo dijo un ilustre escritor refiriéndose a su pueblo: "el corazón de la Nación peruana vive aquí".


Portal de Flores, Arequipa

Prevalece asimismo en sus habitantes una imaginación brillante, un temperamento nervioso y una contextura de alpino. Sin ser un lince, cualquiera comprende fácilmente que todo esto no es ajeno a la influencia del clima, del ambiente que se respira y sobre todo del flúido eléctrico que se escapa del Misti y que parece penetrar hasta los huesos a todo arequipeño legítimo, pues, lleva en su sangre, nervios y mirada, todo el hervor volcánico del Misti. Este ejerce una influencia extraordinaria, sobre todo en los días que allí llaman "de nevada", que no es como pudiera creerse de "nieve", sino de flúido. Hay días y con harta frecuencia en los que el Misti, sin estar de mal humor, no está para chanzas y para fiestas y un ligero manto de tules, de niebla liviana espolvorea entonces su cumbre y se extiende y avanza por el antes limpidísimo

cielo azul, tornándolo velado y ceniciento. A esto llaman nevada los arequipeños y ya saben las precauciones a tomar, que es huir de los demás y no exponerse a choques y explosiones fáciles a producirse, por quítame allí esas pajas. Los nervios se distienden y trinan. Casi todos se tornan raros, violentos, lunáticos, misántropos e intratables. Felizmente la fiesta no dura mucho y pasada la nevada, vuelven a su ser antiguo, sin más tropiezo que el de un mal cuarto de hora que se traduce en un día de extraordinario *spleen.* Diz que a algunos, según el temperamento, les da también por cantar y holgar, a otros por la murria y la tristeza, pero a los más por hacer la cara fea y mostrar los puños y los dientes al primero que tiene la desgracia de acercárseles *¡Cave canem!* decían los romanos.

*

Departía con un distinguido caballero arequipeño, talentoso y observador, hombre de negocios y de mundo y de ideas un tanto avanzadas, según propia y espontánea confesión, quien a vueltas de otros interesantes informes que me diera, añadió lo siguiente: El carácter de este pueblo, ha sufrido, de algunos años a esta parte, quiebras y desmedros harto sensibles. Va desapareciendo ese modo de ser varonil, enérgico y caballeresco que antes le distinguía, ese temple de acero y hombría de bien que era su más noble y preciada característica y cunde en cambio, de una manera alarmante el bizantinismo muelle y afeminado. Falla hoy por su base la educación del hogar, piedra de toque de los pueblos sanos y viriles. Los vínculos domésticos se aflojan porque va faltando esa mano firme que tenga en un puño las riendas del gobierno de la familia. La corriente del placer y del sensualismo abre hondos surcos y compromete seriamente el carácter, la moralidad y religiosidad de este pueblo, al que ya no se le va conociendo, porque ya no es sombra de lo que fuera. Y todo esto, créame Monseñor, depende para mí, de la omnímoda libertad y abuso de los cinemas. A pesar de mi liberalismo

que no tengo por qué ocultarlo, soy enemigo jurado del cinematógrafo, tal como hoy existe. Este va maleando y corrompiendo las masas, empañando la inocencia y el pudor de nuestros niños y de nuestras hijas y concluirá por traernos la degeneración de nuestros hijos, de la sangre y de la raza. ¿Tendría razón mi distinguido interlocutor? La respuesta a los arequipeños. Un viajero sólo aprovecha y consigna los datos que recibe, sin pretender, en materias tan delicadas, ahondar más de lo justo y en un asunto que no se puede estudiar a fondo, yendo de paso y comprobarlo como se debiera.

*

Como el Cuzco, Arequipa cuenta con universidad y establecimientos educacionales bastante buenos. Entre éstos se distingue el colegio de señoritas fundado en 1870 y dirigido por religiosas, considerado como uno de los mejores institutos de educación del país, por sus métodos modernos y carácter eminentemente práctico de la educación.

Los jesuitas y salesianos prestan, como en todas partes, con sus respectivos colegios, servicios inapreciables a la educación de la juventud. Los domínicos, (1) franciscanos y mercedarios trabajan asimismo en el ministerio, a la par del clero secular, con celo y abnegación encomiables.

No se ve, sin embargo y a pesar de algunas sociedades de obreros, existentes y del diario católico que hay, un movimiento mayormente eficaz en la acción social cristiana. Y es tanto más de deplorar esta laguna cuanto que los tiempos no son allí tan bonancibles, que digamos. Ha bastado la acción tesonera de un senador por ese departamento, sin mayor prestigio moral y social que fué a las cámaras hasta con el voto de los católicos para cambiar el ambiente, revolucionar la opinión pública y conquistarle en esa sociedad innumerables adep-

(1) Poseen éstos una valiosa Biblioteca que día a día va en aumento. Guardaré siempre gratitud sincera para esta venerable comunidad que me prodigó toda clase de atenciones en los días que estuve en Arequipa, hospedado en su convento.

tos, al malhadado proyecto de divorcio que presentó al congreso de la nación. Por suerte se logró conjurar el peligro de ver convertido en ley este inmoral y antipatriótico proyecto, que aprobado ya por sorpresa en la cámara de senadores, no fué tratado en la de diputados, en la que ya había mayoría hecha a favor de aquél, gracias a la actitud apostólica y viril del Excmo. señor arzobispo de Lima monseñor Emilio Lisson.

Durante mi estada en Arequipa, el comentario público giraba obligado sobre este tópico. Sin que nadie lo hubiera sospechado, la cámara de senadores aprobó en una noche, sin discusión y a la sordina, el proyecto del señor Lino Urquieta. Al darse cuenta el señor arzobispo, al día siguiente, de lo ocurrido, reúne sin más su cabildo eclesiástico, le manifiesta que deseaba ir a la casa de gobierno a formular su protesta y le invita a que le acompañe. Allí mismo toma la pluma y redacta pocas palabras; y sin hacerse anunciar llega, acto seguido, rodeado de su cabildo eclesiástico en pleno y de pie, delante del Excmo. señor Presidente de la República, lee la siguiente protesta digna de un Santo Padre de la iglesia:

"El senado de la república ha votado una ley cuyos tres primeros artículos atacan directamente la religión católica; que es la de la nación, conforme al artículo 4.° de nuestra carta fundamental.

En su primer artículo, la mencionada ley impone a los católicos el matrimonio civil y restringe con pena corporal la libertad de los sacerdotes en la administración de los sacramentos.

En el segundo, da la ingerencia a los tribunales puramente civiles en un asunto que para el católico es cuestión eminentemente sacramental y religiosa: el vínculo matrimonial.

En el tercero, el divorcio absoluto autorizando a los jueces civiles para declararlo y habilitando a los cónyuges para nuevas nupcias.

Todas estas disposiciones, además de ser *anticonstitucionales, son enteramente opuestas a la doctrina católica que*

profesamos y profesa la nación, y, en consecuencia, la conciencia nos exige declarar categóricamente ante usted, señor Presidente, que en caso de darse esa ley, *cumpliremos nuestros deberes, sufriremos el arresto y demás penas que se nos quiera imponer y arrostraremos, Dios mediante, las consecuencias de la actitud que hoy tomamos en cumplimiento de nuestro más sagrado deber*".

A las reiteradas instancias del Excmo. señor Presidente pidiéndole quisiera retirar esta protesta, o por lo menos, que no se publicara, el valiente arzobispo no hacía más que repetir el *non possumus* de los pontífices. "No podemos, excelentísimo señor, debemos cumplir primero con nuestro deber"; actitud tanto más encomiable cuanto que hacía pocos meses que ese mismo presidente había propuesto al congreso para arzobispo de Lima a monseñor Lisson, antes obispo de Chachapoyas.

Al día siguiente la palabra del metropolitano era leída y comentada por todos y la prensa limeña publicaba la adhesión incondicional de las principales damas de la ciudad de los reyes, firmada en primer término por la señora del presidente de la República.

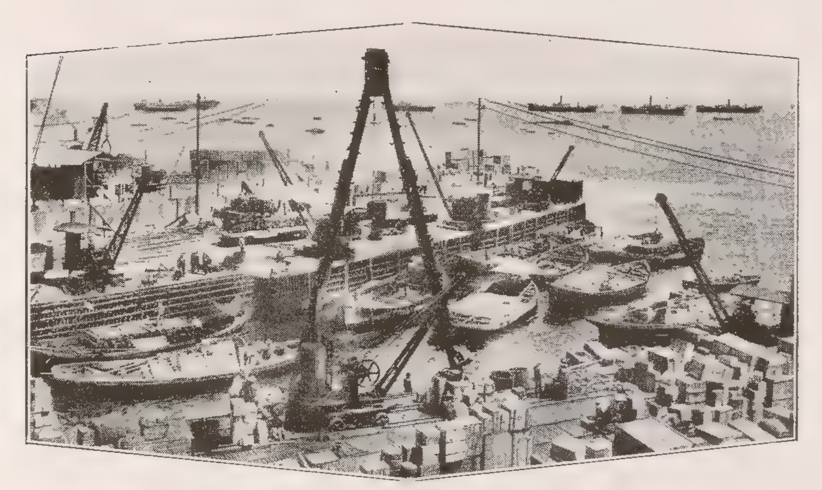
Ojalá auras tan reconfortantes de fortaleza y de valor cristiano sirvieran de ejemplo en todas partes y en especial para los arequipeños que siempre se distinguieron por sus convicciones netamente católicas. Valdría la pena que consecuentes con el carácter viril que les distingue, despertaran de la modorra y del marasmo y se lanzaran resueltos a la lid, *pro aris et focis*, descalificando con su actitud y sus obras al autor del proyecto y a cuantos se empeñan hoy en día en descristianar ese pueblo.

*

La vía férrea que pone en contacto a la ciudad de Arequipa con Mollendo, ofrece también al viajero fuertes emociones por sus cortes y terraplenes para salvar los precipicios, las vueltas y curvas rapidísimas, sobre todo al principio y luego

antes de dejar del todo la montaña para ganar el llano de la costa. Se admiran aquí las famosas *tres curvas* que envuelven como una sierpe altos y redondeados montes, cubiertos de vegetación, en fuerte contraste con la pampa de *Islai* que les precede, extensión inmensa de arenas movedizas que al ser sacudidas y aventadas por los vientos, forman ondulaciones simétricas y dunas caprichosísimas, muy semejante a las olas del mar.

Mollendo con sólo tener 4.000 habitantes es puerto de



El Muelle. Mollendo

bastante movimiento, por ser el segundo del Perú y punto obligado de importación y de exportación de los departamentos del Sur. Está construída en una gran región árida y para proveerse de agua ha menester traerla de la sierra, a 85 millas de distancia por medio de un acueducto de fierro que diz es el mayor que se conoce. El mar es bravísimo, haciéndose a veces muy peligroso el embarque y desembarque. ¡Y quién lo creyera! Allí muy cerca, según cuentan las crónicas, existe un paraje, muy indicado para puerto, pero el favoritismo y los intereses creados de los grandes, moneda corriente en *South* América, inclinaron la balanza a favor de Mollendo.

CAPÍTULO XXVII

El Callao. — Lima, su situación y fundación. — Ventajas y desventajas de sus modernos progresos. — Las alamedas de Acho y de los Descalzos. — Parque de la Exposición. — Avenida Colón. — Idea general de sus monumentos, edificación, suburbios y balnearios. — Clima y carácter.

Con las ansias que es dable imaginar desembarcamos en el puerto del Callao y estábamos a las puertas de Lima. Los doce kilómetros que la separan los salva la ferrovía o el tranvía eléctrico en pocos minutos y no había para qué demorar en este puerto que cuenta hoy 45.000 habitantes, contando con las dos contiguas poblaciones de Bella Vista y La Punta, donde actualmente se encuentra la escuela naval. (1)

Llegábamos por fin a "la muy noble, insigne y muy leal ciudad de los reyes del Perú", según reza la leyenda de su escudo compuesto de dos águilas coronadas, las columnas de Hércules, tres coronas de oro sobre campo azur y la estrella de oriente en la parte superior, o sea, a Lima, "la ciudad tres veces coronada" que, por sus leyendas, riquezas y tradiciones, goza en la historia el privilegio de haber sido la más afamada capital de la América española.

Situada en una amplia y fértil llanura que se inclina suavemente sobre el océano Pacífico, ocupa ambas márgenes del río Rimac—del que por corrupción le vino el nombre de

---

(1) El cambio operado en la fisonomía moral y religiosa del Callao, data de doce años a esta parte, desde que los canónigos Regulares de la Inmaculada se hicieron cargo de la parroquia principal, notándose una reacción muy favorable, y pudiendo hoy los sacerdotes transitar por todas partes, sin recibir como antes el insulto soez de la maleada e inculta plebe.

Lima—teniendo a su espalda la gran cordillera de los Andes, cuyas últimas estribaciones se acercan a pocas millas de sus puertos, envolviéndola y rodeándola en majestuoso anfiteatro que le sirve de fondo.

La ciudad de Francisco Pizarro, fundada en 1535 y que tanta importancia adquirió en tiempos del virreynato, decayó desde los días de la independencia y se eclipsó poco a poco, hasta que en la guerra del Pacífico de 1879, cedió su corona de reina del mar del Sur al vencedor. Sin embargo desde entonces acá, ha resurgido como el fénix de sus cenizas, habiendo alcanzado, en estos últimos años, un desarrollo inmenso. Demolidas sus antiguas murallas, hánse abierto grandes y espaciosas avenidas, parques y jardines, embellecido sus antiguas plazas, aumentado otras modernas, levantado hermosos edificios públicos, artísticos monumentos, cambiado y hermoseado los suburbios y tendido el riel del tranvía eléctrico por toda el área urbana y alegres y risueños pueblitos veraniegos de la costa del mar.

Y con esto, cabe preguntar ¿ha ganado la histórica ciudad de los reyes? Mucho desde el punto de vista edilicio, de comodidades y moderno conforte, pero a mi juicio ha perdido no poco desde el punto de vista histórico, tradicional y poético. Yo no sé por qué, pero lo cierto es que hay ciudades—y Lima es una de ellas—que, por la estela luminosa del pasado, por el surco hondo y peculiar que han trazado en la historia y que les da carácter, debieran ser intangibles, por lo menos en su núcleo urbano, teatro de acción de las pasadas progenies. Su historia, sus tradiciones y leyendas encuadradas están en su marco colonial sobrio y severo que le da carácter y fisonomía propia. Su solo nombre despierta ideas de costumbres medioevales, de hábitos señoriles de cristianismo y de fe, de orden, de moralidad y de respeto a instituciones y autoridades, de arreos nobiliarios, de aristocracia; no tanto de blasones y modales, como de sangre, de sentimiento y de virtud varonil y caballeresca, de casonas, palacios y mansiones solariegas con amplias galerías y cortiles y artesonado y mobiliario sobrio,

vetusto y clásico. Todo esto vibra y se estremece, como una evocación de los tiempos idos, al sólo pronunciar su nombre. Lima, o es esto o es nada. Vale y valdrá siempre, no tanto por lo que es, sino por lo que fué. De ahí que todo cuanto tiende a debilitar y menoscabar ese ambiente de vetustez, de arte colonial, de nobleza y aristocracia señoril que ha constituído en el pasado el timbre y blasón de su grandeza, siquiera sea hermoso y deslumbrante, sea anodino y exótico y aparezca como una profanación de lo que debiera ser intangible y sagrado.

Por lo demás no es que se haya modernizado tanto de no conservar todavía rastros venerandos de su antigua realeza, nó. Ahí están sus templos y casas consistoriales, sus balcones colgantes y moriscos, sus tallas y retablos, sus antiguos edificios públicos, sus conventos y casas religiosas, sus portales y fachadas labradas en piedra y hasta su antigua nomenclatura de ruas y de plazas, salvando en parte el aspecto, el perfume y encanto poético de esa vieja ánfora colonial. Guardara así también incólume parte preponderante siquiera de su antiguo espíritu, de sus bizarras hidalguías y caballerescas modalidades que fueron el alma y quintaesencia de la ínclita ciudad, cuna de la mejor y más perfumada Rosa del continente americano.

*

En tiempos de la Colonia, los dos mejores paseos de Lima eran la Alameda de Acho, que partiendo desde el antiguo puente de piedra iba a terminar en la Plaza de Toros, hoy en el nuevo puente llamado Balta, y la Alameda de los Descalzos, así llamada porque finaliza en la iglesia de los Recoletos Descalzos al pie del monte San Cristóbal y de cuyo convento fué prior San Francisco Solano. Este paseo es una doble avenida de un kilómetro de largo, con un jardín central, adornado de flores, plantas y árboles tropicales, doce estatuas de mármol representando los signos del Zodíaco, jarrones y bancos marmóreos y una hermosa verja de fierro de dos metros de altura que antes

encerraba el jardín en toda su extensión. Con mal acuerdo, mandada remover ésta en años anteriores por la municipalidad, hoy quedan todavía restos de aquélla como muestra palmaria de desidia edilicia que, si tuvo alientos para quitarla, le faltaron fuerzas para terminar su obra.



Alameda de los Descalzos

Hoy en día sin embargo, la calle más frecuentada y aristocrática de Lima es el Girón de la Unión, y el paseo que monopoliza el movimiento social limeño en los días festivos, sobre todo, es el Parque de la Exposición (12 hectáreas)—donde está el palacio del mismo nombre en el que se visita el museo nacional, el jardín zoológico y botánico—y la Avenida Colón, centro del barrio más moderno de Lima, que arrancando del parque va a terminar a la plaza Bolognesi. Toma su nombre de la estatua en mármol de Colón que ocupa el centro del jardín de este paseo y que representa al descubridor de América en ademán de sostener a una india arrodillada. El grupo, del escultor Ravelli, está sustentado por un bajo y pequeño pedestal que le resta mérito artístico. Ha servido de modelo para el monumento que se alza en el puerto de Colón, en Panamá.

Ni ésta, ni la humilde estatua de San Martín en el acto de declarar la independencia del Perú, al pie de una pequeña columna de mármol, coronada por una figura de mujer alada, que simboliza la gloria, que está en la Plaza de la Exposición, ni la bastante artística estatua ecuestre en bronce, sobre pedestal de mármol blanco, con bajos relieves de las batallas de

Junín y de Ayacucho, que inmortaliza al libertador Simón Bolívar, en la Plaza de la Inquisición, ni la esbelta columna de mármol de Carrara, coronada con la estatua de la Victoria, que conmemora el triunfo de los peruanos sobre la flotilla española, en el Callao, el 2 de mayo de 1866, ni otro alguno, puede compararse con el monumento al coronel Bolognesi que se yergue airoso en la plazoleta terminal del Paseo Colón, a la que convergen seis hermosas avenidas y es como el punto culminante de la elegante calzada de coches y de autos de la aristocracia limeña.

Sobre un basamento de granito se alza la columna de mármol blanco que muestra en su cúspide la estatua broncínea del héroe del Morro de Arica que, con tranquilidad espartana, contestó a la invitación de rendirse que le hiciera el enemigo: "Tengo deberes sagrados y los cumpliré quemando el último cartucho". Provocación o reto a muerte, dice Sáenz Peña, soberbia frase de varón, condigno juramento de soldado que no concibe la vida sin el honor, ni el corazón sin el altruismo. El gran Querol ha sorprendido al héroe en un momento psicológico dificilísimo, acaso único, aquél en que herido mortalmente le flaquean las piernas y va a desplomarse al suelo, como una torre blindada, oprimiendo empero a su corazón la bandera patria y con el brazo derecho desfallecido ya, oprimiendo aún débilmente su revólver. Es una expresión admirable, digna de un héroe de leyenda, que uno no se cansa de contemplar. Soberbios sobre toda ponderación son también los altos relieves en bronce. Representa uno, un episodio de aquella contienda inmortal en que soldados anhelantes, arma en brazo embisten a bayoneta calada y otro, aquel hecho legendario de Manuel Ugarte que envuelto en la bandera de su división, pica su caballo desde el Morro hacia el abismo, buscando tumba gloriosa en el mar, antes de caer en manos enemigas. Caballo y caballero ruedan despeñados, en actitud tan natural y verista, que aquello es una escena viva. Este monumento es considerado como uno de los mejores y más artísticos de Querol y de los más afamados de Sud América.

*

La ciudad forma un triángulo, cuyo lado más largo descansa sobre el río. Las calles están trazadas en línea recta. Las casas son generalmente cómodas y espaciosas; pocas son las que tienen tres pisos, siendo de dos por lo común; el material empleado en la mayor parte de los edificios es de adobe sobre cimiento de piedra o de cal y ladrillo, el segundo piso es sumamente liviano, es un armazón de madera, como una jaula, rellenado de argamasa primitiva, los techos, como llueve tan poco, son de madera, una capa de paja y una cubierta o lechada de barro, lo que está de acuerdo con lo aseverado por el autor de la "Descripción universal de los indios" obra escrita a fines del siglo XVI: "son las casas de adobes cubiertas con unas esteras y un poco de barro, que como no llueve en la tierra, basta". La parte edilicia en pavimentación, aseo e higiene de calles y casas, no condice con la importancia de la ciudad. Sin que pueda llamarse una ciudad sucia, no es ciertamente limpia y eso que gran parte de la limpieza urbana la hacen los innumerables galináceos, especie de cuervos con carta de ciudadanía, que tranquilamente revolotean por todas partes, sin mayores exigencias que los derechos a la vida, que todos se la respetan, en pago de sus tan benéficos y humanitarios servicios.

Los suburbios, huertas y conventos antiguos han sido convertidos en hermosas avenidas y en establecimientos públicos y privados. La plaza principal—no muy distante de la antigua capillita o ermita donde se celebró la primera misa en Lima, sita en la calle Trujillo—consta de dos hectáreas, embellecida de amenos jardines de palmeras, tiene en el centro una hermosa pila de bronce construída en 1650. El costado norte lo ocupa el palacio de gobierno, antigua residencia de Pizarro, el este, la catedral y palacio arzobispal, de tres pisos, en construcción todo de piedra y que una vez terminado, será grandioso, el oeste, las casas consistoriales con sus tradicionales portales y el sur, comercios y edificios de lujo. Aun se indica

en este costado el sitio que ocupaba la casa desde donde salieron, hacia el mediodía del domingo 26 de junio de 1541, los 19 conjurados, dirigidos por Rada que invadieron repentinamente el palacio del frente y asesinaron al marqués gobernador don Francisco Pizarro.

El número de manzanas que en 1858 apenas pasaba de 200, hoy pasan de 300, sus plazas de 35 y sus calles de 400. Complemento indispensable para formarse una idea de Lima, así a vuelo de pájaro, son sus risueños pueblitos veraniegos de la costa del mar. Existen también parajes de sierra, sobre la línea del ferrocarril a Oroya—la más alta del mundo, que atraviesa la cordillera a los 4.830 metros de altura, enlaza con el panamericano y pone en comunicación Lima con Cerro de Pasco y la meseta del Alto Perú—como ser Chosica a dos horas de la ciudad y un poco más distante y a mayor altura Matucuna, ambos muy frecuentados y destinados a ser con el tiempo, los sitios predilectos de los que prefieren climas secos, frescos y sanos de montaña. Pero durante el verano, Lima entera se derrama, puede decirse, sobre la playa.

Prescindiendo de las estaciones balnearias de Ancón, a 25 millas al norte de Lima, célebre también por sus tesoros prehistóricos y por el tratado de 1883 que hizo el Perú con Chile, a raíz de la guerra del Pacífico, de La Punta situado en la península del Callao y La Magdalena, frecuentados por multitud de bañistas, llévanse la palma, sin duda alguna, Miraflores, Barrancos y Chorrillos, unidos por la misma línea de tranvía eléctrico que hoy se prolonga ya hasta Herradura, otro simpático balneario más allá de Chorrillos. Este, antes de la guerra fué el más frecuentado y aristocrático y si bien completamente destruido por el ejército invasor ha sido reconstruido y hoy es un adelantado suburbio de cuatro mil habitantes. Ha cedido empero en importancia en estos últimos años a Barrancos y acaso también a Miraflores. La corta distancia de 35 minutos de tranvía desde la ciudad hasta Chorrillos, atravesando las sombreadas avenidas de Barrancos y Miraflores, matizadas de graciosos y sencillos "ranchos", como allí se les llama a los

palacetes y casitas veraniegas, permite a todos, hasta al último y más pobre limeño, tomar baños de mar todos los días. Y así es en efecto; hombres y mujeres, niños y grandes, ricos y pobres, invaden diariamente en la época de los baños los democráticos vehículos y se dan el lujo de una ablución de mar, barata y provechosa.

Chorrillos está edificado en una abrigada ensenada al pie del Morro Solar que se eleva a dos mil pies de altura. Al extremo de la población y casi al pie mismo del Morro están las casillas de baño y el malecón de la costa, prolongación del cual es una calzada suficientemente amplia para peatones que, rodeando el descantillado Morro, lleva hasta "La Herradura", ofrenda a las familias un paseo agradabilísimo en que se goza del soberbio espectáculo de las olas que van a quebrar sus furores contra las rocas, esparciendo al viento su rizado manto de perlas.



Una calle en Chorrillos

Y baste con lo dicho. Dejo a otros la grata tarea de reseñar los modernos adelantos y progresos de la noble metrópoli peruana, describir, estudiar y ponderar su escuela naval (en La Punta, cerca del Callao), la penitenciaría, la escuela militar, granja-escuela, cementerio, manicomio, universidad, colegio de Guadalupe, biblioteca nacional, sociedad geográfica, ateneo y tantos y tantos monumentos, edificios, institutos y centros científicos o culturales, algunos de los cuales visité con sumo agrado e interés; para mí, como siempre, la humilde labor de rastrear y consignar una u otra de las obras de arte y reliquias del pasado. Mas esto en el capítulo siguiente y des-

pués de haber dicho dos palabras acerca del clima, carácter y modo de ser de los bondadosos y simpáticos limeños.

*

Impresiona no poco al que por primera vez llega a la ciudad de los Reyes, su clima y el carácter de sus habitantes. Si alguna vez fué verdad la influencia decisiva de aquél sobre la índole de éstos, lo es ciertamente aquí. Decir que en Lima no hace ni frío ni calor, ni hay vientos ni lluvias, ni truenos, ni relámpagos, ni sol...iba a decir—y eso que el *Sol* es el protagonista obligado de indios, judíos y cristianos—ni nada que moleste o excite la epidermis para tener sensación de algo, es decir una vulgaridad de todos conocida. Nadie que no lo haya experimentado creería nunca hasta dónde llega esta monotonía, mejor dicho, atonía climatérica que, si en los primeros días pudiera placer, concluye muy presto por enervar y aplastar el organismo al grado que uno anhela—si no está ya habituado, porque *ab assuetis non fit passio*—con ansias vivas, sentir alguna racha helada o asfixiante, un cachito de *pampero* siquiera, algo en fin que le azote el rostro, le saque de quicio un instante, le hiera, fleche, aguije o zarandee en alguna forma. Pero nó, todo esto sería allí exótico y de mal tono. El clima es suave, apacible, uniforme y enervante. Las estaciones bien marcadas son dos solamente: el invierno de junio a diciembre y el verano el resto del año, con temperaturas entre 12 y 18 la primera y entre 18 y 28 la segunda. Los meses de julio y agosto que son lo más lluviosos, dan, *algunas veces,* la máxima de 9 mm., pero en general las lluvias no pasan de 1 mm. Los vientos que allí reinan son los del S. E. y de tales sólo tienen el nombre; apenas si alcanzan a ser suaves brisas o *venticelli* de abanico. El sol mismo es prudente, esquivo, retraído y misántropo. Salvo, pues, un tantico de frío, en pleno invierno, en razón más que de la temperatura de la humedad de la atmósfera, el calorcito más enervante del verano y lo que los limeños llaman *¡aguacero!—risum teneatis—*

que no es más que una llovizna cernida en finísimo cedazo que, en casos dados, no alcanza a empañar los anteojos, todo lo demás relativo a cambios atmosféricos no se conoce en la ciudad de los Reyes, tranquila siempre y envuelta en nieblas, semanas y meses, durante los cuales el rubicundo Febo duerme sus siestas eternas y a lo sumo si abre por un instante su ojo velado y lo vuelve a cerrar, como un gigante cansado de la vida y harto de ver tanta miseria en el mundo.

En perfecta armonía con el clima es el carácter general del limeño; su índole mansa, pacífica y conciliadora, sus modales suaves, suavísimos, finos y pulcros y hasta un tantico pegajosos dan la sensación del refinamiento social más acabado, máxime en el elemento distinguido y aristocrático. Hay predominio de zacarina, de miel y de merengues, sobre la hombría, la virilidad y el carácter. Figurillas de cera de color pálido y mirada errante, muestran los niños, los jóvenes y con más fuerte razón las jóvenes, pobreza de sangre, de energía y de vigor que caracteriza a las razas fuertes. Tipos hermosos por lo demás de facciones correctas, pulidas y graciosas que visten con garbo y distinción, tórnanse muy agradables y simpáticos, aunque lánguidos y al parecer, afeminados y muelles. Lo que serían si hubiese mayor vibración de vida, ese algo que en el hombre, sobre todo, es blasón de su sexo, signo inequívoco de carácter, de empuje, de energía y contorneo de varón. Cualquiera diría al verlos que todo lo que significa esfuerzo, tesón, dificultades y obstáculos les apocara y amilanara, aunque no sea así, que la vida regalada y muelle, el *dolce far niente,* el refinamiento y sibaritismo, fuese su atmósfera normal, su ocupación predilecta. La falta de voluntad, la abulia del neurasténico parece dominarles y no es sino la resultante obligada y fatal del clima que los amodorra y enerva.

Pero donde el fenómeno es más típico y más palpable la observación es en los colegios, precisamente porque la pajarera suele ser grande y los gorriones nerviosos y saltarines. Los juegos son generalmente moderados y tranquilos, los pillastres no gritan, ni se excitan, ni entusiasman gran cosa que digamos.

Los choques, piques y reyertas, las actitudes resueltas, las discusiones acaloradas, violentas y trágicas, a veces, tan propias e inevitables en niños y jóvenes a quienes les hierve y burbujea la sangre por las venas, son casi desconocidas. Y así discurriendo sobre este plano, huelga suponer cuán floja sea la voluntad y consagración a los estudios y los aprietos y angustias en que se verán los educacionistas, quienes, al decir unánime de todos, no disponen de recursos suficientemente poderosos de emulación, ni de medios aptos para despertarles el entusiasmo y el amor propio bien entendido que, hacen prodigios en esa edad y fijan definitivamente en la mayor parte de los casos, la orientación de la vida. Arquímedes pedía un punto de apoyo para mover la tierra, el pedagogo pide también un principio de amor o de odio, o de cualquiera otra pasión para desarrollar su acción educadora, quitando, añadiendo, podando o reformando; pero cuando todo esto le falla ¡oh! cuán ingrata y difícil se torna su nobilísima misión. Y todo, todo, volvemos a repetir, es consecuencia lógica del clima enervante que allí reina y a pesar de las eximias cualidades que adornan a los jóvenes y moradores de aquella clásica e histórica ciudad.

Sin embargo no debe juzgarse, por lo dicho, que sea éste el carácter dominante del peruano que, si generalmente manso, bondadoso y amable, tiene rasgos y líneas firmes que le distinguen con honor entre las otras naciones del continente americano. Quien sólo conozca Lima y no haya recorrido el interior de la nación, ni tratado a esos serranos que pueblan sus dilatadas y abruptas cordilleras, esté seguro, no ha pulsado el corazón del país, no conoce suficientemente la noble característica de ese pueblo.

CAPÍTULO XXVIII

Lima y Santa Rosa. — Una decepción inesperada. — Casa de Santa Rosa. — Iglesia, reliquias y obras de arte. — Altar de la Santa en Santo Domingo. — Reliquias de los beatos Martín de Porres y Juan Macías. — La arquidiócesis y catedral de Lima. — Los restos de Francisco Pizarro. — Su muerte. — Reliquias de Santo Toribio. — Tesoros y obras de arte de la catedral. — Santo Domingo. — La universidad de San Marcos. — Reliquias artísticas. — El altar de la Virgen del Rosario. — San Francisco el Grande. — La sillería del Coro. — San Francisco Solano. — San Agustín. — Iglesia de Belén. — San Pedro y los jesuitas. —La capilla de la Penitenciaría. — Un tesoro desconocido. — Museo nacional. — Colección particular de don Javier Prado Ugarteche.

Lima y Santa Rosa son dos términos correlativos que mutuamente se predican y complementan. Si el viajero que llega a Lima, no es un despreocupado en materias religiosas, no puede prescindir de su mejor hija, de la excelsa y admirable virgen que con la fama de sus virtudes tiene llenado la América y el mundo.

Un católico argentino, máxime si sacerdote que por vez primera arriba a la ínclita ciudad de los Reyes, cree a pie juntillas, dada la universal devoción y el culto que en nuestra patria se le rinde a Santa Rosa de Lima, que en la capital peruana la excelsa virgen ha de ocupar el primer sitio y ser como el imán de los corazones católicos y su santuario el centro obligado de la piedad, culto y devoción de aquel dichoso pue-

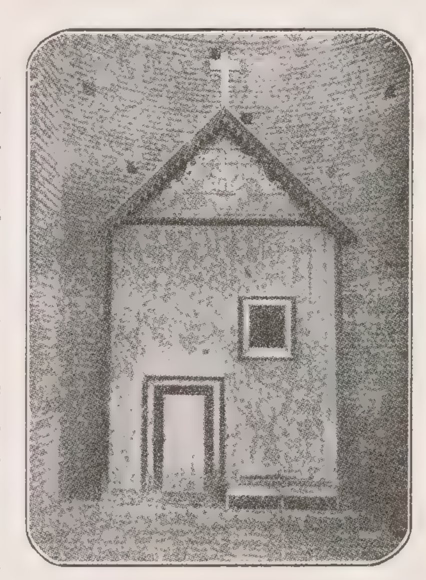
blo que, cual otro ninguno, puede enorgullecerse de haber tenido la más pura y fragante Rosa que perfumó el continente americano. Pero se equivoca quien tal piensa. En Lima, aunque suene a dislate, Santa Rosa es poco conocida y menos aun honrada, entendiéndose todo esto *cum mica salis.* Y si esto sucede con la preciada Rosa de Santa María ¡qué decir de Santo Toribio, el preclaro e inmortal arzobispo de Lima y padre, puede decirse, de la iglesia americana! Confieso que sufrí aquí una dolorosa decepción. Doblemos empero la hoja y comprobemos una vez más que en casa de herrero, cuchillo de palo. Análoga cosa sucede, por lo general, en los pueblos, asientos de célebres santuarios. *Non ti curar di lor, ma guarda e passa!...* El mismo día de nuestro arribo y no obstante el delicado estado de nuestra salud, fuimos a postrarnos ante las reliquias de la popular virgen americana, en la iglesia de su nombre, atendida desde pocos años ha, por los padres dominicos españoles, enclavada en parte del terreno que fué su casa paterna y donde ella nació en 1586. Es una iglesia relativamente pequeña y pobre, de una nave, pero grande y muy rica por las reliquias que guarda. Varias veces se ha pensado en levantar un santuario digno de la santa y de la nación peruana. Hoy felizmente despejada la parte principal del fundo doméstico y echados ya los cimientos del futuro santuario nacional, es de creer sea llevado a feliz término, aunque por el momento los trabajos están paralizados por falta de recursos. (1)



Pozo de Santa Rosa

(1) Mientras corrijo las pruebas encuentro en un diario lo siguiente: *Una grandiosa y original basílica se va a levantar en Lima en honor de Santa Rosa.* — Con fecha 21 de Marzo ppdo. escriben de la capital del

Casa de la Santa. Del antiguo hogar paterno, sólo se han respetado dos cosas que hoy quedan encerradas dentro del perímetro del futuro santuario: el pozo o algibe donde la Santa tiró la llave de sus cilicios, después de habérselos ceñido fuertemente a su cuerpo inmaculado, como para no poderlos aflojar ni sacar mientras viviera, y la pequeña ermita, trabajada por sus propias manos en el fondo del huerto y adonde iba a recrearse en celestiales coloquios con su divino esposo. Tendrá aproximadamente este microscópico retrete dos metros de frente, por cincuenta centímetros de fondo y uno y medio de alto, correspondiendo a la pared del frente una puertita de 0.50 centímetros de altura y que



Ermita construída por Santa Rosa

Perú las siguientes interesantes líneas: "El arzobispo de Lima, monseñor Emilio Lisson, prosigue con todo entusiasmo en su labor de realizar el proyecto de una basílica a Santa Rosa de Lima, a erigirse en la capital de la República, como homenaje a la más preclara de las mujeres del continente sudamericano. Trazado el plan del monumento por el arzobispo — iniciador — se advirtió que esto demandaría un gasto de tres millones de soles, lo que no arredró al prelado, quien se ha dirigido a los católicos del país iniciando una gran subscripción nacional. La arquitectura de la basílica será de carácter exclusivamente peruano. Para ello, las columnas necesarias a la sustentación de los varios cuerpos del templo, afectarán la forma de las palmeras de los bosques peruanos y con sus ramas completarán los medios puntos de los arcos de las bóvedas. La fachada será un armonioso conjunto de la arquitectura incaica, tomando sus motivos principales de la civilización quichua. Para la parte alta se resolvió adoptar los detalles del Coricancha, del templo de Viracocha y de otros edificios incaicos. La base será trabajada con piedra poligonal y en el primer cuerpo se copiará, cuanto sea posible, el palacio de Huainacapac. Las balustradas, así como los pumas de las cuatro grandes entradas, se han tomado de las ruinas de Chinchorros. El interior del templo afectará, en su forma curva, la de una rosa, y estará rodeada de 16 capillas que representarán otros tantos pétalos. En el centro de la rotonda estará el sepulcro de Santa Rosa, y sobre él un altar severo de mármol, bajo un dosel de cuatro grandes palmeras de bronce. Todo el interior de la basílica deberá representar una selva americana, y las sesenta columnas que sostendrán los

obliga, como es claro, a inclinarse profundamente para poder entrar. Trabajada con grandes adobes asentados sobre barro, muestra una pequeñísima ventana y un techito de tablas que ha reemplazado, según dicen, al antiguo pajizo que tenía. Está interiormente revocada con barro y muy a la ligera, con la particularidad muy digna de notarse, que, para esto, el instrumento usado fueron sus propias manos, estando todavía visibles los trazos y huellas de sus dedos. Dos reclinatorios unidos, por no haber un palmo de terreno más, permiten arrodillarse a dos personas simultáneamente y orar delante de una bellísima imagen antigua al óleo, de la Santa.

Iglesia. Domina el altar mayor un gran lienzo antiguo, de excelente factura, en el que se ve a Santa Rosa, acompañada de Santa Catalina, Santo Domingo y un angel, entrando, entre nubes y arreboles de luz, a los cielos.

En el primer altar lateral, del lado del evangelio, donde se conservan sus principales reliquias, aparece en el centro una estatuita, como de un metro de altura, del Niño Jesús, un tanto tosca y primitiva que perteneció a la Santa, conocida vulgarmente con el nombre de *El Doctorcito,* como ella cariñosamente le llamaba, porque a él encomendaba los enfermos y por su intercesión les obtenía la salud, especialmente a los que se atendían en el hospital contiguo a los fondos de su casa, hoy convertido en escuela de ingenieros. Hay también en este altar una tibia de la Santa, el anillo de sus desposorios con Jesús, una cruz erizada de puntas con que martirizaba su cuerpo virginal, un brazo, un mechón de sus cabellos y otra cruz muy parecida a la anterior.

En otros dos altares laterales se veneran: el Cristo de los Favores, crucifijo casi de tamaño natural, delante del cual

---

techos representarán palmeras con cuyas ramas superiores quedarán hechas las bóvedas. Ya era tiempo que la Santa Peruana descansara en un sitio que correspondiera a su fama y donde podría ser venerada por los fieles de América."

oraba frecuentemente la santa virgen y de cuyo costado saltó un chorro de agua tan fresca y refrigerante que dejóla divinamente regalada, un día en que consumida por las llamas del amor y las ansias de comulgar, pedía y urgía con sin iguales y abrasados fervores; dos cruces de regular tamaño que cargaba sobre sus hombros cuando hacía el vía crucis en el huerto de su casa, una carta de su puño y letra escrita a la esposa del contador Maza, su amiga y protectora, dos trozos de árboles por ella cultivados en el huerto de su casa, un gran clavo de fierro como de una cuarta de largo al que ataba fuertemente su cabellera para no dormirse, mientras por largas horas vacaba a la oración, una tabla del primitivo ataúd en que descansaron sus huesos y un poco de tierra de su sepulcro.



El doctorcito de Santa Rosa

Hay además un pie flexible del beato Juan Macías y otra reliquia insigne del beato Martín de Porres, contemporáneos de Santa Rosa.

Las principales obras de arte de esta iglesia la constituyen un hermosísimo cuadro de la virgen, rodeada de ángeles, de pincel clásico ciertamente, dos cabezas pequeñas, de la Santísima Virgen y otra del Señor, bastante buenas y la célebre *Virgen de Belén* que a su extraordinario misticismo y valor artístico aúna el mérito de la historia y del prodigio.

Delante de este cuadro, contaba un día a la santa doña María de Uzátegui, esposa del contador don Gonzalo de la



Vírgen de Belén de Santa Rosa

Maza (1) los grandes milagros que Dios hacía por medio de la imagen de Nuestra Señora de Atocha que se venera en Madrid.

"Oía Rosa, dice su biógrafo Osende, el interesante relato con los ojos clavados en la imagen que tenían delante, como si estuviera enajenada y absorta. Pero advirtiendo que la religiosa matrona se apartaba de su asunto hablando de otras casas, llamóle la atención diciendo: *Pasa adelante, madre mía, pasa adelante: dí todo lo que sabes a este propósito que parece que te olvidas del asunto.* Por el tono con que dijo estas palabras y la expresión de su semblante, conoció doña María que algo misterioso había pasado entre Rosa y la santa imagen. Después de complacerla, la interrogó sobre esto, a lo que contestó la Santa sin rodeos ni vacilaciones:

"Mientras tú referías los milagros y portentos de la imágen de Atocha, ésta que tenemos delante, daba señales de alegría extraña, volviendo hacia nosotros sus ojos hermosísimos y haciendo demostración como de querer salirse del cuadro y venirse hacia nosotras. Y el divino Niño que tiene en los brazos y que estaba mamando y dormido, soltó el pecho y volvió el rostro a oir las alabanzas y excelencias de su madre".

Durante la interrupción el divino Niño volvió a tomar el pecho, por lo cual Rosa instó a la señora para que continuara su narración a fin de que se repitiera el prodigio, cosa que se verificó, quedando el soberano Niño con el rostro vuelto, tal

(1) Grandes bienhechores de Rosa y en cuya casa vifió la Santa querida y respetada como una hija. La casa del cristiano contador fué transformada, más tarde, en lo que hoy es Monasterio de Santa Rosa.

como se encuentra hoy día; pues, por fortuna nuestra este cuadro precioso y venerado se ha conservado y se venera en el santuario de la misma santa en el altar del Rosario''.

Plácenos completar la reseña de las reliquias que aun quedan en Lima de Santa Rosa.

En el fondo de la nave derecha de quien entra al templo de Santo Domingo, está el altar de Santa Rosa de Lima, en cuyo centro resplandece una riquísima urna de ébano con guarniciones de plata que guarda el cráneo con varios otros huesos y un mantel de altar bordado por ella misma.

Un poco más arriba y de uno y otro lado del altar, vénse otras dos urnas más modestas, en las que descansan los restos de los beatos Juan Macías y Martín de Porres.

Debajo de la mesa del altar admírase una extraordinaria obra de arte: una estatua marmórea yacente de la santa, obra del cincel maestro de Caraffa, de una naturalidad y de un misticismo encantadores. La contemplación de esta bellísima estatua, trae instintivamente el recuerdo de aquella otra ya célebre aunque un tanto amanerada, de la trasververación de Santa Teresa del Bernini que se conserva en Roma. A través del mármol y no obstante el deleitable sopor y abandonada laxitud que adormece los miembros, siéntese, o mejor, adivínase el palpitar latente de la vida. Fué un obsequio del pontífice Clemente X que canonizó a la santa.

Dos años ha, con motivo del centenario de Santa Rosa, se ha colocado en la pared lateral de este altar un gran cuadro al óleo de un pintor italiano, representando la apoteosis de la santa y del que se ocupó favorablemente la prensa limeña. Como obra pictórica es buena, pero no satisface la composición, sobre todo en la parte superior, harto prolija y simétrica y por ende estudiada y monótona.

Finalmente en la vetusta iglesia de San Sebastián, la parroquia, según entiendo más antigua de Lima, después de la catedral, se conserva la pila bautismal de piedra roqueña, donde fué bautizada la bienaventurada virgen y también el

beato Martín de Porres, cuyas partidas bautismales tuve la curiosidad y satisfacción de leer en los viejos pergaminos del archivo parroquial.

—¿Y se administra el bautismo en esta pila? interrogué al señor cura.

—Aunque hay otra, me contestó, jamás se niega hacerlo en ésta, cuando se pide. Pero son raros, me añadió, contadísimos los casos que esto ocurre. Lo que viene a confirmar la escasa devoción que hay por la santa de Lima.

*

Una bula de Paulo III que data de 14 de mayo de 1541, constituyó la diócesis de Lima, con el título de San Juan Evangelista, siendo su primer obispo fray Gerónimo de Loayza. En 1545 fué elevada a la categoría de arquidiócesis y regida por Santo Toribio de Mogrovejo, llamado con razón, por su celo, prudencia y virtudes apostólicas y más que todo por sus sínodos diocesanos y concilios provinciales, ajustados a las normas tridentinas, por los que se rigieron las demás diócesis de América, el padre de la iglesia americana.

La suntuosa catedral que reemplazó a la primitiva iglesia, construída a raíz de la fundación de Lima, fué consagrada el 1.° de octubre de 1625 por el arzobispo Ocampo, habiendo durado noventa años su construcción, con varias interrupciones introducidas en los planos primitivos. El soberano español mandó se desenterraran los restos del conquistador Pizarro que descansaban en el contiguo cementerio y se trasladaran a la nueva catedral. El terremoto de 1746 convirtió el grandioso monumento en un montón de ruinas. La actual catedral edificada en 1758, si no tan rica y espléndida como aquélla, es sin embargo uno de los mejores y más imponentes monumentos arquitectónicos de América.

Este hermoso y amplísimo templo cuya fachada y torres han populariza-do ya los grabados, consta de tres espaciosas naves, cada una con nueve esbeltísimos arcos, y además diez capillas laterales, cinco de cada lado, con las que vendrían a ser cinco naves.



Catedral de Lima

En una de éstas descansan los restos del conquistador Francisco Pizarro, visibles hoy y perfectamente momificados en una urna o sarcófago de mármol con tapa de cristal. Su esqueleto revela haber sido alto y de una estatura poco común. Se señala aún en el cuello una como ligera cisura que parece descubrirse y que, según dicen, es la huella de la feroz estocada que recibiera.

Conocidas son en la historia las rivalidades y discordias habidas entre el marqués de los charcas don Francisco Pizarro y su compañero de conquista el adelantado y gobernador de Chile don Diego de Almagro. Muerto éste en la horca y confiscados por Pizarro los bienes de los almagristas, subió de punto el malestar y la división, al grado que, mientras Cristóbal Vaca de Castro, enviado por la corte española con plenos poderes para residenciar a Pizarro y arreglar las cosas del Perú, llegaba desde Panamá a Lima, los almagristas resolvieron jugar la última partida asesinando a Pizarro.

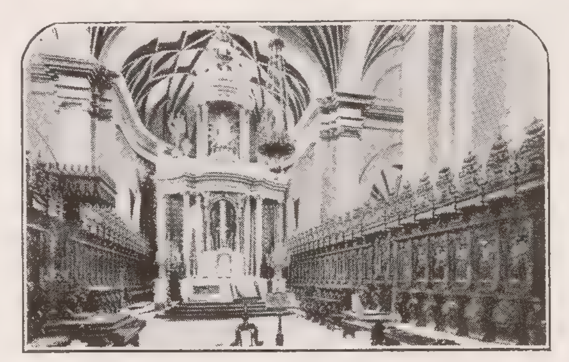
Supo éste por diversos conductos lo que se preparaba, pero de nada se percató, fiado en el terror que inspiraba su nombre. Llegó así, dice un autor, el domingo 26 de junio. Hacia el

mediodía invadieron repentinamente el palacio de Pizarro, 19 conjurados, dirigidos por Rada. Hallábase el marqués gobernador en uno de los salones, en tertulia con varios amigos, cuando entró un paje gritando: *Los de Chile vienen a matar a mi señor*. Huyeron los que a éste acompañaban. Sólo quedaron a su lado su hermano Martín de Alcántara, Juan Ortiz de Zárate y dos pajes. A pesar de sus años Pizarro se batía con los bríos de la mocedad y los conjurados no lograban pasar el dintel de una puerta defendida por el marqués y sus cuatro compañeros. A tiempo que Pizarro hería a uno de sus enemigos, empujado sobre él por Rada, Martín de Bilbao, dió en el cuello una estocada (en el pecho, según otros) al conquistador del Perú. Este sólo pronunció una palabra: ¡Jesús! Al caer hizo con el dedo una cruz de sangre en el suelo y la besó. Entonces Juan Rodríguez Barragán le rompió en la cabeza una garrafa de barro de Guadalajara y Pizarro exhaló el último aliento. Por la noche, dos humildes servidores del marqués lavaron el cuerpo, le vistieron el hábito de Santiago, sin calzarle las espuelas de oro, que habían desaparecido, abrieron una sepultura en el terreno que hoy ocupa la catedral de Lima y enterraron el cadáver. Encerrados en un cajón forrado de terciopelo con broches de oro se conservaron los huesos de Pizarro hasta que en julio de 1884 fueron trasladados a la capilla de los virreyes.

Así acabó sus días aquel excepcional aventurero y famoso conquistador, hijo bastardo de Gonzalo Pizarro, que apenas si sabía garabatear su firma, pero a quien le sonrió la fortuna como a ningún otro, vistió el hábito de los Caballeros de Santiago y era apellidado el *Gran Marqués* y fué adelantado, gobernador y capitán general de todo el territorio de la *Nueva Castilla* por él conquistado. ¡Oh! el triste fin de los predilectos de la gloria. ¡Cómo meteoros fugaces alumbran por un momento el escenario del mundo y se extinguen para siempre!

Pero volvamos a la catedral. El coro de canónigos que antes

ocupaba, a estilo de España, el centro de la nave principal, ha sido, con inmejorable acuerdo, trasladado a la parte superior. Aunque regia su sillería, tallada en cedro y caoba con innumerables, artísticas estátuas y ostentando por la parte exterior hermosos lienzos, no puede rivalizar a mi juicio, con la más pequeña pero más valiosa sillería de la catedral del Cuzco.



Coro de la Catedral

Las reliquias de Santo Toribio que se conservan en esta iglesia son: el cráneo intacto, dos tibias, varios huesos sueltos, dos sandalias, una casulla, un sombrero, la bula de canonización, una piedra ara, la consueta de la catedral, varias cartas y documentos en el archivo capitular referentes a su ordenación sacerdotal y consagración episcopal. Y, en la iglesia de Santa Clara está su corazón y un ornamento sagrado.

El tesoro de esta catedral, a pesar de su rica y valiosa custodia y de algunos cálices de mérito, no corresponde ni a su importancia ni a su celebridad. Guarda en cambio pinturas muy valiosas y artísticas.

En la iglesia del Sagrario adosada a la catedral, que hace de parroquia y en donde descansan los restos del arzobispo virrey don Melchor Linán y Cisneros, hay dos espléndidos cuadros de Murillo, representando uno a San Joaquín, Santa Ana y la Virgen niña y otro la presentación del Niño Jesús al templo. ¡Lástima que la excesiva altura a que están colocados, no permita apreciarlos y deleitarse en ellos con el dominio y quietud estética que uno quisiera!

No inferior a éstos sino superior y probablemente del

mismo insigne artista, hay en la sacristía, juntamente con otros varios cuadros de mérito, una visitación de la virgen a Santa Isabel, que es una eximia y acabada obra de arte. En la sala capitular, vénse, entre otras pinturas, una Inmaculada bastante buena, de autor desconocido, obsequio mandado por Carlos V a esta iglesia catedral y en la biblioteca capitular no menos de doce pequeños cuadritos, unos en tela y otros en bronce, lo mismo que un gobelino, de medianas dimensiones, de la Virgen con el Niño, de no escaso mérito. De este último, colocado a una respetable altura, nadie sabía ni sospechaba su clase; se le creía uno de tantos cuadritos antiguos, apagados y velados por el polvo de los años. Fué menester que este curioso rebuscador de cosas viejas y artísticas llegara allí a revolverlo todo y provisto de escaleras y de sillas y apoyado en dos fornidos compañeros, se trepara, no sin peligro, hasta examinar de cerca la pequeña joya y decirles lo que allí tenían. Y pase, en obsequio al arte, la menguada vanidadcilla, de este impenitente aficionado a cosas artísticas y bellas.

*

Santo Domingo. Templo y claustros de los más antiguos de Lima, muy dignos de visitarse. En sus mejores tiempos, el convento fué ciertamente regio: lo dicen esos claustros espaciosos y vetustos, las pinturas, artesonados y azulejos del siglo XVII, las salas, escaleras y pasadizos que aun cuentan, en el estado de deterioro que hoy se encuentran, grandezas de otras edades, restos magníficos de lo que fuera el primer local de la universidad de San Marcos.

La sola entrada a la casa ya predispone favorablemente el espíritu, porque se sienten auras y como aliento de pasados siglos. Traspuesta la portería se admira un amplio y espacioso vestíbulo o salón, un tanto oscuro y tétrico, pero de espléndido artesonado tallado en cedro, digno de una catedral antigua. Luego aparecen los macizos, pesados claustros, llenos de luz,

con sus arcadas superpuestas y en cuadro, elevados zócalos de vetustos, desteñidos azulejos castellanos, sello peculiar de la magnificencia hispana y pinturas y lienzos y marcos y artesonado muy deteriorados ya por la acción del tiempo. Felizmente se estaban restaurando los techos y artesonados del segundo piso, ya en estado de deplorable ruina.

La célebre universidad de San Marcos la primera del nuevo mundo, fundada en 1551, tuvo en esta casa su iniciación y primera sede. La actual sala capitular, hermosa, amplia y artística, muestra todavía, a más de la tribuna del virrey la otra, imponente y espléndida y de exquisita talla, que ocupaba el que había de defender las tesis en los actos públicos universitarios, tan sonados otrora, rumbosos y formulísticos.

En el centro de esta sala hay una escalera que conduce a la antigua cripta, donde descansaron, durante los primeros catorce años después de su muerte, los restos de Santa Rosa de Lima.

Las mejores obras de arte que posee la iglesia, están en la sacristía adornando el vestuario de madera que la rodea en giro. Son pinturas antiguas, de autores desconocidos, pero de un mérito excepcional algunas de ellas. La mejor, sin duda alguna, es un San Francisco a quien otro religioso está curándole la mano, de un empaste, colorido, dibujo y unción acabados. Es digno del pincel de Van Dyk. Síguele en mérito artístico un cobre de San Antonio con el Niño, hermosísimo y de clásica factura. Y luego, un San Juan Bautista, un San Jerónimo, un San Agustín, en cobre; un Santo Domingo, una Virgen con el Niño dormido y una Santa Rosa, en tela. Ocupa el lugar de honor un gran lienzo moderno de Samanez, pintor peruano contemporáneo, representando una caída del Señor, de buen colorido y regular composición. Otros dos enormes lienzos del mismo autor, uno de Santa Catalina, de factura exageradamente modernista y que pide a gritos mayor suavidad y unción, y la impresión de las llagas de San Francisco, el otro, de admirables efectos de luz y de perspectiva, en la parte baja, contras-

tando con el colorido fuerte y chillón de la superior, adornan las paredes de ambos lados del altar mayor.

Los dos altares dignos de notarse en esta iglesia son el de Santa Rosa que ya mencionamos en otro lugar y el de la Santísima Virgen del Rosario—a la que tanta devoción le tiene la sociedad limeña—que ocupa el fondo de la nave izquierda de quien entra. En el centro se venera su milagrosa imagen de vestir, la predilecta de Santa Rosa de Lima, ante la que oraba rendida esta alma angelical y recibía tantas gracias y favores de merecer un día celebrar sus desposorios con el gracioso Niño Jesús que tiene en sus brazos.

A los lados del altar hay dos pinturas ovaladas antiguas, una de Santa Rosa y otra de la Virgen de los Dolores, bastante buenas; y muy cerca del mismo un gran lienzo, de los desposorios de la santa virgen, de no escaso mérito, al parecer, pues la escasa luz que lo baña y el estado de deterioro en que se encuentra, no permiten apreciarlo debidamente.

San Francisco el Grande. De tres naves, severa fachada y torre, es uno de los mejores templos de Lima. Diz que costó 2.000.000 de duros. El principal claustro del espacioso convento (una parte está actualmente ocupada por el Seminario) guarda toda la magnificencia y carácter de su primitivo estilo que aun permanece intacto. Las paredes, en su parte baja, están, como el de Santo Domingo, decoradas de azulejos y las entalladuras del techo son también de gusto y mérito.



Iglesia de San Francisco

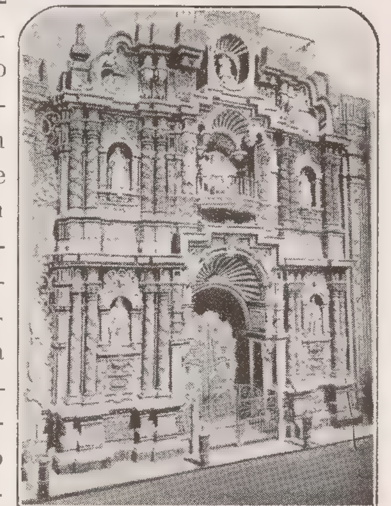
En el templo lo más digno de señalarse en materia de arte

y prescindiendo del monumento arquitectónico en sí mismo, es el valioso coro tallado en cedro con 38 estatuas, cuatro medallones (pinturas) antiguos de San Francisco Solano, el vestuario de la sacristía tallado y dorado con pequeñas esculturas de santos y una cruz con regio pedestal, de exquisita obra de mano, altos relieves de bronce e incrustaciones de nácar.

El altar del fondo de la nave izquierda está dedicado a San Francisco Solano. En él se venera el cráneo del santo, un hábito y otras reliquias más.

En lo que actualmente es noviciado (antes enfermería) está la celda donde murió el Santo convertida en capillita. Fuera de una gran cruz ante la cual oraba, colocada en un microscópico desván contiguo, no se conserva aquí ningún otro recuerdo de este gran apóstol de América.

Sobre el modesto altar, se guarda en cambio el cráneo de otro varón ilustre por sus virtudes y extraordinarios prodigios, del venerable hermano Gómez que atendió en la última enfermedad al santo. Son innumerables los milagros que hacía este hermano lego, con sencillez y naturalidad verdaderamente encantadoras. Véase la muestra. Como San Francisco sufriera en su última enfermedad una singular inapetencia, díjole un día el hermano Gómez: Pero hermano Francisco, dígame siquiera alguna vez qué le apetece tomar, pues así no podemos seguir adelante. A lo que San Francisco, sonriendo dulcemente y como quien deseaba chancear, le dice: Tomaría de buen grado unos pescaditos frescos. Al oir esto, sale de la celda, da unos cuantos pasos al patio contiguo y vuelve trayéndole lo que deseaba



Fachada de la Iglesia de La Merced

el Santo. Como éste, innumerables otros constan en la vida del venerable hermano.

Como San Francisco son también muy dignos de visitarse La Merced, hermoso templo de tres naves, San Agustín, San Pedro y la iglesia de Belén. Diremos algo sobre los tres últimos.

San Agustín. La fachada de piedra tallada de este templo, es lo mejor que tiene: es todo un encaje, la mejor en su género que hay en Lima. Aunque un tanto recargada, muestra sin embargo, los primorosos trabajos que se hacían en la mejor época colonial.

La sacristía se distingue por su valioso y elegante vestuario con ricas entalladuras y buen número de estatuas de más de un metro de alto que lo exornan. Tiene además catorce cuadritos sobre cobre, traídos de Roma, muy buenos y dos lienzos de mérito, una Sagrada Familia y una Virgen con el Niño, de mérito. En un pasadizo contiguo a la sacristía guárdase una estatua de madera, obra de un borracho del siglo XVII, harto original y de mérito no vulgar. Representa un indio con su flecha de extremada magreza, ostentando sus huesos y piel, único que le queda, pero recio, ágil y vibrante y de gran expresión en su diabólica mirada.

Los claustros de la planta baja del convento vénse tapizados de cuadros de la vida de San Agustín, antiguos todos pero vulgares.

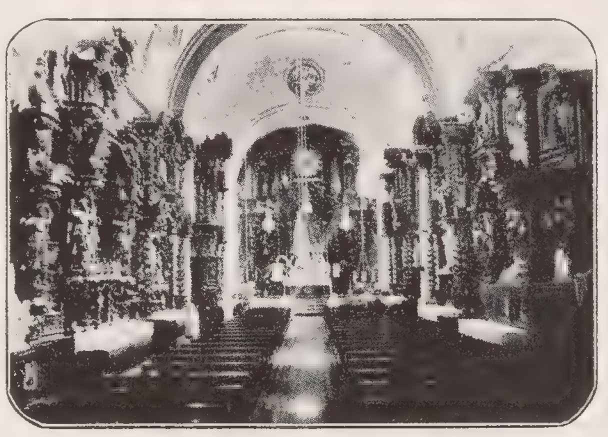
En el saloncito de visitas hay una Inmaculada y otra tela más, bastante buenas y recomendables. En la capilla interna que era antes la sala capitular, hay cuatro cuadros antiguos de gran mérito, con episodios de la vida del santo Doctor.

Iglesia de Belén. Era ésta la iglesia Recoleta de la Merced y toma su nombre del alto relieve dorado que está en el centro del altar mayor y representa el nacimiento del Niño Dios.

Es una iglesia relativamente pequeña, de una nave que hace de capilla del colegio anexo de niñas, dirigido por las hermanas de los Sagrados Corazones y que cuenta alrededor de 400 entre internas y externas.

Tiene ocho altares, de color oscuro, tallados en cedro, con una profusión y magnificencia tal de columnas salomónicas, calados, capiteles, volutas, tímpanos, adornos y motivos de toda clase y trabajados con tanta delicadeza y primor que aturden.

Toda descripción de este verdadero joyel, de este típico encaje filigranado de madera, se hace imposible y hay necesidad de verlo para formarse una idea. Es lo mejor de lo mejor, lo más proporcionado y más bien conservado en su género que he visto durante mi largo viaje por América. Y con esto creo haber dicho todo.



La Iglesia de los SS. CC. Belén, Lima

San Pedro. Aquí como en todas partes, la acción de los jesuitas se dejó sentir poderosa e intensa desde los primeros momentos de su llegada en 1567, sobre todo en la fundación de escuelas y colegios y construcción de templos y edificios notables.

Tuvieron en Lima cuatro casas: el *Colegio Máximo* de San Pablo, ocupado hoy, parte por la biblioteca nacional, (1) parte

---

(1) Fundada por el General José de San Martín el 21 de agosto de 1821, con 11.256 volúmenes en su mayor parte procedentes de las bibliotecas de los Conventos, y por ende, en su mayoría escritos en latín. Cuando Lima fué ocupada por el ejército chileno, la Biblioteca poseía 40.000 volúmenes y algunos manuscritos de gran valor. La mayor parte, según se dice, fué llevada a Chile y la otra vendida públicamente en Lima por precios irrisorios. Hoy cuenta más de 50.000 volúmenes, conseguidos Dios sabe cómo y gracias a la acción tesonera de su Presidente el insigne literato D. Ricardo Palma que pudo así restaurar la valiosa Colección. Las generosas donaciones del *Smithsonian Institute* de Wáshington y otras naciones como España, Ecuador, Argentina y también de personas particulares, han contribuido a este feliz resultado.

por la escuela normal de señoritas (1) y otra tercera sección por el colegio y escuela de artes y oficios de mujeres, perteneciente al estado, pero dirigido por las hermanas del Buen Pastor; el *Colegio de Nobles* (internado, llamado también de Caciques), donde se educaba la nobleza incásica, que hoy sirve de palacio de justicia, a corta distancia del Colegio Máximo, *el noviciado,* actual universidad de San Marcos y el *Colegio de Externos,* convertido hoy en la dirección, oficinas y dependencias del estado mayor.

Esta sencilla enumeración, me trae a la memoria, por una lógica asociación de ideas, el revuelo parlamentario ocurrido en las cámaras canadienses en 1892. El valiente diputado don Honorato Mercier se levantó un día y preguntó a la cámara si era digno que el gobierno continuara detentando propiedades ajenas. Como se le contestara que nó, probó hasta la evidencia que el estado, sin título alguno tenía las que pertenecieran a los jesuitas y debía en consecuencia devolverlas. Huelga decir la polvareda que aquella actitud resuelta levantó en las cámaras.

Resultado final que el gobierno, con una nobleza y justicia que altamente le honran, hizo un arreglo equitativo con los verdaderos dueños y les entregó, en carácter de indemnización, cuatro millones de dólares.

¡Qué ejemplo para los demás gobiernos, incluso el de mi patria!

Hoy los jesuitas tienen dos casas en Lima: una Residencia que atiende la antigua iglesia de San Pedro, por ellos edificada y el Colegio de la Inmaculada (2) levantado a sus expensas y que, juntamente con la incipiente Universidad Católica y los bien montados colegios que regentan los padres domínicos, agustinos, de los Sagrados Corazones (*Picpus*) salesianos y del

---

(1) Regentado con gran competencia y aplauso por las Madres del Sagrado Corazón. El Gobierno, a quien pertenece, asigna cien becas que se distribuyen entre jóvenes de todos los Departamentos, pues, de aquí salen todas las maestras normales del Perú. Hay también alumnas pensionistas particulares. Además, en secciones distintas tienen estas Reverendas Madres un Colegio externo con 200 niñas, y otro gratuito con 300, ocupando todas la parte del local que fué *Colegio Máximo.*

(2) Siempre recordaré con gratitud los cuidados y finezas que me dispensaron los Padres Jesuítas, tanto en este Colegio, como en el de San Calixto de La Paz.

Inmaculado Corazón de María que dirigen el seminario central, gozan de todo el prestigio y consideración de la sociedad católica limeña.

La iglesia de San Pedro de sobria y elegante fachada, es notable por la elevación de sus naves y por el decorado espléndidamente esculpido en sus partes altas, no menos que por sus retablos y reliquias. Es considerado como uno de los mejores monumentos arquitectónicos de Lima, construído probablemente sobre los planos del hermoso templo del *Gesú* de Roma, al que grandemente se parece.

En su interior los objetos de más mérito son: una bellísima y artística estatua antigua, en madera, de San Francisco de Borja y los tres retablos, del altar mayor y laterales del crucero, distinguiéndose por su solidez y severidad uno de éstos, dedicado a San Ignacio.

La sacristía es también notable por su vestuario de buena talla, su decorado antiguo y abundancia de lienzos, si bien éstos no se distinguen como obras de arte.

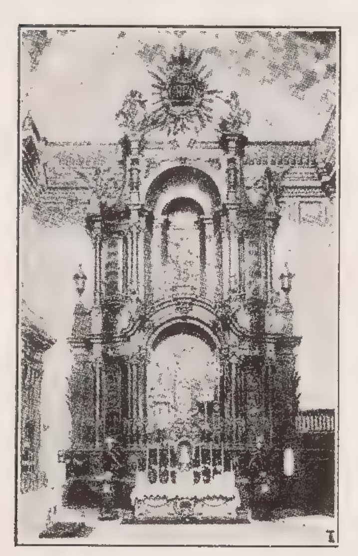
La capilla de tres naves llamada de la Penitenciaría, adosada al templo, es un delicado joyel arquitectónico y un museo de pinturas, algunas de ellas notables, en especial un gran *Descendiento*, de composición, diseño y colorido espléndidos.

Pero todo palidece ante el riquísimo tesoro de reliquias que posee el templo mismo de San Pedro, por este concepto ciertamente el más célebre de América y uno de los más ricos del mundo. Los datos auténticos acerca de estas reliquias están consignados en un opúsculo intitulado: "El tesoro de San Pedro de Lima", del que tomamos lo siguiente:

"Sabida es la dificultad con que se conceden las reliquias insignes y mucho más los cuerpos enteros de los santos. La historia eclesiástica nos muestra cómo esas peticiones han sido negadas a veces aún a las personas de la más alta alcurnia, los mismos reyes. Baste recordar cómo, aunque con palabras suavísimas y paternales, negó el insigne pontífice, San Gregorio Magno, a la emperatriz Constantina Augusta la cabeza de San Pablo o alguna otra parte del cuerpo del apóstol y su

sudario, que ella solicitó para colocar tan preciosas reliquias en el templo que a la gloria del apóstol, estaba construyendo su augusto esposo, el emperador Mauricio.

Pues bien: veamos cómo se portó la santa sede, tratándose de nuestra querida América. Hacía poco que la Compañía de Jesús había entrado en estas regiones occidentales, cuando, a la simple petición de un pobre sacerdote de la Compañía, el padre Hernando Solier, rector que era de la Penitenciaría de la basílica de San Pedro, el magnánimo pontífice Gregorio XIII le expedió, en 13 de junio de 1572, un breve para sacar de cualquiera iglesias o monasterios de dentro y fuera de Roma cualesquiera reliquias con orden que las enviase a las provincias occidentales ¡Qué generosidad tan espléndida la del Vicario de Jesucristo para con nosotros! ¡Qué amor y aún mejor, qué predilección de la santa sede por nuestro mundo americano!



Altar de las Reliquias.
San Pedro

Los padres de la Compañía de Jesús aprovecharon bien esta extraordinaria concesión del sumo pontífice. Hicieron de San Pedro de Lima una de las iglesias más ricas en sagrados cuerpos y reliquias insignes que hay en el mundo. Trajeron en diversos viajes no sólo los que aparecen en el siguiente catálogo y hoy existen, sino además otros doce cuerpos de santos y cuatro reliquias insignes, que por los trastornos de los tiempos han desaparecido".

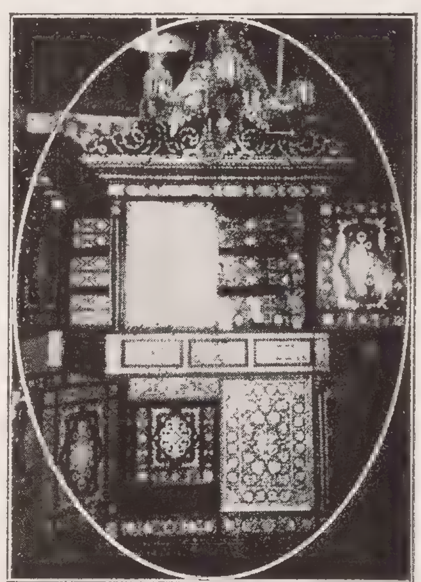
Hemos tenido la prolijidad de contar en el catálogo auténtico el número de reliquias que, con sus nombres respectivos y en urnas innumerables se veneran en el altar y retablo derecho del crucero y que, dicho sea de paso, fueron reconocidas y apro-

badas por el ilustrísimo señor don Pedro de Villagómez, arzobispo de Lima. Existen actualmente nada menos que 45 sagrados cuerpos íntegros, 9 cabezas y más de 60 reliquias insignes, de brazos, fémures, tibias, manos, etcétera, de santos mártires.

¡Todo un tesoro espiritual, como se ve, ni siquiera sospechado existente en la ciudad de los Reyes!

*

Los amantes más que de obras artísticas de antigüedades incásicas y de objetos y muebles de la época colonial y de la independencia, pueden entretener sus ocios y satisfacer sus predilecciones en el museo nacional y en el museo particular de don Javier Prado y Ugarteche.



Muestra de armario colonial con incrustaciones de nácar

El primero instalado en los altos del Palacio de la Exposición a la entrada del parque y Paseo Colón, tiene su importancia más que por la escasa sección pictórica, por las muchas momias y los curiosos trabajos de alfarería y de tejidos del tiempo de los incas, de que es ciertamente rico.

Despierta asimismo gran interés histórico la colección de objetos del tiempo de la independencia v. g. la mesa donde el general San Martín firmó en Huarás los primeros decretos de gobierno, las espuelas de Bolívar, el catre de campaña del general Sucre, etcétera y sobre todo los de la época colonial, como ser, la primera cruz que alzaron los conquistadores en Tumbes, la primera cruz que se plantó también en la funda-

ción de Lima, la primera pila bautismal usada en esta ciudad, un magnífico espécimen de tribuna o balcón morisco calado y delicadamente tallado, a mano, en perfecto estado de conservación, el espléndido carruaje rojo y dorado con las armas de Torre Tagle esmaltadas, en el que el gran marqués hizo su viaje con magnificencia regia por el país de los incas, etc.



Casa de Torre Tagle

Del mismo rumboso marqués se conserva en Lima su señorial mansión, llamada la *Casa de Torre Tagle,* única muestra, perfectamente conservada, de los antiguos palacios y que da una idea acabada de la sobriedad y lujo principesco en escaleras, salones, decoración y artesonado de la nobleza hispana. Adquirido últimamente por el gobierno y regiamente aderezado con muebles coloniales, sirvió de alojamiento al embajador inglés Mister Bunssen, quien no supo disimular la íntima satisfacción recibida por un tan suntuoso y real hospedaje.

Muy digna de conocerse es también la valiosísima colección del actual rector de la universidad de Lima, un intelectual de cepa, don Javier Prado que tiene convertida su gran mansión solariega en un verdadero museo. Allí se ve de todo, desde los *quipus* y momias hasta las finísimas telas, utensilios y vasos incásicos y preincásicos, desde el sencillo taburete, hasta el aristocrático sillón de esmeradísima y delicada talla, cofres, armarios, marfiles, objetos de plata cincelada y repujada, pinturas antiguas y marcos de gran mérito, mesas, espejos, consolas miniaturas y mil otras antigüedades y obras de arte, distribuídas y ordenadas con criterio y gusto artístico de un verdadero entendido, en las varias piezas y salones de la casa.

Llama la atención además del pequeño oratorio doméstico, en el que todo, altar, imágenes, muebles, cuadros y adornos, respira antigüedad, arte, belleza y recogimiento, un regio juego de muebles, fileteados de bronce, compuesto de 16 piezas, cada una de las cuales ostenta una decoración distinta en las figuras y motivos del chapeado. Es digno de adornar un palacio real.

Amante y cultor de las letras el señor Prado, posee asimismo una muy rica biblioteca en la que abundan obras antiguas y rarísimas, especialmente en la sección historia, juntamente con algunos incunables y tres grandes álbums repletos de documentos originales de los tiempos de la conquista, del virreynato, de la independencia y de la república, incluso algún autógrafo del emperador Carlos V.

*

Mientras esto escribo aparece en "La Razón" de Buenos Aires, correspondiente al 26 de agosto de 1919, que casualmente ha llegado a mis manos, el siguiente artículo que gustoso reproduzco, por el interés que despierta y porque vendría a confirmar la superior cultura de las razas precolombianas que habitaron el Perú. Dice así:

LA INGENIERÍA ENTRE LOS INCAS

¿Un túnel que atraviesa los Andes?

La ciudad de Huaraz, en el Perú situada en las estribaciones de los Andes a más de 3.000 metros de altura sobre el nivel del mar, es una de las poblaciones peruanas que mayores recuerdos conserva de la antigua civilización incásica.

Supónese, por los estudios practicados y por las huellas que aun quedan que en remotísimos tiempos, anteriores aun al predominio de los incas, partía de esta ciudad un camino militar estratégico, que pasando bajo el macizo de los Andes,

iba a terminar a unas 25 leguas en dirección Este, en las proximidades del famoso castillo de Chavín.

El camino comenzaba por una gran arquería de piedra que, partiendo de las orillas mismas del río Santa, subía al seno de Pumacayán, hecho artificialmente, pasaba luego bajo las aguas del río Auqui, llegaba a la altura de la aldea de Coyllur (Estrella) y se dirigía resueltamente al macizo de Quilquehuanca, donde parecía perderse. Pero en estos últimos tiempos, diversos trabajos de exploración arqueológica, han logrado establecer que el camino en cuestión perforaba los Andes, a la manera de un gran túnel, pues al lado Oriental del Quilquehuanca se ha encontrado una galería subterránea que, como una prolongación del sentido en que iba la de Huaraz, se extiende hasta el castillo de Chavín.

Quiénes practicaron este camino y cuál fué el propósito que presidió a la construcción de esta obra tan gigantesca y atrevida, son hechos que permanecen en el misterio. Se conjetura únicamente que sus constructores fueron los huancas, pueblo rival y enemigo de los quechuas y que no debe ser confundido con éstos. Por espacio de muchos siglos los huancas que, según se cree provenían del Norte, lucharon contra los quechuas, procedentes del Sur, en épicas guerras que forman parte del período semi-mitológico de la historia de los incas, hasta que vencidos finalmente por los quechuas, fueron sus territorios absorbidos poco a poco en el vasto imperio del Tahuantinsuyu.

Del monumental camino subterráneo sólo se conoce hoy el punto de partida, en el lado occidental de la cordillera y su terminación, sobre el lado oriental. Ningún arqueólogo se ha atrevido a proseguir su exploración dentro del macizo mismo del Quilquehuanca, por creerse que se encuentra obstruído por derrumbamientos que hacen peligrosa toda investigación.

En cuanto al llamado "Castillo de Chavín", uno de los más notables monumentos de los huancas, hoy sólo se compone de ruinas, pues a la acción natural del tiempo se ha unido la obra demoledora de los buscadores de tesoros. Las piedras gi-

gantescas han sido partidas a cincel y dinamita y el castillo, sepultado bajo una densa capa de tierra y escombros, sólo exhibe ahora una reducida entrada y no se puede explorar más que dos o tres estrechos pasadizos, pues las aguas del río Chavín que corren por encima de las ruinas han producido en él grandes derrumbamientos.

El día en que con mayores conocimientos arqueológicos y más abundantes recursos, se emprenda la exploración científica de este camino subterráneo, se podrá tal vez poner en claro algunos misterios relativos a estos antiguos pueblos y demostrar cómo los primitivos pobladores de América habían resuelto, muchísimos siglos antes que los europeos, uno de los más arduos problemas de ingeniería, practicando gigantescos túneles que atraviesan altas montañas.

*

Una nota sensacional tendrán los amantes de la historia el día que se conozca *perfectamente documentada,* en varios volúmenes, la ejecutoria de nobleza del descendiente directo de los incas, que puede que viva y aliente entre los mortales del Perú y que puede haber sido conocido también y tratado con intimidad por el que esto escribe y cerciorádose a ciencia cierta de la antedicha documentación.

CAPÍTULO XXIX

Desde el Callao a Valparaíso. — Una advertencia previa. — Arica y su Morro. — El tratado de Ancón. — Cómo se podría solucionar el pleito chileno-peruano. — Asistencia espiritual. — La región del salitre y la guerra del Pacífico. — La ciudad de Yquique. — Antofagasta. — Coquimbo.

Para quien ha recorrido Perú y Bolivia en viaje de obligado descanso, pero recogiendo de paso recuerdos y tradiciones y observando, en fuerza de hábitos ya contraídos y de cariñosas predilecciones, monumentos y obras de arte de la época colonial, rastros y huellas luminosas de la civilización incaica y preincaica, Chile, con ser un país más adelantado que aquéllos, no reviste mayor importancia, desde este punto de vista. De consiguiente y a pesar del interés que despiertan sus progresos, psicología de sus habitantes, clima, producciones, riquezas, hábitos, costumbres y elevada cultura de su distinguida aristocracia, no entra en el plan general que me había propuesto al trazar estos recuerdos de viaje. Y no entra precisamente porque si bien de característica y modalidades muy definidas y propias, no guarda monumentos de otras edades que condensen y hagan aspirar de lleno el aroma del pasado. Sus progresos y adelantos con sus más y sus menos, están dentro del mismo marco de los nuestros. Cabe, pues, dar de él, sólo una idea general, enfocando en mirada panorámica y de conjunto una u otra ciudad de las muchas que he visitado y que embellecen este privilegiado país.

*

Desde el Callao a Valparaíso se podría hacer el viaje en cuatro días, pero como el vapor va tocando los puertos principales, Mollendo, Arica, Yquique, Antofagasta, Coquimbo, de hecho emplea el doble.

Por lo general toda la costa del Pacífico hasta Coquimbo es de una aridez desoladora.

Arica, población de 4 a 5 mil habitantes que desde la época colonial perteneció al Perú, hoy como es sabido, continúa en poder de los chilenos juntamente con Tacna, las provincias "cautivas", como las llaman los peruanos, y por cuya redención bregan sin cesar y hasta hoy todavía sin éxito. Por algo sin duda, grabaron los chilenos al pie de la estatua que erigieron allí a Vicuña Mackenna, la siguiente sugestiva inscripción: "No soltéis el Morro".

Y el célebre Morro está ahí, erguido a pique sobre el mar, a 268 metros de altura, como un enorme cetáceo que sufriera a desgano la pesada artillería chilena y que no se percata de contar al viajero la hazaña heroica de Bolognesi, Moore, Ugarte, Blondel y tantos otros que al frente de una guarnición de 1.600 hombres contra siete mil chilenos, prefirieron morir como buenos, antes de arriar su bandera el 7 de junio de 1880.



El Morro de Arica

Harto conocidas son las cláusulas del tratado de Ancón, a raíz de la guerra del Pacífico. Por él cedió el Perú a Chile Tarapacá como indemnización de guerra y las provincias de

Tacna y Arica por diez años, al cabo de los cuales debía celebrarse un plebiscito para saber a quién correspondería definitivamente, obligándose el agraciado a entregar a la otra parte una suma determinada de millones de pesos; plebiscito que por no haberse prefijado de antemano la forma en que debía hacerse, no se ha realizado hasta la fecha, culpando el Perú a Chile y éste a aquél como responsable de impedir el cumplimiento de aquella cláusula.

He tenido oportunidad de presenciar manifestaciones en uno y otro país en momentos críticos de tirantez de relaciones, de exaltación y de apasionamiento patriótico y puedo asegurar que la sensación recibida es, por parte de Chile, la idea unánime de retener para siempre esas provincias y del Perú la obsesión del desquite y redención de "las cautivas", salvo un corto número de personas de significación que preferirían la paz y la tranquilidad de la nación, a esos mismos territorios que podrían cedérsele, una vez para siempre, al adversario.

Es de lamentar ciertamente este estado de cosas y este espíritu belicoso que sólo pueden engendrar odios en dos naciones hermanas que ganarían inmensamente más solucionando el odioso pleito de una manera amistosa, aunque hubiese pérdidas de orden material. La paz y armonía para poderse entregar de lleno, ambas, a la explotación tranquila de sus grandes riquezas, valen mucho más que las dos discutidas provincias. ¿Mas cómo salvar, se dirá, el honor nacional? El honor nacional quedaría para unos y otros intacto, a nuestro juicio, si ambos de común acuerdo, cedieran sus derechos a un tercero en discordia, a Bolivia, por ejemplo, que necesita y que reclama, como el aire para sus pulmones, un puerto sobre el Pacífico que la redima de la asfixia y del embotellamiento obligado en que se encuentra, obligándose ésta, como es claro a indemnizarles lo que fuese necesario. Y, aunque Bolivia por su postración económica, llegara a pagar tarde, mal y nunca, todavía, entendemos, sería una ganancia para Perú y Chile este corte noble, generoso y caballeresco, antes de continuar viviendo con el arma al brazo, en un ambiente de recelos, odios y rencores

que esterilizan energías fecundas harto necesarias para el trabajo tranquilo y profícuo de sus riquezas, forestales, agrícolas y ganaderas.

Las provincias de Tacna y Arica dependían en lo espiritual del obispo de Arequipa y continuaban, aún después del tratado de Ancón, atendidas por el clero de esta diócesis. Pues bien, el gobierno chileno creyó ver en los sacerdotes peruanos agentes poco favorables a la chilenización de las mismas y en años anteriores expulsó a todo el clero peruano de aquella región. La Santa Sede, para proveer a la atención espiritual de esos fieles, sin prejuzgar en la materia, ni sujetarlos a la jurisdicción del episcopado chileno, dió jurisdicción directa a monseñor Edwars, vicario castrense y superior eclesiástico de las fuerzas de ocupación de esas provincias para que, a nombre de la Santa Sede, pudiera llevarles los auxilios espirituales. Empero, esos fieles, al decir de los peruanos, se muestran refractarios a cumplir sus deberes religiosos, con sacerdotes chilenos y muchos son los que difieren tan sagradas obligaciones, cual es la recepción de los sacramentos, hasta tener oportunidad de hacerlo con sacerdotes connacionales suyos, lo que de ser exacto, acusaría una desviación exagerada y harto dañosa para los intereses cristianos de aquellas provincias.

*

La zona exclusivamente mineral de Chile, comprende las provincias de Tacna y Arica, Tarapacá, Antofagasta y parte de Atacama. Es la región del salitre que Chile conquistó después de la guerra de 1879. Se ha dicho de ella, escribe Jorge Fernández Pradel, que es un inmenso laboratorio químico, porque no hay allí ningún mineral que deje de encontrarse. En estas condiciones no es extraño que acuda allí la vida y el trabajo a pesar de lo ingrato de sus tierras que hicieron llamar a esta región por Diego de Almagro y los conquistadores: "País de la desesperación y de la muerte".

La vegetación nula de las tierras bajas de la costa, la se-

quedad extrema del clima, la falta de ríos y de lluvias y las cordilleras de Tarapacá y de Antofagasta que se alzan uniformes redondeadas, macizas y calvas, han impreso un sello característico de esterilidad abrumadora y desesperante. Salvada en dos horas de ferrocarril la distancia que media entre Yquique y Antofagasta y las cimas visibles de la cordillera, se da con una zona más árida si cabe, la zona típica de desiertos arenosos que ocupa el Norte de la República entre los paralelos 19 y 26 de latitud y precisamente al borde del llano longitudinal, se encuentran los yacimientos llamados *calicheras,* los depósitos o minas de salitre (nitrato de sodio) que constituye hoy por hoy el principal fundamento de la riqueza pública y privada de Chile. Baste decir que el 75 o|o del valor de todas sus exportaciones está constituída por este renglón del salitre.

Fué esta región del salitre la que desató la guerra del Pacífico (1879-1883). Chile sólo poseía la parte meridional, o sea Taltal, pero Bolivia se había comprometido por el tratado de 1874 a no aumentar durante 25 años, en la zona comprendida entre los paralelos 23 y 24, los derechos de exportación en vigor y a no imponer nuevas contribuciones a las personas, industrias y capitales chilenos en esa zona. Bolivia desentendiéndose del compromiso, gravó en 1878 las exportaciones de la compañía chilena de ferrocarriles y salitre de Antofagasta, negándose al mismo tiempo a someter la cuestión al arbitraje, según se lo propuso Chile. Resultado: Chile ocupó militarmente el litoral de Antofagasta, Bolivia le declaró la guerra el 1.° de marzo de 1879, y, al entrar el Perú en la contienda, en virtud de un pacto secreto que tenía con Bolivia desde 1873, Chile le declaró la guerra al Perú, con el final desastroso para las naciones aliadas, de todos conocido.

Yquique y Antofagasta que antes de la guerra del Pacífico no pasaban de ser humildes caletas de pescadores, hoy en comunicación ferroviaria con las oficinas e instalaciones industriales de la montaña—en su inmensa mayoría en manos de extranjeros—han adquirido un desarrollo e importancia enormes, a pesar del estado actual de paralización momentánea por la

escasa demanda de salitre, pero que a juicio de todos ha de repuntar infaliblemente y dentro de muy corto tiempo.

Yquique puerto principal de la región salitrera y Antofagasta puerto salitrero y minero, en comunicación ferroviaria con Bolivia, con una población cada una de 50.000 habitantes aproximadamente y sedes ambas de Vicariatos Apostólicos, aunque brotadas como hongos en el páramo desolado de una costa seca y estéril, son ciudades limpias de no escaso movimiento comercial, con edificación generalmente de madera, veredas espaciosas, calles amplias y bien pavimentadas en macadam o asfalto, tranvías, buen alumbrado y demás ventajas edilicias modernas.

En Yquique a más de dos modestas columnas, coronadas con la estatua de la República y el busto de Colón, obsequio aquella de la colonia eslava y ésta de la italiana, que adornan el único paseo—avenida que convertido luego en carretera va costeando el mar hasta la vecina península de Cavancha, embellece la ciudad otro monumento de mayor importancia. Es la estàtua en bronce del heroico capitán Prat que murió al abordar el acorazado peruano *Huascar,* mientras su buque, la vieja corbeta de madera *Esmeralda,* después de cuatro horas de combate, se hundía en el próximo fondeadero de Yquique, disparando todos sus cañones y con la bandera al tope al tercer golpe de espolón de su formidable adversario.

Fuera de las dos parroquias atendidas por el clero secular una y por los padres franciscanos belgas la otra, están los salesianos que regentan un colegio con 300 alumnos entre externos e internos, las Hermanas de María Auxiliadora que dirigen un colegio de niñas y las Hermanas de San José de Cluny que atienden el hospital con capacidad para 550 enfermos y provisto últimamente de una sala para los rayos X.

Harían falta además, otro Liceo, un diario católico y un local para conferencias y representaciones cinematográficas, tres obras que son la preocupación constante del ilustrísimo monseñor José M. Caro, dignísimo Vicario Apostólico de Tarapacá y mi antiguo condiscípulo a quien tuve la satisfacción

de abrazar cariñosa y efusivamente después de casi treinta años de separación. Pero no diré su escasa y quebrantada salud, porque su extraordinaria preparación y sus virtudes eximias, celo y abnegación de todos reconocidos, suple con creces aquella falla, si no la falta de recursos, la escasez de clero especialmente nacional y el ambiente de indiferencia y frialdad siberiana, cuando no de hostilidad sectaria en que le ha tocado actuar, son factores que dificultan enormemente la acción católica en aquella ciudad, cuya comuna está hoy en manos del elemento radical y trabajada también por el socialismo, la masonería y más que todo por los decididos cultores de Mercurio, de Venus y de Baco, huérfanos de ideales espiritualistas y atentos únicamente al tanto por ciento y al placer que metalizan y enervan el espíritu hasta lo indecible.

Desde este punto de vista, como del de la vida extremadamente cara, de la esterilidad asoladora de la región y del elemento cosmopolita y aventurero, ávido de fortuna que por allí llega, Yquique corre parejas con la ciudad de Antofagasta. Abona lo dicho don Ramón Oliveres corresponsal de "La Nación" de Buenos Aires en Antofagasta, quien, entre otras cosas, decía en su correspondencia publicada el 3 de septiembre de 1919, en el mencionado rotativo.

"Llama la atención en Antofagasta la ausencia de antofagastinos y el hecho de no existir ninguna de las vinculaciones sociales que crea la familia, la patria y los años de residencia en un sitio determinado. En esta ciudad nadie de los que la habita ha nacido en ella, exceptuando las criaturas, que a su vez la abandonarán cuando el padre de cualquier nacionalidad, resuelva retirarse a su patria. Como la California y el remoto Perú de la leyenda de oro, célebres un tiempo por sus riquezas minerales, Antofagasta es una pequeña república cosmopolita que nació con la pampa salitrera, a la que da nombre, de ella vive y se enriquece y con ella morirá infaliblemente cuando se agoten sus calicheras en el trascurso de los años. Ciudad de aventura y de placer, recibe alegremente a todos los hombres que llegan hasta sus puertas atraídos por extrañas narra-

ciones y sin otro bagaje que la fe de hacer fortuna y la confianza en su esfuerzo personal; hombres que se internan en el desierto rocoso y desnudo de la pampa, que trabajan enormemente y que bajan a la ciudad cada dos o tres meses con los bolsillos repletos de dinero, los instintos aguijoneados por la abstinencia y el cuerpo dispuesto a todos los excesos. Es aquí un tipo muy común el "gringo" salitrero que sabe derrochar ocho o diez mil pesos en tres noches de remolienda interminable, para regresar a su trabajo sin un centavo pero perfectamente satisfecho.

Todos los que habitan en Antofagasta desde hace algunos años recuerdan lo que era esta ciudad antes de la gran guerra, en los buenos tiempos de la industria chilena. El tren que procedente de arriba, de la pampa, llega al anochecer, volcaba diariamente en las calles tres o cuatro cientos de hombres sedientos de vicio; los bares reventaban de concurrencia, mucha de la cual tomaba champaña en las aceras porque adentro no se cabía; en los hoteles servíanse ágapes exquisitos que dejaban gruesas utilidades; y en el barrio de la alegría las mujeres conseguían en contados días más que suficiente para vivir un año. Todo el mundo tiraba el dinero sin tener la más mínima idea de su valor, ya que las ganancias eran ilimitadas. Las fecundas calicheras daban para todo.

Pero hoy Antofagasta, como todos los puertos del norte, está paralizada. La gente ambula por sus calles con una profunda huella de tristeza, la diversión sin diques de ninguna especie ha huído y el recuerdo de pasados tiempos tortura a la "muchachada" inactiva que sólo encuentra consuelo en la certidumbre de que la historia se repite. Los salitreros y los mineros ya no bajan con el único afán de vaciar sus carteras y la ciudad, atacada de catalepsia, espera ansiosamente el momento en que la demanda de salitre la despertará con el ruido del oro y el de los taponazos del selecto vino. Y esto, según todos, ocurrirá a fin de este año.

La población, heterogénea, está compuesta de chilenos del sur, británicos, norteamericanos, yugo-eslavos y chinos. Las

dos razas últimas tienen acaparado el comercio, los británicos y norteamericanos los grandes capitales industriales y el chileno desempeña los cargos oficiales, las profesiones liberales en la ciudad y los puestos de relativa importancia en las oficinas salitreras. De todos ellos es el yugo-eslavo quien demuestra más tesón por crecer y prosperar y no es equivocado predecir que en pocos años llegará a ser la colectividad más numerosa y la más financieramente fuerte.

En esta región la vida es horrorosamente cara, no tanto debido a la especulación como por las condiciones en que aquí ella se desarrolla. El subsuelo de roca pura y la débil capa de tierra que lo cubre, impregnada de sales, hacen totalmente imposible que pueda plantarse un árbol y que se crie una sola planta; y el agua potable, procedente del lago Polapi, cerca de la frontera boliviana, se paga tan cara como cualquier mercadería. Todo, absolutamente todo, viene del sur, o en los vapores procedentes de Norte América. Las flores y las verduras representan casi un lujo asiático, pues bastará mencionar como prueba el hecho de que algunas quintas de los alrededores, nacidas a fuerza de levantar rocas con dinamita y llenar los enormes huecos con tierra traída de otras partes, que se dedican a plantarlas, gastan solamente en agua veinte mil pesos anuales cada una y cobran, en consecuencia, precios excesivos, como por ejemplo: un peso por un simple botón de rosa. La docena de huevos cuesta siete pesos cincuenta centavos, el litro de leche un peso y por la tacita de café que en Buenos Aires vale diez centavos se paga sesenta, o sea treinta argentinos. Como otro dato interesante, todos los hoteles cobran dos pesos y medio por el baño diario.

En Yquique cuando yo pasé por allí, costaba una naranja 0.60 centavos y el agua para regar un diminuto jardincito que se me mostró, sesenta pesos mensuales.

*

Coquimbo con 16.000 habitantes (distante sólo 15 kiló-

metros de La Serena, ciudad episcopal que tiene a su vista hacia el N. E.) a pesar de la aridez del terreno montañoso y aprensada como se encuentra a guisa de sardina entre el mar y la montaña, sobre cuyas pendientes se encarama con dificultad, presentaba un aspecto alegre, simpático y hasta pintoresco. Hoy destruída en gran parte por el último terremoto de diciembre de 1918, habrá perdido casi todo su encanto, pero es de esperar vuelva a resurgir, más bella e interesante, de sus escombros, como le sucedió a Valparaíso a raíz del terremoto de diciembre de 1906.

Las ciudades del norte de Chile, añadía Oliveres, salpicadas por el mar, son largas y angostas como enormes reptiles y se deslizan todas ellas mordiendo la cordillera de la costa, la que en algunas poblaciones como Coquimbo está tan cerca del agua que sólo pudieron hacerse dos calles paralelas de norte a sur, por una de las cuales corre, imposibilitado de hacerlo por otra parte el ferrocarril Longitudinal. Es la agobiadora falta de llanura, la imborrable obsesión de las montañas, cuyas enormes barreras rodean el país con su perpetua amenaza de asfixia, lo que más injustamente ha perjudicado a los chilenos. Tanto entre el Pacífico y la cordillera de la costa, lengua rocosa azotada de contínuo por los temporales, como entre aquella y la inmensa mole de los Andes donde existe el verdadero país, el valle central, las ciudades y los pueblos alargan sus siluetas de mucho frente y poco fondo entre rojizos telones montañosos que reducen a nada el horizonte. Pero si es verdad innegable que las montañas, aislando al país, han retrasado en muchos casos la adaptación del progreso, no lo es menos que el mismo cinturón de piedra lo ha beneficiado enormemente. Dígalo si no su raza araucana limpia de mezclas extrañas y perjudiciales; dígalo su patriotismo, conservado a través del tiempo con una excelsitud digna de la edad heroica: díganlo sus ciudades hermosas y tranquilas, con innumerables edificios que guardan en todo su valor las bellezas de la arquitectura colonial díganlo en Santiago los nombres de sus calles, de las Monjitas, de los Huérfanos, del Estado, de las Agustinas, del

Puente, de los Teatinos, de la Bandera, de la Compañía, del Ejército, de la Catedral y otras más que recuerdan a cada momento la formación de la patria; y dígalo, sobre todo, su cacácter nacional, tan eminentemente definido entre los países sudamericanos.

CAPÍTULO XXX

Primera impresión. — Valparaíso desde el barco. — Su destrucción y resurrección. — Su aspecto y su clima. — Viña de Mar. — Observaciones sobre Chile. — Santiago. — El cerro de Santa Lucía y el de San Cristóbal. — La Alameda. — Barrios suburbanos. — El parque Cousiño. — La Quinta Normal. — El palacio de Bellas Artes. — El Salvador, la Recoleta y la Catedral. — Una prenda tradicional. — Rasgos más salientes del carácter chileno. — El partido radical y la iglesia. — La instrucción pública.

Después de un tan largo y accidentado viaje, llegar a Valparaíso, parecióme como arribar ya a mi propia casa. A falta de intercambio de ideas y de sentimientos comunes que vincularan a las dos naciones hermanas, hoy intensificados por las paralelas de acero que las unen, no faltarían por cierto los sentimientos de hospitalidad y de proverbial gentileza que tanto había oído ponderar, como distintivo y característica del noble pueblo chileno. Al menos tal fué la impresión que tuve y la idea que cruzó mi mente al comenzar a avistar la donosa ciudad y principal puerto del Pacífico.

A medida que el barco avanzaba, Valparaíso íbase engalanando y creciendo en interés, belleza y grandiosidad, hasta ofrecer a los ojos del viajero que por vez primera la contempla, un panorama encantador de luminosos, soberbios relieves. Una hermosa bahía donde flamean triunfantes las insignias patrias del mundo, grandes e imponentes edificios modernos apiñados en la estrecha faja de tierra que separa el mar de las colinas, el caserío que sube por las pendientes y se encarama y trepa

cada día con mayor atrevimiento y empuje, la luz que baña esta concha en forma de media luna perlada y esplendorosa, las calles que de la montaña bajan perpendicularmente hasta la costa, formando los rayos pálidos de una aureola, los veinte y tantos ascensores, pletóricos de vidas humanas que, a guisa de arañas se deslizan por las empinadas cuestas, poniendo en comunicación rápida y fácil las viviendas superiores con las del llano, tal es en pocas palabras el donoso panorama, la pintoresca situación topográfica de Valparaíso, remedo en pequeño de la misma nación chilena.

Pero ¿lo creeríais? Ni en este puerto, ni otro alguno del Pacífico hay comodidades para el desembarco. No hay muelles donde los vapores puedan atracar y que permitan al viajero saltar del barco a tierra, evitándole así las molestias de la obligada lancha. Aquí empero se está en eso y no tardará largo tiempo en ser una realidad el puerto a la moderna, cuyos trabajos ya bastante adelantados se iniciaron en 1911.

No hay para qué mentar los dos terremotos que arruinaron esta ciudad por los años de 1730 y 1822. Baste recordar, por estar aún fresca su memoria, el terribilísimo ocurrido en diciembre de 1906 que la trocó en un montón de humeantes ruinas iluminadas sólo por la luz cárdena y siniestra de pavorosos incendios. Calcúlase en 10.000 las víctimas que hubo, pues, fué muy difícil precisar el número exacto. El gobierno hizo enterrar a siete mil cadáveres, ¿pero cuántos otros no quedarían sepultados en las ruinas, o devo-



Bolsa de corredores

rados por el fuego? Y ¡cosa admirable! Hoy ni rastros quedan de aquella horrible catástrofe. Valparaíso, como el ave fénix, ha resurgido de las cenizas, más gaya y gentil, más fecunda, viril y remozada que antes. Las estrechas callejuelas de otrora, han desaparecido en su casi totalidad, se ha elevado el nivel de muchas ruas, se han abierto nuevas y más amplias avenidas y por todas partes se ven hermosos edificios modernos de cemento armado que, si no pueden competir con los mejores de otras ciudades más adelantadas, salvo algunas oficinas públicas, la intendencia, por ejemplo y no pocas mansiones de familias adineradas, son un índice del buen gusto y del espíritu tenaz, emprendedor y progresista de sus habitantes. Prueba de ello son también las plazas, jardines y monumentos que la embellecen, llevándose la palma entre los primeros la Plaza Victoria y el Parque Municipal o de Playa Ancha y entre los últimos el erigido a la marina nacional. Lo compone una mole de mármol blanco con las siguientes estatuas en bronce: en el centro el héroe de la *Esmeralda,* Arturo Prat, con la bandera nacional en la izquierda y empuñando con la otra su gloriosa espada; en las cuatro esquinas Riquelme, Serrano, Aldea y un marino simbolizando a los compañeros de sacrificio. Tiene también cuatro hermosos bajos relieves y debajo, una cripta, donde se guardan los restos de Prat, Condell, Serrano y Aldea.

El sitio más indicado para apreciar el panorama que ofrece Valparaíso, es sin duda alguna la Playa Ancha que como jardín colgante gallardea en la extremidad del cuerno izquierdo de la media luna que forma la ciudad. Allí está emplazada la escuela naval, orgullo de la nación vecina, uno de los edificios más imponentes que posee aquélla, ceñida por frondosa calle que, en un punto dado, se convierte en un espléndido y original balcón sobre el océano. Desde aquí se goza de un cuadro que llena el alma de sensaciones variadas e intensas sobre todo cuando el sol poniente besa por última vez esas rientes colinas, coloreándolas de un rubor virginal, o cuando, ya envueltas en los violados tules del crepúsculo vespertino, comien-

zan a encenderse los focos eléctricos y a irradiar haces vibradores de luz sobre aquel pesebre gigantesco.

La topografía de esta ciudad lleva instintivamente la imaginación a la hija del Vesubio, a la bellísima Nápoles.

Valparaíso, el primero de la República y el más importante de la América del Sur, en el Pacífico, es un puerto, eminentemente comercial y de importación, pues, el salitre que es el gran producto de exportación de Chile, sale por el Norte. Su población asciende a 200.000 habitantes y su clima es delicioso. Su temperatura media en invierno es de 13.3, en primavera 14.1, en verano 17.9 y en otoño 16.2.

Estas temperaturas que son las mismas más o menos de Viña de Mar, a seis kilómetros de distancia de Valparaíso, pero ya casi tocándose por sus extremos y en continua comunicación de trenes y tranvías eléctricos, hablan ya por sí solas de lo que será este pintoresco, sombreado y aristocrático balneario.

Realmente su situación y bellezas naturales no dejan que desear, la edificación hermosa y artística, los atractivos de sus avenidas, parques, jardines, plazas y campos de deporte, extraordinarios, distinguiéndose entre todos su umbrosa avenida de circunvalación, obligado paseo de carruajes y automóviles. Se explica así la fama que se ha conquistado de ser el balneario más elegante y concurrido de la república, donde se da cita lo más selecto de la aristocracia santiaguina no obstante lo reducido y estrecho de su playa.

No puede rivalizar en su edificación, playa, rambla y malecón con Mar del Plata, pero es un coqueto y hermosísimo balneario que satisface plenamente el gusto más refinado y lo supera en sus naturales atractivos de montañas y de flora exuberante que, a la postre y supuesto el buen temple de su clima, que lo tiene, constituye el encanto mayor de un sitio veraniego.

*

El trayecto que recorre el expreso en casi cuatro horas desde Valparaíso a Santiago, es de lo más variado y pintores-

co que se pueda imaginar, sobre todo en las primeras horas, impresionando muy favorablemente la costumbre de no admitir en las estaciones vendedoras de frutas, masas, dulces, etcétera, que no vayan uniformemente trajeadas con limpios delantales y soleras.

Chile es una estrecha faja de tierra que se extiende entre las cumbres de la cordillera de los Andes y las orillas del océano Pacífico, en un ancho variable de 100 a 420 kilómetros, con una longitud de 4.300 kilómetros, lo que da una superficie de 800.000 kilómetros cuadrados, una cuarta parte del territorio argentino, con una población de 4.000.000 de habitantes, de los cuales 101.118 son indígenas y sólo 134.452 (14 por ciento) extranjeros.

El aspecto general del país es montañoso, notándose además de la gran cordillera andina, otra occidental de mucha menor altura que bordea el litoral o la costa, de un extremo a otro del territorio, si bien en la región del sur aparece interrumpida por las aguas y formando numerosos archipiélagos. Entre una y otra corre el hermosísimo y fértil valle longitudinal o central, formado casi exclusivamente por terrenos de aluvión o materiales de arrastre. Todo hace creer, como observan los geólogos, que este valle era el lecho de un vasto lago, formado por las aguas que producía el derretimiento de las nieves y que luego se abrieron paso a través de la cordillera de la costa, formando los valles transversales.

Nada hay tan hermoso, pintoresco y feraz como este soberbio valle del centro, sobre todo desde el sur de Valparaíso hasta parte de Chiloé, surcado transversalmente por innumerables ríos de curso corto y rápida corriente, algunos de ellos, como el Maule, el Bueno y el Valdivia, navegables en ciertas extensiones.

En sus tierras laborables, ricas y jugosas se producen admirablemente la vid, muchos cereales, legumbres y toda clase de plantas y de frutas suaves, exquisitas y aromáticas. El clima de Chile es esencialmente marítimo. La diferencia entre el mes más frío y el más cálido probablemente no pasa de 10

grados en ninguna parte del litoral. La presión atmosférica en la región del centro, sin variaciones considerables es, puede decirse, normal. El verano de consiguiente en casi todas las ciudades de la región central y en cualquiera de los muchos balnearios que desde Viña de Mar se escalonan hasta el sur de la República, es realmente delicioso e ideal, distinguiéndose, como es claro, Valdivia, Puerto Veras, Puerto Mont, Ancud, etcétera. En Talca y en Santiago (en algunos días del mes de enero) se deja sentir un poco el calor, acaso por su posición topográfica y su alejamiento de la costa, pues, sabido es que la relativa frescura del clima de Chile depende principalmente de la corriente polar que desde el Cabo de Hornos asciende hasta las inmediaciones del golfo de Guayaquil refrescando notablemente sus costas.

*

Rebasando ya el medio millón de habitantes, Santiago, la antigua villa fundada por don Pedro Valdivia el 12 de febrero de 1541, en la hermosa colina o cerro de Huelén (Santa Lucía), descansa en fértil valle, a 561 metros sobre el nivel del mar, entre las serranías del oeste y la cordillera de los Andes que dista sólo 16 kilómetros de la ciudad.

Después de recorrerla en todas direcciones para recibir la impresión de conjunto y quedarme con la nota protagonista que, en su parte edilicia, diera carácter a esta gran urbe, centro de intensa vida política, intelectual y social chilena, me ha sucedido, lo que me imagino sucederá a todo forastero que por primera vez la visita, encariñarme con el cerro de Santa Lucía que desde el primer momento sugestiona el espíritu como un canto de gloria y queda hasta el fin, en la retina y en el alma, vibrando como un ensueño azul de primavera.

Ni el Parque Cousiño, ni la Quinta Normal, ni la Avenida de las Delicias, con tener tantos atractivos y bellezas, pueden rivalizar con este morro característico convertido en donosísimo florón que se eleva airoso en el centro mismo de

Santiago para ser su protagonista y exponente precipuo de hermosura. Fué el embrión de la república. Allí se alzó el primer templo cristiano, su primera fortaleza, defendida por ciento cincuenta conquistadores al mando del valeroso capitán extremeño y primer gobernador de Chile don Pedro de Valdivia. La vida nacional chilena reconocerá siempre en él, el germen fecundo de su desarrollo y posterior grandeza. Hoy, convertido en un espléndido y caprichosísimo jardín-parque de cien metros de altura, con sus rocas abruptas y lujuriante vegetación, verdadera mansión de hadas, es el sitio preferido de reuniones sociales. Al centro una amplia calle en espiral da acceso a los carruajes y a ambos lados los caminos para peatones, que muy luego se multiplican y centuplican en sendas, escalinatas, recodos, curvas y atajos, bordeados de toda clase de plantas y de flores, de frescas y umbrías grutas, de parleras fontanas y poéticos laguitos, de estatuas, asientos, terrazas y plazoletas, de quioscos y rústicos pabellones, de árboles frondosos y gigantescos. Cuando se ha dominado la cumbre surge ante la atónita mirada un panorama sencillamente soberbio. Al Este y Nordeste, cortadas en el azul límpido del cielo gallardean las atormentadas crestas andinas fulgentes de eviterna nieve, constrastando con el manto azulino de tules que cubren sus flancos y flotan como fantásticos zahumerios. Entre el coloso de los Andes y las serranías del oeste extendiéndose en todas direcciones un amplísimo valle de verdácea, mullida alfombra que, con sus frondosos árboles y soberbias alamedas, viene a estre-



Entrada al Cerro Santa Lucía

char y ceñir con cinturón de esmeralda la metrópoli santiaguina que bulle y se agita a los pies y entreabre su corazón y muestra las arterias de sus ruas y lanza al aire sus torres y sus cúpulas y pone notas alegres de primaverales retoños en la aglomeración compacta de sus casas y coquetea sus umbrosas avenidas, sus jardines y sus parques velados por el hálito brumoso de sus gigantescos pulmones.

Sobre el borde noroeste de la periferia urbana, se alza el San Cristóbal, otro cerro tres veces más elevado que el Santa Lucía y para cuya urbanización, ya iniciada, a estilo de este último, el gobierno ha votado un millón de pesos. Cuando yo lo visité, en ascensión automovilística de un cuarto de hora, a fines de noviembre de 1919, llevábanse gastados en plantaciones, desmontes y construcción, ya en vías de terminarse, de una amplia y sinuosa avenida para carruajes, ciento treinta mil pesos, en cuatro meses de trabajo.

Con admirable espíritu de previsión y a fin de que, lo que ha de ser ciertamente con el tiempo una magnífica novedad mundial, no llegue nunca a ser profanado en su sitio culminante por alguna de tantas empresas que a título de diversión, son mengua y estigma de la moralidad pública, en las grandes urbes modernas, el partido conservador obtuvo en las cámaras, tras animadísima polémica, que se expropiara la cima en una extensión de 50 metros a la redonda y se escriturara a favor de la autoridad eclesiástica.

Hoy la nota más bella y simpática y que da la sensación del espíritu cristiano de la sociedad santiaguina, la constituye una colosal estatua, traída de París, de hierro fundido y pintada de blanco, de la Virgen Inmaculada que, con su pedestal se eleva a 25 metros de altura y que como una visión de cielo domina la cúspide misma del morro gigantesco.

Todas las noches y hasta de los sitios más lejanos se divisa este divino pararrayos, este faro celestial iluminado a luz eléctrica, sin que hasta la fecha haya faltado, durante tanto tiempo, quien sufragara los gastos que el alumbrado demanda. Y, lo que es más consolador y sugestivo, el 8 de diciembre se rea-

liza a pie una verdadera romería de millares de fieles, de todas clases sociales y que va en aumento, año tras años, en proporción geométrica, sin que falten muchos quienes se acerquen a la mesa eucarística en la misa que se acostumbra celebrar en una microscópica capillita embutida en el pedestal mismo de la estatua.

*

La edificación de Santiago en la que predomina el estilo colonial, es generalmente baja, debido a los temblores que con frecuencia la sacuden, lo que hizo decir a un caballero con quien departía: sería este un país en todo sentido ideal si no



Plaza de Armas con vista al Cerro Santa Lucía

se moviera tanto *el tablado*. El radio de la ciudad es muy extenso, pero su movimiento no es grande, salvo el barrio de la Plaza de Armas, monopolizado por el comercio elegante y la Alameda o Avenida de las Delicias en días y horas determinadas.

Esta se extiende en línea recta desde el Mapocho hasta la Plaza Colón en una longitud de cinco kilómetros por cien metros de ancho. A ambos lados ruedan los carruajes dejando al

centro un amplio paseo para peatones. provisto de bancos, línea tranviaria, quioscos y adornado de monumentos más o menos artísticos como de múltiples hileras de frondosas acacias, olmos y encinas. Avenida y paseo de solaz y de recreo tan importante, arteria oportunísima que presta inapreciables servicios a la higiene urbana, bien podía estar mejor conservada y atendida. Adolece empero de deficiencias edilicias de detalle que le restan parte del encanto y belleza estética que debiera tener.

Pero en fin en este radio céntrico todo habla de opulencia y de progreso; no así los barrios suburbanos que contrastan con este perímetro de Santiago y que no parecen pertenecer a la misma población. En aquéllos el caserío es miserable, las calles estrechas y abandonadas, faltando en muchas de ellas hasta las aceras.

A este propósito el ya citado Oliveres, después de elogiar la pavimentación y limpieza de Antofagasta, añade:

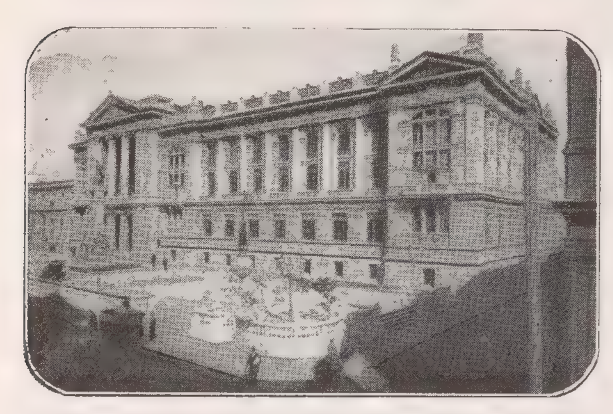
"Es aquí donde el cronista piensa, no sin cierto pesar, en



Alameda de las Delicias

Santiago, que pudiendo ser en realidad una capital moderna, presenta contrariamente un vasto campo de acción a la inicia-

tiva municipal. Santiago es uno de los grandes centros de población donde, si hubiera autoridades edilicias celosas de responder a la importancia del cargo que invisten, existirían todas las facilidades materiales que debieran serle propias y todos los atractivos que su atrayente situación geográfica no basta por sí sola a resolver. No es el casco central de la metrópoli lo que obliga al viajero a torcer el gesto de disgusto, pues allí se disfruta de todos los adelantos; es al salir de aquel radio y al atravesar la Alameda de las Delicias en dirección al barrio de San Miguel cuando se palpa, aun sin querer, el más soberbio abandono en todas partes. La capital chilena sufre perennemente la ausencia de alcaldes, de regidores, de buena inversión de los impuestos municipales, de higiene general; y como un cuerpo corroído por el cáncer, ve aumentar cada vez más la zona peligrosa, formada por muchas calles donde el barro es infaltable, por las aguas servidas que se estancan, por el amontonamiento peligroso de habitantes y otras perniciosas circunstancias que en algunos sitios presentan carácteres casi lúgubres con el mal estado de la edificación, vieja, ruinosa, descascarada, que contribuye a que el extranjero se forme una pésima opinión de todo el país.


Palacio de los Tribunales

Y lo que más le duele a los santiaguinos es comprobar la ignorancia mahometana que su munipalidad, tantas veces honorable, pretende tener por todo ello y la despreciativa indiferencia que denota ante la campaña de la prensa, sin que llamen su atención los sueltos diarios de "El Mercurio", de-

"La Nación", de "El Diario Ilustrado", en los que se pide higiene, limpieza a toda costa y en cualquier forma.

Todas las capitales tienen cierto radio donde el desaseo, más o menos pronunciado, ha sentado sus reales endémicamente, pero para encontrarlo hay que atravesar infinidad de calles, llegar a los suburbios y apartarse por completo del centro. Así en Nueva York, en París, en Barcelona, en Londres, en Buenos Aires, tan famosas por la clásica limpieza de sus calles; pero en Santiago basta salir de la citada alameda y en aquella dirección para encontrarse a las dos cuadras con lo que hemos apuntado, es suficiente seguir en plena capital el curso del tren eléctrico a San Bernardo, que atraviesa una de las zonas más pobladas, para tener la rotunda prueba de estas afirmaciones. ¿Es concebible que tal abandono se pudiera comprobar a dos cuadras de la Avenida de Mayo, de las ramblas, de los boulevares, de la Quinta Avenida o del Hyde Park? Ya se sabe que la Alameda de las Delicias es la vía más importante de Santiago y que, como la calle Rivadavia, divide la capital de norte a sur, cambiándose al llegar a ella los nombres de las calles.

Debe agregarse a esto, como una prueba más de la acefalía municipal, que en los boulevares de la Quinta Avenida santiaguina, la organización del tráfico, es hecha en tal forma, que en el riñón central, en las calles más concurridas, circulan los vehículos en ambas direcciones, de suerte que el peatón necesita en todo momento el más estricto cuidado para cruzar las aceras; la falta de taxímetros en los coches y automóviles, semillero de discusiones con aurigas y choferes; las condiciones detestables de la clásica "victoria" de alquiler, al extremo que las hay que no reciben un cubo de agua en muchos años y la absoluta falta, en pleno invierno, de automóviles públicos cerrados de los que no se consigue ver uno solo.

Son, pues, fundadas, como puede comprenderse, las quejas generales que en Santiago se levantan continuamente contra sus alcaldes y sus regidores, cuyos motivos hemos mencionado

aquí no como un deseo de hacer resaltar defectos, sino por una necesidad de nuestra misión informativa''.

A esto sólo habría que observar que el corresponsal acaso acentúa demasiado las tintas y recarga extraordinariamente los colores, olvidado tal vez del *ne quid nimis* horaciano que, si siempre se ha de tener presente, mucho menos ha de olvidarse aquí.

El Parque Cousiño de 51 cuadras de extensión regalado al Municipio por el potentado del mismo nombre y sito al extremo sur de la ciudad, es realmente hermoso y el mejor que tiene Santiago. A más de los jardines, lagos, grutas y frondosísimas arboledas, propias de un lugar de esta naturaleza, posee un enorme campo de Marte, donde se celebran fiestas, revistas militares y cultivan toda clase de deportes.

Además del hermoso Parque Florestal, donde se admira el grandioso y artístico Palacio de Bellas Artes, lugar preferido todos los años para la batalla o corso de flores, existe también la interesante y bien tenida Quinta Normal o Jardín Botánico que mide unas doscientas hectáreas, donde se pueden visitar asimismo el Jardín Zoológico, la Escuela de Agricultura y el Museo Nacional, rico en muestras de historia natural y de objetos indígenas. No hay para qué detenerse en estos y otros centros de recreo, el Club Hípico por ejemplo, muy frecuentado también por los habitantes de Santiago, pues, no tienen características especiales que los distingan y enaltezcan sobre los análogos que uno conoce en otras partes. Dígase otro tanto de las estatuas monumentales y edificios públicos similares que se encuentran esparcidos en los diversos barrios de la ciudad.

Una excepción sin embargo hay que hacer para el Palacio de Bellas Artes. Copio y hago mías las siguientes palabras del señor Pearson: ''Visitamos después el Museo de Bellas Artes, gran palacio que precisaríamos igual en Buenos Aires. Pero aquí nos contentamos con hablar: allá hacen. Casi no pasa día sin que oigamos decir que el desarrollo del gusto artístico en nuestra capital es enorme: a título de eso, hánse

llenado nuestras plazas de estatuas en que la nota impúdica, más que la artística, es la que predomina. En Chile no se oye pregonar tal desarrollo, ni se ven las plazas, como acá, consagradas al endiosamiento de la lujuria. Mas la estimación del arte ha llegado al punto de que se inviertan millones en un edificio para guardar y exhibir los primores del pincel y del buril. ¿Qué habrá en lo expuesto de todo? Es posible. Mas estará en su lugar, no ostentando para los que necesitan y no necesitan verlo. Habrá un velo preservador".



Palacio de Bellas Artes

Huelga decir los agradables momentos que se pasan en la contemplación deleitosa de las obras escultóricas y pictóricas de este museo y donde el arte chileno tiene sus representantes conspicuos en los escultores Nicanor Plaza, el celebrado autor de *Caupolicán* y de *Quimera,* Virginio Arias, Rebeca Matte, S. González, etcétera y en los pintores Mandiola, Antonio Smith, Manuel Antonio Caro, Pedro Lira, Rafael Correa, Juan Eduardo Harris, S. Arcos, R. Subercaseaux, Valenzuela, Fabres y tantos otros.

Por asociación de ideas, recuerdo un detalle interesante del Seminario de Santiago, una no despreciable colección de lienzos antiguos que posee, hoy interinamente amontonados en una sala, pero que están reclamando un local apropiado para que se les pueda debidamente apreciar. Mientras tanto se tiene ya la base de un museo de pinturas. Y, al lado de su valiosa Biblioteca de más de 30.000 volúmenes, o sea de la ciencia, bien está también el arte para los ministros del Santuario.

*

Entre las muchas iglesias que cuenta Santiago, tres llaman preferentemente la atención por su riqueza o arquitectura: la Recoleta de Santo Domingo, la Catedral y el Salvador. Esta, aun no concluída en su fachada, es un bellísimo ejemplar de estilo gótico, discretamente decorada en sus tres amplias y espaciosas naves y que satisface plenamente el espíritu, aunque no faltan detallistas, harto escrupulosos, que hagan también sus reparos al respecto.

La Recoleta de Santo Domingo es, sin duda alguna, la más rica. Sus pilastras y columnas de mármol, su pavimentación y artesonado y la sobriedad de sus altares, dan la sensación acabada de que se está ante una flamante basílica romana. El altar mayor, todo de mármol, muestra algunos trozos de piedras duras, que Su Santidad el Papa Pío IX envió de obsequio y como un recuerdo, tal vez, del hospedaje recibido en este convento, cuando a principios del siglo pasado llegó a Santiago, acompañando al delegado monseñor Muzzi.

Entre los cuadros, todos modernos, y cuyas firmas no alcancé a leer, que embellecen los altares, se distinguen una Flagelación del Señor, de excelente factura, buen colorido y gran relieve y perspectiva y una Resurrección, en la que el angel tiene una expresión de sobrenaturalismo admirablemente encantadora.

En la rica biblioteca del convento que cuenta alrededor de 30.000 volúmenes, guárdase una verdadera joya pictórica, un San Antonio, primer ermitaño, de medio cuerpo, en actitud de orar, atribuído al pincel de Rivera. Si no es del inmortal Españoleto, merece serlo, por la valentía del trazado y lo jugoso y cálido del empaste, no menos que por las características rugosidades de la reseca piel que tan al vivo solía traducir el gran artista.

La Catedral es, ciertamente, digna de la gran capital chilena. Toda de piedra, de tres naves bien decoradas, enormemente larga y desproporcionada acaso para su anchura, fué

levantada por los españoles en aquellos benditos tiempos de fe de la colonia que hizo surgir tantos monumentos, que hoy son la admiración de los contemporáneos. ¡Lo que puede la fe! Un puñado de hombres fundaba una ciudad, y luego, tras el primero provisional oratorio que llenara siquiera las más imprescindibles necesidades del culto, y sin que el caserío alcanzara a veces los honores de una mediana aldea, echaban sin más los cimientos de un enorme, grandioso templo. Y, nada, salían con la suya; la Catedral surgía como por encanto. Tratábase de la casa de Dios, y esos hombres extraordinarios, esos cristianos de una pieza, no miraban atrás.

Iniciada y emplazada ésta de Santiago en 1750, por el obispo González Melgarejo, en el mismo solar de la primitiva iglesia de madera, fué terminada a principios del siglo XIX.

La mayor parte de las pocas obras de arte que posee, pertenecieron a la antigua Compañía de Jesús, antes que los sabuesos de Carlos III cometieran el gran desaguisado. Así la rica custodia de plata dorada, alta 1·25 cent. aproximadamente, cuyo sol cuajado de piedras preciosas vése sostenido por la estatua de un angel que le sirve de pie; así un artístico cáliz de oro, prodigiosamente cincelado y cuyos detalles y minucias de cincel cegaron al hermano lego alemán que lo hizo. A los jesuitas perteneció también la hermosa estatua yacente de San Francisco Javier, tallada en un tronco de peral, la lámpara y frontal de plata del altar del Santísimo, artísticamente elaborados, el vestuario de los canónigos, de buena obra de mano, un reloj curiosísimo que, con haber sido hecho a mediados del siglo XVIII, presta aún sus servicios en la sacristía y marcha como *un reloj*, y, por fin, un terno valiosísimo, compuesto de una capa magna, cuatro dalmáticas y once casullas. La duodécima se cree fué traída a la Argentina. Ignoro si también a ellos perteneció un magnífico lienzo apaisado, de la Cena, de unos cuatro o cinco metros por dos y medio a tres de ancho, aproximadamente, y que se guarda en la sacristía. Lleva la fecha de 1652, sin que se haya podido encontrar la firma. Mas

sea de quien fuese, su autor hizo obra artística y de mérito real.

Entre las obras generalmente modernas que hay en el templo, llama la atención un grupo escultórico, bastante recomendable, copia de la bellísima Pietá de Montanti, que se admira en San Juan de Letrán de Roma, en la cripta de la capilla Corsini.

*

El típico y tradicional manto de las damas chilenas para asistir al templo, tan celebrado como sencillo, modesto, donairoso y característico, desgraciadamente, tiende a desaparecer. Hoy mismo en Santiago, donde el ritualismo de su uso era más severo y sacramental, en ciertas misas de hora fija, frecuentadas por el elemento más aristocrático, son contadas las que lo llevan, según informes recogidos. Y no es que la mujer chilena que se ha distinguido siempre por su afabilidad y maneras distinguidas, atrayentes y cultas tanto como por su sencillez, religiosidad y piedad sólida y acendrada, comience a ser otra de lo que fué. Mas la pícara moda, la implacable tirana del bello sexo, importada por muchas que van y retornan ya *modernizadas* de Europa, lanza también en esto sus decretos absolutos y comienza a tener súbditas obsecuentes. De continuar así, lo que sería una pena, y no haber una reacción enérgica y favorable, no ha de transcurrir largo tiempo, sin que pase a la historia la prenda más genuinamente nacional del sexo femenino, que le daba tan propio y singular carácter.

El sentimiento religioso en Chile es hondo y arraigado, no sólo en la mujer, sino también en el hombre. Este muéstrase más valiente que en otras partes, para practicar sin respetos mundanos su religión y defender dondequiera sus convicciones. Es el fruto de la sólida formación en el hogar, de las virtudes cristianas de las madres y del celo y trabajo constante de un clero preparado y virtuoso, que lleva al ministerio el rico caudal de virtudes y de ciencia, que adquirió en sus bien organizados Seminarios. Contribuye también poderosamente el

carácter varonil, tenaz y enérgico que le distingue. En el chileno se ha operado la fusión del alma latina con la sajona, aunque velada un tanto y atenuada por los atavismos retardatarios de la raza. Trabajador incansable, tenaz más que perseverante, no se distingue por su imaginación, más bien escasa, pero sí por su sentido práctico, por su talento flexible y por un gran poder de asimilación, que unido a su energía, decisión y virilidad lo habilita para salir airoso y hacer triunfar sus ideales en cualquier estudio o empresa que acometa. De un nacionalismo definido y caracterizado, es tan viva e intensamente patriota, que con facilidad, tal vez, esta su excelente nota característica lo traciona, a veces, haciéndole incurrir en exageraciones manifiestas y exclusivismos perjudiciales. He admirado más de una vez este espíritu de proselitismo y de propaganda para todo lo suyo, para elogiar y enaltecer sus cosas, gobierno, instituciones, ciudades, productos, empresas, etcétera y me he dicho para mi coleto, si nosotros los argentinos hiciéramos valer con igual entusiasmo lo poco que poseemos, y tuviéramos la mitad siquiera de ese espíritu de propaganda, que aunque de abultados relieves en algunas cosas, a fuer de sincero y franco y tenazmente nacionalista, se torna a la postre aceptable y simpático, otra cosa seríamos. Mas la verdad es que a nosotros no nos asisten idénticas razones.

En el hogar el chileno, aunque sabe de ordinario imponer con firmeza su patria potestad, es afectuoso y con cariño y solicitud cuida del bienestar de los suyos, sin escatimar sacrificios. En la vida social afable y hospitalario, en la amistad desprendido y generoso. Si pagara menos tributo al alcohol y la división de clases sociales no fuese tan pronunciada, no habría más que pedir de esta gran nación, bien organizada y de instituciones ya asentadas y maduras.

Chile es un pueblo exquisitamente cortés, pero serio y grave. Militarmente está a gran altura; ama su ejército y sus glorias, y tiene conciencia de su fuerza. Políticamente, aunque el pueblo no es allí el que gobierna, sino la aristocracia, y, precisamente, por eso tal vez, se distingue por su cordura, sereni-

dad, prudencia y honestidad. Y eso que el sistema parlamentario que tiene adolece de todas las desventajas del sistema, sin la única, acaso, que lo pudieran recomendar, cual sería el de poder el Ejecutivo disolver las Cámaras en casos dados.

Este sistema se implantó, como es sabido, después de la presidencia de Balmaceda, y no deja de ser curioso que el partido conservador, tradicional adversario de los liberales, que tanto contribuyó para su implantación, se vea ahora obligado, en fuerza de aquel sistema, a pactar alianzas con ellos y mendigar por ende, en algún sentido, de sus enemigos, las concesiones que ha menester. Hoy, generalmente, se reconoce el error, y hasta el concepto público acerca del presidente Balmaceda ha cambiado por completo. Tiénesele por un hombre de valer y diz, que hubiera ceñido nuevamente la faja presidencial, si no le hubiese ofuscado la idea del suicidio.

Desde el punto de vista cristiano y no obstante la organización política respetada y fuerte que se llama Partido Conservador, la Unión Católica fundada por el Episcopado el 23 de abril de 1916, el periodismo católico representado principalmente por "La Unión", que se edita en Santiago, Valparaíso, Concepción y Punta Arenas, la Universidad Católica, etc., de las cuales obras fuera largo enumerar sus méritos y sus triunfos, y a pesar de la acción tesonera y eficiente del clero y laicato católico chileno, tanto en el terreno electoral como en el educacional y social-económico, el horizonte no es claro, ni mucho menos halagador.

El partido radical trabaja sin descanso; y el radicalismo en Chile no es sólo partido político, sino eminentemente doctrinario, como los más avanzados de Europa, peor aun que el socialista. Y si bien hoy corresponde la mayoría a la alianza transitoria de los partidos conservador, liberal y demócrata-socialista este último, en el fondo, no obstante su etiqueta—el día que por una u otra causa subiera al poder el radicalismo, ese día habría sonado la hora de la separación de la Iglesia y del Estado, y, lo que es mil veces peor, la persecución religiosa de carácter jacobino, que pondría a los católicos al margen de la

ley. Los radicales que ya son fuertes y poderosos y extienden y vigorizan cada día más sus filas, no se pararán en nada, estando dispuestos a proceder a la *francesa* y llevar la persecución violenta, hasta el espolio de los bienes eclesiásticos y disolución de las congregaciones religiosas. Esto explica y cohonesta la participación directa que tiene allí el clero en la política, lo que, como es claro, está muy lejos de ser el desideratum, pero cuando las líneas están tendidas y perfectamente definidas y es cuestión de vida o muerte, se estima que no queda otro recurso más que jugarse por entero en pro de los intereses bien entendidos de la religión y de la patria.

Por otra parte, la iglesia chilena es relativamente rica; esto lo saben sus adversarios y están al acecho. En las elecciones presidenciales pasadas, halagados con la esperanza del triunfo, tenían ya confeccionado el elenco, según se me ha asegurado, de todas las propiedades de la iglesia, y preparado el estudio jurídico para incautarse de todos los bienes de la iglesia y de las comunidades religiosas, que las creen más ricas todavía de lo que son. Gran argumento para estimular el apetito y afilar las uñas del cernícalo que odia tan sincera e intensamente a la iglesia, como nosotros no tenemos por acá una idea. El triunfo, pues, del radicalismo en Chile será una verdadera desgracia para los intereses católicos de nuestros hermanos de allende los Andes.

La instrucción pública es allí otro problema azás complejo, no obstante su cariz favorable. La ley de enseñanza de 1879, autoriza al sacerdote para dirigir e inspeccionar la instrucción religiosa,—cuyos textos han de ser aprobados por el Arzobispo,—en todos los colegios del Estado. Y de hecho el clero chileno ejerce en la mejor forma que le es posible este derecho que la ley le acuerda. De haber, empero, cualquier inspector avieso y sectario podría, con distingos e interpretaciones bizantinas, impedir la *enseñanza* del sacerdote y reducirle al innocuo y mortificante oficio de ir a presenciar e inspeccionar cómo se da la instrucción religiosa, por los *maestros laicos*.

Sin embargo, no sería esto lo peor, pues siempre quedaría el recurso al Superior y vendrían los reclamos y protestas, y

no así nomás se dejaría burlar la iglesia y arrebatar un derecho que legalmente le corresponde y en cuya posesión tranquila ha vivido desde aquella remota fecha.

Lo que puede obstaculizar y esterilizar enormemente la eficacia de la enseñanza religiosa,—y los hechos en más de un caso lo abonan,—es la dirección y el profesorado de los colegios y liceos del Estado, hoy por hoy, casi todos si no todos en manos no de conservadores, por cierto. ¿La causa? El Consejo de Estado para la Instrucción Pública en Chile, verdadero factotum que hace y deshace en materia educacional, sin que haya nadie que por la ley pueda reveer o vetar sus resoluciones, ni poner cortapizas a su autoridad omnímoda.

Este Consejo formado de 13 miembros: el Rector y Secretario de la Universidad, los cinco Decanos de las Facultades de Letras, Matemáticas, Derecho, Medicina y Teología (la dan todavía como existente... al fin no les perjudica), tres miembros que nombra el Presidente de la República, dos nombrados por el claustro universitario en pleno, y el señor Ministro de Instrucción Pública que lo preside, corre con todo lo concerniente a la instrucción pública, forma las ternas para los cargos de director y profesor de liceos y colegios oficiales y las presenta al Presidente de la República para que elija el agraciado, que es siempre el primero de las mismos. Y, como la inmensa mayoría del Consejo está formado por el elemento no católico, que bien se cuidará, por cierto, de no abrir en adelante el castillo blindado y cerrado a cuatro llaves para los conservadores, puede colegirse de fácil cuáles sean las ideas y el criterio predominantes de los directores y profesores de los liceos del Estado.

Debido a este irritante monopolio educacional que de hecho ejerce en el orden ideológico el Supremo Consejo de Instrucción Pública, no faltan quienes juzgan, entre el elemento intelectual católico de mayor significación, que fué, tal vez, un error la creación de la Universidad Católica de Santiago que lleva absorbidos y continúa absorbiendo millones de pesos y sacrificios de todo género sin que hasta hoy los títulos que extiende sean reconocidos por el gobierno, ni haya esperanzas

fundadas de que lo sean en el futuro. ¿No hubiera sido más práctico y eficiente para la causa, en vez de dejarle al adversario libre el campo en la Universidad del Estado, penetrar y conquistarlo poquito a poco, con el trabajo silencioso pero tesonero, de alumnos y profesionales católicos, que a la larga hubieran podido llegar, con su prestigio y positivo valer, a ser mayoría en el Consejo de Estado?

En cambio, hoy en día la mayor parte de la juventud cristiana frecuenta la Universidad Católica, donde actúan también los mejores intelectuales de la causa. No habiendo de consiguiente punto mayor de contacto entre estos y aquellos universitarios, no se vislumbra tampoco ni la más remota esperanza de un cambio fundamental en los miembros del Consejo de Estado quienes, salvo un milagro que no es dable esperar, continuarán siendo lo que son y renovándose en el mismo ambiente ideológico reinante.



Universidad Católica

Por lo demás y salvo casos aislados de alumnos que, terminados los estudios liceales, desean seguir una carrera liberal, no existe propiamente en Chile la coeducación de sexos, o sea, las escuelas mixtas, lo que no deja de ser una gran ventaja. El gobierno no impone programas oficiales taxativos y deja librado al criterio de los directores de colegios particulares el seguir o el método antiguo o el concéntrico, que es el adoptado en los colegios del Estado. Para aquéllos la mesa examinadora la forman dos profesores del gobierno y el respectivo en la materia del colegio particular.

CAPÍTULO XXXI

Constitución, su situación y aspecto edilicio. — Principales paseos. — Balneario y sanatorio al aire libre. — Los tadeístas y su arreo. — Una silueta interesante. — Páginas íntimas. — Talca y Yumbel. — El santuario de San Sebastián. — Su imagen, según la historia y la tradición. — Profanación sacrílega. — Extraordinaria afluencia de peregrinos a las fiestas del Santo. — Datos consoladores. — Una excursión al Salto del Laja.

Sobre la orilla meridional del Maule, en su desembocadura al Pacífico y al pie del Morro Mutrún de 90 metros de altura, que le sirve de atalaya y comunica por medio de un semáforo el estado de la barra a los buques que entran al río, está situada la pintoresca ciudad de Constitución, fundada en 1794 por don Ambrosio O'Higgins. Bordeaba de suaves y onduladas colinas, presenta un trazado regular de calles rectas y sin empiedre, buenas aceras, edificación modesta, casas en gran parte enchapadas con tablas de madera superpuestas, al que por allí llaman tinglado *reboque* sui generis y harto común en algunos pueblos de Chile, cómodo fondeadero, tranvía a tracción de sangre a un solo caballo y no pocos astilleros de aspecto primitivo diseminados a la vera del río, para lanchas y buques pequeños hasta de 100 toneladas. Como playa de mar, se distingue por las formaciones geológicas de sus rocas, algunas de ellas muy caprichosas y que forman el encanto de los veraneantes y turistas. Entre ellas sobresalen la *Roca de los Lobos y de las Gaviotas,* las *Piedras de las Ventanas,* enormes peñascos con grandes agujeros que los atraviesan a manera

de ventanas, *Calabocillos, Las Termópilas,* el *Arco de los enamorados y la Piedra de la Iglesia,* vasto peñón aislado en forma de antiguo templo que, en la baja marea, deja una cavidad a manera de nave, todas ellas batidas de contínuo por la furia de las olas.

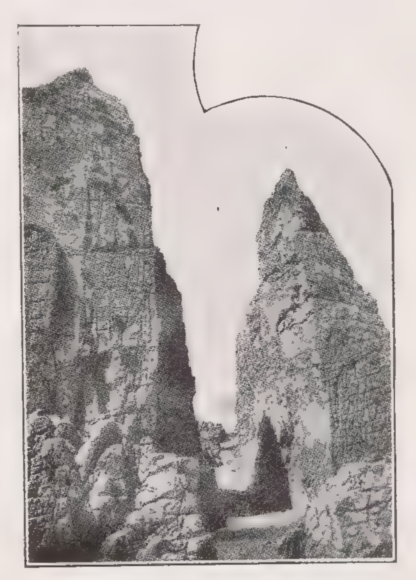
Constitución con 8.000 habitantes, unida ya por ferrocarril a Talca y Cauquenes, a más de su posición topográfica envidiable, su clima suave, si bien un tanto ventoso por las tardes y los caprichosos peñascos y grutas de su costa que le dan un sello y atractivo singular entre los otros balnearios chilenos, tiene hoy día un marco típico que le da carácter y fisonomía propia. Me refiero al modo de presentarse en público una buena parte de veraneantes y nativos. Sanos unos, pero que quieren endurecer el cuerpo, enfermos otros y sometidos a estricto régimen médico, se les ve deambular por calles, plazas, colinas y playa, bien trajeados, pero calzando sandalias y sin medias y empuñando de ordinario, en sus paseos y excursiones un larguísimo rústico bastón. Se les llama *tadeístas,* porque siguen el método hidroterápico de un médico tudesco, de nombre Tadeo, ya célebre en todo Chile, discípulo que fué del afamado padre Kneipp, que ha perfeccionado y ampliado la hidroterapia del maestro y... capuchino por más señas. Al final se acostumbra uno al novedoso y original espectáculo, que no poco choca al principio, máxime cuando se ve a distinguidos caballeros y sobre todo aristocráticas señoras y jóvenes transitar, con sus cortos trajes de moda y sin medias,



Rocas de los Calabocillos, Constitución

tan ufanas y tan hechas a la nueva costumbre o moda que, por ser tal ya no incomoda, antes bien resultarles, según dicen, tan saludable y oportuna que muchas al volver a Santiago u otras ciudades, no pudiendo continuarla en público, la siguen indefectiblemente dentro de los muros del hogar.

Bien merece una silueta este viejo misionero que con igual destreza y abnegación ha repartido bienes espirituales y materiales, curando innúmeras lacras del cuerpo y del espíritu. Tuvo primero su campo de acción al Sur de Chile en Río Bueno, a donde afluían, a pesar de la distancia y las incomodidades verdaderas romerías de ricos y de pobres, de aristócratas y plebeyos; hoy ha convertido Constitución en un Sanatorio *sui generis* y al aire libre, con puntas y lejanas reminiscencias de la vida pastoril de Arcadia, si no fuera más bien un trasunto en pequeño de aquella humilde aldea donde, al gesto imperativo de Kneipp, veíanse hasta príncipes de sangre real, descalzos, oprimiendo en paseos matutinos la húmeda gramilla, cual si fuera mullida alfombra de Bruselas.



Las Termópilas. Constitución

De mediana estatura, más bien enjuto de carnes, ojos claros, barba poco poblada, recoge apenas, con su mal ceñido cordón, el pobre hábito franciscano, cuya orla arrastra, a veces, en su andar desaliñado; serio, adusto y grave, de poquísimas palabras y menos amigos... al parecer, no gasta cumplimientos con nadie, pero atiende a todos con caridad, entre un si es no es a desgano. Bávaro de nacimiento, lleva en toda su persona el sello inconfundible de la raza. Ni los sesenta y tantos

años vividos, ni las virtudes de ejemplar religioso que le adornan, ni los muchos años en suelo americano, han logrado suavizar del todo y desbrozar enteramente aquella naturaleza un tanto agreste, independiente y bravía. Mas a través de esa recia y áspera corteza, de ese temperamento tenaz e irreductible y hasta refractario a las primorosas modalidades latinas, se trasluce un corazón de oro, una alma caritativa, ingenua y bella, como la de un niño.

A su consultorio acude todo linaje de personas y a todas ordinariamente tutea con cierto abandono y superioridad, entre familiar y despótica, de viejo patriarca, que impone sus prescripciones, secas, terminantes e irrevocables, en español germanizado, de construcciones vizcaínas sin dar explicaciones a nadie, ni preocuparse del efecto que pudieran hacer sus úkases y sí sólo de ganar tiempo y volver a la brega diaria de las ocupaciones propias de su estado. Como acrece enormemente su clientela en los meses veraniegos, vése obligado a imponer y exigir, en las horas de consulta, la consabida tarjeta, siendo no pocos los que han de esperar su turno para el día siguiente. ¿Y los médicos chilenos, se preguntará, qué hacen y qué dicen a todo esto? No pocos dejan correr las cosas, mirando con despreciativo desdén y murmurando por lo bajo y por *lo alto* cuando la ocasión se presenta, otros le reconocen competencia y hasta, en casos dados, le envían algunos clientes... deshauciados, sin que haya faltado algún galeno que aporreado por la suerte, la enfermedad y sus colegas, a lo Nicodemo, de incógnito y entre dos luces, llegara también a golpear las puertas de su clínica.

Por lo demás el padre Tadeo de San Vicente, no cobra un centavo a nadie. En varias ciudades de Chile hay instalaciones de baños, según el método *tadeísta*, no faltando familias de viso que los tienen en sus propias casas, encariñadas con el sistema que les volviera a la vida a algún miembro de familia ya deshauciado por la ciencia. En Chile, pues, el nombre del padre Tadeo es tan conocido como la ruda o los porotos, que es mucho decir y nadie, ni autoridades, ni pueblo, ni profe-

sionales, ni profanos se atrevería a ponerle cortapizas y prohibirle el ejercicio de su profesión, o quererle tocar un cabello de su cabeza a este "dios chico" de la vecina república.

Sometido yo también por algún tiempo al régimen *tadeísta*, menos en lo de renunciar a las *medias* y al *cigarro* y acosado a todas horas por pistones, empaquetaduras, baños fríos y de vapor, abluciones, sábanas estrujadas, envoltorios y refajos, buchadas, caminatas y qué sé yo, a penas si me bastaba el tiempo para echar, a hurtadillas de mi querido viejo y respetado médico, cortas y sabrosas humeaditas, las que, a su turno me abrían el seso y despabilaban para garabatear cuartillas.



Piedra de la Iglesia, Constitución

Fruto de esas trasgresiones al método son, entre otras, las dos siguientes páginas íntimas que, por dar la sensación de aquellos hermosos parajes y plácidos días allí vividos, las arranco de mi diario para ponerlas aquí.

Vine a Constitución por tres días y me he dejado estar muy cerca de dos meses; y aun me marcho a desgano. La cosa no es para menos. Sita sobre el Pacífico a la desembocadura del caudaloso Maule, un collar de montículos y lomadas suaves, tapizadas de gramilla y de pastizales amarillentos, con no pocos bosques de eucaliptus la abrazan y la ciñen. El mar, el río y la montaña le prestan, pues, sus encantos, la embellecen y la miman. Vista desde las cimas de sus pintorescos atalayas, semeja una palomita blanca, echadita en su nido de esmeralda, estirando su piquito hacia el mar y mojando su alita derecha en el río.

Su clima es envidiable, casi diría ideal; todo el mundo se siente contento, alegre, satisfecho.

Desde las doce del día hasta el atardecer, sopla un ligero vientecillo que tempera el ambiente y lo refresca. Si algunas veces no arreciara demasiado, no habría más que pedir. Aun en los días más fuertes de verano, puede uno pasearse al sol de una a tres de la tarde, sin experimentar molestias mayores. Colígese de aquí, lo que serán sus mañanas y sus tardes y sus noches. Algo tan extraordinario y agradable que es sólo para sentido. Por esto, después de Viña de Mar, es el balneario preferido y a mi juicio le superara, si reuniera las comodidades y el conforte de aquél y venteara un poco menos.

Particularidad singularísima de este cachito de cielo, es conservar casi uniforme su temperatura durante la noche que se la podría pasar muy divinamente, meciéndose en una hamaca. Un airecillo fresco y tonificante acaricia con mesura el rostro, vigoriza retemplando la epidermis, esparce con suavidad el pelo y menea blandamente las copas de los árboles. Las estrellas dejan caer sus hilos de plata temblorosos y por ellos ascienden y descienden espíritus invisibles que llevan y traen recados de otros mundos, mientras el oleaje rumoroso del mar, en el silencio solemne, sagrado de la noche, arrulla el sueño de los unos, o eleva a otros en éxtasis de amor. ¡Qué no ha sentido mi alma en esas peregrinas, divinas noches, cuando paséabame por el jardín-hortaliza del convento, mirando la bóveda estrellada del cielo y aspirando esas auras sedantes y perfumadas! ¡Y en esas mañanas, tiernas, frescas y puras, como cogollitos de azucena, a la hora del crepúsculo, cuando la balbuciente alborada a penas quiere entreabrir sus párpados, para regalar a los humanos con las tenues, grisáceas primicias de la luz, absorto en la contemplación de la divinidad, recorría a paso lento y silencioso los senderos de aquel humilde vergel, haciendo armas espirituales para la lucha de la jornada diaria!...

A las 5.30, o mejor dicho a las 4.30, según el reloj chileno, adelantado en una hora, celebrada la santa misa y emprendía luego mis excursiones matutinas, acompañado de otro

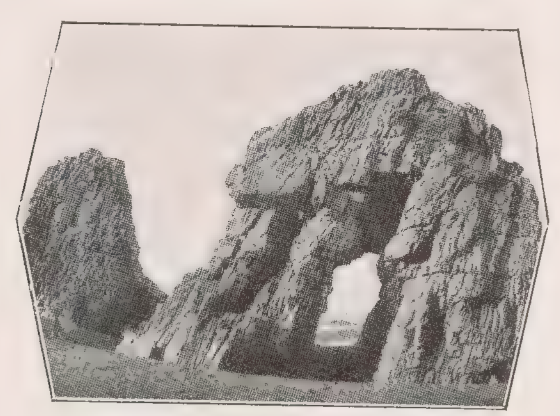
niño, de cincuenta y tantos como yo, pero de barba ya plateada, retorcida y cabruna, de poner celos al mismo Aarón en persona, un capuchino de verdad, sencillo, alegre y bueno como un pedazo de pan y caminador y andariego, como un gamo montañés. Por las tardes repetíamos invariablemente la excursión. ¡Y qué excursiones, Dios mío! No dejábamos ladera o cuesta que no trepásemos, ni perdonábamos morro o cima que no domináramos, ni playa que no la recorriéramos, ni bosque, cueva o quiebra que no registráramos, como guarda-bosques de oficio.

Cuántas veces recostados sobre la gramilla a la sombra de un enorme boldo, contempábamos allá bajo el espectáculo grandioso de las olas. ¡Qué gama de sonidos, qué riqueza de matices y de tonos, qué variedad infinita de formas, de coloraciones y murmurios! ¡Sobre cada burbuja, oscilaba el iris, sobre cada espuma se quejaba una trova o languidecía un suspiro, sobre cada onda iba adormecido un poema!

Y cuántas otras, en pernetas corríamos por la playa solitaria y jugábamos con las olas que, perseguidas y acosadas volvían de pronto sobre los traviesos chicuelos, haciéndoles prorrumpir en ayes y en gritos, o en risas francas y nerviosas. O bien de pie, sobre la enhiesta ennegrecida roca, mirando de frente el inmenso piélago, escuchábamos absortos el chasquido furioso del oleaje que estallaba, como turbión de caireles, como cascadas de vidrios rotos, salpicándonos con el polvo acuoso de sus perlas, mientras los fríos rayos de un sol en agonía, tornasolaba en oro muerto aquellos lienzos, tan bellos y soberbiamente transparentes de poner celos y avergonzar al mismo divino Sanzio. ¡Oh las fuertes intensas emociones que en esos momentos de suprema dicha embargaban mi espíritu!

Perdidos, a veces, por el oculto, tortuoso sendero de alimañas, repechábamos la cuesta, o intrépidos entreabriendo *boldos*, arbustos y helechos nos hundíamos pendiente abajo, hasta topar con el arroyito humilde que gemía entre guijas y gramillas y yerbas aromáticas. Allí nos sentábamos a departir y descansar un rato. Los instantes huían veloces. Pero ¿quién resistía, antes de dejar aquel sitio de ventura, de pispar y es-

cudriñar la causa de un débil cadencioso murmurio de un tinteneo platino que se oía, ahí muy cerca, entre aquel manto de verdura, como de un ser recién nacido? Era un hilito de plata limpia que al nacer de la peña y sin dejarse ver, volvía a morir en un huequecillo oculto tras aterciopelado pabellón de yerba buena. Cogíamos algunos gajos, arreglábamos el consabido manojito y aspirando su perfume, volvíamos a trepar la sombreada cuesta, deteniéndonos aquí, descansando más allá y desechando parajes y sitios que a porfía nos salían al encuentro ofrendándonos su follaje, hasta dar con el de nuestro gusto y predilección. Solía ser siempre el más oculto y solitario, donde no penetraba el sol, estrecho y fresco y rústico sí, pero que nos mostrara el horizonte, que descorriera, por entre la fronda, los pintorescos variados paisajes de que es rica aquella región. Y desde allí, como desde una glorieta de rústico cortinaje, contemplábamos toda la belleza panorámica de los montes, de la ciudad, del mar y de los bosques.



Arco de los enamorados, Constitución

El océano, de un lado, como una inmensa sábana de plomo, reverberando a los rayos del sol y besando los bordes velados del cielo; del otro, allá lejos, serranías de azul claro cortando el horizonte, más acá, la cinta ondulosa del Maule, gallardeando como un penacho su islote de eucaliptus, de esta parte morros de calvicie amarillenta, pero de flancos verdinegros y a plomo, de la otra, lomas de redondeadas cimas y de pendientes suaves, peladas unas, pastosas otras, zurcadas de caminos, las más y mostrando todas airosos bosquecillos artificiales y

convidando al descanso con el fresco follaje de sus ondonadas y quiebras; y precisamente en la parte baja de esta concha, en el centro de este marco variado y caprichoso, asentada la ciudad, la palomita blanca, salpicada con los verdes manchones de su huertos.

Me fuí hoy a la playa a recrear el espíritu y el cuerpo con la fresca brisa de una tarde soñadora. Hay en el balneario de Constitución (Chile) un grupo saliente de enormes peñas graníticas, muy bellas, caprichosas y raras. Se las conoce con el nombre de *Piedra de las Gaviotas, Piedra de los Lobos y Roca de las Ventanas* y son el encanto y el paseo favorito de veraneantes y turistas. Las dos primeras rodeadas ya del mar, solitarias y escuetas, como dos centinelas marinos, o pétreas plantas acuáticas, sienten sus flancos azotados sin tregua por el formidable estruendoso oleaje y acariciadas sus crestas por arrebolados tules de espumas, o ligero roce de olas. La otra, colosal e imponente peñón de ochenta metros de alto, sesenta de ancho y doscientos de largo aproximadamente, oradado caprichosamente por la naturaleza con varios túneles o aberturas, se asienta, frente a aquéllas, en el arenal de la playa y hunde sus pies en el mar, permitiendo, eso sí, al turista, rodearla con alguna dificultad, o atravesarla, si más le place, por sus rústicos boquerones y ver el mar por ambos lados.



Playas de las Ventanas, Constitución

La belleza y majestad de estos seculares farellones, son indescriptibles, y hay que contentarse con sentirlas. Llegué allí y quedé como alelado. Me sucede esto, cuantas veces siento intensas emociones.

Me sobreviene una como parálisis de todo y no soy apto más que para sentir en conjunto, sin poder articular palabra, ni precisar conceptos, ni grabar imágenes. Todo me zumba y atontece y avasalla en desordenada embriaguez de gratas sensaciones.

Bordeé el áspero sendero que la ciñe, trepé sus riscos abruptos, haciendo peldaños de sus huecos y cortes, penetré absorto por sus grandiosas e irregulares galerías, observé las entrañas abiertas del coloso, contemplé hasta el último escondrijo de las formaciones geológicas de estas grutas extravagantes y salvajes, aspirando a pulmón henchido todo el fresco y poético ambiente en que se bañan y luego, como fatigado por la grandeza soberbia del paisaje, fuíme a sentar sobre un picacho de sus faldas mirando al océano y dando rienda suelta a la imaginación ya herida y borracha.

Un nuevo espectáculo, empero, vino a sacudirme con más fuerza, si cabe, el de las olas, que ya perezosas y lánguidas, ya encrespadas y bravías, iban a morir murmurando unas tras otras, a los pies ennegrecidos de aquellos tres monstruos de granito.

¡Qué cuadro más poético y movido! ¡Cuánta riqueza y variedad en la misma monotonía del vaivén sempiterno, del flujo y reflujo que agita al inmenso piélago! ¡Qué apacible serenidad en unas, qué sublime grandiosidad en otras! Esta, apenas nacida, da un suspiro y muere, otra quiere asomar y caritativa se aplana para dar paso a su hermanita más gaya y feliz, que rueda tranquilamente, cantando sus viejas trovas de amor, y, coquetona, con flexibilidad de sierpe, balancea su cabellera ligeramente rizada, y va a besar la cinta arenosa de la costa, para volver luego atrás, tareleando en secreto su vieja, cristalina canción. Aquélla, entumecida y brava se hiergue, se estira y precipita y ruge y clamorea, al son de vitreos triturados cascabeles de crepitantes porcelanas, de sedas rumorosas, y empenachada de espumas se hincha de soberbia y de coraje, hasta que, en chasquido estruendoso y formidable estalla contra la inmoble roca, que sin más avienta al cielo sus tesoros. Y es de ver en-

tonces el magnífico chisporrotear de perlas que brotan de su seno abierto, la acuosa polvareda de diamantes que se esparce y fulgura por los aires, la lluvia de pupilas que se encienden, las retorcidas conchas de nácar, los níveos relucientes penachos que se engendran y entrelazan con rubias polícrones divinas cabelleras de gotas de rocío, enhebradas en impalpables temblorosos hilos de luz. ¡Y qué lástima! ¡toda esa divina pedrería, todo ese conjunto celestial de formas de colores y de luz, de hechizos y de encantos, toda esa humareda de rocío que se enciende y fulgura, tan digno de guardarse, así, intacto, en un fanal, en un abrir y cerrar de ojos se derrumba, se desploma, se desvanece, muere!

¡Tal es la vida!

¡Oh la vida del hombre sobre la tierra! ¡Cómo no amarla! ¡Cómo no despreciarla!

*

Desde Constitución y después de visitar lo más digno de conocerse en la progresista ciudad de Talca, encuadrada en el marco común de sus similares de 45.000 habitantes y sólo descollante por sus fuertes calores de verano, me fuí (*me arranqué*, diría un chileno) al venerado santuario de San Sebastián de Yumbel, que, con el de la Virgen de Andacollo, comparte la gloria de toda la tradición cristiano-religiosa de la nación chilena. Allí me esperaba ya mi antiguo condiscípulo y amado hermano el Iltmo. y Rvmo. Señor Obispo de Concepción, doctor D. Gilberto Fuenzalida, para asistir a las solemnes fiestas que en honor del Santo se realizan todos los años el 20 de enero. Era una feliz coyuntura para observar la psicología y religiosidad de las clases populares en Chile.

Yumbel es una pequeña población de 3.000 almas, distante una legua de la estación del mismo nombre, sobre la vía ferroviaria que desde Santiago va a Concepción. Se venera allí la célebre efigie, en madera, de San Sebastián, traída por los conquistadores de Chile, probablemente por Valdivia, y que recibía culto en Chillán.

Atacada esta ciudad por los araucanos, durante la sublevación general del año 1655, fué abandonada por los españoles, pero salvada la venerada efigie, a grupa de caballo, para no dejarla expuesta a la profanación de los bárbaros, y escondida, —que el enemigo urgía y el camino era largo,—en un lugar pantanoso, cerca de la plaza fuerte de Yumbel. Así lo narra el historiador jesuita P. Miguel de Olivares en su *Historia civil y religiosa de Chile.*

Añade la tradición que al ser encontrada después la imagen por los yumbelinos y reclamada por los chillanejos, falló a favor de los últimos el juez eclesiástico, ante quien fuera llevada la causa; pero no pudiéndola mover éstos, ni con yuntas de bueyes, y sí fácilmente los de Yumbel, el juez hubo de reformar su fallo y adjudicársela a los tan visiblemente favorecidos por el cielo.

En la noche del 2 de enero de 1878 un masón extranjero azuzó a otros dos jóvenes libertinos, para que robasen la imagen y la quemaran. Realizado el hurto sacrílego, el pueblo entero se esparció por los lugares vecinos en busca de su querida imagen. Esta, bañada de parafina, desfigurada y ennegrecida por las llamas, pero intacta, fué encontrada, felizmente, el 4 del mismo mes, enterrada en un arenal cercano. A su lado, como para dar fe de lo ocurrido, veíase una botella, con restos del inflamable, varias cajas de fósforos vacías, naipes quemados y un montón de cardos, también quemados. Toda la noche, al parecer, habían trabajado inútilmente aquellos desgraciados, —cuyo fin desastroso no se dejó esperar,—sin lograr su intento de prender fuego a la reseca imagen, que contaba ya tres siglos de existencia, verificándose lo que dice un piadoso escritor, que "cuando Dios quiere construir un nuevo edificio espiritual, es decir, popularizar un dogma o inspirar una gran devoción, comisiona al diablo para que abra los cimientos y construya a la gloria divina".

Tal sucedió con la profanación de la sagrada imagen. La devoción a San Sebastián que antes sólo abarcaba un radio relativamente corto, se extendió a todo el país, comunicándose a

otras naciones vecinas, multiplicándose y centuplicándose el número de peregrinos que llegan al santuario. Yo mismo tuve oportunidad de conversar con varios argentinos, que de las regiones del Sur y a pesar de la distancia y de la crisis, llegaran a pagar religiosamente sus promesas.

El ilustrísimo señor Salas, obispo entonces de Concepción, que hizo retocar y decorar nuevamente la estatua, ordenó que se dejaran las quemaduras en el tobillo de uno de los pies, y se colocara a un lado una placa de plata, que dice: *Restos de la profanación ejecutada sobre esta santa imagen el* 3 *de febrero de* 1878.

Fuera excusado añadir que la villa de Yumbel presenta en las fiestas del santo un espectáculo por demás animado, pintoresco y original, muy parecido al que ofrecen,—lo que me evita describirlo,—nuestros santuarios de San Nicolás de La Rioja y de la Virgen del Valle en Catamarca, por lo que a los peregrinos criollos respecta. Estos, en Yumbel, alcanzan a 25 y 30 mil, contando con los mineros, que, por razón del pago efectuado a principios de mes, llegan rezagados, pero llegan indefectiblemente. Oscila entre 300 a 500 el número de carretas atestadas de rotos, que entre chirríos desapacibles y grandes polvaredas bajan a las fiestas, siendo innumerables los que lo hacen en tren, caballo, coche o a pie. Parece aquello un colosal campamento, en que todo hombre, mujeres y niños, carricoches y perros y caballos, vendedores ambulantes, cocineros al aire libre, timadores y baratijeros se revuelven, entremezclan y barajan, engendrando una mareante algarabía, ocasionada a toda clase de desórdenes. Y lo era, en efecto, en épocas pasadas. Hoy, felizmente, las autoridades civiles, de acuerdo con la eclesiástica, no toleran escándalos ni bolinas, coadyuvan con eficacia a la acción de 25 o 30 sacerdotes que atienden a los romeros, prohiben terminantemente el expendio de licores, y un piquete de soldados apostados en la Estación, retiene a los sospechosos y secuestra toda clase de armas que pudieran llevar los demás, las que sólo a su regreso les son devueltas.

Por estos y otros medios se ha logrado cambiar enteramen-

te el cariz de aquellas fiestas. Son innumerables los que hoy se acercan a la confesión y comunión, sin que casi den abasto los muchos sacerdotes que desde el alba hasta altas horas de la noche confiesan a los hombres, con la particularidad que comulgan más hombres que mujeres. Y, salvo algunos que, de regreso y que no confiesan, por cierto, se les ve premiarse la abstinencia y andar entre *Chillán y Yumbel*, no se presencia en las fiestas el espectáculo bochornoso de la embriaguez, a que tan pronto se muestra el *roto* chileno.

Las instalaciones del Santuario para hospedar a los peregrinos, son amplias y espaciosas. A todo el que desea se le da almuerzo y comida gratis, durante tres días, repartiéndose al efecto alrededor de seis mil boletos, lo que prueba que sólo aprovechan los más pobres o gente sencilla, que se substrae así a la explotación de los vividores, que no faltan. Las limosnas que se reciben cubren éstas y otras erogaciones, destinándose el remanente al sostenimiento del gran Seminario de Concepción.

*

En compañía de monseñor Fuenzalida y otros sacerdotes nos resultaron cortas las siete leguas que recorrimos en coche desde Yumbel, en excursión de solaz hasta la mejor cascada que posee Chile, el Salto del Laja. Tras el mareo de las fiestas, venía bien esparcir el espíritu en tan deleitoso paseo, que guarda no pocas sorpresas.

No es la menor, por cierto, que en una llanura perfectamente uniforme, sin sierras, ni alturas, ni visibles desniveles, se vuelque de improviso un río de más de cien metros de ancho y precipite estruendosamente sus aguas en la petrea sima de un abismo, formando la espléndida cascada y poniendo sobre la belleza genuina del fenómeno una nota típicamente original e inesperada.

El Laja al desatar al aire su magnífica cabellera, se bifurca en dos estupendas caídas para luego, como asustado de sí mismo, reunir todo su caudal y oprimirlo, en corriente enfureci-

da y vertiginosa, en un cajón de piedra de cuatro a cinco metros de ancho por veinte de profundidad aproximada. Pone miedo en el alma y escalofríos en el cuerpo la sola vista de este gigantesco serpentón, de lomo onduloso e inestable, que brama y se estremece iracundo, como poseído de vesanía, ante las pétreas barreras que lo ciñen.

Vista desde este sitio la cascada principal en forma de media luna, de unos sesenta metros de extensión que en tensa arcada se despeña a pique, desde treinta metros de altura, es un espectáculo sencillamente sublime e indescriptible. El estrépito ensordecedor que produce, la lluvia de grandes copos de espuma que se esparcen aventados por manos invisibles, los celajes y fantásticas luces espectrales que se engendran, los violentos torbellinos que al chocar contra las piedras del fondo se pulverizan y se encumbran en mágicos penachos y volutas, en gigantesca humareda visible a gran distancia, todo esto marea y aturde los sentidos, subyuga y embelesa el espíritu en contemplación estática.



Salto del Laja

No conozco nuestras grandiosas cataratas del Yguazú, las reinas soberanas de América, superiores a la del Niágara, pero en pequeño, es dable apreciar aquí también toda la poética belleza y magia arrebatadora de estos fulgentes anfiteatros de agua, esparcidos de barato por la mano de Dios en el creado para deleite y solaz de sus hijos.

CAPÍTULO XXXII

Concepción, sus alrededores y edificación. — El cerro Caracol y la laguna de las Tres Pascualas. — Iglesias y Seminario. — Liceo y Manicomio. — Proyectos grandiosos. — Excursión a Talcahuano. — La isla de Quiriquina y los internados alemanes. — Visita al Puerto Militar. — Origen de la frase: "hacer once". — Las grandes minas carboníferas de Chile. — La Compañía de Lota y Coronel. — El Parque de Lota. — Caupolicán de Nicanor Plaza. — Conversando con un anciano. — Anécdota del fraile Aldao. — Su muerte cristiana.

Excepcionalmente gratos me fueron los días pasados en la ciudad de Concepción que cuenta ya de 60 a 70 mil habitantes y en donde se disfruta en verano de un clima fresco y muy agradable.

Fundada por Valdivia en 1550 en el valle de Penco, a la orilla de la apacible bahía de Talcahuano fué tres veces destruída por los terremotos y trasladada en 1765 al valle de Mocha, al pie del cerro El Caracol, tres leguas de distancia de Penco, su antiguo sitio, sobre la ribera norte del majestuoso Bio-Bio que refleja hoy enorgullecido la atrayente belleza de la reina del Sur.

Sus alrededores y todo el trayecto que la separa del mar, están sembrados de montículos y pequeñas colinas en su mayor parte ensombrecidas de bosques de pinos y de eucaliptus, formando fértiles valles de aspecto risueño y pintoresco.

Los bosques artificiales que abundan en todo el valle central de Chile, dan por todas partes la nota graciosa y simpática

y muestran prácticamente el amor de sus habitantes por el árbol, sin necesidad tal vez de marear a la turba infantil en día fijo y oficial con pomposos y ditirámbicos discursos sobre el culto del árbol, aunque no vuelva a acordarse de él, si no es para cortarlo o aporrearlo.

La edificación es sencilla pero armoniosa, las calles rectas y regularmente pavimentadas, aunque no tan limpias como fuera de desear, recomendables sus plazas y paseos públicos por sus hermosos arbolados. El nivel de la ciudad es muy bajo. La plaza de Armas, centro y punto más elevado de Concepción está a 14 metros sobre el nivel del mar y a 11 sobre el del Bio-Bio, siendo aún más bajo el de los barrios apartados. Pero con un buen plan de nivelación y realizadas ya las obras de las cañerías de desagüe, ha cambiado el estado sanitario de la ciudad, antes deficiente por esta causa y también por la escasa



Panorama costado poniente de Concepción

pendiente del terreno hacia el mar, las hoyas formadas en medio de las colinas y las excesivas lluvias de invierno.

Como Santiago se enorgullece con su cerro Santa Lucía, Concepción presume también con su cerro *Caracol,* sito a seis

cuadras de la plaza de Armas, cubierto enteramente de pinos y de eucaliptus gigantescos que le convierten en una verdadera "selva negra". Una amplia y asombrada avenida en zig-zag da acceso hasta la cima, a la que muy pronto llegará otra, ya en construcción, para coches y automóviles. Este hermosísimo cerro de no menos de cien metros de altura es para Concepción, lo que el Mocatán para el Cairo, balcón soberbiamente airoso que presenta en vista panorámica no sólo la ciudad, con sus calles, plazas y monumentos, sino sus alrededores todos, la laguna de las Tres Pascualas, el caudaloso Bio-Bio, atravesado por el puente del ferrocarril de Arauco de 1886 metros, su desembocadura en el mar, el camino a Talcahuano y su grandiosa bahía, la línea férrea, la bahía de San Vicente, el golfo de Arauco y las relucientes aceradas aguas del océano.

A la derecha, el mismo cerro se alarga en una cadena no interrumpida de otros cerros más bajos de exuberante vegetación, como ser el del Seminario, dominado por la estatua de la Inmaculada que el 8 de diciembre reune en religiosa peregrinación a toda la ciudad, el de los Padres Salesianos y el del Hospital de Niños, etcétera. A la izquierda idénticas y variadas ondulaciones de colinas y montículos engarzados hasta varias leguas de distancia, sobre la margen del Bio-Bio, pero dejando espacio suficiente para la Avenida Pedro Valdivia, que con el tiempo será la mejor de Concepción, si ya no lo es, bordeada de un lado por el río y del otro, de graciosos poéticos palacetes que se recuestan muellemente sobre el verde aterciopelado de sus faldas cubiertas materialmente hasta la cima de fresco, impenetrable boscaje.

El Caracol, es pues, la nota saliente y característica de Concepción. En otro sentido lo sería también el hermoso lago contiguo a la ciudad, vulgarmente denominado *Laguna de las Tres Pascualas,* por una poética leyenda que no es del caso recordar y en cuya ribera se alza un cerro que hace aún más atrayente la hermosura de este sitio, donde se reunen los clubs de regatas. Mās para esto fuera necesario que la municipalidad expropiara todos los terrenos que la circundan y transformara

aquel paraje en un grandioso parque que, a buen seguro, no tendría rival en toda la nación.

Las iglesias, por lo general, no interesan en Chile, como monumentos arquitectónicos. Son ordinariamente del mismo estilo y vista una, puede decirse están vistas todas las demás: estilo romano, de una o tres naves, con techo o bóveda de madera ensamblada y columnas ídem con alma de material. En Concepción la mejor es la de los padres jesuitas, últimamente terminada, en la que los altares, confesonarios, etcétera, condicen armónicamente con el estilo gótico puro de la misma, siendo también un joyel la capilla del Seminario.

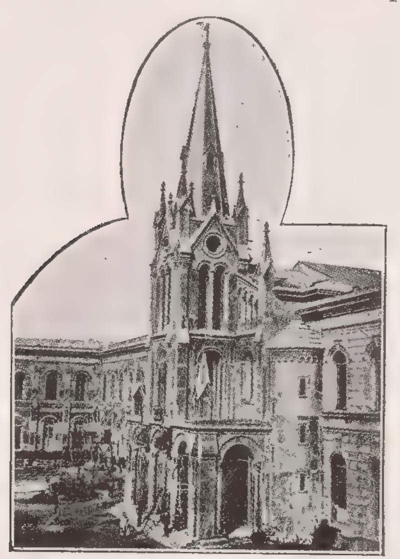


Cerro Caracol, Subida y Avenida

El edificio de este Seminario, de dos pisos, arquitectura seria y elegante es el mejor establecimiento educacional de Concepción y acaso el más amplio y monumental de Chile. Dispone de cuatro grandes cuerpos de edificio cerrados en cuadro, formando amplísimo patio cada uno, a más de otras dos alas salientes, con galerías superiores cerradas y una escalera monumental al centro. La obra que ha costado millones de pesos se debe al esfuerzo de los ilustrísimos obispos Labarca e Izquierdo. Cuenta también este Seminario, como el de Santiago, con un externado, hoy enteramente independiente de aquél, en el que funciona un curso de estudiantes de derecho que dan examen ante comisiones designadas por el Liceo. Entre ambas secciones hay como setecientos alumnos.

La acción benéfica social católica, se desenvuelve normalmente debido al esfuerzo de un virtuoso y preparado clero

secular y regular y de un decidido núcleo de católicos seglares, pero sobre todo a la acción sabia, eficiente y tesonera del nuevo obispo monseñor Fuenzalida que está marcando, justo es reconocerlo, una era nueva para la diócesis y ciudad de tinte acaso más subidamente radical del sur de Chile.



Seminario — Concepción

Entre otras cosas dignas de conocerse en esta ciudad, llaman la atención preferentemente dos. El Liceo oficial que ocupa una cuadra, de tres pisos y elegante arquitectura, todavía inconcluso y en el que, a más de los cursos liceales, funciona ya uno de derecho. Será una vez terminado talvez el mejor de Chile y muy aparente para albergar la futura Universidad de Concepción, aspiración unánime y justísima de todos sus habitantes. Realmente no parece equitativo que una nación de más de setecientos mil kilómetros cuadrados, con más de cuatro mil de longitud, sólo tenga una sola Universidad, la de Santiago.

Con el tiempo, Concepción tendrá un manicomio modelo. Están ya terminados cuatro pabellones en los suburbios de la ciudad, de los 22 que señalan los planos y que se irán construyendo con los millones dejados por la sucesión Avello para obras de beneficencia. No significa esto que en Concepción abunden los orates, no. Lo único que prueba es que todo lo que hacen los chilenos, lo hacen bien, pensando en el porvenir. Para algo Dios les ha dado entre otras cosas un sentido práctico envidiable y una imaginación fecunda en achaques de proyectos y de obras, nacida talvez de la misma rivalidad existente entre la naturaleza y la raza. Así nos lo dice el ya citado

Oliveres: "La falta de espacio en toda la costa chilena ha creado, con la necesidad de reducirlo allí todo y como una exigencia de la ley del contraste, una extraordinaria potencia fantástica que se pone de relieve donde el mar y la cordillera dejan ancho campo de acción.


Fiestas Patrias en Concepción

La fantasía chilena, que se desquita de aquel martirio donde puede, nos presenta en Santiago ejemplos en verdad muy curiosos. Durante la presidencia de don Pedro Montt se construyó un manicomio en Nuñoa, cerca de la capital, pero cuando estuvo terminado resultó tan enorme que no sirvió para el fin propuesto. Hoy hay allí un cuartel, grandes depósitos fiscales, el depósito de municiones de buena parte del ejército y otras dependencias.

Cuando se hicieron los planos del internado del Instituto Nacional se soñó en un edificio grande, muy grande, que respondiera a todas las exigencias: pero basta pensar lo que habría sido terminado cuando hoy, inconcluso, tiene en un solo pabellón el Internado Barros Arana con capacidad para mil alumnos y además existe la casa de Corrección para muchachos y los depósitos de la intendencia militar menos las municiones.

Y un caso más notable que los citados es la maestranza de San Bernardo que se construye hace tiempo. Basta saber que estos depósitos para máquinas ferroviarias, talleres para construcciones y reparaciones y todo lo demás que se relaciona con el movimiento de los ferrocarriles, serán cuando estén terminados los más grandes del mundo. Uno de los ingenieros que dirigen la construcción, norteamericano, ha manifestado,

no sin rubor, que en su país no hay nada igual. Se comprende perfectamente, después de conocer este detalle, que el ministerio de ferrocarriles se haya encontrado a fines de 1918 en la ineludible necesidad de contratar un empréstito de ciento sesenta millones de pesos, cuya autorización le ha sido acordada, para cubrir el déficit de sus presupuestos a tan poca distancia de 1915, año en que tuvo superavit y no obstante la facultad de elevar las tarifas de acuerdo con la baja del cambio''.

Por esos días también, referíame con entusiasmo otro proyecto grandioso, de origen yanqui-chileno, pero aplazado talvez indefinidamente, en especial por la fluctuación del tipo monetario, la instalación, esto es, en Talcahuano, en la isla de los Reyes (ofrecida, según se me dijo, a capitalistas norteamericanos), de colosales fábricas para construcción de buques, locomotoras, rieles y maquinarias de toda clase y con lo cual se conquistaría de fácil el monopolio sudamericano en estos ramos. Proyecto tanto más tentador y factible, cuanto que los tres factores indispensables, carbón, hierro y madera, los tienen a la mano: el carbón ahí mismo, centro de las minas de carbón de piedra, que si no alcanza las calorías del carbón inglés, en cambio es inmensamente más barato; el hierro se traería de Coquimbo y las maderas del Sur, con fletes baratísimos y hasta podríase aprovechar también al efecto el Bio-Bio con no grandes trabajos de dragado.

*

Como Lima tiene a corta distancia sus balnearios de la costa, en proporción análoga posee también Concepción sus pueblos costaneros, Talcahuano, Penco, Punta de Parra, Tomé, San Vicente y un tanto más retirado, Lota, Coronel, etcétera, adonde, en días festivos, sobre todo, se derraman alegres caravanas de paseantes a gozar de las aguas y brisas marítimas en excursión de recreo. Por el interés especial que despiertan, sólo mencionaré dos, entre las varias realizadas, durante mi estada,

una al Parque de Lota y otra al puerto de Talcahuano que cuenta ya con 35.000 habitantes.

Ocupa el centro de la extensa y magnífica bahía el actual humilde puerto de Penco, (1) cuya población normal, no pasa de tres mil almas, la izquierda el puerto y ciudad de Talcahuano, la derecha Punta de Parra y Tomé y al frente, o sea a la entrada, la isla de Quiquirina, dejando a uno y otro lado los pasos de Boca Grande y Boca Chica. Quiquirina era en ese entonces la residencia asignada a los 340 alemanes de las tripulaciones de los barcos internados con motivo de la guerra. Esos bronceados marinos de hazañas y peripecias mil, verdaderos lobos de mar que, como los tripulantes del buque velero Secadler escribieron las páginas acaso más novelescas de la gran guerra, tan fecunda en hechos extraños y heroicos probaron allí, no sólo entender de guerra, sino también de vida social, pacífica y trabajadora, de arte, de cultura y de conforte en las provisionales microscópicas casitas, en los lindos palacetes liliputienses de madera que en un momento construyeron, cual si siempre hubieran de vivir allí, con un gusto, prolijidad y exquisitez de detalles que no los exigiera mayores la pulcra, femínea delicadeza.



Puente Bio-Bio (1.886 metros). Concepción

Largo y prolijo fuera enumerar todas las instalaciones del Puerto Militar que visitamos, acompañados gentilmente

(1) Sumergidas en el mar, asoman todavía en la baja marea, ruinas de lo que en los pasados siglos fueron templos y edificios de la antigua Concepción de Penco, rival poderosa de la capital del reino, y residencia de algunos gobernadores que sólo accidentalmente pasaban a Santiago.

del señor Riquelme, comandante del caza-torpedo *Condel*, entrado el día anterior en dique seco. El *Condel*, último modelo, que hace también de crucero, de 2.000 toneladas y 30.000 caballos de fuerza, fué entregado por Inglaterra en 1914, juntamente con el *Almirante Lynch*, reteniendo, según convenio, otros cuatro más que debía entregar después, por haber ya estallado la guerra. Tiene cañones de cuatro pulgadas y puede tirar con el último invento a base de aire recalentado hasta una distancia de 10.000 metros. Posee asimismo dos instalaciones radiográficas, una sistema Marconi, a electricidad, que alcanza a 80 millas, y otra sistema alemán Telephunk que en cualquier tiempo alcanza a 300 millas, y también hasta 500, si el tiempo está tranquilo.

Se le reparaba en el dique núm. 1, que tiene de largo metros 165, de ancho 39 y 11 de profundidad.

La Compañía Francesa Sillard y Drinot tiene entre manos la construcción del dique núm. 2, principiado en 1911 y que debió haberlo entregado en 1916. La guerra le impidió cumplir el convenio, calculándose que estará terminado en todo el año 1920. Sus dimensiones son las siguientes: largo 267 metros, ancho en la parte alta 43 y 11 de profundidad, pudiéndose alargar después hasta 300 metros, que es la extensión máxima que tienen las exclusas del canal, de Panamá. De consiguiente, podrían entrar en él los barcos más grandes del mundo.

Ya de regreso en nuestra lancha a vapor y en dirección a la barriada de la oficialidad y la Escuela de Ingeniería, pudimos apreciar los seis pequeños submarinos que posee Chile, y contemplar, no sin cierta emoción de curiosidad y de respeto, los otrora temibles barcos, el *Blanco Escalada*, el *Huáscar* y el *Esmeralda*, hoy, comparados con los modernos acorazados, menguados y humildísimos lanchones, pero conservados allí como reliquias venerandas de la guerra del Pacífico.

Destacándose en un hermosísimo parque al pie de un poético empinado cerro de verdinegros pinares, como blanca

paloma que se apresta a alzar el vuelo, apareció la magnífica residencia del almirante Fontaine, quien nos estaba ya esperando al caer de la tarde, en compañía de su distinguida esposa y de otras damas y caballeros.

Era la primera vez que el diocesano monseñor Fuenzalida, a quien yo acompañaba, visitaba el puerto militar, y excusado es decir las finas atenciones de que fuimos objeto. En un ambiente de distinción y de cultura que nos hizo olvidar el cansancio de nuestra ya larga excursión, pasamos agradabilísimos momentos, *hicimos once* en conversación amena, y regresamos a la ciudad, comentando las gratas impresiones de aquella tarde memorable.

A buen seguro que serán contados los lectores que hayan entendido la frase *hacer once*. Yo tampoco la entendía en un principio, y más de una vez, al oirla, quedé en berlina. En Chile es el pan nuestro, no de cada día, sino de cada hora, pues lo mismo *hacen once*, algunos, por lo menos, a esta hora que a las nueve, o diez de la mañana, cuatro, cinco o seis de la tarde. Vamos, que es sinónimo de tomar el té, y no como quiera sino con tropiezos y añadiduras, en lo que nuestros hermanos, obsequiosos como son, nunca se quedan cortos.

Dicen que el origen de la frase es el siguiente, y lo cuento como me lo contaron: En tiempos prehistóricos, cuando el aguardiente no tenía rivales y era en sus dominios soberano y absoluto señor, sus devotos cultores, invitaban a sus amigos, así nomás, a la castellana vieja, sin remilgos, ni eufemismos, a tomar una copa de aguardiente antes de almorzar. Mas con el andar del tiempo y suavizadas las costumbres, las maneras y el léxico (testigos fehacientes, el vermouth con soda y demás *aperitales* modernos), trataron de disimular muy pulcramente lo recio y chocante de la frase, sustituyéndola por esta otra: invito a usted a *hacer once* (*aguardiente*, tiene *once* letras), frase que a la postre, y mejorando lo pasado y evolucionando paulatinamente, llegó a aristocratizar su ruín y plebeyo origen y adquirir por allí la misma carta de ciudadanía que entre nosotros el *five o'cloch thea.*

*

Las grandes minas carboníferas de Chile están por estas regiones y son: en Coronel, Schwager, en Lota y Coronel, la Compañía de Lota, en Curanilahue, Ríos de Curanilahue y Compañía Arauco, en Lebu Compañía Ríos y el Mineral de Lebu y otras de menor importancia.

La Compañía de minas de carbón de piedra de Lota y Coronel, tiene su directorio en Valparaíso y en Lota un administrador. Cuando en compañía de monseñor Fuenzalida, su simpático secretario privado don Joaquín Fuenzalida G. y el distinguido caballero don Damián Miguel, administrador de la Caja Nacional de Ahorros, fuimos a Lota, encontrábase el presidente del directorio y principal accionista de la empresa minera, don Ricardo Lyon, con su distinguida esposa la señora Loreto Cousinho de Lyon, condómina esta última con otra su hermana del célebre Parque de Lota, objeto principal de nuestra excursión. Tuvimos de tal suerte, por esta favorable coincidencia, el honor y la satisfacción de ser agasajados por sus propios dueños y de pasar todo un día en aquel jardín encantado de Chile como de América.

La ciudad de Lota, distante una hora de ferrocarril desde Concepción y muy cercana a Coronel, cuenta con 15·000 habitantes, de los cuales cinco mil pertenecen a Lota *bajo*, donde está la parroquia, y los diez mil restantes a Lota *alto*. Esta última, donde viven los empleados y trabajadores con sus familias, es propiedad de la Compañía; y sin trasponer sus puertas, que se cierran por la noche, encuentran ahí mismo sus moradores, cuanto pueden necesitar, comercios, almacenes, boticas, capilla, etc. A cada familia se le provee de casa, agua y carbón, y ganan, además, los peones carretilleros, 7 pesos por día, y los barreteros, 8, 10 y 12, según los cajones que extraen. Cada seis semanas se hacen los pagos por valor global de seiscientos a ochocientos mil pesos; y a raíz de cada pago huelgan una semana que apellidan *el cielo del minero* (¡así será él!), como a las del trabajo, *el infierno del minero*.

La propiedad de la Compañía abarca una extensión de 30.000 cuadras, en las que tiene plantados treinta millones de árboles, ocupa 2.800 trabajadores y extrae anualmente medio millón de toneladas (1). El ascensor de la mina de Lota desciende en línea recta a 280 metros de profundidad, internándose luego la mina kilómetro y medio debajo las aguas del océano.

Grandemente deseaba experimentar las fuertes emociones de un descenso a aquellas regiones de muerte, pero hube de contentarme, ante las justas observaciones que se me hicieron, con probarlas sólo en espíritu, imaginándome lo que serían aquellos antros tenebrosos.

En cambio, tenía a mano el Parque de Lota, para deleitarme con el romántico hechizo de su fronda, sin correr el riesgo de los cables y de la asfixia, ni calzar la blusa del minero contra el obligado desaseo de la obscura sima.

Quince cuadras de extensión abarca el Parque, trazado sobre un morro que avanza en triunfo hacia el océano. Al verlo así vestido con la opulenta saya de la fronda, bañado por ambos lados con el aliento salino, húmedo y refrigerante de las aguas del mar, y meneando suavemente las regias copas de sus árboles, semeja un colosal penacho, una gloriosa cimera, un trozo de clásica floresta griega, deleitosa mansión de poetas y de musas.

El espíritu superior de doña Isidora Goyeneche de Cousiño familiarizada con los parques y villas principescas de la vieja Europa, flota soberano en este ambiente. Ella personalmente, según dicen, dirigía, observaba y modificaba los planos que diestros especialistas ejecutaban.

He recorrido sus plácidos senderos, sus calles floridas, sus avenidas umbrosas, festonadas de graciosos búcaros, de ánforas de bronce, de estatuas que se hierguen sobre recios

---

(1) Todo el carbón que se emplea en el Puerto Militar de Talcahuano, lo extraen dragando los desperdicios o restos caídos de Coronel, que forma una verdadera capa en el fondo. Desde que se ha comenzado a extraer, han sacado ya alrededor de sesenta mil toneladas, lo que representa para la Nación un ahorro de varios millones de pesos.

pedestales, sus jardines, sus lagos y sus grutas; he repechado eminencias y torcido curvas en descenso, bajo doseles de flores, aspirando por centenares de metros el fragante y húmedo vaho de galerías de virgen rustiquez con techos vivos de raigambre; a la sombra de árboles gigantes y apoyado al antepecho de rústicos balcones me he extasiado en la contemplación de aquel horizonte realzado con la magia imponderable de los bosques vecinos, de las quiebras y del mar, y he visto a mis pies sobre las verdosas inquietas olas, cincelarse, entre celajes de gloria, las estrías verdinegras de malecones y taludes, el colgante ramaje entretejido de enredaderas y de flores que acariciaban mi frente; he examinado sus invernáculos, glorietas, fuentes, gallomadas, sus terrazas silvestres, sus blandos, perezosos vergeles, la variedad infinita de sus flores y de sus plantas, y puedo asegurar que aquello es verdaderamente magnífico, lo mejor, tal vez, que en su género puede verse en América. Era esta también la autorizada opinión de un ingeniero norteamericano que por primera vez visitaba el Parque en ese día. En Estados Unidos, nos dijo, no tenemos nada que pueda rivalizar con éste.

Lástima grande que el artístico palacio en el que se han gastado centenares de miles de pesos y que ocupa el centro del Parque, haya quedado inconcluso y esté deteriorizándose cada día más, sin esperanzas ya de ser nunca terminado. Dos grandiosos leones de bronce colocados a su entrada, más que custodiarlo parecen llorar la ausencia de sus dueños, que sólo de tarde en tarde van a rusticar en el palacete que ocupa el mayordomo y que, si bien aderezado y de relativa comodidad, no es ciertamente el que corresponde a aquel ya célebre y admirable Parque de Lota. En la sala pueden verse, entre otras pinturas tres *Monvoisin*, uno representando a Caupelicán preso, y los otros dos a la infeliz Leticia Bravo, de buen empaste, ajustado diseño y cálido y jugoso colorido. muy dignos de enriquecer cualquier museo. No así un *Señor* del mismo autor, que se conserva en la Catedral de Concepción, de formas un tanto exageradas.

Bellísima y artística sobre toda ponderación es la estatua en bronce, que se encuentra en el Parque de Lota y que representa al cacique indio Caupolicán (nació en Palmaiquén a principios del siglo XVI y murió en Cañete en 1558), en fiera actitud de doblar su arco, y buscando el horizonte con mirada de pantera. El soberbio y movido empaque, la corrección de líneas y la turgente musculatura del valiente *toquí* que desbarató y mató a Valdivia y derrotó a Villagrán, son verdaderamente admirables. Es obra del mejor escultor chileno, Nicanor Plaza. Copias de ella, he visto dos en Santiago, una en el Hipódromo y otra en el cerro de Santa Lucía, existiendo una tercera en Norte América.

*

Departiendo con el muy ilustre y venerable Deán de la Catedral de Concepción, don Domingo Benigno Cruz, quien, a pesar de sus ochenta años vividos, conserva una lucidez de mente y una memoria admirable y es un archivo viviente de los tiempos pretéritos, dábame, a vuelta de otros datos sobre Sarmiento, de quien en su niñez había sido discípulo, los siguientes sobre la muerte del célebre fraile Aldao, muy dignos de ser conocidos o recordados.

No tengo, decíame, para qué recordarle el carácter rebelde e insubordinado que desde niño le distinguía, lo que motivó a su padre a dirigirle hacia el convento de Santo Domingo. Ni mucho menos su iniciación en las armas cuando capellán del ejército de la patria, enardecido en uno de esos memorables entreveros, olvidando su carácter y su estado esgrimió el sable, al igual de la tropa e hirió y mató cuantos godos tuvo a su alcance, lo que le valió oir aquellas severas palabras del general Las Heras: "Padre, a usted corresponde tomar el breviario y dejar el sable para los soldados".

Tan justa reprensión no hizo mella en el ánimo de aquel exaltado fraile, pues, recordará V. S. Iltma. que en la batalla de Maipo tornó a esgrimir el arma con un denuedo y arro-

jo de luchador avezado y que a raíz de la victoria, al entrar a Santiago el ejército vencedor, montaba él su buen caballo, ostentando su sotana, un bicornio, tahalí, cinturón y sable, lo que entusiasmó al populacho hasta vivarle frenéticamente. Por desgracia, el general San Martín no le fué a la mano, como Las Heras, antes bien, cediendo a la petición de la tropa, cometió la debilidad de nombrarlo oficial, ganando así y desde entonces doble sueldo de capellán y de oficial. La vida que llevó después y su unión con la mujer Manuela Zárate que trajo de Lima y que le acompañó hasta su última enfermedad, la conoce perfectamente. Quiero más bien contarle una interesante anécdota y los detalles de su muerte, que acaso no los conozca.

Cuando Aldao gobernaba en Mendoza y continuaba allí haciendo de las suyas, alguien le insinuó al argentino P. Alvarez, prior del convento de la Recoleta de Santiago, la conveniencia de intentar la conversión del hermano en religión, a lo que contestó no ser él la persona indicada, sino el padre Arce, compañero que fuera de Aldao en el convento. Después de algunas vacilaciones y reparos accedió éste y se marchó a Mendoza con tal objeto.

Llegado allí, se hizo anunciar. Aldao no sólo le recibió con bondad, sino que lo abrazó cariñosamente y lo obligó a acompañarlo ese día en el almuerzo, durante el cual le presentó su mujer e hijas. Terminado éste y habiendo quedado solos, el padre Arce le dijo:

—¿Me permites que te haga dos preguntas?

—No sólo dos, sino doscientas, le contestó Aldao.

—Y bien sea la primera: Díme, ¿conservas aún la fe cristiana, o la has perdido?

—¡Vaya si la conservo! Y, precisamente, porque la conservo estoy mandando fusilar a los pícaros y limpiando esta tierra de la canalla unitaria.

—Supuesto que la conservas, añadió tranquilamente el padre, ¿no crees acaso que te vas a ir a lo más profundo del

infierno, si continúas escandalizando con tu vida, no sólo a Mendoza, sino al mundo entero?

—¡Basta, basta! le replicó Aldao. ¡O me dejás en paz o te hago fusilar!

El padre que no era lerdo y que harto conocía la enjundia del hermano, ahí mismo, concibió su plan de poner rápidamente los pies en polvorosa y sin darle tiempo para la reflexión, le dice bonachonamente:

—No, hombre, lo dicho no era para tanto. Doblemos la hoja, si te desagrada. Oye: ¿No podrías darme dos guías, pues tengo que viajar a Chile?

—¿Cuándo?

—Esta misma tarde, dentro de tres horas.

—Con el mayor gusto, y que tengas buen viaje.

Efectivamente, dió Aldao las órdenes del caso y horas después salía para Chile, a donde fué a contar desconsolado el triste fin de su embajada.

Todo esto, me añadía el señor Deán, lo oí referir repetidas veces, tanto al padre Cordero, como al padre Vicente Chaparro, que era novicio cuando el padre Arce regresó de Mendoza, y a quienes, como a toda la comunidad les había referido, con pelos y señales, todo lo ocurrido.

Pero lo más interesante, Ilustrísimo Señor, continuaba el señor Deán, es la muerte que tuvo este hombre escandaloso y que los historiadores ordinariamente callan. Pues bien, ha de saber, que algunos meses después de la entrevista con el padre Arce, enfermó gravemente Aldao. Al verle ya en peligro próximo, oyó los gritos de su conciencia empecatada y recordando, sin duda, las palabras del padre Arce, mandó llamar al prior de Santo Domingo de Mendoza, a quien, al verle, le interrogó:

—Diga, padre. ¿Tiene V. P. facultad para reconciliarme con la Iglesia?

—Sí que la tengo, contestó el Padre.

—Pues bien, continuó Aldao: aquí tiene al mayor y más desgraciado pecador que existe. Le he mandado llamar para

que me oiga en confesión, porque estoy arrepentido y quiero reparar los escándalos que he dado en toda mi vida.

Lo hizo, en efecto, con grandes muestras de humildad y de dolor. Luego se preparó todo y se le llevó el Santo Viático, que recibió con fervor extraordinario y no menor edificación de los presentes, habiéndose colocado el hábito religioso sobre los pies de la cama del enfermo. Una vez fallecido, se le vistió de hábito religioso y se le enterró en el De Profundis o cripta mortuoria de la Comunidad, pero por orden de la autoridad civil, se le extrajo luego con toda inconsideración de aquel sitio, se le vistió con el uniforme de general y fué inhumado en la Iglesia Matriz.

Todo esto, terminó diciéndome mi bondadoso interlocutor, me lo contó el distinguido sacerdote don Benjamín Estrella, que se encontró presente en los actos que le acabo de narrar.

CAPITULO XXXIII

Los viajes en tren en Chile. — Camino de Valdivia. — Aspecto de esta ciudad. — Puerto Mont y Puerto Varas. — Travesía de los lagos. — Desde Puerto Varas a San Carlos de Bariloche. — Llanquihue y Puerto Ensenada. — Camino de Petrohué. — Lago Todos los Santos o Esmeralla y Peulla. — Ascensión matutina y excursión al río Blanco. — Desde Peulla hasta Casa Pangue. — Desde aquí hasta Puerto Frías pasando por el Hito. — Lago Frías y Parque Nacional. — Puerto Blest y la laguna de los Cántaros. — Lago Nahuel Huapí. — Cascada Blanca. — Isla Victoria. — Panoramas indescriptibles. — San Carlos de Bariloche. — Lago Gutiérrez.

De ordinario los viajes por tren en Chile, aunque baratos, no resultan muy cómodos. Por espíritu de economía tal vez, los convoyes llevan pocos coches, aun habiendo exceso de pasajeros. Muchos de éstos con pasaje de primera, vénse obligados, en más de un caso, a viajar en coche de segunda, si no prefieren más bien ir de pie, como me sucedió a mí mismo en una ocasión, entre la balumba de bultos que se multiplican enormemente en los coches, ya que las empresas ferroviarias no conducen equipaje libre.

No hay tampoco en los trenes coches-comedores, y esto obliga a bajarse a almorzar en los hoteles-restaurant (servidos generalmente por mujeres), de las estaciones, en medio de los apuros y nerviosidad consiguientes, al corto tiempo de que se dispone, sin estar seguro, por otra parte, de la intangibilidad de su equipaje, a pesar de la presencia de un guardián que vi-

gila en cada coche, durante el almuerzo. Precisamente, en esos veinte minutos de ausencia, mi secretario tuvo que deplorar la desaparición de un riquísimo objetivo fotográfico, que costaba alrededor de mil pesos y que dejara en su asiento, momentos antes.

La falta de coches-comedores al parecer despierta aún más el apetito y los vendedores de frutas, dulces, etc., en casi todas las estaciones, vienen a aumentar las provisiones de los bien repletos canastos con que se hace necesario viajar, aunque más no sea que para mantener bien alto la tradicional costumbre nacional de *hacer once* y que comunica a las rodantes pajareras, un sello característico de alegría, familiaridad y democracia.

*

El trayecto entre Concepción y Valdivia es variado y pintoresco, pero sobre todo, horas antes de llegar a Valdivia, y desde esta ciudad hasta Puerto Varas y Puerto Mont, el paisaje es soberanamente grandioso. Bosques estupendos de cipreses aterciopelan de verde los flancos de las montañas; hondonadas y quiebras fantásticas, abras, recodos y vegas ondulosas, oscuras y húmedas, donde crecen la zarzamora, el laurel, los cohiues, alerces, ulmos (muermos), de blanquecinos racimos, los helechos y trepadoras, y los poéticos cálices rosados o blancos (éstos muy raros y apreciados) del copihue, la flor nacional chilena, tan cantada por sus poetas y que cultivada en parques y jardines, tiende a reemplazar con honor, en las aristocráticas bodas, a los tradicionales azahares; arroyos encantados de glauca corriente que rulan por entre el verde tupido follaje, salpicado de aljabas silvestres, amarillas, violadas, rosas, lilas, blancas, encarnadas, todo, en fin, el iris de la flora americana manchando de delicados primores aquel aterciopelado manto de verdura. Y contrastando con tanta belleza, aquí y allí grandes extensiones de boscaje consumido por las llamas, — primitiva y casi única manera práctica de rozar aquellas selvas impenetrables y dedicarlas a la agricultura, —

semejan campos de muerte do yacen derribados troncos gigantes, resquebrajados y renegridos, casi cubiertos ya de exuberantes malezas, al lado de otros de altura inconmensurable, que, despojados de su fronda, y triunfantes de las llamas, se alzan resecos, hoscos y amenazantes, y dan la sensación del trágico fin de flotas allí hundidas, cuyos mástiles solitarios formaran un mar *sui generis* de blancas antenas veteadas de negro.

*

En Valdivia, ciudad de 35.000 habitantes, en su inmensa mayoría alemanes (1) o descendientes de los alemanes que llegaron acogidos a la ley de inmigración de 1845 y a quienes debe el Sur de Chile, en gran parte, los progresos y adelantos



Plaza de Valdivia

de que hoy se enorgullece, llaman la atención cuatro cosas: su edificación de madera, graciosa y hasta artística, en sus casas, palacetes, balcones, cornisados, galerías, torrecillas y miradores, bien pintados, alegres y donosos, con cierto encanto de amable delicadeza infantil; sus calles, por el afirmado do-

(1) El 90 o|o habla o entiende el alemán.

minante que las caracteriza, compuesto de tablones tirados de acera a acera y que allí llaman "planchado", por donde saltan más que ruedan los carruajes, máxime si ya deteriorados por el tráfico, el tiempo y las lluvias, como acontece con frecuencia en algunas de ellas; las casas que ostentan tras de los cristales de sus ventanas, sin postigos, velados blancos tules, galerías interiores llenas de plantas, flores, helechos, etc., que les da el aspecto de poéticos jardines de invierno; y, por fin, el ancho azul y plácido río Calle-Calle, sobre cuyas riberas se asienta la ciudad, con su interminable festón de escalinatas, embarcaderos, muelles, chimeneas y fábricas y su incesante movimiento de lanchas, botes y vaporcitos que comunican con los pueblitos ribereños y en especial con Puerto Corral, adonde llegan los grandes trasatlánticos. Y todo este centro de actividad, de trabajo y de vida, encuadrado en el marco de una natu-



Río Calle — Calle Valdivia

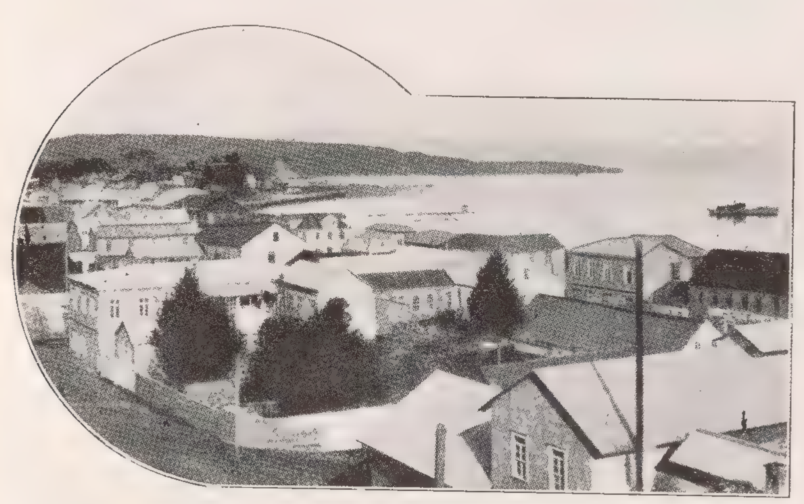
raleza exuberante, feraz y grandiosamente tropical que da la sensación de conjunto y viene a ser la verdadera protagonista de aquella rica y hermosísima región.

El escaso tiempo de que disponía me privó de hacer una excursión a Puerto Corral, que resulta amena e interesante en sumo grado, a juicio unánime de todos. Pero la travesía de

los lagos cordilleranos y la vuelta a la patria amada, después de tan prolongada ausencia, me atraían ya con fuerza irresistible.

Hube, pues, de contentarme con hacer una breve excursión a Puerto Mont, viendo de paso La Unión y Osorno, para regresar luego a Puerto Varas, desde donde emprendería ya el ansiado regreso a los míos. Siempre recordaré con gratitud las finas atenciones de que fuí objeto en Valdivia de parte del Ilustrísimo y Reverendísimo monseñor Klincke, vicario foráneo de aquella ciudad y de los padres jesuitas de Valparaíso, Santiago, Puerto Mont y Puerto Varas.

Puerto Mont, capital de la provincia de Llanquihué, con 10.000 habitantes, está edificada sobre el semicírculo de una hermosa bahía y presenta al viajero un cuadro panorámico fascinador de islas, caletas, promontorios, montañas boscosas y



Puerto Montt (Chile)

picos nevados, que realzan la hermosura del poético Seno de Reloncaví. Uno de sus paseos favoritos es trasladarse en bote a la vecina isla de Tenglo, florón encantado en medio del mar, provisto de un hotelito y surcado de amplias carreteras amuralladas de ambos lados de selvas vírgenes. Las construccio-

-nes de madera aquí como en Valdivia y Puerto Varas, difieren de sus similares del norte. En vez de largas tablas ensambladas o superpuestas, se estilan tablillas finas y cortas muy resistentes, superpuestas verticalmente y de puntas inferiores redondeadas que parecen escamas.

Puerto Varas, a hora y media de tren de Puerto Mont, es un apacible y sosegado lugar de veraneo de los más frecuentados del Sur chileno, blando y encantado caserío con apariencias acentuadas de aldea, donosamente infantil, y puntos de aristocrático balneario, asentado en las poéticas colinas que bordean la curva de una hermosa bahía, sobre el extenso lago Llanquihué.

En los días claros, a más del caprichoso y terrible volcán Calbuco, de faldas surcadas por ríos de lava sólida, al Sur, y del esplendoroso, soberbio Osorno que en forma de blanca campana se alza al frente, como personificación de serenidad olímpica, vénse brillar también allá lejos los lomos helados del Tronador y la fulgente cimera del Yate.

En Chile se me había ponderado grandemente Puerto Varas y el lago Llanquihué con sus picos nevados, como de una belleza realmente subyugadora. Se confunde, a mi modo de ver, la belleza de conjunto, el panorama que presenta desde Puerto Varas el lago extenso, limitado al fondo por sus tres grandes picos nevados el Tronador, el Calbuco y el Osorno, de serena mayestática imponencia, con la belleza propiamente dicha del lago que, por su gran extensión y ausencia de islas, resulta al fin un tanto monótono, sin esa variedad pintoresca y graciosa que caracteriza a los otros lagos y que el observador domina de fácil y somete al canon de la estética subjetiva, mientras que aquí se escapa y dispersa en grandes distancias que alejan los hermosos paisajes de la costa de que ciertamente es rico. Se explica también que haya en esto alguna pequeña exageración, si se tiene en cuenta que el Llanquihué es el primer lago de la región, término por otra parte para la gran mayoría de visitantes y turistas chilenos que se instalan en Puerto Varas, a pasar su temporada veraniega y

que desconocen acaso el lago de Todos los Santos, también chileno, y que es un verdadero prodigio de belleza. Por mi parte, si he de decir lo que siento, el panorama del Puerto Mont que, según el común sentir, es muy inferior al de Puerto Varas, me resultó de una belleza nada común, alegre, atrayente y simpático con sus islas, sus "fjors", sus cabos y penínsulas, sus montañas y cielo, tanto o más que el segundo, si se exceptúa el detalle de sus gigantes nevados, que, centinelas avanzados de la cordillera andina, aparecen en Puerto Varas más cercanos, escuetos y límpidos.

Desde Puerto Varas a San Carlos de Bariloche

Desde Puerto Varas hasta San Carlos de Bariloche, sobre el lago Nahuel Huapi, se emplean dos días, recorriendo los



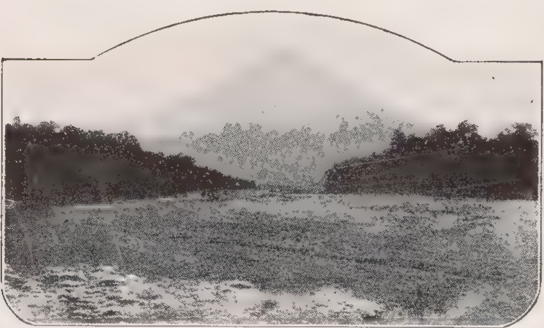
Puerto Varas (Chile)

lagos Llanquihué, Todos los Santos o Esmeralda, lago Frías, laguna de los Cántaros y Nahuel Huapi. Mucho se me había ponderado, tanto en la Argentina como en Chile, este trayecto como algo tan extraordinario e ideal, tan fantásticamente bello, que difícilmente podría encontrarse nada análogo que

le igualara, mucho menos le superara. Impaciente el espíritu y enardecida la fantasía ante el anuncio de maravillas tan estupendas, temía en mis adentros no fuera a suceder aquí lo de siempre, que la realidad no respondiera a los dorados castillos de la imaginación y viniera el desencanto a filtrar sus gotitas grises en aquel mundo de ensueños.

He de confesar, empero, que en este caso, tal vez el único de mi vida, la realidad no defraudó mis esperanzas, antes bien superó en mucho a cuanto se me había dicho, disipando prevenciones y preconceptos con que el espíritu harto aleccionado en la vida, se defiende y pone en guardia contra todo aquello que se le elogia en demasía. Trataré, pues, no de describir lo indescriptible, sino de dar una idea más o menos lejana de estas vírgenes regiones do parece flotar aún el hálito creador de los primeros días del génesis y que están esperando que los poetas de la patria vayan a cincelar en estrofas irisadas de luz los encantos y arrebatadoras grandezas de sus selvas, de sus cumbres, de sus nieves y de sus lagos.

A las siete de la mañana alzó anclas el vaporcito Correo que costeando la ribera del Llanquihue y recalando en varios puertos, nos llevó en cuatro horas y media a Puerto Ensenada en el ángulo Sudeste del lago. El viaje fué triste y monótono. Un cielo nublado, nos escamoteaba el paisaje, ahogando en flor las sugestiones estéticas. El almuerzo en el hotelcito de Ensenada trascurrió entre comentarios y presagios nada halagüeños. El cielo tornóse amenazante y tempestuoso. Llovía a intervalos, aclaraba y volvía a oscurecer. Rachas de viento empujaban siniestros nubarrones que se iban conden-



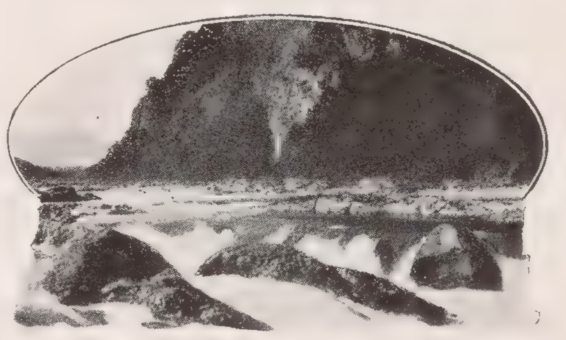
Volcán Osorno, visto desde los arenales entre Ensenada y Petrohué (Chile)

sando y acumulando en la cima del Osorno robándonos sus níveas fulguraciones. El auto que debía recorrer los quince o veinte kilómetros que median entre Ensenada y el puerto de Petrohué, sobre el lago Todos los Santos, se había descompuesto. Era forzoso emprender el viaje a caballo, como lo hizo la mayor parte de los turistas, o en un cochecito sin capota, como lo hicimos los más afortunados.

Como se ve, los augurios de la travesía no podían ser peores. Quien tiene la mala estrella de viajar por los lagos cordilleranos con lluvia, o siquiera tiempo nublado, ha perdido sencillamente su tiempo y su dinero y lo que es más aún, el objetivo principal de su viaje el goce suave y deleitoso, los encantos fantásticos de estos parajes paradisíacos. Y esto es desesperante.

Para nosotros, empero, los tristes amagos sirvieron de marco radioso que hizo resaltar aún más toda la regia hermosura que guardan codiciosos aquellos montes, aquellos lagos, aquellas selvas seculares.

Sin experimentar los rigores de un sol abrasador que flecha al viajero en este trayecto de plena región volcánica ya que de trecho en trecho por entre el tupido boscaje cortábamos abras de lava friable. pulverizada y negra mortaja de grandiosos bosques arrasados por los ríos de fuego del Calbuco o del Osorno, antes bien refrescados por una ligera llovizna, recorrimos tranquilamente aquella ruta variada y pintoresca. Llevábamos a la derecha el rápido y turbulento río Petrohué que a mitad de camino se encajona entre enormes peñascos, brama y se represa y se vuelca impetuoso en una hoya de sem-



Río Petrohué (Chile)

piternos, siniestros hervores para continuar luego acariciando la altísima montaña embosquecida que le sirve de barrera, hasta entregar su caudal al Seno de Reloncaví. Después de cruzar una umbrosa selva de árboles gigantes, que entretejían allá arriba su ramaje en grandioso pabellón y de volver a contemplar de cerca, desde una playa arenosa y abierta, la pasmosa perfección de líneas, la esplendorosa serenidad del Osorno, donde los dioses hubieran podido tener su Olimpo, llegamos al Puerto de Petrohué, donde el vaporcito *Tronador* esperaba ya su clientela. Cuatro horas y media empleó para recorrer los 35 kilómetros y llevarnos a Peulla al otro extremo del lago Todos los Santos, donde debíamos pernoctar en el bien instalado hotel del señor Ricardo Roth, distinguido caballero argentino, dueño de la empresa que tiene a su cargo la travesía de los lagos.

Lago Esmeralda y Peulla

El lago Esmeralda o Todos los Santos es el más bello lago chileno y en sí mismo un joyel encantador, un verdadero prodigio de la naturaleza. Tanto éste, como los argentinos que le siguen, el Frías y el Nahuel Huapi, son únicos en su género y no admiten comparaciones odiosas. Para avalorarlos en su justo mérito hay que despojarse de localismos estrechos, elevarse a las regiones puras de la estética y con criterio amplio, ecuánime y sereno darles a cada uno lo que en justicia les corresponde. Nacieron con corona de príncipes y príncipes soberanos serán siempre, siquiera ostenten algunos más riqueza de pedrería, compensada en otros por la exquisitez del cincel o el pulimento de sus facetas.

Se le llama también lago Esmeralda a este de Todos los Santos. Nunca con más propiedad se bautizó un objeto. El color de sus aguas es, sin asomos de hipérbole, de un verde esmeralda acabado, típico. La lujuriante y grandiosa vegetación de las altísimas montañas que lo rodean, se refleja en el terso cristal de sus aguas y las tiñe con pincel de acuarela,

delicado y suave, engendrando el original, bellísimo fenómeno. La ilusión es completa.

Cuando el vaporcito comienza a internarse en el lago y pasa rozando las poéticas islas Mignón y Margarita (1) dominando ya el centro y pasea uno la extasiada mirada por aquel marco estupendo de promontorios, de selvas, neveros, picachos y quiebras, bajo un cielo salpicado de blancas, opalinas rompientes y todo, cielo, nubes, montañas y selvas lo torna a ver repitiéndose y tiñéndose en el verde esmeralda de la linfa ligeramente rizada por la caricia de una brisa alada y sutil, el espectáculo llega a su máximum y raya en lo sublime: sobrecogido el espíritu, se estremecen las carnes y el platicar cesa. Un místico recogimiento se apodera de todos en aquel ambiente de materia espiritualizada, en aquel templo extraño y desconocido, pletórico de luz, de poesía y de vida liviana, vaporosa, etérea, inundado de silencio, de reposo y de paz.



Lago Todos los Santos con el volcán Puntiagudo

Nadie que no lo haya visto creería en la belleza inverosímil de aquel cuadro. Los restos dispersos de la anterior tormenta, ponían desde lo alto los últimos toques. El sol de trecho en trecho y a largos intervalos lanzaba por los boquerones abiertos del cielo, haces de rayos vibradores. Las nubes desgarradas semejaban techumbre desvencijada de ópalo que filtrase a través de la misma una luz nacarada a veces, rosada, coral o gris perla en otras, o bien vívida y fulgente que esplendoraba sus bordes caprichosos y bruñía en verdáceas, fantásticas colo-

---

(1) La isla Mignón o de las Cabras, es pequeñita y mona como un lunar; la otra perteneciente al ingeniero argentino Bonweider, tiene 15 cuadras de largo por 5 de ancho y una laguna en el centro, de una hectárea.

raciones la faz risueña y plácida de aquella taza de esmeralda. El Osorno envuelto en densas nubes quiso también completar el círculo mágico que nos ceñía. Herida no sé de dónde por el sol su blanca cima, viósela en un momento dado convertirse en foco potentísimo que incendiara desde dentro los pliegues grises de su manto y fulgurando esplendores de oro muerto, pugnara por romper sus vallas vaporosas hasta dar la sensación de un sol encerrado en globo de cristal esmerilado que irradiaba una luz clarísima, pero velada y difusa.

Más tarde todo había pasado. La donosa fiesta espectral gradualmente comenzó a apagarse y palidecer hasta disolverse en el gris lila del crepúsculo. La tarde moría con serenidad infinita. Cuando llegamos a Peulla la noche subía por las faldas, las cuestas y las cumbres adormeciendo el paisaje en suave, deleitosa melancolía, mientras las luces del muelle rústico, se alargaban sobre el lago, como velones funerarios, cortando en temblosos regueros la masa negra de sus aguas.

*

Las hadas de los bosques, como viejas, leales amigas, habíanme despertado al rayar la aurora. El relente del alba velaba en finísimas gasas el paisaje lacustre. Morfeo aprisionaba aún sus víctimas en mullido lecho y yo, por sendas y atajos de ganado, rampando la montaña que se alza casi a pique detrás del hotel, perdido como un átomo, a cien metros de altura, en la maraña de aquel bosque secular de cohiues, alerces y radales, aspiraba a pulmón henchido aquellas auras refrescantes y puras y contemplaba el espectáculo de los primeros rayos del sol quebrándose y chisporroteando diamantes sobre el níveo torso del Techado que a corta distancia lo tenía en frente. Nubecillas como capullos de algodón ascendían lentamente, repechando perezosas la empinada cuesta. El lago en su fondo verde oscuro de mansedumbre infinita comenzaba ya a teñirse con variada sucesión de reflejos de franjas, tonos y matices y a exhalar juntamente con las selvas titilantes de

rocío, los ríos y cascadas, el aliento azulino de un despertar feliz y plácido, mientras el nevero prócer reverberaba sus albos fulgores sobre aquella virgen naturaleza.

Cuando descendí a las casas, las nubes habían oscurecido ya la esplendente calvicie del Techado. Comenzaba el trajín de peones y el mugir de lecheras; el aire se poblaba de berridos, el corral hervía de los críos y la leche caliente y espumosa convidaba como néctar sagrado de zagalas y de dioses.

Más tarde, cuando el sol ya tendido sobre el lago bruñía de esmeralda sus ondas, las surcamos en dirección al río Blanco, su afluente generoso y parlero, saboreando las dulces emociones de una excursión de placer. De paso nos fué dado admirar una cascada que entre enredaderas, bambúes, helechos monstruos y árboles seculares, bajaba cantando sus trovas cristalinas hasta sumergirse en el lago, después de haber agitado sus cascabeles en una extensión de más de cien metros de altura

De improviso, al torcer la punta de un promontorio, apareció como una visión de cielo el Puntiagudo, agudísimo pico nevado de 2.660 metros de altura. Su arista gótica de punta afilada, como un estilete, envuelta en centellante polvo de blanquísima espuma parecía saetear allí a lo lejos el azul del firmamento. Y éste y el Calbuco y el Osorno y el Tronador y el Techado, ancianos de blanca deslumbradora cabellera, son los monarcas absolutos de aquella encantada, seductora región.

¡Y quién lo creyera! Contrastando con la grandiosidad y magnificencia del paisaje que nos rodeaba y subyugaba por todas partes, un puntito negro, pequeñito, insignificante, deslizándose ahí muy cerca de nuestro esquife, vino a llevarse las miradas, la tierna simpatía de la alegre bulliciosa caravana. Era un pato singular que por allí le llaman *guala*, de tamaño mediano, esbelto, asustadizo y arisco como pocos, pero que cuando va cargado, como lo iba entonces, con el suave peso de sus polluelos que los mete debajo de las alas, dejándoles libres las cabecitas, para habituarles sin duda al deporte acuático, ya pueden pasar a su lado y perseguirle y apremiarle, que no hay forma de obligarle a que se sumerja o vuele. Huye eso sí, como

puede, deslizándose sobre el agua, grita, se queja y llora, con un dolor tan tierno, con unas ansias de desesperación tan grande, de poner conmiseración en todos los pechos, pero no larga sus tiernos pichones, no abandona sus hijitos. Se deja coger, herir o matar, pero ha cumplido la ley de la naturaleza, de dar la vida por sus hijos. ¡Oh la sublime belleza de la maternidad! ¡Nada hay tan grande, ni tan tierno, ni sagrado que se le pueda igualar en el mundo!

Desde Peulla hasta Casa Pangue

Peulla es el paraje más indicado y estratégico para pasar siquiera ocho días, únicos que allí se permiten, por la gran afluencia de turistas, en la encantada región de los lagos. Lugar delicioso donde al abrigo de los vientos, se goza de sol y aire, excursiones variadas y hermosísimas, clima envidiable y de un *confort* nada común para esas alturas, en el hotel del señor Roth.

Desde Peulla hasta San Carlos de Bariloche la jornada es de un día íntegro, andando en coche, a caballo, en mula, a pie, en bote, vaporcito y algunas veces también en auto. Todos los medios de locomoción—lo que tiene también su encanto—para trasponer la cordillera, sus bosques y sus lagos, el trazo más bello de esta verdadera Suiza argentino-chilena, ante la cual la europea no es sino una reducción habitada al decir del doctor Francisco P. Moreno.

Nosotros preferimos salir después del almuerzo para poder bogar al atardecer en el hechizado lago Frías y deleitarnos a la hora de las tiernas, soñadoras melancolías bajo los grandiosos pabellones de aquel paraje de bosques gigantescos, conocido con el nombre de Parque Nacional y pernoctar en Puerto Blest, sobre el lago Nahuel Huapi. Disponíamos allí de un vaporcito expreso para realizar dos excursiones, una ahí muy cerca, a la laguna de los Cántaros y otra a la isla Victoria, en el centro del Nahuel Huapi, antes de llegar por la tarde a San Carlos de Bariloche.

Desde Peulla hasta Casa Pangue hay cuatro leguas. Las

dos primeras las hicimos en coche por entre bosques frondosos. En Caldera donde montamos a caballo para recorrer las otras dos, de terreno más áspero, nos salió al encuentro al enfrentar una quebrada, el macizo del Tronador, con sus tres enormes picos coronados de nieve y que muy luego en Casa Pangue volvería a mostrársenos en toda su grandiosa magnificencia.

El camino sigue el cauce pedregoso del Río Peulla que a marchas forzadas desciende del Tronador y va a entregar su torrentoso caudal al mansísimo lago Esmeralda.

Casa Pangue, especie de posta, donde dejamos los caballos y tomamos las mulas, animales más prácticos y resistentes para la ascensión del punto más elevado de la cordillera, señalado por el *Hito,* toma su nombre de una planta, que abunda en ese paraje, de hojas anchas y tallos rojos, parecida a los cactus. Mientras cambiábamos cabalgaduras y admirábamos la belleza indecible del paisaje, con un cielo sereno y límpido, un trueno potente y majestuoso hizo estremecer las montañas y llenó el aire de vibraciones, de sonidos y de ecos que fueron debilitándose gradualmente hasta extinguirse en el espacio. Era un desprendimiento de los glaciales del Tronador que quiso obsequiarnos con su saludo de titán y convencernos *de auditu,* de la propiedad de su nombre. Prodúcese el fenómeno por enormes aludes que desde los ventisqueros del Tronador ruedan a insondables abismos.



Cerro Tronador visto desde Casa Pangue (Chile)

Este anciano de años que lleva a cuestas un colosal ventisquero de donde penden serpenteadas estrías de nieve, eleva su cima a 3.470 metros y se destaca soberano por sobre sus

similares el Osorno, el Puntiagudo, el Calbuco y otros de aquellas níveas moradas.

Desde Casa Pangue hasta Puerto Frías

La ascensión desde Casa Pangue hasta el sitio donde está enclavado el Hito, a 2.220 metros y el descenso desde ahí hasta Puerto Frías, sobre el lago del mismo nombre, se efectúa por una amplia y cómoda carretera, de mucho costo, que zigzagea por los flancos de la montaña y que es una verdadera galería cerrada de árboles gigantescos, donde la fronda despliega toda la regia magnificencia, todo el ornato y exuberante gallardía con que la vistió el Altísimo en el fiat soberano de los días genesíacos.

Sin conocerlo es imposible formarse una idea adecuada de este trayecto, porque la realidad supera a todo esfuerzo de la imaginación. Son tan sorprendentes la exuberancia y grandiosidad de estos parajes que toda descripción resulta pálida y vienen ganas de quebrar la pluma y maldecir del léxico precario y nulo que no alcanza, ni con mucho, a interpretar tan singulares y peregrinas bellezas, ni mucho menos a traducir las sensaciones que unas a otras se suceden como descargas eléctricas y embargan el espíritu en un contínuo embelesamiento.

Y lo que digo de este trayecto, dicho queda también y con razón más fuerte del camino de cuatro kilómetros que hicimos a pie, desde Puerto Alegre—al otro extremo del lago Frías—hasta Puerto Blest, sobre el Nahuel Huapi, trecho estupendo y maravilloso por el salvajismo indescriptible de la selva. El gobierno argentino donó al perito doctor Francisco P. Moreno este bosque virgen, como adehala por los servicios prestados a la nación en la demarcación de límites con Chile, pero él lo regaló nuevamente al país, para que sirviera de base a un gran parque nacional, por el estilo de los parques norteamericanos, con cuyo nombre es generalmente conocido.

Imaginaos si podéis un laberinto de esbeltas, coposas an-

tenas, un bosque impenetrable de altísimas, gigantescas columnas vivientes que se yerguen hasta cuarenta y tantos metros de altura, formado por centenarios cohiues, alerces y radales, lisos unos, rizados otros, de pujantes trepadoras que se encaraman y trepan ávidas de luz y de aire y saltan como sierpes acróbatas de uno a otro gajo, de un penacho monstruo a otro más retorcido y fantástico y se enredan y entrelazan allá en las alturas con la frondosa y regia copa de aquéllos, formando pabellones y cortinajes de poesía y grandiosidad indescriptibles. Uno u otro claro abierto en aquellos excelsos techos, como claraboyas del cielo, arrojan chorros de luz verdácea en aquellos antros sombríos. Por tierra yacen derribados en magnífico desorden esqueletos enormes de esos árboles gigantescos que cedieron ya al peso de los años, de los vientos o de la mano destructora de los hombres. Y ahí se les contempla, unidos o apiñados, cruzados y superpuestos, rotos, arqueados, con su ramaje resquebrajado, su raigambre levantada, ahondando el blando lecho que les sirve de túmulo y sintiendo refrescadas sus vértebras áridas y secas por las húmedas caricias del musgo, de los helechos, frambuesos groselleros y demás pequeñas plantas que en un momento los cubren y amortajan con el luto de la selva.



Camino de la cumbre entre Laguna Frías y la Peulla

Los tallos rojos del pangue agitan, a la vera del camino, su pantalla verde oscura y se adhieren a la muralla viva de colahiues o bambúes y por sobre la maraña de aljabas, de arbustos y bizarras trepadoras, las flores gallardean el iris nunca igualado de su virginal hermosura, sobresaliendo la frexia *chilensis* con sus racimos de caireles rojos, su cortinaje granate oscuro de tembladoras campanillas.

De tarde en tarde cuando los rayos del sol pugnando con la tupida fronda del bosque, han logrado penetrar e iluminar aquel recinto encantado, de sombría apacible majestad, es de ver entonces el aspecto sugerente y fantástico del mismo, el tinte violado pálido de que se viste, las irradiaciones de oro muerto que serpean por los troncos, las hojas, las flores y se esparcen y cunden y se quiebran en coloraciones infinitas, pero dominante siempre la nota apacible, melancólica y soñadora de la selva. ¡Oh! no es posible, lo repitiré una y mil veces, no es posible, sin ver ni sentir lo que allí se ve y siente, formarse una idea de la magnificencia y hermosura de estos sitios.

El Hito señalado por una columna de hierro que lleva escrito en una planchuela de la parte superior, *Chile* de un lado y del otro *Argentina*, fué saludado con un ¡viva! entusiasta y viril que resonó como un canto de resurrección. Los cuatro poco antes extranjeros, estábamos ya en el solar materno y nos sentíamos orgullosos de nuestra ciudadanía, aunque fuese en la entraña misma de la selva.



El hito entre Casa Pangue y Laguna Frías

Momentos después, en el descenso de la amplia y rápida picada que conduce al lago Frías un ruido estrepitoso vino a herir nuestros oídos en medio de aquel apacible silencio forestal. Era un arroyo encantado que sin dejarse ver, oculto en la espesura del boscaje, saltaba con limpios brincos de gacela por troncos, árboles y peñascos, hasta precipitarse en estruendosa cascada de cincuenta metros de altura.

Lago Frías y Parque Nacional

Por entre el brocado de la fronda relucían allá en el fondo, verdes, temblorosas pupilas que, al ser vistas, se apagaban con virgíneo rubor y tornaban a encenderse y otearnos con insistencia mayor a cada vuelta o recodo del camino. Por fin, al llegar nosotros al lago, las ninfas del bosque habíanse hundido en las ondas, tiñéndolas de un verde lechoso y esparciendo en el ambiente un dejo de suavísimo misterio, unas ráfagas de sagrada poesía que penetraban los sentidos y adormecían el alma.

El pequeño lago Frías es una maravilla en miniatura, es una perla hecha a cincel y arrojada en lo más solitario y recóndito de la selva, una urna de esmeralda sobre cuyos bordes se alzan a más de doscientos metros montañas de vegetación tropical, de crestas desnudas y estriadas que semejan gigantes montando la guardia y velando el dulce sueño de aquella deidad del bosque.

Bogando en un botecito a remo sobre el verdoso cristal de sus aguas, traspusimos los doce kilómetros que cuenta, extasiados en aquel fresquísimo y estupendo anfiteatro, jaspeado de flores, en una tarde saturada con todas las esencias de la selva en plena floración. Los vivos, gloriosos matices de aquellos fantásticos malecones, los bruñidos perfiles de sus cúspides, bajo un cielo de tierna ingenuidad, de inefable tranquilidad y misticismo, trocados en violáceo veteado, dormían en la profundidad trasparente del remanso. La sugestión del ambiente nos



Puerto de Laguna Frías (Rep. Arg.)

dominaba. Sentíamos todos una sensación extraña que tenía mucho de paz sosegada y alegre, de recogimiento y de ascetismo. Estábamos en un templo magnífico de la madre naturaleza y la oración como incienso del alma parecía flotar en el ambiente pavoroso y sutil y elevarse callada y silenciosa hasta la bóveda azulina de aquel sagrado recinto. Sólo se oía el acompasado chasquido de los remos que se hundían y volvían a salir para hundirse de nuevo trocados en palas de esmeralda. De improviso al acercarnos a un punto dado de la costa, nuestro remero detiene el botecito, recoge los remos y comienza a dar voces al vacío. Este le responde al punto. La caravana se entusiasma y le imita. El aire se puebla entonces de voces y sonidos. A nuestros gritos, preguntas, cantos y risas, mil diablejos burlones aventaban los gritos, los cantos y las risas y los esparcían por el espacio en ecos fidelísimos y nítidos que repitiéndose una y más veces iban poco a poco apagándose hasta extinguirse en las lejanías del horizonte. El conocido fenómeno, a esa hora, en ese sitio y en ese ambiente, sugestionaba el espíritu de una manera singular. Créese uno trasportado a un mundo nuevo, al centro de un peregrino colosal anfiteatro atestado de muchedumbres ebrias de entusiasmo en el acto de repartir aplausos, esparcir flores y agitar pañuelos a la canoa reina entre las millares que poblaran aquellas ondas.

Una humilde empalizada que no muelle, al otro extremo del lago y una casita rústica y desvencijada, componen el llamado *Puerto Alegre*, donde aprodamos, alegremente heridos por tantas, tan hondas y variadas emociones.

Se me ofreció ahí un caballo para atravesar el Parque Nacional en una extensión de cuatro kilómetros, que no acepté por cierto, prefiriendo hacer a pie el trazo más hermoso de la jornada, a la hora precisa de un atardecer apacible y bajo la bóveda más gigantesca, poética y salvaje que haya conocido en mi vida.

La descripción de este parque la hice ya y no hay para que volver sobre lo mismo. Cabe añadir solamente que, a diferencia del camino de la cumbre, la topografía es aquí regular

y plana, más abierto el horizonte, el bosque de cohiues y de alerces más visibles y grandioso, la carretera pavimentada en toda su extensión de rollizos trozos de árboles, o de rústicos tablones para hacer transitable esa tierra blanda y húmeda, surcada de innumerables hilitos de agua que fecundan aquel vergel y van entre quedos suavísimos murmurios a morir en el arroyo Frías. Desagüe éste del lago del mismo nombre, va a caer a su turno en brazos del Nahuel Huapi, costeando siempre la picada y deslizándose, como una ondina encantada, bajo tupidísimo dosel de enramadas silvestres y de árboles gigantes do los rayos solares parecen mellar sus puntas y morir temblando de frío en el ambiente umbroso de aquella virgen floresta. Acaso exista un riacho más bello y pintoresco que éste, más soñador y poético, mas yo no conozco, ni espero conocer. En ese mientras una cuadrilla de braceros lo limpiaban de los innumerables troncos y ramas que interceptaban el paso a los botecitos a nafta que lo debían surcar. Un paseo en esta forma será sin duda un cachito de paraíso. Aunque a decir verdad, si aún rastros quedan de éste en el mundo, ahí están en esa selva, en ese río, en esos árboles, en esa flora.



Parque Nacional entre los lagos Frías y Nahuel-Huapí

Por curiosidad medimos el tronco de uno de tantos alerces que bordean el camino y que se elevan a veces hasta cincuenta metros de altura, rectos y limpios como columnas jónicas; tenía un poco más de cuatro brazadas y aun no estaba en todo su desarrollo. Y no se crea que exagero. En Puerto Mont medí por mí mismo el tronco de uno de estos gigantes de la selva americana que había sido derribado y tenía un poco más de cuatro metros de diámetro. En la olla formada por su

recia corteza, todavía intacta, cabían holgadamente siete personas.

Al contemplar ahora en este parque el prodigioso desarrollo de estos colosos de la selva, veníanme a la memoria los versos de Rafael Fragueiro:

Viejos bosques familiares—Sólo al gaucho y a las fieras;
Donde en hamacas de liana—Se amodorran los jaguares
Viejos bosques familiares—Sólo al gaucho y a las fieras;
Intrincadas madrigueras—Siempre sumidas en sombra,
Con jazmines por alfombra—Y techo de enredaderas.

Por lo demás, excusado es decir que las emociones más tiernas y hondas; más íntimas y puras recogidas en este imborrable paseo vespertino, las ideas mil que ora alegres y bulliciosas retozaban por mi mente describiendo trazos irisados de luz, o que "melancólicas, blandas y tristes como pétalos de rosa deshojada" caían sobre mi espíritu en esa hora soñadora del crepúsculo, todo eso que se siente y no se expresa por faltar aún el léxico y que de hacerlo se profanaría al contacto de la atmósfera, todo eso lo guardo aquí adentro, en lo más recóndito de mi alma, para que muera conmigo como espumas tornasoladas, como dejos agridulces de mi vida.

Laguna de los Cántaros

Uno de los largos brazos del Nahuel Huapi se interna en la montaña boscosa de Puerto Blest, donde pernoctamos, formando una ensenada de aguas tranquilas, azulinas y sedosas. Desde el hotel, una casita rústica de madera blanca, ideal para morada de poetas y de artistas, no se ve la continuación del brazo del Nahuel Huapi que tuerce en curva. Sólo aparece un pequeño lago que va a morir a los pies de un soberbio macizo de granito que recorta sus tres redondeadas cúspides en el azul del cielo y las burila al mismo tiempo en la profundidad diáfana del lago que cuenta allí 800 metros de hondura.

Comenzaba el sol a dorar esas tres cimas, llamadas *Los tres*

Hermanos y nosotros patinando en la húmeda gramilla, repechábamos la senda angosta y florida de una quebrada, saltando arroyitos claros y bulliciosos, cogiendo frutillas silvestres de perfumado sabor, desviando troncos y ramas y escuchando el tumultuoso estrépito del río de los Cántaros que descendía rápido, paralelo a la vía que llevábamos y que, al enredarse en el laberinto de troncos, árboles y peñascos que le salían al paso, se revolvía con furia y saltaba como sierpe herida, se estancaba espumajeando en los senos de las rocas, para deslizarse ora plácido por ramblas de granito, o aventarse desbocado por el espacio, formando caprichosas, poéticas cascadas.



Salto del río Los Cántaros (Rep. Arg.)

Media hora larga de caminata, nos puso al borde de la laguna de los Cántaros, pequeñita, de un kilómetro de radio aproximadamente, solitaria y silenciosa, como un óvalo de cristal con montantes de rocas apizarradas de crestas violadas y blanquecinas y con un regio festón de bosque enmarañado y florido que emerge de las aguas y se estira y trepa gallardamente hasta la mitad de camino y ahí se queda, entre un si es no es susto o cansancio, sin peldaños ni asideros para



Laguna Los Cántaros (Rep. Arg.)

escalar la montaña abrupta y salvaje. Largo rato contemplamos aquel panorama singular, desde los balcones de un pequeño *chalet* de madera, abandonado y como tirado al azar en una esplanada que domina el lago, cubierta toda élla y tapizada de frutillares, helechos, margaritas, azucenas, amapolas, frexias y demás florecillas silvestres que ponen la nota alegremente simpática en aquel conjunto fantástico de linfas, de bosques, de rocas y cascadas.

A fe que la casucha esa es misteriosa y novelesca; lo mismo podría ser teatro de blandos idilios, que cueva de bandoleros, o morada deleitosa de ermitaños.

Lago Nahuel Huapi

El *Cóndor* es el mejor vaporcito que hiende las aguas azuladas del Nahuel Huapi y pasea al turista por sus brazos alargados, retorcidos y fantásticos, sus costas umbrosas, sus caletas, ensenadas, islas, bahías, penínsulas y *f'jord* embelezándole con el hechizo del misterio, del aire, de la luz, del horizonte, del espejismo y de la ilusión más completa y fascinadora del mundo. Camina a seis millas por hora. Tanto mejor; hay más tiempo para apreciar las sorprendentes bellezas de este lago maravilloso, que sin restar mérito a los demás, ni ser rival odioso de ninguno, condensa por manera extraordinaria y original los encantos seductores de los otros, dejándole a cada uno su característica propia, la soberanía y cetro peculiar de su realeza.

Después de todo lo visto, creeríase que nada pudiera ya conmover y sacudir el espíritu. Sin embargo el paisaje luminoso de aguas y de cielo, de nubes y de cumbres, de este lago, se graba a cincel, se esteriotipa para siempre en el cerebro y queda vibrando y centellando con irradiaciones netas, fúlgidas, imborrables. Una fuerte correntada no le permite al vaporcito acercarse demasiado a la costa en el lugar donde se desploma la *Cascada Blanca;* pero la contemplamos tranquilamente ahí a la izquierda, la vimos salir como ahogada, tras una

asfixia de dos mil metros de tupida selva, componer su blanca túnica, extenderla y esponjarla en sesenta metros de ancho y despeñarse triunfante y guapa, como ondulado penacho de cisne tendido al viento, festoneado de orquídeas, helechos, nalcas y sanguinarias.

Cuando llegamos a la isla Victoria, puesta en un cruce estratégico de aguas, de vientos y de rutas, como mirador poético en el centro mismo del lago, de un laberinto hechizado de indecibles bellezas, el astro rey acababa de remontar el cenit y esplendoraba entre gráciles nubecillas, aquellas lindes agrestes, aquellas costas jubilosas y coquetas, aquel irisado collar de fúlgidas montañas coronadas con la diadema eterna de sus nieves. Una fascinación mareante se apodera del espíritu ante ese cuadro maravilloso, o mejor ante esa sucesión no interrumpida de estupendos panoramas, donde la luz, las veladuras y las sombras ruedan a raz de agua y se internan por los escondidos *fjors* y pintan el oleaje que musita plegarias y ternezas y juegan y cunden rientes por los setos floridos, las navas verdegueantes, la saya primorosa de la selva y envisten los pinares excelsos y trepan las enhiestas escarpas de hielos azulados y lilas y se expanden y derraman por sus quiebras y picachos, como cascadas de nácar, como escamas gloriosas, tornasoladas y flamígeras. A cada instante, al virar de los rayos solares al moverse uno mismo de un sitio a otro, con el cambio de posición de las nubes, el espesarse o diluirse de la mismas, se truecan también los lienzos y multiplican los panoramas al infinito y ora se ven brochazos de luz que fulguran como tajos acerados en flancos verdinegros, ora matices de oro y carmín en fondo blanco violado, o bien oleadas grisáceas de lumbres es-



Brazo Blest — Cascada Blanca

pectrales que aturden, coloraciones peregrinas que fulguran en el ambiente azul, protagonista soberano del paisaje. Cuadro verdaderamente arrobador donde la gama del iris parece celebrar su epifanía y tripudiar como en los primeros días del génesis.

Isla Victoria—San Carlos de Bariloche—Lago Gutiérrez

La isla Victoria, la más rica, pintoresca y extensa del lago, mide 4.600 hectáreas cuadradas, o sea, 23 kilómetros y medio de largo, por seis en la parte más ancha y 380 metros en la más angosta, corespondiente al Puerto Anchorena y donde se han instalado las habitaciones del administrador. Dos grandes peñascos cercanos, a manera de puerta, dan acceso a la sosegada y poética bahía, en cuyo fondo vése emplazado el muelle y un pequeño astillero que atiende el distinguido caballero don Otto Muhlenpfordt, ingeniero naval, que quiso sentarnos a su mesa y agasajarnos con fina gentileza.

Viven todavía frescas, en la memoria de muchos, las crónicas que dieron algunos diarios sobre los proyectos que abrigaba don Aarón Anchorena, concesionario que fué por varios años de esta isla, para convertirla en una especie de mansión de hadas, misteriosa y fantástica. Desgraciadamente hubo, más tarde, de entregarla al Estado con todos los adelantos introducidos por valor de doscientos mil pesos, en vista, según se me aseguró, de no haber podido conseguir se le extendiera el título de propiedad que él deseaba.

Desde el humilde pero gracioso *chalet* de madera, estilo suizo, engalanado con florido marco de enredaderas, puesto en una prominencia alfombrada de florecillas silvestres se admiran los panoramas más soberbios y delicados que es dado imaginar.

Además del columnaje de los bosques vírgenes, de los millones de árboles que forman selvas impenetrables, posee esta isla cinco graciosísimas y encantadas lagunas, de dos y tres cuadras de largo, una de ellas llamada Mercedes, en recuerdo

de la madre de don Aarón, la distinguida matrona Mercedes Castellano de Anchorena.

En dos horas de navegación nos pusimos desde esta isla hasta San Carlos de Bariloche. Sito en la margen Sur del Nahuel-Huapi, pertenece al territorio de Río Negro — la costa opuesta del lago al del Neuquén —y cuenta entre mil habitantes, poco más o menos, chilenos o hijos de chilenos en un 90 o|o. Tiene iglesia atendida por los padres salesianos, escuela, correo y telégrafo, pero fáltale una sucursal del Banco de la Nación que se hace necesaria e indispensable, un juzgado letrado, ya concedido por el gobierno, pero no llevado a efecto, para evitarles a sus habitantes las molestias, demoras y perjuicios que han de soportar acudiendo, por cualquier asunto civil o comercial, al juzgado de Biedma, ya de suyo recargado, a más de 200 leguas de distancia, un escribano público, un tasador local del Banco Nacional Hipotecario para la ayuda de crédito a tantos colonos emprendedores y algunas otras obras de menor cuantía y que constituyen el justo anhelo de ese vecindario.


Paisaje en Puerto Anchorena, Isla Victoria (Rep. Arg.)

El clima en verano es delicioso y envidiable, y en invierno, aunque crudo, extraordinariamente sano y tonificante, al decir de los naturales.

Desde cualquier punto del pueblo escalonado con sus grises casas de madera, en una empinada y pintoresca colina, la vista, que abarca desde el nacimiento del caudaloso Limay hasta las cumbres nevadas que se pierden en brumosas lejanías, se recrea con panoramas grandiosos e infinitamente variados. Todo allí es luz, a cualquiera hora del día, diafanidad de atmósfera, deslumbrante claridad, procesiones fantásticas de

nubes, fiesta no interrumpida de colores en que predomina el blanco, azul y verde maravillosamente combinados, centelleo inverosímil de fascinadores paisajes.



San Carlos de Bariloche (Rep. Arg.)

Conocer todas las islas, *fjord*, caletas y puertos del soberbio y espléndido Nahuel-Huapi, sus bahías, penínsulas y brazos retorcidos, que se internan en las montañas, de flancos arbolados y a pique, exige varios días de excursión, compensados con creces, según cuentan los turistas, por las múltiples bellezas que se admiran y las hondas sensaciones que se recogen.

Relativamente cerca de San Carlos, están los lagos, muy dignos de visitarse, Gutiérrez, Mascardi, Guillelmo, camino del valle del Bolsón, llamado el vergel de la cordillera.

Yo hube de contentarme con hacer una excursión de hora y media en coche, recorriendo una distancia de un poco más de tres leguas, hasta el lago Gutiérrez, bordeado de tupidos bosques de cipreses y que ocupa la hoya formada por los cerros de la Ventana (2.000 metros de altura), de la Catedral (metros 2.400), y el Ottoshoe (1.405), y cuyos sugestivos encantos y peregrinas bellezas, dejo que se los imagine el paciente lector, que hasta aquí me ha acompañado.

Porque si bien es cierto que con lo mucho que llevo di-

cho, no haya alcanzado a levantar ni siquiera una puntita de ese manto de soberana grandiosidad y hermosura que cubre la extensa región de los lagos australes, mansión hechizada de nuestros aborígenes, teatro de correrías apostólicas de misioneros mártires, como Mascardi y otros, y sitio probable do se ubicaba la ciudad de César, otro Eldorado de leyenda que, con igual o mayor fuerza atraía la codicia de los primitivos aventureros hispanos, es hora ya de hacer alto y contener la mano y la pluma que me han llevado más allá de lo que yo mismo me había propuesto.

El *ne quid nimis* de Horacio, aunque extemporáneo y tardío, cumple siempre ser recordado.

. . . .

Dos días íntegros de auto, desde San Carlos de Bariloche hasta la capital del Neuquén, y desde aquí, pasando por Bahía Blanca, treinta horas de ferrocarril, nos pusieron a las puertas de Buenos Aires, la gran urbe de la América Latina.

INDICE

Págs.

CAPITULO VI

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

CAPITULO IX

Págs.

CAPITULO X

CAPITULO XI

CAPITULO XII

CAPITULO XIII

Págs.

CAPITULO XIV

CAPITULO XV

CAPITULO XVI

CAPITULO XVII

CAPITULO XVIII

Págs.

CAPITULO XIX

CAPITULO XX

CAPITULO XXI

CAPITULO XXII

Págs.

CAPITULO XXIII

CAPITULO XXIV

CAPITULO XXV

Págs.

CAPITULO XXVI

CAPITULO XXVII

CAPITULO XXVIII

CAPITULO XXIX

Págs.

CAPITULO XXX

CAPITULO XXXI

CAPITULO XXXII

CAPITULO XXXIII

31 - 35 - 47 - 59 - 100 - 107
224

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Crítica a "Lourdes" de Zola. (Agotada).

Aromas de Oriente. (Agotada).

Vida de San Nicolás de Bari y Apuntes históricos sobre su milagrosa Efigie que se venera en La Rioja (República Argentina).

Nociones de Historia Eclesiástica.

Excursión al Santuario de San Miguel Arcángel en Monte Gargano.

Arte.

